CUBA INSURGENTE

ón y revolución

1868-1898

Ada Ferrer

CIENCIAS SOCIALES

CUBA INSURGENTE

Raza, nación y revolución
1868-1898

ADA FERRER es profesora titular de Historia en la Universidad de Nueva York —donde trabaja desde 1995— y directora de su Center for Latin American and Caribbean Studies. Nacida en La Habana, se graduó de Inglés en Vassar Collage, 1984. Máster en Historia en la Universidad de Texas, Austin, 1988, y Doctora en Historia en la Universidad de Michigan, 1995.

Insurgent Cuba: Race, Nation, and Revolution. 1868-1898 obtuvo el Berkshire Book Prize en el 2000. Es coautora, junto a Consuelo Naranjo-Orovio, María Dolores González Ripio, Gloria García y Joseph Opartrny de *El rumor de Haití en Cuba: Temor, raza y rebeldía* (Madrid: CSIC, 2004). Artículos suyos han aparecido en diferentes publicaciones periódicas y ha recibido diversos premios y becas.

Una de sus mayores alegrías por la aparición de este libro en español es saber que sus padres, a quienes agradece lo que ha llegado a ser, podrán al fin leerlo.

CUBA INSURGENTE

Raza, nación y revolución 1868-1898

Ada Ferrer



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 2011

Primera edición en español, tomada de la primera en inglés, *Insurgent Cuba: Race, Nation, and Revolution. 1868-1898,* The University of North Carolina Press, 1999.

Edición: Gladys Alonso González y Luis M. de las Traviesas Moreno
Diseño de cubierta e ilustraciones: Jorge Álvarez Delgado
Diseño interior: Oneida L. Hernández Guerra
Composición digital: Irina Borrero Kindelán

ISBN 978-959-06-1201-5

Estimado lector, le estaremos muy agradecidos
si nos hace llegar su opinión, por escrito,
acerca de este libro y de nuestras ediciones.

INSTITUTO CUBANO DEL LIBRO
Editorial de Ciencias Sociales,
calle 14, no. 4104, e/ 41 y 43, Playa,
La Habana, Cuba.
editorialmil@cubarte.cult.cu

Índice

A mis padres, Ramón y Adelaida Ferrer
A la memoria de Rita Blanco García, 1888-1975

Prólogo

Cuba insurgente *constituye un aporte muy notable a la historiografía cubana. Se trata de un verdadero trabajo de historia, porque combina la presentación de una investigación de realidades históricas —es decir, una labor que conecta los hechos que considera relevantes para el caso y las motivaciones, ideas y actitudes de quienes participaron o se vieron involucrados en ellos— con interpretaciones, tesis y propuestas autorales en los ámbitos y a los diferentes niveles que Ada Ferrer estimó necesarios. El resultado posee un valor singular para la importante tarea de ubicar y comprender la real grandeza de las revoluciones cubanas del siglo* XIX*, al ponerlas en relación con cuestiones cruciales: las dificultades generales que parecían insuperables para ellas; el curso del proceso mismo de 30 años y los conflictos que lo atravesaron; los motivos del imperialismo norteamericano para impedir su victoria completa, y algunos rasgos de la apropiación de aquel pasado por la revolución triunfante de 1959 y hasta hoy.*

El tipo de aproximación a la historia cubana que cultiva Ada Ferrer en este libro tiene sus antecedentes en las nuevas ideas y las críticas que caracterizaron el desarrollo de la ciencia histórica en Cuba en la época que siguió a la Revolución del 30. El triunfo revolucionario de 1959 potenció aquellas tendencias y multiplicó sus seguidores y practicantes, y cierto número de obras notables hicieron avanzar mucho la historia. Pero, después de 1970, el país y la Revolución tuvieron que moderar su ambición y volverse sobre sí mismos. En esa nueva coyuntura, la idea acertada y necesaria de una continuidad de 100 años de lucha se tornó una visión nacional más

bien estrecha; por otra parte, se establecieron un empobrecimiento y dogmatización del pensamiento social y un control ideológico muy rígido que también afectaron a la historia, aunque en menor grado que a otras ciencias sociales. En las dos últimas décadas, un gran número de monografías —y algunas obras de síntesis— han continuado el desarrollo y dado pasos ciertos en la elaboración de una historia mucho más rica y crítica, con ayuda de nuevos asuntos y de los instrumentos recientes de esa disciplina, aunque en una situación ideológica muy diferente a la de los años 60 e influye en las motivaciones y en el trabajo mismo de historiar.

Cuba insurgente *se sumó en 1999, con sobrados méritos, a esta nueva etapa. Ada Ferrer Fernández, nacida en Cuba, es hija al mismo tiempo de su formación intelectual en Estados Unidos, el país donde ha transcurrido casi toda su vida, y debe mucho a los historiadores críticos y renovadores norteamericanos del último medio siglo, y a sus condicionamientos. Esa pertenencia marca sus preguntas generales y sus exámenes de las actitudes de los actores que pueblan el libro, y le dan a éste una saludable posición inquisitiva y no complaciente que tanto ayuda al desarrollo de una ciencia. Pero ello no hace perder a la obra sus puntos de partida, su raíz y su esencia cubanos.*

Raza, nación y revolución, 1868-1898 *es el subtítulo de la obra, y resulta una óptima síntesis de su contenido. Puede decirse con razón que narra la historia de los negros y mulatos esclavos y libres durante las revoluciones cubanas del* XIX. *Innumerables pasajes procedentes de la investigación de un mar de documentos oficiales y personales, publicaciones de la época, memorias y otras fuentes, ofrecen al lector los hechos, las actitudes y las motivaciones de individuos y grupos, las acciones y los propósitos de organismos e instituciones. La clave de las propuestas de la autora es la cuestión racial, a la cual considera la más complicada e importante de las tensiones y contradicciones que caracterizaron y dieron forma al nacionalismo cubano. A esta luz revelan su trascendencia el antirracismo revolucionario en medio del auge mundial del racismo, el alcance y las complejidades de la idea cubana de una nación sin razas, y las tremendas dificultades que enfrentaron esos avances excepcionales para ponerse en práctica y triunfar.*

Ada Ferrer se guía por el transcurso y los eventos principales del proceso histórico que analiza, pero expone sucesos que no suele utilizar la historia general, trae a personajes que no tienen voz en ella y muestra la procedencia de que aparezcan y se expresen, ilumina con una luz diferente hechos antes simplificados u olvidados, y convierte al conjunto y sus complejidades en la materia de las revoluciones cubanas. Por estas páginas caminan juntos el anverso y el envés de la historia. Ésa constituye la base de un gran número de las interpretaciones e inferencias que pueblan a Cuba insurgente, *hacen que trascienda a una narración y le aportan originalidad. No cederé a la tentación de presentar al lector algunos de los que me han impactado más: los tendrá todos a continuación. Me limito aquí a mencionar otra arista principal de la obra —sus proposiciones al investigador y al estudioso—, tomando una de las afirmaciones con las cuales Ferrer nos invita a profundizar y buscar: "el proceso suele ser tan importante como las consecuencias, y la dinámica tan reveladora como los resultados."*

Resulta lícito que un prologuista glose el libro cuando quiere inducir al lector a abordarlo y adentrarse en él, pero eso no es necesario en este caso, porque su tema lo hace muy atractivo y su estructura y argumentos, muy claros y eficientes. Además, posee tanta calidad y sugerencias que me mueve a dialogar con él y hacer algunos comentarios.

A través de las luchas por la independencia del país y la constitución en él de una nación, y de la parte enorme que tuvieron en ello las contradicciones y las pugnas y colisiones raciales y sociales, la obra asume una posición muy acertada, a mi juicio, para investigar el movimiento histórico cuando éste implica quebrantamientos del orden y cambios profundos. Ada examina la historia de las revoluciones que integran la gesta nacional con el instrumento de ciencia social del conflicto, que es el apto en estos casos, por dos razones. La primera, atinente a los hechos, porque sólo mediante un proceso de integración racial —y social— podía la revolución de independencia tener fuerzas suficiente para ser, triunfar y sacar al país y a la gente del dominio de la esclavitud y el colonialismo, al mismo tiempo que derrotar las soluciones evolucionistas que siempre sirven al orden, mediante el recurso de introducirles modificaciones. Ese proceso forzosamente tenía que ser muy conflictivo. La

segunda, epistemológica, porque el conflicto permite interrogar a fondo el proceso revolucionario, un movimiento histórico que violenta tanto al funcionamiento del sistema vigente, como a las personas que pretenden derrocarlo y a sus propias propuestas iniciales.

La independencia de Cuba —como sucedió en las colonias— podía ser fruto de una evolución y de acuerdos entre dominantes, de una revolución popular patriótica, o de combinaciones o coincidencias de ambas. El estudio de Cuba insurgente *me ratifica que la revolución popular patriótica devino el camino eficaz que permitió el triunfo —a pesar de sus insuficiencias y de los recortes y quebrantos internos de sus proyectos y reclamos más radicales—, y que la ocupación militar imperialista introdujo un duro recorte de los frutos de la revolución y desnaturalizó la posguerra y el establecimiento de una república soberana y democrática. Los conflictos que debían caracterizar la nueva etapa, y sus soluciones eventuales, fueron sobredeterminados por la dominación neocolonial. Pero la continuidad de la dominación de clase interna —que había experimentado un riesgo gravísimo— tuvo a su favor, después de 1898, una notable acumulación cultural que facilitó su participación en la formación de un nuevo bloque de poder posrevolucionario. Esto también me ratifica la procedencia de utilizar —como hago siempre— el concepto de república burguesa neocolonial para la nueva época histórica, y no el omiso de república neocolonial.*

Cuba insurgente *también me permite reafirmar mi idea de que la invasión a Occidente y sus consecuencias inmediatas fueron el momento más alto de las luchas de clases en la Cuba del siglo* XIX. *Éstas sólo podían desplegarse y ser fuertes a partir de la guerra popular por la nación y la independencia, a la cual aportaron lo que Maceo llamó "el brazo de hierro de la Revolución".*[1] *La política y el proyecto mambises debieron combinar la aspiración nacional con las demandas sociales, ese arte que ha resultado tan difícil para todos los movimientos revolucionarios de la mayor parte del mundo*

1 En carta del 4 de diciembre de 1895, en la cual pide a Máximo Gómez que se oponga al Acuerdo del Consejo de Gobierno (28-11-1895) que discierne grados militares a estudiantes y graduados que se incorporen al Ejército Libertador. Otros detalles de interés en el texto completo, en *Antonio Maceo. Ideología política. Cartas y otros documentos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1998, t. II, p. 140.

en el siglo siguiente. Ada Ferrer persigue este problema crucial a lo largo de todo el libro, con lo cual logra documentar y exponer la primera fase del largo camino cubano de luchas por la libertad y la justicia social, sus reuniones y sus contradicciones.

Desde la perspectiva y los instrumentos asumidos por la autora pueden apreciarse las formidables dificultades, inconsecuencias, limitaciones y frustraciones que contuvo aquel proceso, pero resultan en consecuencia más dignos de alabanza los logros extraordinarios conseguidos en esos 30 años, en el contenido de la causa, en las personas y en sus relaciones. Ada no regatea sus reconocimientos a esos logros, con lo cual de paso da ejemplo de buen discernimiento como historiadora. Es maravilloso cuánto pueden avanzar los grupos humanos y los individuos cuando entran en una revolución y en el curso de ella, y cuántos cambios favorables trae a una colectividad, que quedan fijados después por las leyes y las costumbres. Y también es desolador constatar cómo se producen retrocesos y abandonos cuando terminan las revoluciones.

Acerca de la autora del libro no añadiré más datos a los ya referidos en su página II, excepto la entrañable amistad que me une a ella y el agradecimiento por tener la oportunidad de prologar esta obra. Les invito, entonces, a leer Cuba insurgente.

FERNANDO MARTÍNEZ HEREDIA
La Habana, abril del 2011

[illegible] este problema [illegible]
[illegible] de [illegible] para lograr [illegible]
[illegible] del largo [illegible] de hechos [illegible]
[illegible] contradicciones.

Desde la perspectiva y los [illegible] intereses por la [illegible] dificultades, [illegible] y [illegible] proceso, para [illegible] historia [illegible] [illegible] ejemplo de [illegible] historiador. Es [illegible] los [illegible] y el [illegible] [illegible] cambios [illegible] figuras [illegible]

[illegible] de la [illegible] del [illegible] [illegible] y el [illegible] por [illegible] la [illegible] [illegible], a [illegible]

Eduardo [illegible] Herrera
La Habana, abril de 2011

Agradecimientos

No hubiera deseado intentar este proyecto a no ser por el privilegio de trabajar con colegas cubanos y en archivos cubanos. Estoy muy agradecida a muchos historiadores de la Isla que conversaron conmigo sobre mi proyecto y estuvieron dispuestos a compartir ideas, referencias y alientos. En especial estoy en deuda con Jorge Ibarra, cuya obra sobre el nacionalismo cubano contribuyó a conformar mi interés por este tema y cuyo apoyo resultó de inestimable valor al escribir este libro. Quiero agradecer también a José Abreu Cardet, Gisela Arandia, María del Carmen Barcia, Manuel Barcia, Walterio Carbonell, Yolanda Díaz, Tomás Fernández Robaina, Reinaldo Funes, Orlando García Martínez, Oilda Hevia, Fe Iglesias, Marial Iglesias, Blancamar León, Enrique López, Fernando Martínez, Sergia Martínez, Mayra Mena, Olga Montalván, Esther Pérez, Francisco Pérez Guzmán y Oscar Zanetti por compartir sus trabajos, ofrecer sugerencias y referencias, y conversar sobre los temas aquí tratados, y sobre muchos otros. Agradezco también a Yolaida Durán que haya compartido conmigo la experiencia de ser cubano-norteamericana en Cuba, y a mi tía Ada Fernández que me ofreciera su casa, su conversación y su calidez. En España, les doy las gracias a Josep Fradera, Consuelo Naranjo Orovio, Luis Miguel García Mora y Jordi Maluquer por brindarme la oportunidad de presentar en Madrid y Barcelona las versiones muy incipientes de parte de este trabajo.

En la Universidad de Michigan conté con la privilegiada compañía de personas verdaderamente excepcionales. Por su apoyo

y compromiso intelectual, estoy especialmente agradecida a Neil Foley, Charo Montoyo, Karen Robert, Cristopher Schdmit-Nowara, Michael Schroeder, Sabina MacCormack, Roger Rouse, Earl Lewis y Ruth Bear. Fred Cooper, Fernando Coronil, Geoff Eley y Santiago Colás merecen agradecimientos particulares por sus comentarios acerca de una versión más temprana del manuscrito. Rebecca Scott leyó más borradores de los capítulos de este libro que los que yo pueda recordar hoy. Fue generosa con su tiempo y sus penetrantes observaciones; también fue mucho lo que aprendí de su obra y sus preguntas y comentarios sobre la mía. Le agradezco que me haya guiado, y también que me haya brindado su amistad y su ejemplo.

Muchas otras personas, demasiado numerosas para mencionarlas aquí, leyeron también todo el manuscrito o partes de él y ofrecieron sugerencias que resultaron sumamente útiles al revisar el manuscrito. Además de las personas ya mencionadas, estoy especialmente agradecida a Louis Pérez, Robin Kelly y Walter Johnson por sus provechosos y generosos comentarios sobre un borrador temprano y por nuestras muchas conversaciones desde entonces. Agradezco igualmente a mis colegas lationoamericanistas de la Universidad de Nueva York, Bill Roseberry y Sinclair Thomson, que leyeran un borrador posterior del libro, me hicieran meditadas indicaciones y me brindaran su apoyo. Por sus comentarios sobre todo el manuscrito o partes de él, también les doy las gracias a Jeremy Adelman, Reid Andrews, Tom Bender, Sueann Caulfield, Warren Dean, ya desaparecido, Ruthanne Deutsch, Hasia Diner, Alejandro de la Fuente, Martha Hodes, Winston James, Kathy Kerr, Sidney Mintz, Robert Paquette, Marifeli Pérez-Stable, Jeffrey Sammons, Jerry Seigel, Danny Walkowitz, Carla Yanni, Marilyn Young, Michael Zeuske y, por último, a Laird Bergad y al segundo y anónimo lector de la editorial de la Universidad de North Carolina.

Varias instituciones suministraron el apoyo financiero y la documentación sin los cuales este libro quizá no habría existido. Mi reconocimiento a la Oficina de Préstamos Interbibliotecarios (Interlibrary Loan Office) de la Universidad de Nueva York y a los archivos y bibliotecas que aparecen en la lista bibliográfica

por ayudarme a identificar y localizar importantes materiales para mi trabajo. Los fondos para la investigación en Cuba y España provienen de las siguientes instituciones: Fulbright Commission, Social Science Research Council, Johns Hopkins-SAIS Cuban Studies Center, American Philosophical Society, y Conference on Latin American History's Lewis Hanke Prize. Una subvención NEH en el Schomburg Center for Research in Black Culture me brindó el tiempo, los materiales y la ayuda necesarios para completar gran parte del proceso. Howard Dodson, director del Centro; Diana Lachatañeré, archivera y directora del Scholars' Program, y Miriam Jiménez Roldán, me plantearon interrogantes que me hicieron avanzar y me forzaron a reconsiderar las comparaciones históricas. Ocurrió lo mismo con las conversaciones que sostuve con otros compañeros del programa y con los directores del seminario de investigadores, Colin Palmer y Bob O'Malley. Tengo una deuda de gratitud con Francisco Fuentes Millán, Melina Pappademos y Arnaldo José López Maldonado, quienes me prestaron una asistencia investigativa oportuna y útil durante las etapas finales de preparación del manuscrito. También me gustaría hacer llegar mi agradecimiento a Grace Buonocore, Pam Upton y, en particular, a Elaine Maisner de la Editorial de la Universidad de North Carolina por su trabajo e interés en este proyecto.

Mi esposo, Gregg Van Ryzin, mucho hizo por ayudarme a terminar este proyecto: desde su ayuda en la transcripción de las plantillas del ejército en Cuba y la alineación de las columnas en las tablas, hasta su lectura de los múltiples borradores de diversos capítulos. Por supuesto que se lo agradezco, como también le agradezco el haberme mantenido sana y el que se convirtiera en mi congénere. Mi hija Alina ayudó, tal como sabe hacerlo, preguntándome cuándo terminaría, enseñándome lo que ahora denomino terapia de arena y haciéndome feliz.

Me resulta imposible expresar aquí la hondura de mi amor y gratitud por las personas que hicieron lo increíble por situarme en el camino que me condujo a escribir este libro: mi madre Adelaida Ferrer (Fernández Blanco) y mi padre Ramón Ferrer Correa. Mi padre salió de Cuba en 1962, pensando que volvería a

los pocos meses. Mi madre y yo salimos al año siguiente, y nos reunimos con él en Nueva York. Treinta y seis años después, a ellos les dedico este libro sobre Cuba: por todo su amor y su aliento, y también para reconocer lo doloroso de su exilio. El libro también está dedicado a la memoria de mi abuela, Rita Blanco García, huérfana de la guerra que pone fin a esta obra.

Introducción
Una revolución que el mundo olvidó

(1868)

En el siglo XIX, decenas de miles de personas en la isla de Cuba hicieron una revolución contra un imperio español que ya contaba con 400 años de existencia. En varios sentidos resulta sorprendente el momento escogido para sus empeños. Se desató no en la era de las revoluciones, cuando casi todas las colonias ibéricas del hemisferio conquistaron su soberanía política, sino a finales del siglo XIX. De ese modo, mientras Europa se lanzaba a la colonización de Asia y África, la revolución desencadenada en Cuba atacaba el poder colonial más antiguo de aquel continente. En el curso de este ataque, ésta llegó a desafiar otra de las principales corrientes ideológicas de fines del XIX. En una época de racismo ascendente, mientras los científicos pesaban cráneos y las turbas de blancos del sur de Estados Unidos linchaban negros, los dirigentes del movimiento revolucionario cubano negaban la existencia de las razas, y un poderoso ejército multirracial libraba una guerra anticolonialista. Este libro cuenta la historia de los 30 años de avances y retrocesos de esa revolución, de cómo surgió de una sociedad colonial esclavista, cómo recreó y subvirtió dentro de sus filas las creencias de esa sociedad, y cómo, a fin de cuentas, produjo una independencia inusitada; una independencia que transfirió a Cuba del dominio directo de un imperio decadente al dominio indirecto de otro en ascenso.

Revolución e historia

La revolución del siglo XIX en Cuba emergió de una sociedad que parecía completamente ajena a ella, una sociedad que en el fer-

mento político de la era de las revoluciones se ganó la denominación de "siempre fiel Isla". Entre 1776 y 1825, a medida que la mayoría de las colonias de Norte y Suramérica conquistaban su independencia, Cuba siguió siendo una plaza leal. La historia de la desviación de la Gran Antilla de la norma latinoamericana de aquella época es hoy bien conocida: ante la posibilidad de una revolución social, las elites criollas optaron por mantener el vínculo colonial con España. Mediante esa relación también preservaron una industria azucarera floreciente, erigida sobre el trabajo de africanos esclavizados. Tras la Revolución haitiana de 1791, Cuba reemplazó a la colonia francesa de Saint Domingue como el mayor productor mundial de azúcar. Los hacendados cubanos, satisfechos con su nueva posición en el mercado mundial, no deseaban imitar a Haití, convirtiéndose en la segunda república negra del hemisferio. De ahí que el colonialismo sobreviviera en Cuba aun cuando había sido derrotado en el norte y el sur, y que la paz y la esclavitud prevalecieran sobre la insurrección y la emancipación.

Sin embargo, la colonia que sobrevivió a las revoluciones continentales quedó dividida y temerosa. En 1846, el 36 % de la población era esclava. Bien entrado el siglo XIX, un próspero (e ilegal) comercio de esclavos seguía renovando el suministro de africanos esclavizados. Más de 595 000 arribaron a las costas de la Isla durante los últimos 50 años de la trata, entre 1816 y 1867; esto es, más que los que llegaron a Estados Unidos durante todo el tiempo que duró la trata en ese país (523 000). Alrededor de la mitad de esos esclavos trabajaron en plantaciones azucareras. Sometidos a brutales regímenes de trabajo, muchos siguieron hablando lenguas africanas, y sólo mantuvieron mínimos contactos con el mundo criollo fuera de la plantación. Las personas de color libres constituían otro 17 % de la población. Aunque eran legalmente libres, enfrentaban numerosas restricciones a la hora de ejercer su libertad: proscripciones al consumo de alcohol, prohibiciones de matrimonios con hombres y mujeres blancos, impedimentos al uso del espacio público, por sólo nombrar unas pocas.[1]

Por tanto, a mediados del siglo, las personas de color, tanto libres como esclavas, constituían la mayoría de la población, so-

brepasando a aquellos que se identificaban como blancos. Esa población blanca, educada en el temor a la rebelión esclava, miraba hacia Haití y se aferraba a España con terror. La revolución de los esclavos haitianos servía de ejemplo perpetuo de lo que podría ocurrirles a los blancos en medio de una rebelión armada. Pero también se conocían ejemplos menores de carácter local. Acaso, el más famoso fue el de la supuesta conspiración de 1843-1844, que, según se alegaba, involucró a un gran número de esclavos, personas de color libres y políticos abolicionistas ingleses. Incluso en una fecha tan tardía como en 1864, a sólo cuatro años de que empezara la guerra independentista nacionalista, las autoridades descubrieron una conspiración en El Cobre, en la cual los esclavos de siete plantaciones se habían conjurado supuestamente para "matar a todos los blancos y hacer la guerra para ser libres". Cuando aquellos rebeldes fueron capturados y juzgados en un tribunal militar español, se necesitó contratar traductores, pues los sospechosos no hablaban español.[2] En este contexto de esclavitud y división, el Estado colonial y muchos criollos blancos influyentes sostuvieron que arriesgarse a expulsar a España implicaba exponerse a un destino más horrible. Cuba, decían, sería española o africana, sería española o se convertiría en un segundo Haití. Para quienes poseían poder de decisión, la respuesta no dejaba lugar a dudas: Cuba seguiría siendo colonia española. Es cierto que había un grupo de prominentes intelectuales dispuestos a considerar, si bien de manera hipotética, la fundación de una nación cubana independiente de España. Pero siempre se cuidaban de especificar que la nacionalidad cubana que deseaban, "de la única que debe ocuparse todo hombre sensato, es la formada por la raza blanca".[3]

En medio de este mundo, la revolución hizo irrupción el 10 de octubre de 1868, y al hacerlo parecía desafiar el miedo y la división que formaban parte de la sociedad desde la cual emergía. Encabezada en sus inicios por un puñado de blancos acaudalados, la revolución situó a hombres de color libres en puestos de autoridad local. También liberó los esclavos, los hizo soldados y los llamó ciudadanos. Y ése fue sólo el inicio. El movimiento que empezó formalmente ese día engendró tres guerras anticoloniales en el curso de los 30 años siguientes: la Guerra de los Diez

Años (1868-1878), la Guerra Chiquita (1879-1880) y la Guerra de Independencia (1895-1898), que culminó con la Guerra Hispano-Norteamericana. En las tres se batió un ejército, acaso único en la historia continental: el Ejército Libertador, una fuerza de combate multirracial integrada en todos sus niveles. Los historiadores estiman que los hombres de color constituían por lo menos un 60 % de ese ejército. Pero no se trataba de un ejército en el cual masas de soldados negros combatían bajo el mando de un número mucho menor de oficiales blancos, pues muchos soldados negros y mulatos fueron ascendiendo de jerarquía hasta llegar a puestos de capitanes, coroneles y generales, y a ejercer autoridad sobre hombres identificados como blancos. A finales del período de 30 años, un historiador estima que alrededor de un 40 % de los oficiales eran hombres de color.[4]

Si bien uno de los pilares de la revolución era este ejército racialmente integrado, existía otro mucho menos tangible. Se trataba de una poderosa retórica antirracista que comenzó a florecer durante la primera rebelión y devino mucho más dominante en los años entre el fin legal de la esclavitud en 1886 y el estallido de la tercera y última guerra en 1895. Este nuevo discurso hizo de la igualdad racial un fundamento de la nación cubana. Abrazada por los blancos, mulatos y negros de las ramas civil y militar del movimiento, afirmaba que la propia lucha contra España había transformado a Cuba en una tierra donde no existían "blanquitos, ni negritos, sino cubanos". De esa manera condenaba el racismo no como una infracción contra los ciudadanos individuales, sino como un pecado contra la vida de la futura nación. La retórica revolucionaria asoció la esclavitud y la división racial al colonialismo español, del mismo modo que hizo de la revolución un proyecto mítico que armaba a blancos y negros para fundar la primera nación del mundo sin razas.[5]

El hecho de que esta revolución emergiera de aquella sociedad esclavista, hace que la historia de la independencia cubana resulte extraordinaria y sugerente. Que lo hiciera en las postrimerías del siglo XIX le otorga aún más relevancia, debido a que la Revolución cubana se desarrolló en una época cuando pensadores europeos y norteamericanos vinculaban el progreso a la biología y dividían el mundo en razas superiores e inferiores. Esas ideas,

Martí

abrazadas o alentadas por pensadores tan diversos como Charles Darwin, Herbert Spencer y Joseph Arthur de Gobineau, ejercieron una profunda influencia en América Latina.[6] No obstante, en ese mundo bajo "la garra de Darwin", el principal líder intelectual del movimiento cubano, José Martí, predicaba la igualdad de las razas. En realidad, Martí fue más allá, al afirmar audazmente que no existía la raza. Ésta, tal como insistían él y otros independentistas, no era más que un instrumento utilizado en Cuba para dividir los esfuerzos anticoloniales, y a escala global por hombres que habían inventado "razas de librería" en su afán por justificar la expansión y el imperialismo.[7] Por ende, surgían voces no sólo opuestas al dominio español, sino también al racismo prevaleciente en la época.

Mientras que los presupuestos antirracistas de la revolución desafiaban los dogmas de la teoría racial noratlántica, también diferían del pensamiento racial imperante en las antiguas colonias españolas y portuguesas. En otros lugares de América Latina, los políticos e intelectuales definieron sus naciones en términos multirraciales, pero lo hacían, sobre todo, a partir de la noción de mestizaje. Desde finales del siglo XIX y en particular en las primeras décadas del XX, plantearon que la mezcla cultural y biológica había producido un nuevo tipo nacional: mestizo, mulato y, de una manera más particular, el mexicano, el brasileño, el venezolano.[8] En esas formulaciones, la integración de la nación era consecuencia de la proximidad y el contacto sexual y cultural y, por lo menos en el caso de Brasil, esa unión parecía reflejar la pretendida falta de prejuicios del colonizador europeo, que se mezclaba y supuestamente aceptaba al nativo y al africano. Se trataba de una visión de unidad en lo esencial física y cultural; visión que de muchos modos tenía como premisa el papel agente que desempeñaban los europeos y la pasividad de los no europeos. En la Cuba de fines del XIX, por el contrario, la unidad nacional se entendía como un producto de la acción política conjunta de blancos, mulatos y negros armados que hacían la guerra al colonizador. La distinción tiene sobrada importancia, pues, en el caso de Cuba, la nación se imaginaba no como resultado de una unión cultural y física, sino como el producto de una alianza que reconocía de manera ostensible las acciones políticas de los

hombres negros y mulatos. Por consiguiente, esta idea tenía profundas implicaciones para la política racial y nacional en la república que resultaría de la revolución anticolonial.[9]

Lo que los dirigentes nacionalistas de Cuba predicaban y (de manera menos perfecta) practicaban, contrastaba, de un modo más evidente y concreto, con el naciente orden racial de su vecino del norte. Los revolucionarios cubanos hablaban de una nación sin razas en un período en que la política racial norteamericana alcanzó su nadir. De modo que la escalada de la violencia racial, la difusión de la segregación racial, así como el desmantelamiento de las conquistas políticas conseguidas durante la Reconstrucción en el sur, tuvieron lugar en Estados Unidos justo en los momentos en que los dirigentes negros y mulatos gozaban de creciente popularidad y poder en Cuba. Cabe destacar que el jefe militar más popular del movimiento independentista fue Antonio Maceo, un mulato que se había unido a él en 1868 como un soldado más de infantería y había alcanzado el grado de general. En 1895, condujo al Ejército Libertador de un lado a otro de todo el territorio de la Isla, ganó la devoción de mujeres y hombres, blancos y de color, recibiendo un apoyo multirracial y nacional que en Estados Unidos hubiera resultado raro en contextos locales, e impensable a escala nacional. Así pues, cuando la barrera entre las razas se hacía más y más rígida en Estados Unidos, y las consecuencias para los transgresores más y más brutales, en Cuba apareció un movimiento revolucionario deseoso —y, en ocasiones, impaciente— de erradicar esa barrera en Cuba. Y fue la victoria de esta revolución la que la intervención norteamericana contribuyó a frustrar.

Enmarcar la Revolución cubana desde esta óptica —como un proyecto antirracista y anticolonialista de vasta proyección— nos obliga a reconsiderar determinadas cuestiones. En primer lugar, sugiere posibles líneas de investigación para el estudio del imperialismo norteamericano. Los historiadores estadounidenses abordan de manera invariable la intervención de Estados Unidos en Cuba en 1898, ya que por tradición se ha considerado ésta uno de los acontecimientos que muestran su irrupción en el escenario mundial. Pero Cuba misma está casi siempre ausente de sus análisis, porque buscan las causas de la intervención sólo

dentro de Estados Unidos: bien en la frenética búsqueda de nuevos mercados para la industria capitalista en expansión, bien en el cierre de la frontera, o bien en la necesidad de unificar el país a raíz de la guerra civil. Del mismo modo que Teddy Roosevelt ignoró a los mambises cubanos, los historiadores norteamericanos han solido dejar a un lado la compleja historia de insurgencia y contrainsurgencia que se desarrolló durante las tres décadas que antecedieron a la declaración de guerra de Estados Unidos a España. Como resultado de ello, perdieron de vista el grado en que las condiciones internas de la Isla —así como la propia historia de la revolución— conformaron las posibilidades de una intervención norteamericana.[10] Una vez que se sitúa a Cuba y la cuestión racial en el centro de la historia pueden surgir nuevas motivaciones, significados y dinámicas tras esta intervención, así como nuevos caminos para vincular la historia de la raza con la del imperio, pues resulta muy significativo que en una época de racismo ascendente, Estados Unidos optara por atemperar la victoria de un movimiento multirracial y explícitamente antirracista.

En segundo lugar, una vez que las luchas independentistas cubanas del siglo XIX se interpretan como una revolución anticolonialista y antirracista de gran alcance, pone más en evidencia su ausencia de los cánones históricos. Dado el carácter del movimiento, resulta sorprendente que tan pocas personas en Estados Unidos, o en otros sitios del mundo fuera de Cuba o España, hayan oído hablar de esta revolución. La explicación de esta aparente paradoja se encuentra, en gran medida, en la inusual transición a la paz que tuvo lugar en 1898, cuando la guerra por la independencia cubana no terminó con la fundación de una república cubana independiente, sino con la emergencia del imperio más poderoso del mundo moderno. Por sí solo, este hecho ha bastado para hacer invisible en los cánones históricos los 30 años del movimiento revolucionario cubano. Ha sido suficiente para convertirla en una "revolución que el mundo olvidó", caracterización que tomamos prestada de la que Michel-Rolph Trouillot hiciera de la Revolución haitiana de un siglo antes.[11] Al ampliar el enfoque temporal y geográfico de la guerra que el mundo conoce, por lo general, como una conflagración de 113 días, contribuimos así a rectificar esa ausencia y ese olvido.

Pero a la misma vez sería sumamente inadecuado dejar la historia aquí y sólo limitarnos a mostrar que existió un importante e, incluso, revolucionario movimiento anticolonialista y antirracista. Para entender la revolución que precedió a la intervención norteamericana se requiere otro tipo de desafío; es decir, un desafío no sólo a la invisibilidad de la revolución en la conciencia histórica norteamericana, sino también a su preponderancia y coherencia en la memoria nacional cubana.

Si las exigencias del imperio en Estados Unidos menoscabaron la importancia de los 30 años de lucha contra España que precedieron la intervención de aquel país, también es cierto que los dictados del nacionalismo revolucionario sancionado por el Estado cubano después de 1959, convirtieron esas mismas luchas en algo indispensable. El Gobierno Revolucionario que hace 50 años llegó al poder bajo la dirección de Fidel Castro, adoptó el movimiento independentista como su predecesor ideológico y espiritual. Glorificó el nacionalismo antimperialista y antirracista de los próceres del siglo XIX y denunció la intervención de Estados Unidos. La revolución de 1959 se conceptuó a sí misma como el cumplimiento y la encarnación de los ideales patrióticos del XIX, frustrados por la intervención estadounidense en 1898 y las décadas subsiguientes de dominación norteamericana directa e indirecta. Si bien en la nomenclatura imperial la lucha anticolonialista de 1868 a 1898 se redujo a los cuatro meses de Guerra hispano-norteamericana, en el nuevo léxico revolucionario se convirtió en "Cien años de lucha" desde el primer levantamiento de 1868, hasta el momento revolucionario de los años 60. Las luchas del siglo XIX se convirtieron, por tanto, en componentes centrales de una nueva conciencia histórica y un elemento clave del nuevo Estado por obtener legitimidad nacional e histórica.[12]

Así fue en los años que siguieron a 1959, y lo continúa siendo en períodos más recientes, cuando las vallas a lo largo de La Habana proclaman la trascendencia de los vínculos entre las postrimerías de los siglos XIX y XX, y el líder político del país sigue hablando de 1868 —y, en particular, sobre la revolución abortada y el imperialismo frenético— para enunciar posiciones políticas en el presente.

Como el Estado nacido en 1959 se percibió a sí mismo como la encarnación de los ideales políticos de patriotas muertos largo tiempo atrás, quedaba poco espacio para discutir acerca del carácter y las complejidades de la revolución nacionalista. El movimiento del siglo XIX que hizo suyo el Estado revolucionario, quedó reducido a algo tan abstracto e instrumental que las contradicciones y los protagonistas de las luchas libradas en el período 1868-1898 estaban casi tan ausentes y borrosos en el saber nacionalista como en la historiografía imperial (a pesar de sus orientaciones políticas radicalmente opuestas). Treinta años de conspiraciones organizadas y traicionadas, de alianzas pactadas y rotas, de caminos alterados y modificados, se convirtieron simplemente en una fábula abstracta —aunque, sin duda alguna, apasionante— de la lucha de un pueblo por una nación. Tan es así que la oscuridad que rodea la insurgencia anticolonial, impuesta en un principio por el desprecio y la arrogancia imperiales, permanece en muchos aspectos incólume ante la teleología de las narrativas nacionalistas.[13]

La recuperación y reinterpretación de la Revolución cubana del siglo XIX exige enfrentarse entonces tanto a los silencios imperiales como a las pretensiones nacionalistas. En su crítica a estas ultimas, este libro no cuestiona la existencia o no de vínculos entre movimientos políticos que 100 años separan, sino la naturaleza misma de la revolución original de la cual los revolucionarios modernos se proclaman sucesores. El interés de este estudio no consiste ni en recrear ni en durrumbar la saga nacional, sino en ubicar las complicadas trayectorias nacionalistas, las constantes tensiones entre racismo y antirracismo, y las inconsistencias y contradicciones que definieron el movimiento, en el escenario central del desarrollo y la liquidación de la revolución. Por consiguiente, en este estudio, no se tratan como aberraciones de la historia nacional los objetivos políticos alternativos que surgieron dentro del movimiento nacionalista (como la anexión a Estados Unidos o el autonomismo dentro del imperio español). Del mismo modo, los episodios de divisiones raciales, clasistas y regionales no se consideran como desviaciones de una senda por lo demás recta, sino como elementos constitutivos del proyecto nacionalista mismo, pues el conflicto, más que el consenso, definió la revolución del siglo XIX en Cuba.[14]

La raza y la negación de las razas

De todas las tensiones y contradicciones que definieron el nacionalismo cubano, ninguna parecía más urgente y complicada que aquellas relacionadas con el tema de la raza. El movimiento nacionalista originó una de las ideas más poderosas en la historia de Cuba: la concepción —dominante hasta nuestros días— de una nacionalidad sin razas. En los campos de batalla, así como en periódicos, memorias, ensayos y discursos, los intelectuales patriotas (blancos o no) afirmaban audazmente que la lucha contra España había engendrado un nuevo tipo de individuo y un nuevo tipo de colectividad. Sostenían que la experiencia de la guerra había unido para siempre a negros y blancos, e imaginaban una nación en la cual la igualdad había calado de tal manera que no era necesario identificar las razas o hablar de ellas; es decir, una nación en la cual (según la frase del general mulato Antonio Maceo) no habría "blanquitos, ni negritos, sino cubanos".[15] Así, la república rebelde renunció a registrar las categorías raciales de identificación en los listados del ejército, y un gran número de ciudadanos afirmaban una y otra vez (como siguen haciendo muchos en la actualidad) que no existía la discriminación racial y que la raza no tenía gran trascendencia. Por ende, este estudio de la revolución anticolonial es también la historia del surgimiento de una ideología racial particularmente arraigada, así como la historia de las tensiones y transformaciones que dieron origen a esa ideología y de aquellas que engendró a su vez esta ideología.

A medida que emergía, esa ideología de una nacionalidad sin razas entraba en conflicto con los viejos argumentos coloniales sobre la imposibilidad de la nacionalidad cubana. Desde fines del siglo XVIII, los defensores del régimen colonial en Cuba habían aseverado que la preponderancia de la gente de color y la importancia social y económica de la esclavitud, indicaban que Cuba no podía ser una nación soberana. Para enfrentar las amenazas al orden político, apelaban a imágenes de guerra racial y presentaban la república deseada por los nacionalistas como sucesora de Haití. Tales argumentos funcionaron bien en la era de las revoluciones, cuando las elites cubanas decidieron rechazar la

independencia y mantener una prosperidad erigida en gran parte sobre el trabajo forzado de los africanos en el azúcar. Estos argumentos siguieron funcionado, aunque modificados, después del inicio de la insurgencia independentista en 1868, cuando los dirigentes nacionalistas de la Guerra de los Diez Años empezaron a desafiar las formulaciones tradicionales sobre la imposibilidad de la nacionalidad cubana. Establecieron una República en Armas y designaron a hombres de color libres para ocupar cargos públicos a escala local; movilizaron a los esclavos y proclamaron (de manera vacilante y ambivalente) el fin (gradual e indemnizado) de la esclavitud. Las autoridades españolas y sus aliados respondieron a estos desafíos desplegando los argumentos habituales en torno a los peligros raciales de la rebelión. Las alusiones a Haití se hicieron ubicuas, aunque en la mayoría de las veces eran breves y nebulosas, como si la sola mención del nombre bastara para engendrar imágenes concretas de la supremacía negra: de negros que violaban mujeres blancas y asesinaban a sus padres y esposos, de la autoridad política ejercida por emperadores negros; de riquezas y propiedades aniquiladas, y de desprecio por Dios y la civilización.

Los detractores del movimiento volvieron a emplear los mismos argumentos e imágenes —incluso con mejores resultados— durante el segundo levantamiento separatista, conocido como la Guerra Chiquita de 1879 a 1880. Pero, en este caso, las autoridades coloniales no se limitaron a calificar de negro el movimiento independentista; de manera muy consciente y eficaz también manipularon los rasgos de la rebelión para hacerlos concordar más con su interpretación. Alteraron las listas de insurrectos capturados, al omitir los nombres de mambises blancos, y obligaron a los insurrectos blancos que se habían rendido a firmar declaraciones públicas, en las cuales repudiaban los supuestos objetivos raciales de los líderes negros. Y mientras las autoridades coloniales se esforzaban por mostrar más negra la sublevación, más insurrectos blancos se rendían, más negra se volvía aquélla, y así sucesivamente. La cuestión racial y su manipulación por las autoridades coloniales resultan, por consiguiente, absolutamente esenciales para comprender los límites de la guerra multirracial en la primera mitad del período nacionalista.

Así pues, al tiempo que los independentistas se preparaban para desencadenar la revolución final y, como esperaban, exitosa contra España, tenían que no sólo enfrentar la tarea de unir los diferentes campamentos separatistas y acumular hombres, armas y dinero para la batalla. También enfrentaban la imperiosa necesidad de combatir las prejuiciosas representaciones coloniales del movimiento independentista. Para que la insurgencia anticolonialista triunfara, los separatistas tenían que neutralizar las prevenciones tradicionales sobre los riesgos raciales; o sea, tenían que elaborar respuestas efectivas a los argumentos que habían sostenido por casi un siglo que Cuba no estaba preparada para conseguir su nacionalidad. "El poder de autorrepresentarse", habían comprendido los separatistas, "no era más que el propio poder político".[16] La lucha por ese poder de representación exigía que los intelectuales patriotas reconceptualizaran la nacionalidad, lo que significaba ser negro y el lugar de las personas de color en la futura nación. A lo largo de este proceso, los intelectuales negros, mulatos y blancos construyeron expresiones poderosas y elocuentes de un nacionalismo antirracista y de una nacionalidad basada solidamente en el antirracismo. Entre esos intelectuales se encontraban José Martí, hijo de valenciano y canaria, quien en 1892 fundó el Partido Revolucionario Cubano en Nueva York; Juan Gualberto Gómez, periodista mulato, nacido de padres esclavos, educado en París y La Habana, y Rafael Serra y Montalvo, destacado periodista que comenzó su carrera como trabajador tabacalero. Todos ellos escribieron sobre la unión de negros y blancos en la lucha anticolonialista, y en ese abrazo físico y espiritual entre blancos y negros en plena guerra situaron el nacimiento simbólico y material de la nación. En sus idearios, los negros y mulatos nunca amenazarían la nación con aspiraciones de fundar una república negra. Sus escritos contradecían, de manera explícita, las prevenciones colonialistas sobre la inevitabilidad de una guerra de razas y la imposibilidad de una nacionalidad cubana. A las poderosas ideas cargadas de temor y tensión racial contrapusieron imágenes igualmente poderosas de armonía y trascendencia racial.

Pero si bien este complejo proceso de reformulación de los conceptos de raza y nacionalidad, diálogaba con las acusaciones ra-

cistas del Estado colonial, también provenía de tensiones (y creaba otras nuevas) dentro de la propia comunidad nacionalista. Al declarar que las razas no existían y al afirmar que el racismo constituía un quebrantamiento de la nación como un todo, la retórica nacionalista contribuía a derrotar los juicios españoles acerca de la imposibilidad de una nacionalidad cubana. Mas, esa misma retórica proporcionó un contexto conceptual que los soldados negros podían utilizar para condenar el racismo no sólo de sus enemigos españoles, sino también de sus compañeros y jefes insurrectos. De este modo, la ideología de una nacionalidad sin razas, aunque sugería que la raza había sido superada, brindaba a los independentistas y ciudadanos de color un poderoso lenguaje con el cual hablar de la raza y el racismo en el seno del movimiento revolucionario, un lenguaje con el cual mostrar que esa superación todavía estaba por llegar. Y, de hecho, durante el período insurreccional y después de finalizada la Guerra de Independencia de 1895, los soldados y oficiales negros se valieron de este nuevo lenguaje del nacionalismo para delatar y condenar lo que ellos percibían como racismo dentro del movimiento anticolonial. De ese modo, el lenguaje de la nacionalidad sin razas, un discurso de armonía e integración, también se convirtió en un "lenguaje de contienda".[17]

Así como la insurgencia y la retórica nacionalistas daban forma a la conducta política de los negros, la participación de éstos afectó profundamente tanto el discurso, como la práctica del nacionalismo. La movilización de cubanos de color libres y esclavos contribuyó a radicalizar el nacionalismo cubano e hizo militarmente viables las rebeliones. La participación negra se celebraba, incluso, en la prosa independentista de la época. Pero esa movilización —al inicio, porque su principal precedente radicaba en la rebelión de esclavos y luego, porque iba acompañada de un considerable liderazgo negro— también creó ansiedades entre los insurrectos y alimentó las fuerzas de la contrainsurgencia. La actividad y el poder político de los negros condujeron a algunos dirigentes blancos a impugnar los motivos de sus compañeros negros, y a otros a abandonar el movimiento del todo y a aliarse con España para conseguir su derrota. La participación negra en la lucha —así como las representaciones de esa

participación— tuvo fuerza, de una parte, para arriesgar el éxito de los esfuerzos nacionalistas y, de otra, para fortalecer el atractivo del movimiento.

Estas tensiones entre la revolución y la contrarrevolución, y entre el racismo y el antirracismo, definieron la revolución del siglo XIX en Cuba. Y estas tensiones constituyen el corazón de esta historia. Sólo si las situamos incómodamente contenidas en el movimiento independentista en el fondo de nuestro examen, podremos comenzar a entender la descontinuidad que se observa —primero— entre la sociedad esclavista racista y la revolución antirracista que ésta produjo y —segundo— entre la revolución antirracista y la ambigua independencia que consiguió en 1898; una independencia que puso a Cuba bajo el control formal —y no siempre indeseado— de Estados Unidos.

Nota final sobre lenguaje y raza

Siempre resulta difícil escoger un lenguaje o un conjunto de términos con los cuales escribir sobre la raza y las categorías raciales. Y este libro, como tantos otros realizados durante los últimos 10 o 15 años, necesariamente debe moverse entre aseverar en un momento dado el carácter construido de lo que llamamos raza y hablar a continuación de negros que hicieron esto y blancos que hicieron aquello. La tensión en este tipo de proyecto es irreconciliable: el hecho de que la raza no es una categoría biológica no significa que los protagonistas históricos hablaran, pensaran y actuaran como si no lo fuera. Pero la convicción de que la raza constituye una construcción histórica y social, sí obliga a los historiadores a evitar la proyección de categorías derivadas de otros tiempos y lugares sobre el material sujeto a investigación.

No obstante, esta solución tentativa —la de confiar en categorías derivadas del período y el medio que se estudian— plantea dificultades adicionales, cuando uno escribe sobre categorías raciales más allá de las fronteras nacionales y, en particular, cuando se escribe sobre la raza en América Latina y el Caribe para lectores estadounidenses. Transcribir (o traducir) categorías directamente de documentos implica utilizar denominaciones raciales con una resonancia disonante y a veces peyorativa en Esta-

dos Unidos. Viene enseguida a la mente el término *mulato*, una palabra que todavía tiene fuertes connotaciones negativas en Estados Unidos, pero que en Cuba desde hace tiempo tiene una resonancia casi elogiosa.[18] Algunos investigadores, enfrentados a tales dilemas, optan por americanizar su lenguaje empleando términos que suenan más familiares a los oídos norteamericanos: afrocubano, afrobrasileño, y así sucesivamente. Este lenguaje, aunque más suave en inglés que muchas de sus alternativas, crea otro problema. En el caso de Cuba, el término "afrocubano", que tan neutral y natural suena en el inglés norteamericano, tiene su propia historia local. Y, dentro de esa historia, el término ha invocado tradicionalmente representaciones exóticas y racistas de la cultura africana en la primera mitad del siglo XX. Si la frase crea problemas en un contexto cubano, crea otros también desalentadores en el contexto norteamericano, pues la denominación "afrocubano" (como sus equivalentes afrobrasileño o afrovenezolano) borra diferencias que los protagonistas históricos parecen haber observado. Traducir los términos *mulato* (o *pardo)* y *negro* (o *moreno*) simplemente como afrocubano, implica ocultar distinciones claramente establecidas en el momento en que las palabras se escribieron, dijeron o escucharon. En otras palabras, el término crea la falsa impresión de que las identidades raciales latinoamericanas caben con facilidad dentro de las categorías raciales norteamericanas contemporáneas.[19]

Por estas razones, he tratado de utilizar, como otros recientes historiadores de la raza, las categorías y descripciones que empleaban los protagonistas de la propia historia que se estudia. En ocasiones son denominaciones autoatribuidas; usualmente, por necesidad, se trata de categorías atribuidas a individuos o a grupos por otros: por burócratas coloniales, soldados enemigos, interrogadores judiciales, aliados políticos u oficiales al mando. Que yo haya usado las denominaciones que aparecen en documentos recuperados no hace que las categorías empleadas sean más reales que otras, pero sí garantiza que se trata de categorías utilizadas en la Cuba del siglo XIX.

Sin embargo, el uso de categorías raciales tal como aparecen en los documentos históricos no sólo sirve para observar las alianzas e identificaciones de hace más de un siglo. Espero que tam-

bién haga evidente la imposibilidad de depender de un sistema único y uniforme de denominación racial, pues en las fuentes salta a la vista de inmediato el alto grado de inconsistencia en la manera en que las personas asignaban las denominaciones raciales. En ocasiones, la gente y las instituciones establecían distinciones entre negros y mulatos (como en *pardo* y *moreno*), pero otras veces no lo hacían (como en *de color)*. La cuestión aquí no es si en Cuba, como en Estados Unidos, existía una línea de color (entre blancos y negros) o dos (una entre blancos y mulatos y otra entre mulatos y blancos), pues, incluso en casos en que han existido múltiples líneas, no siempre se observaban. A veces, los protagonistas históricos trazaban múltiples líneas, en ocasiones una sola, y en otros casos (más raros) no establecían ninguna. Cuando empleo categorías tanto del sistema de clasificación birracial del trirracial, no doy respuesta a la habitual interrogante sobre la cantidad de líneas de color en América Latina; éste no es mi propósito.[20] Pero abrigo la esperanza de que al usar el lenguaje tanto de sistemas raciales binarios como terciarios desplace, en alguna medida, el terreno del debate, de forma que deje de centrarse en cuestiones estructurales sobre líneas trazadas *a priori* y que incorpore otras preguntas acerca de la manera en que la raza, las fronteras raciales y las ideología de raza se forman y reforman en la práctica cotidiana.[21] Y si, en ocasiones, estas denominaciones raciales suenan extrañas, espero que esta extrañeza, en lugar de disuadir a los lectores, sirva para recordarles, primero, la naturaleza no universal de las interpretaciones norteamericanas y, segundo, el carácter no natural de todas estas categorías.[22]

Notas

1 Las cifras de población provienen de Cuba, Comisión de Estadística: *Cuadro estadístico* (1846). Las del comercio de esclavos son de Bergad, Iglesias y Barcia: *The Cuban Slave Market*, 38; Eltis: *Economic Growth and the Ending of the Transatlantic Slave Trade*, 245; Rawley: *The Transatlantic Slave Trade*, 428, y Curtin: *The Atlantic Slave Trade*, 88. Sobre la esclavitud cubana, ver F. Knight: *Slave Society in Cuba;* R. Scott: *Slave Emancipation in Cuba,* cap. 1, y Ortiz: *Los negros esclavos*.

2 Sobre la conspiración de 1844, conocida como La Escalera, ver especialmente: *Sugar is Made with Blood*; acerca de la conspiración de 1864,

"Documento que trata de un conato de insurrección de esclavos en el partido de El Cobre", en ANC, CM, leg. 124, exp. 5. La cita procede del testimonio de un esclavo de 28 años, llamado Domingo.

3 José Antonio Saco, citado en Ibarra: *Ideología mambisa*, 25.

4 La cifra del 40 % es de Pérez: *Cuba between Empires*, 106; la del 60 %, de Ibarra: *Cuba, 1898-1921*, 187. Ambas cifras sólo son estimados, porque las plantillas de la última guerra de independencia no registran las identificaciones raciales de los soldados. Sobre la creciente ausencia de categorías raciales en los registros oficiales del movimiento, ver A. Ferrer: "Silence of Patriots", y el capítulo 6, nota 50.

5 Antonio Maceo, citado en Ibarra: *Ideología mambisa*, 52. Muchas de las más importantes figuras del independentismo —blancas y no blancas, civiles, militares— en algún momento escribieron algo sobre este tema. Entre ellos, José Martí, Antonio Maceo, Juan Gualberto Gómez, Martín Morúa Delgado, Manuel de la Cruz, Manuel Sanguily, Rafael Serra y Montalvo, y otros. Ver capítulo 5. Sobre la noción de "presentes míticos", ver L. Hunt: *Politics, Culture, and Class in the French Revolution.*

6 Acerca de la teoría racial en el siglo XIX, véase Hannaford: *Race*; Mosse: *Toward the Final Solution*, y Stocking: *Race, Culture and Evolution*. Sobre esas teorías en contextos coloniales, Young: *Colonial Desire*. Con relación al impacto en América Latina, véase Gram: *The Idea of Race in Latin America*, y Stepan: *The Hour of Eugenics*. En cuanto a la discusión sobre los vínculos entre modernidad, liberalismo y pensamiento racista, Goldberg: *Racist Culture*.

7 Ambas citas son de José Martí. El comentario referente a Darwin aparece en "Un mes de vida norteamericana", y "razas de librería" en "Nuestra América", ambas en Martí: *Obras Completas* (1963-1966), 11:146 y 6:15-23, respectivamente. A no ser que se indique —como aquí—, todas las referencias de las obras completas de Martí son de la edición de 1946, publicadas en La Habana por Editorial Lex. Para un examen más profundo de esos argumentos, véase capítulo 5.

8 Ver Wade: *Race and Ethnicity in Latin America* y *Blackness and Race Mixture;* Graham: *Idea of Race in Latin America;* Stepan: *"The Hour of Eugenics";* Wright: *Café con Leche*, y Skidmore: *Black into White.*

9 Las implicaciones raciales y de género de esta diferencia se estudian más adelante en el capítulo 5. En Cuba, y en toda América Latina, aparecerían eventualmente ideas que consideraban la nación como mulata o mestiza. Véase, por ejemplo, Kutzinski: *Sugar's Secrets*, y Moore: *Nationalizing Blackness*. En cuanto a la raza y la política del siglo XX, Helg: *Our Rightful Share*; De la Fuente: *"With All and for All"*, y Fernández Robaina: *El negro en Cuba*.

[10] Walter LeFeber y la Escuela de Winsconsin, en general, rompieron con las interpretaciones tradicionales que consideraban como un benévolo accidente la emergencia de un país como potencia imperial. Véase, por ejemplo, LeFeber: *The New Empire.* Pese a que la obra de LeFeber sigue siendo una contribución crítica, las explicaciones de la escuela respecto del imperio están enraizadas en la historia de Estados Unidos. Entre los americanistas, la obra de Philip Foner se mantiene como una excepción de la regla. A pesar de que Foner construyó un retrato demasiado romántico de la insurgencia, su obra fue la primera en destacar la necesidad de que se integrara el estudio de la Revolución cubana antes de 1898 al estudio de la intervención y la expansión norteamericanas. Ver *The Spanish-Cuban-American War.* Desde entonces, pocos americanistas han escuchado su llamado. En la reciente antología editada por Amy Kaplan y Donald Pease, *Cultures of United States Imperialism*, por ejemplo, se critica de manera convincente la ausencia del imperio en el estudio de la historia y la literatura de Estados Unidos, pero los territorios que acabaron por formar el imperio están marcadamente ausentes de la mayoría de los artículos de la compilación, o sólo están presentes como lugares casi intercambiables donde se desenvuelven las ansiedades y deseos norteamericanos. No es de sorprenderse entonces que los historiadores cubanos (o cubanistas) hayan estado mucho más deseosos de considerar los antecedentes cubanos de la intervención norteamericana. Véase, en particular, Pérez: *Cuba between Empires*; Roig de Leuchsenring: *La guerra libertadora cubana* y *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos*, y Collazo: *Los americanos en Cuba.*

[11] Trouillot: "An Unthinkable History", 71.

[12] Para un estudio más detallado de este proceso, véase L. Pérez: "In the Service of the Revolution".

[13] En cuanto a los exámenes de los modos como la historiografía tradicional (como la marxista) reproduce algunos de los problemas del discurso colonial, ver especialmente Guha: "The Prose of Counter-Insurgency"; Prakash: "Writing Post-Orientalist Histories of the Third World", y Chakrabarty: "Postcolony and the Artifice of History".

[14] En cuanto a los recientes tratamientos del nacionalismo que enfocan cuestiones relacionadas con las divisiones y alternativas, ver, en particular, Chatterjee: *The Nation and Its Fragments*, y, en un contexto latinoamericano, Mallon: *Peasant and Nation,* y Thurner: *From Two Republics to One Divided.*

[15] Citado en Ibarra: *Ideología mambisa*, 52.

[16] Chatterjee: *The Nation and Its Fragments, 76.*

[17] Roseberry: "Hegemony and the Language of Contention".

[18] Por ejemplo, J. G. Gómez: "Programa del Diario *La Fraternidad*", reproducido en J. G. Gómez: *Por Cuba libre,* p. 262, y Kutzinki: *Sugar's Secrets.*

[19] Deseo agradecer especialmente a Gisela Arandia, Ma. del Carmen Barcia, Alejandro de la Fuente, Tomás Fernández Robaina, Adelaida Ferrer, Fernando Martínez y Rebecca Scott haber discutido conmigo estas cuestiones terminológicas.

[20] A diferencia del uso norteamericano contemporáneo, esta frase no se aplicaba a los trabajadores contratados chinos y yucatecos, quienes aparecían por lo general en los censos como blancos.

[21] Recientes intervenciones en el debate sobre las líneas de color latinoamericanas incluyen los trabajos de Helg: *Our Rightful Share;* Wade: *Blackness and Race Mixture,* y Andrews: *Blacks and Whites in Sao Paulo.*

[22] Véase, especialmente, Holt: "Marking", y R. Scott: "Introducción (al dossier sobre raza y racismo)".

I / La guerra

CAPÍTULO 1

Esclavos, insurrectos y ciudadanos La temprana Guerra de los Diez Años. 1868-1870

El 10 de octubre de 1868, en la jurisdicción oriental de Manzanillo, Carlos Manuel de Céspedes y sus seguidores lanzaron el famoso Grito de Yara, un llamamiento armado a poner fin al dominio de España en Cuba. Céspedes era hacendado azucarero y esclavista; también poeta y abogado, educado en Madrid y La Habana, conocedor de Europa, veterano de conspiraciones republicanas españolas, y fundador y director de sociedades filarmónicas locales. Un detractor español lo acusó de abrigar las supersticiones "aristocráticas" de todos los "criollos y mestizos", al citar una carta que Céspedes había escrito a una autoridad en linajes nobles en que solicitaba el escudo de armas para sus cuatro apellidos: Céspedes (Osuna), López del Castillo (Islas Canarias), Luque (Córdoba) y Ramírez de Aguilar (Castilla).[1] Cualesquiera que hayan sido sus ideas sobre las virtudes de una ascendencia noble, esa mañana del 10 de octubre, Céspedes reunió a los esclavos en su ingenio Demajagua y les otorgó la libertad. Les dijo: "Desde ahora, sois tan libres como yo". Entonces, dirigiéndose a ellos como "ciudadanos", los invitó a ayudar a conquistar la libertad y la independencia de Cuba. Así comenzó la primera guerra por la independencia cubana.[2]

El capitán general español, informado de la revuelta en el oriente de Cuba, aseguró a las autoridades de Madrid que tenía "fuerzas más que sobradas" para sofocar la rebelión "en pocos días".[3] Pero 10 años y 12 generales más tarde, las autoridades españolas todavía seguían siendo incapaces de pacificar la Isla. La paz exigía negociaciones, y el campo de las cuestiones abiertas a la ne-

gociación había cambiado como resultado de la guerra. Durante una década de insurgencia, miles de esclavos aceptaron la invitación de Céspedes. Abandonaron fincas y haciendas para unirse a las fuerzas insurrectas y apoyar su propia emancipación de la esclavitud, así como la liberación de Cuba frente al colonialismo. De modo que, en 1878, las autoridades españolas tuvieron que enfrentarse a esclavos combativos y movilizados. Razonablemente no podían volverlos a esclavizar, pero si se les otorgaba la libertad se convertirían en un ejemplo peligroso para quienes se habían mantenido leales a España.

Al cabo de diez años, no sólo había cambiado el contexto político y social de la negociación, sino también los negociadores. Un acuerdo de paz firmado en febrero de 1878, en el Zanjón, por la mayoría de la dirigencia rebelde aceptaba la continuación tanto del dominio español como de la esclavitud racial. A cambio de ello, España aceptó realizar ciertas reformas políticas y otorgar libertad legal a aquellos esclavos que habían participado en la revolución. Pese a que el Pacto del Zanjón puso fin formalmente a la guerra, de hecho no consiguió asegurar la pacificación, pues un numeroso grupo de independentistas decidió rechazar el tratado y continuar la lucha. Los funcionarios españoles se vieron así forzados a volver a negociar con ellos. Pero en este caso no podían hacerlo con Céspedes, ni siquiera con alguno de sus antiguos compañeros de la conspiración. Negociaron entonces con Antonio Maceo, un hombre que se describía a sí mismo como de color, proveniente de una familia de pequeños propietarios, quien en el curso de la Guerra Grande había alcanzado el grado de general en el Ejército Libertador cubano.[4]

En 1868, un hacendado azucarero de la raza blanca emancipó a sus esclavos para desatar una guerra por la independencia cubana. En 1878, 16 000 esclavos recibieron su libertad legal por haberse rebelado contra España; y un pequeño propietario y general mulato repudió en Baraguá la paz sin abolición que los líderes rebeldes de la elite habían aceptado. El dramático contraste entre el inicio y el fin de la contienda, así como entre los principales protagonistas en cada episodio, plantea que entre 1868 y 1878 se estuvieron produciendo profundas transformaciones en el movimiento nacionalista cubano. De una sociedad esclavis-

ta temerosa de una rebelión de esclavos y negros, surgió un movimiento que atacó el esclavismo y el colonialismo, movilizó a negros libres y esclavizados, y promovió la aparición de dirigentes de color.

Resulta indiscutible que el nacionalismo cubano se transformó en el transcurso de los diez años de guerra.[5] Pero el proceso suele ser tan importante como las consecuencias, y la dinámica tan reveladora como los resultados. Los cambios ocurridos en el curso de la lucha anticolonial —la emancipación de los esclavos y la promoción de oficiales no blancos, por ejemplo— no sucedieron plácidamente ni fueron siempre producto del consenso. Tampoco surgieron única o principalmente de la confrontación con la autoridad española. Más bien, estas transformaciones surgieron de profundos y continuos conflictos dentro del mismo movimiento separatista. En éste, cada proclamación, cada medida o disposición que prometiera la libertad o aludiera a la igualdad parecía originar múltiples o impensadas consecuencias: la franca resistencia de algunos, la aceptación entusiasta de otros, y las dudas y recelos de algunos de los nacionalistas más comprometidos. Por consiguiente, la guerra contra la metrópoli española sólo constituyó un aspecto de la insurgencia anticolonial y el movimiento independentista iniciados en 1868. Otro elemento central de esa insurgencia fue el conflicto interno respecto de lo que debía ser la nueva nación cubana y el papel que en ella debían desempañar los diferentes grupos sociales. En cierto sentido, se trataba de una guerra sobre los límites de la nacionalidad cubana.

Los orígenes de la guerra

Aunque la guerra habría de durar diez años, la rebelión comenzó casi con pocas condiciones, sólo a medida que la opción de reformas políticas parecía esfumarse. Años antes de que se desencadenara la contienda, las expectativas de reformas coloniales eran grandes entre los criollos cubanos. Desde las postrimerías de la década del 50, las autoridades españolas había seguido una política general, aunque a veces esporádica, de atracción, con el fin de asegurar la lealtad colonial. En 1866, por ejemplo, establecieron la Junta de Información de Ultramar para abordar el pro-

blema de las reformas en áreas como el trabajo, el comercio y los impuestos, y en la Isla se realizaron elecciones para elegir delegados a esa Junta. Pese a que las perspectivas de un cambio parecían favorables por entonces, acontecimientos políticos en Madrid impidieron su realización. En España ocurrieron pronunciamientos que, aunque fracasados, contribuyeron a la llegada de un gobierno menos dado a las reformas, opuesto a las concesiones coloniales y a la Junta de Información. La nueva administración española y sus representantes coloniales no sólo negaban la posibilidad de reformas, sino también inauguraron una era de mayor represión gubernamental. Se reforzó la autoridad militar, los periódicos se sometieron a censura y los opositores marcharon al exilio. Por tanto, la rebelión sólo estalló después que el fracaso de la reforma y la irrupción de la reacción conservadora hicieran cada vez más ineficaces las propuestas pacíficas de cambio, y mientras el inicio de la revolución liberal de septiembre en Madrid debilitaba el Estado colonial en La Habana.[6]

Las quejas políticas de las elites criollas iban acompañadas de otras que tenían como base la crisis económica que empezó en 1857. Las autoridades españolas, en un intento por socavar el creciente comercio entre Estados Unidos y Cuba, elevaron los aranceles a los bienes extranjeros que entraban por puertos cubanos. Y, en medio de un declive de la economía, también reestructuraron el sistema fiscal, imponiendo un impuesto directo del 10 % sobre el valor de todas las propiedades urbanas y rurales, un tributo que algunos dudaban pudiera cobrarse pacíficamente.[7]

A pesar de la significación de los agravios económicos y políticos que sirvieron de chispa y combustible de la rebelión, la manera como comenzó y acabó por echar raíces la insurgencia —en realidad, la geografía misma de ésta— también revela la preponderancia de la raza y la esclavitud en la conformación de esos agravios, así como en el empeño anticolonial de Cuba. Mientras la revolución comenzó y floreció en el oriente cubano, en el oeste de Cuba no se materializó una lucha sostenida. Por regla general, las elites criolla y peninsular no compartían las demandas económicas y políticas de los hombres que habían declarado la guerra en el este. Buena parte de la región occidental había disfrutado de los beneficios de la expansión económica durante la pri-

mera mitad del siglo XIX. Esa expansión resultó particularmente visible en la industria azucarera, en la cual los ingenios se multiplicaron y crecieron en tamaño y capacidad productiva, al tiempo que desplazaban las haciendas de café y tabaco, y arrasaban los bosques en su camino. El *boom* de las áreas en las provincias de La Habana, Matanzas y Las Villas, ejemplificaba la trayectoria de la expansión azucarera en el oeste. Por ejemplo, la villa de Sagua la Grande en Las Villas, sólo contaba con dos ingenios que producían unos pocos miles de arrobas de azúcar en 1827. Sin embargo, ya en 1846 existían 59 ingenios que fabricaban unas 11 500 toneladas de azúcar; en 1859 se duplicó el número de ingenios, cuya producción era cuatro veces mayor: 119 ingenios y cerca de 46 000 toneladas.[8] Pero no hubo un *boom* más impresionante y sostenido que el de la provincia de Matanzas, donde ya en 1857 sólo tres jurisdicciones locales (Matanzas, Cárdenas y Colón) producían más del 55 % del total de la cosecha en la Isla.[9]

La prosperidad occidental, tan evidente en los sumarios estadísticos, descansaba en el trabajo de los africanos esclavizados y sus descendientes. Durante la cosecha, muchos trabajaban entre 17 y 21 horas diarias cortando o moliendo la caña; dormían sólo durante breves intervalos, lo que muchos observadores de la época e investigadores modernos han calificado de "prisiones azucareras"; es decir, los barracones, largas viviendas rectangulares semejantes a un fuerte, diseñadas para asegurar la máxima seguridad de los dueños y mayorales, y la menor movilidad de los trabajadores. Aunque los hombres y mujeres esclavizados podían agenciarse espacios donde gozar de cierto grado de autonomía, no dejaban de escuchar cada día las órdenes de los dueños y mayorales que los conminaban a trabajar con mayor intensidad, durante más tiempo y bajo condiciones que pocos hubieran elegido de ser libres. Pese a la presión abolicionista, la población esclava creció y se renovó continuamente (incluso hasta una fecha tan tardía como 1867), gracias a los constantes arribos desde África de hombres, mujeres y niños, muchos de los cuales siguieron hablando lenguas africanas y practicando diferentes formas culturales de ese continente.[10] En muchas partes del próspero occidente, esclavos africanos y criollos constituían una parte

significativa de la población. Por ejemplo, en zonas del *boom* ubicadas en Cárdenas y Colón, los esclavos llegaron a ser, respectivamente, el 48,7 % y el 51,2 % de la población en 1862. Si sumamos al número de esclavos el de los trabajadores chinos y yucatecos contratados, el porcentaje de la población no libre asciende hasta el 59,4 % y el 59,9 % del total de habitantes en los dos distritos.[11]

El estrecho vínculo entre prosperidad y servidumbre hacía que el problema de la independencia resultara particularmente difícil para los productores occidentales. Aquí, donde la dependencia del trabajo no libre era más evidente, y más tangible el miedo a la rebelión de los esclavos, la inmensa mayoría de los productores no era capaz de emancipar a sus esclavos o de apoyar una insurgencia que podía estimular su movilización. No sorprende entonces que las zonas azucareras occidentales no originaran ni apoyaran un movimiento anticolonial en 1868.

Por el contrario, la guerra comenzó en el este, en la zona occidental de Oriente que limitaba con Tunas y Bayamo en el oeste, Holguín y Jiguaní en el este y Manzanillo en el sur. (Mapa 1.1.) Aquí, los efectos de la reacción política española eran severos y el contraste con el oeste próspero resultaba sumamente desolador. Los propietarios de tierra locales contaban con menos capital para expandirse, comprar esclavos o mecanizar la producción. La mayoría de los ingenios sólo se limitaban a cultivar entre tres y cinco caballerías de tierra y seguían dependiendo, en primer lugar, de la fuerza animal. En términos generales, su tierra era menos productiva que la que se cultivaba en occidente. Por ejemplo, de los 1 365 ingenios que operaban en la Isla en 1860, el de Carlos Manuel de Céspedes, Demajagua, donde se inició la revolución, ocupaba el muy bajo puesto 1 113 en cuanto a producción azucarera anual. De hecho, mientras que, en esa fecha, los ingenios movidos por animales (trapiches) producían un promedio de 113 toneladas de azúcar en una zafra, los mecanizados —concentrados en las provincias azucareras occidentales— conseguían un promedio de 1 176 toneladas del dulce por zafra.[12] Por ende, en el este, los efectos de la declinación económica y la agresiva política fiscal resultaban más onerosos, por lo que la irritación con el gobierno colonial se hacía más aguda.



Mapa 1.1. Mapa de Cuba en el cual se muestran las jurisdicciones en 1860. (Franklin Knight: *Slave Society in Cuba*, University of Wisconsin Press, Madison, 1970.)

No obstante, las diferencias entre el este y el oeste eran más profundas que la reinante crisis económica. De hecho, la Cuba oriental y la occidental eran sociedades bien distintas. Mientras que el azúcar y la esclavitud dominaban buena parte del paisaje occidental, el oriental resultaba mucho más heterogéneo. Fincas de café, tabaco, ganadería y otros cultivos se alzaban al lado de las haciendas azucareras, y la población estaba distribuida de acuerdo con la diversidad de esas producciones. La jurisdicción oriental de Manzanillo constituye un buen ejemplo a propósito de lo expuesto. Aquí se asentaban las haciendas azucareras propiedad de Céspedes y otros conspiradores anticolonialistas. En esta jurisdicción, sólo el 6 % del total de la población rural vivía en haciendas azucareras. Compárese este porcentaje con el 64 % de la población rural que vivía en esas propiedades en la región occidental de Cárdenas, en Matanzas. Además, mientras que los prósperos ingenios del oeste ocupaban, sobre todo, a trabajadores no libres en las décadas de 50 y 60 del XIX, los ingenios orientales, más pequeños y con tecnologías menos avanzadas, se esforzaban mucho más por combinar el trabajo esclavo y el libre. Así pues, en Cárdenas, los esclavos constituían casi un 75 % de las personas que vivían en plantaciones azucareras, mientras que, en Manzanillo, los esclavos sólo llegaban al 53 % de los residentes en ellas.[13] Esta cifra atestigua la presencia de un significativo número de trabajadores libres en las haciendas locales del este.

Fuera de las plantaciones, en las ciudades, pueblos y campos orientales de Cuba, la presencia de esclavos resultaba incluso más pequeña. De hecho, como porcentaje del total de población, ellos sólo constituían el 6,5 % de la población total de Manzanillo, y la población blanca predominaba llegando al 51,4 %. En el distrito manzanillero de Yara, lugar donde los sublevados sufrieron su primer revés, la población esclava equivalía solamente al 2,4 % de la total del distrito.[14] Un patrón parecido prevalecía en las cinco jurisdicciones donde la rebelión no demoró en echar raíces. En ninguna de ellas, la población esclava sobrepasaba el 8,5 % de la población, y tampoco en ninguna los blancos eran minoría. (Tabla 1.1.)[15]

Tabla 1.1. Población de jurisdicciones seleccionadas del este de Cuba en 1862

	Población total	*Blancos %*	*Libres de color*	*Esclavos %*
Bayamo	31 336	50,5	41,0	8,5
Holguín	52 123	78,2	13,5	8,1
Jiguaní	15 572	70,1	26,5	3,4
Manzanillo	26 493	51,4	41,9	6,5
Tunas	6 823	59,8	33,0	7,0

FUENTE: Cuba. Centro de Estadística: *Noticias estadísticas de la Isla de Cuba en 1862* (La Habana: Imprenta del Gobierno y Capitanía General, 1864), "Censo de población de la Isla de Cuba en ... 1862".

NOTA: Los porcentajes pueden no totalizar el 100 %, porque no he incluido a los trabajadores chinos y yucatecos, ni a los *emancipados*, africanos encontrados en barcos de esclavos capturados. En cada una de las jurisdicciones, la población de esos tres grupos combinados constituía menos del 1 % de la población total.

Así pues, en las regiones orientales que apoyaron el levantamiento inicial, la esclavitud había dejado de ser crucial como institución económica o social, y la imagen de la rebelión esclava y el disturbio social parecían haber perdido algo de su poder.[16]

Por tanto, el azúcar, la raza y la esclavitud contribuyeron a definir los criterios de lo políticamente posible. En el oeste, donde las fortunas de los más relevantes propietarios de tierras estaban indisolublemente enlazadas con el producto del trabajo esclavo, los hacendados no se atrevieron a armarse ellos mismos, o a entregar armas a sus vecinos y esclavos para desafiar un orden político establecido y, para ellos, lucrativo. Mientras tanto, en las regiones orientales que gestaron el levantamiento inicial —donde la mayoría de la población era blanca y los más prominentes terratenientes no dependían tanto del azúcar o de la esclavitud—, los hacendados sí estaban dispuestos a arriesgarse al disturbio social que podría provocar un ejército independentista.

Sin dudas, estas diferencias entre el este y el oeste nos ayudan a entender los orígenes de la guerra en regiones específicas de la Isla. Mas las variaciones regionales no pueden explicar del todo los profundos conflictos que se desataron esa mañana del 10 de

octubre de 1868, pues si, antes de la Demajagua, el este parecía estar listo para apoyar una guerra que aspiraba a convertir a los esclavos en rebeldes y ciudadanos, a medida que ésta se arraigaba y los esclavos comenzaban a unirse en masa a la revolución, el aparente consenso empezó a tambalearse. Los dirigentes se enfrentaban, repentinamente dudosos de lo acertado de una abolición inmediata, e inseguros de, hasta qué punto, debían incorporar a los esclavos y hombres de color libres a la futura república.

Los insurrectos y la esclavitud

Cuando los principales conspiradores del 10 de octubre de 1868 intentaron proclamar la independencia de Cuba, lo primero que hicieron fue liberar a sus propios esclavos. Sin embargo, en el manifiesto revolucionario que esbozaba los objetivos del levantamiento armado, Céspedes sólo se limitó a expresar el "deseo" de la abolición. Además, esta abolición, sería gradual, indemnizaría a los propietarios y se realizaría sólo después que la guerra concluyera exitosamente. Como vemos, en un principio, Céspedes no abolió la esclavitud, ni la abolición se convirtió en política formal del nuevo movimiento.[17] La postura de la rebelión reflejaba, en parte, la naturaleza reformista de los inicios del movimiento. Otros elementos del programa separatista, tal como se describían en el Manifiesto del 10 de Octubre, también eran limitados y cautos. Por ejemplo, al tiempo que proclamaba la igualdad de todos los hombres, el manifiesto abogaba porque se promoviera únicamente la inmigración blanca, "la única que en la actualidad nos conviene". Las instituciones más liberales que el documento cita no se establecieron, sólo se mencionaron. Así, los revolucionarios señalaron que deseaban la emancipación y aseguraron que admiraban el sufragio universal, pero ni una ni otro, de momento, se decretaron, y la abolición de la esclavitud, incluso aquella que tendría lugar de manera gradual y bajo indemnización, se pospuso.[18]

Esta vacilación revelaba las contradicciones inherentes a la posición y la misión del liderazgo de los primeros tiempos de la guerra. Los dirigentes orientales que desencadenaron la revolu-

ción eran hombres poseedores de fortunas mucho menos sólidas que las de sus contrapartes occidentales, quienes optaron por la paz y la esclavitud bajo el dominio español. No obstante, dentro de la sociedad local, esos hombres integraban las familias criollas más prominentes de la región. Luego, mientras su posición subordinada respecto de la elite azucarera occidental resulta decisiva para entender los orígenes de la guerra en el este, su posición simultánea como miembros de una elite terrateniente lo es para comprender el curso de la contienda una vez iniciada.[19]

La posición económica y social de la dirección inicial resulta clara, cuando se examinan las listas oficiales de los insurrectos que compilaron las autoridades españolas. En Manzanillo, lugar donde estalló la sublevación, esas autoridades identificaron a 110 en mayo de 1869. De ellos, clasificaron a 42 como propietarios, a 24 como comerciantes u hombres de negocios, a 30 como antiguos representantes de la autoridad de España, quienes desempeñaron cargos de oficiales de la milicia de voluntarios criollos o de jueces de paz. Aproximadamente, el 55 % de los individuos identificados como independentistas puede clasificarse como miembros de la elite profesional, comercial o agrícola del distrito antes de estallar la guerra.[20] Un buen número de ellos poseía esclavos: Céspedes tenía 53; Francisco Vicente Aguilera, de Bayamo, aunque aparecía en la lista de Manzanillo, poseía más del doble: 109, todos los cuales liberó a inicios de la guerra.[21]

Los dirigentes locales también provenían de una clase de hombres educados, muchos de ellos activos en florecientes logias masónicas. Hombres como Céspedes y Aguilera eran educados y habían viajado mucho por el extranjero; Ignacio Agramonte Loynaz, uno de los principales líderes del movimiento en Puerto Príncipe, daba conferencias públicas sobre Hobbes y Rousseau.[22] Por ende, los dirigentes eran versados en los principios de la Ilustración y convencidos, tanto en teoría como —hasta cierto punto— en la práctica, de lo justa de la abolición de la esclavitud. Compartían la convicción de que no podían proclamar la libertad para ellos mismos, mientras esclavizaban a sus vecinos, y criticaban a los patriotas cubanos anteriores por haber abogado por la continuación de la esclavitud racial en la Isla.[23] Al mismo tiempo, los hombres del 68 también pertenecían a la

tradicional clase de terratenientes y esclavistas, acostumbrada a las ventajas económicas, políticas y sociales que acompañaban a la propiedad de esclavos en una sociedad esclavista. Por tanto, los dirigentes debían conciliar su aversión ideológica a la esclavitud con sus hábitos personales de autoridad.

Mas, aún más importante resultaba la circunstancia de que los dirigentes tenían que conciliar la necesidad de atraerse a los esclavos, con el fin de disponer de los soldados necesarios para hacer la guerra, con la de atraerse a los esclavistas, de modo de contar con los recursos imprescindibles para financiarla. Tenían que mostrar que su movimiento obraba en función de los mejores intereses de dos grupos cuyos objetivos eran aparentemente irreconciliables. Los primeros líderes de la revolución creían que la solución de este dilema descansaba en el ejercicio de la mesura. Por ello, el Manifiesto del 10 de Octubre aseveraba que la "moderación" del movimiento le daba derecho, en cierto modo, al apoyo de todos los sectores de la sociedad cubana. El deseo de los dirigentes por una emancipación gradual e indemnizada, ejemplificaba esa moderación. Si la justicia demandaba la emancipación de los esclavos, argumentaban los líderes, la equidad también exigía compensar las pérdidas de los esclavistas deseosos de cooperar.[24]

Céspedes mismo admitió que la vacilación inicial en cuanto a la esclavitud se debía, en parte, a una estrategia política. Explicó a sus colegas separatistas: "yo, que siempre he sido acérrimo abolicionista y que en la necesidad de no poner obstáculos a los primeros pasos de la revolución, me vi en el caso de detener la emancipación violenta proclamándola en mi manifiesto gradual y con retribución".[25] Al mismo tiempo, su explicación sobre la demora en promulgar un programa más comprensivo para la emancipación, revela algo acerca de sus propias dudas en cuanto al ejercicio de una completa libertad política y social por hombres y mujeres que habían vivido esclavizados. Entonces explicó a esos mismos colegas: "la emancipación de la esclavitud, que ya no es un hecho consumado, porque he querido prepararla para que al entrar los nuevos ciudadanos en el pleno goce de sus derechos, lo hagan siquiera ligeramente aleccionados en lo que debe entenderse por verdadera libertad".[26] Por esta razón, la abolición sería gradual y prudente, mientras que la transición de la

esclavitud a la libertad se llevaría a cabo bajo la tutela de la dirección independentista.

La política abolicionista adoptada el 10 de octubre, precisamente en virtud de su moderación, gozaba de obvias ventajas tácticas. Poseía, sobre todo, la capacidad potencial de tranquilizar a aquellos grupos cuyo soporte resultaba más necesario. En la promesa de una emancipación gradual y con indemnización, los esclavistas percibieron que, por el momento, no sufrirían pérdidas financieras, y cualesquiera que tuvieran que afrontar en el futuro serían debidamente compensadas. Mientras tanto, los esclavos, cuya única promesa de libertad con anterioridad al alzamiento había sido la manumisión o un arriesgado intento de escapar, entendieron que una revolución había comenzado y que, en caso de que los independentistas triunfaran, todos serían libres.

Este cauto equilibrio, nacido de la necesidad de hacer la guerra factible, resultó una de las primeras bajas de la contienda. Las intenciones limitadas y cuidadosamente manejadas de un puñado de conspiradores, no podían determinar el rumbo que la lucha tomaría una vez iniciada. Las autoridades españolas no tardaron en observar esta brecha entre los designios primeros de los conspiradores y las acciones de los rebeldes. Sólo dos semanas después de que empezara la insurrección, el capitán general español observó: "No dudo que los impulsadores de la sublevación de Yara pensarían en algo limitado (...) pero el hecho es que al poco de pronunciarse empezaron por quemar ingenios y llevarse como libres los esclavos, haciendo desde luego la cuestión social y concitando con su conducta el espíritu de la gente de color".[27]

Los dirigentes trataron de aminorar los peligros del disturbio social que sus declaraciones podían desencadenar y de reafirmar a los terratenientes, cuyo apoyo requerían, que sus propiedades, tanto de hombres como de tierra, se respetarían por la revolución. Días después del estallido independentista, Céspedes prometió que el ejército cubano respetaría toda vida y propiedad, y trataría a todos con igual consideración.[28] Al final del primer mes de guerra, prohibió de manera expresa a los oficiales aceptar esclavos en sus filas sin su propio permiso o el de los amos de esos esclavos.[29] Dos meses después fue más allá, al decretar que cualquier rebelde que fuera sorprendido robando a ciudadanos

pacíficos o atacando fincas para llevarse a los esclavos o incitarlos a la rebelión, sería juzgado y, de ser encontrado culpable, sentenciado a muerte por la administración mambí.[30]

Sin embargo, estas promesas no funcionaron del todo. El decreto de Céspedes no impidió que insurrectos locales siguieran llevándose esclavos a la guerra contra los deseos de esclavistas indecisos. En las zonas rurales de Santiago de Cuba, los propietarios que trataban de mantener la producción en sus fincas de café y caña de azúcar, veían sus esfuerzos frustrados por los sublevados que quemaban sus campos y se llevaban a sus esclavos.[31] En El Cobre, un próspero distrito rural en el nordeste de Santiago de Cuba y hogar de la santa patrona de Cuba, la virgen de la Caridad del Cobre, los terratenientes temían a las acciones de las fuerzas revolucionarias. Agruparon sus recursos y contrataron a un hombre llamado Jesús Pérez para que organizara un grupo de voluntarios con la misión de proteger sus propiedades y sus esclavos de las incursiones insurrectas. No obstante, los esfuerzos de los terratenientes fueron en vano, pues los insurrectos se ganaron a Pérez y a sus 70 hombres armados para su causa. Pérez se unió a los rebeldes y participó en la invasión de fincas, donde robaban alimentos y animales, y, en no pocos casos, confiscaban esclavos para la insurrección.[32] En toda la región se realizaban actividades semejantes, en las cuales los insurrectos atacaban propiedades y fincas y —con la colaboración o no de los mayorales y el consentimiento o no de los propios esclavos— liberaban a éstos de modo que pudieran ayudar, de alguna manera, a la causa independentista. En diciembre de 1868, un grupo de 153 cubanos atacó el cafetal San Fernando, en las afueras de Guantánamo, llevándose a 30 esclavos fornidos. En junio de 1869, los insurrectos invadieron la hacienda azucarera Santísima Trinidad de Giro, cerca de El Cobre, incendiaron los campos de caña y se fueron con los 87 esclavos. A muchos otros se los llevaron de la misma forma.[33]

Empero, los esclavos no tenían necesariamente que ser incitados a abandonar las fincas de sus amos, pues podían, por sí solos o en pequeños grupos, huir de ellas y ofrecer sus servicios a la revolución. Por ejemplo, el esclavo Pedro de la Torre se presentó en un campamento rebelde cerca de Holguín y expresó "el deseo

de sostener la Santa Causa".[34] José Manuel, un esclavo del cafetal Bello Desierto, cerca de El Cobre, fue aún más lejos, pues huyó por su propia voluntad para unirse a la insurrección, después de lo cual se presentaba en las fincas vecinas con copias de panfletos insurgentes y proclamas de libertad con el fin de "seducir" a otros esclavos.[35]

La inducción forzada o voluntaria de un gran número de esclavos, significaba que los dirigentes independentistas podían contar con un grupo mayor de reclutas y sacar provecho de las ventajas militares de un ejército en crecimiento. Sin embargo, los nuevos reclutas eran figuras particularmente problemáticas para la jefatura mambí. ¿Se trataba acaso de hombres y mujeres libres deseosos de escoger el camino de la independencia? ¿O esclavos que podían tomarse, del mismo modo que los rebeldes se hacían de otras propiedades, para forzarlos a trabajar en los campos de batalla, tal como con anterioridad eran forzados a trabajar en campos de caña y café? En la incertidumbre de 1868 y más tarde, no existía una respuesta sencilla a esta cuestión. Pero un hecho pronto quedó claro: los esclavos insurrectos se hicieron cada vez más visibles, por lo cual ciertas interrogantes resultaban inevitables; entre ellas, las relacionadas con la abolición de la esclavitud y la naturaleza de la incorporación de los esclavos a la lucha por la soberanía y a la nación misma. A medida que la creciente presencia de ellos hacía más urgente la respuesta a aquéllas, la sutil política de equilibrio ideológico se hacía cada vez más frágil. Y a los pocos meses del inicio de la insurgencia, los jefes revolucionarios comprendieron que la transición de la esclavitud a la libertad no podría posponerse hasta el fin de la contienda, como habían sido sus propósitos iniciales.

Por consiguiente, después de tres meses de guerra, la dirección independentista modificó su postura original sobre la abolición, moviéndose más allá de la vaga promesa de una emancipación al final de la lucha. El primer paso formal se dio el 27 de diciembre de 1868, cuando Céspedes decretó que todos los esclavos pertenecientes a conocidos enemigos de su causa les consideraría libres y que no se compensaría a sus propietarios. Los esclavos que se presentaran a las autoridades mambisas con el consentimiento de sus amos serían declarados libres y a éstos les com-

pensaría por las pérdidas financieras. Los esclavistas separatistas se reservaban el derecho de "prestar" a sus trabajadores esclavizados a la causa insurrecta, y al hacerlo preservaban sus derechos de propiedad hasta que la República de Cuba en Armas decretara la completa abolición en una fecha posterior no especificada. Por último, el documento establecía que los esclavos fugitivos que se presentaran a las fuerzas rebeldes o fueran capturados por éstas serían devueltos a sus propietarios, siempre y cuando éstos apoyaran la causa cubana.[36] Por ende, el decreto otorgaba una emancipación muy limitada, accesible solamente a una fracción de los esclavos y, en muchos casos, sólo tendría validez con el consentimiento de sus amos. En últimas, los esclavistas que apoyaban la causa cubana se reservaban el derecho a decidir, caso por caso, si liberarían o no a sus esclavos. Pese a que algunos conspiradores podían haber tomado individualmente la dramática decisión de libertar a sus propios esclavos y tratarlos como ciudadanos, la política formal de la revolución en diciembre del 68 no hacía más que estimular la manumisión, un rasgo común de la sociedad esclavista, y de esa manera, por omisión, aceptaba la esclavitud.

No obstante, el decreto de diciembre de 1868 —cauto, ambiguo, vacilante— gozaba de un inmenso poder para atraer a los hombres y mujeres esclavizados a la causa de la independencia nacional. Incluso, esta maniobra tan vacilante causó entre su público esclavo, lo mismo que meses antes tan pocas esperanzas de libertad tenía, "una gran excitación" y un "entusiasmo indescriptible". Como resultado, los esclavos se unieron a la fuerzas cubanas por millares. Según escribió Céspedes en enero de 1869: "no deja de ser imponente y hasta conmovedor, verlos marchar por compañías, dando vivas a la Libertad y a los blancos de Cuba, que ayer los manejaban al rigor del látigo y que hoy los tratan como hermanos y les dan el título de hombres libres".[37]

De haber sido posible, Céspedes habría detenido el tiempo en ese preciso momento para darle vida permanente a ese ejemplo de mutua satisfacción y consenso. Pero, en lugar de ello, a medida que transcurrían las semanas y los meses, la relación entre esclavos e insurrectos se hacía cada vez más compleja, y los nexos entre el antiesclavismo y el anticolonialismo se entrelazaban aún

más. Las modestas promesas de una eventual libertad lanzaron a una cantidad cada vez mayor de esclavos a la insurrección, y esa incorporación empujó entonces a los dirigentes a hacer más por la abolición. Pero mientras más cerca de la emancipación de esclavos se encontraban aquéllos, más esclavos se les unían. Y mientras más esclavos se les unían, más urgencia e importancia le otorgaban a la abolición. El resultado no podía ser otro que una casi infinita interrelación entre las iniciativas y respuestas de esclavos e insurrectos que conducía, de manera intermitente, a una emancipación más rápida y completa que aquella que los dirigentes habían previsto al principio.[38]

En medio de este continuo ir y venir entre esclavos e insurrectos y entre la esclavitud y la libertad, pocas políticas concernientes a la abolición tenían efectos limitados, como pocas se mantenían por mucho tiempo en un mismo lugar. Por ejemplo, el decreto conservador de diciembre de 1868, fue desplazado algunos meses más tarde por la Constitución redactada en Guáimaro el 10 abril de 1869. Esta Constitución declaraba sin ambigüedades: "Todos los habitantes de la República [son] enteramente libres". El Artículo 25 especificaba a continuación: "Todos los ciudadanos de la República se consideran soldados del Ejército Libertador".[39] De este modo se le daba reconocimiento legal a la conversión de los trabajadores esclavizados en ciudadanos y soldados de una nueva república.

Mas, la marcha hacia la emancipación absoluta en el territorio mambí era lenta e indirecta; y del mismo modo que la presencia de soldados esclavos podía acelerar el progreso formal de la abolición, también podía provocar una reacción opuesta, a medida que los dirigentes veían que los planes cuidadosamente trazados para una abolición gradual y estrechamente supervisada, eran deshechos por las acciones y los deseos de una creciente población de esclavos insurrectos. Así, el 5 de julio de 1869, se retrocedió, lo que redujo los efectos potenciales de la proclamación constitucional de la libertad aprobada sólo tres meses antes. En primer lugar, la Cámara de Representantes de la República de Cuba en Armas enmendó el Artículo 25. Ahora, en lugar de reconocer que todos los ciudadanos eran soldados, la enmienda exigía que "los ciudadanos de la república, sin distin-

ción alguna, están obligados a prestarle toda clase de servicio *conforme a sus aptitudes*".[40] En lo sucesivo, los oficiales no estarían formalmente obligados a aceptar esclavos como combatientes; ahora podían exigirles trabajar en la agricultura o como sirvientes domésticos mediante la aprobación legal de la República en Armas. Más tarde, en ese mismo mes, la asamblea ejecutiva redactó el Reglamento de Libertos, que siguió limitando la libertad otorgada a los esclavos en la Constitución de Guáimaro, al obligar a todos los *libertos* (esclavos liberados) incorporados a la insurrección a trabajar sin compensación. El reglamento concedió a los libertos el derecho a abandonar las casas de quienes fueron sus dueños. Pero fue más allá y estableció que era responsabilidad —e, incluso, obligación— de los esclavos acudir de inmediato a la Oficina de Libertos, de modo que pudieran asignarse a "otros patronos", de cuyo lado no podrían separarse "sin razones poderosas aducidas previamente en la misma oficina del ramo". De este modo, la Cámara seguía disponiendo del tiempo, el trabajo y los cuerpos de hombres y mujeres esclavizados. Los propietarios procubanos o los nuevos amos asignados, seguían conservando el derecho al trabajo de los esclavos y, con él, el derecho a "reprender" a sus libertos cuando fuera necesario, siempre y cuando lo hicieran "fraternalmente".[41] Los dirigentes independentistas, mostrando sus deseos de aplacar a los de su clase, trataron agresivamente de manejar la situación y la movilidad de los esclavos en el territorio que ellos controlaban.

Las muy variadas regulaciones del trabajo y el movimiento de los esclavos se mantuvieron hasta el día de Pascuas de 1870, cuando Céspedes puso fin formalmente al trabajo forzado de los libertos, al aducir que si bien en 1868 no estaban preparados para la libertad, "el transcurso de dos años ante el espectáculo de nuestras libertades, es suficiente para considerarlos ya regenerados, y franquearles toda la independencia". No obstante, en la circular de Céspedes, la libertad seguía siendo condicional, pues éste añadió que los esclavos liberados no podrían, bajo ningún concepto, "permanecer ociosos".[42] La actividad y el movimiento seguirían sujetos al control insurrecto.

Las vacilaciones tempranas de los dirigentes rebeldes en lo referente a la abolición y la participación de los esclavos en el

movimiento separatista, se pusieron de manifiesto con claridad en la política formal rebelde. Se trataba de vacilaciones que no pueden entenderse leyendo únicamente, por muy crítica que sea esa lectura, los pronunciamientos públicos y los decretos, pues los deslices y arranques en las iniciativas abolicionistas de la dirección revolucionaria no sólo eran consecuencia de las convicciones ideológicas o los cálculos políticos. También emergían de la interacción de esclavos e insurrectos, de jefes y subalternos en los campamentos y campos de batalla del territorio cubano. Esta interacción podía resultar tensa y volátil, pues lo que estaba en juego no sólo era el significado de la libertad que los insurgentes habían prometido y los esclavos anhelado, sino también la cuestión de quién definiría sus límites.

Esclavos e insurrectos

Cuando, en un principio, Céspedes pospuso la abolición de la esclavitud, manifestó en privado que creía que los esclavos cubanos todavía no estaban preparados para la libertad. La guerra, sugería, devendría un aula donde los esclavos emancipados serían "aleccionados en lo que debe entenderse por verdadera libertad".[43] La elección de las palabra que hizo no debe sorprendernos, pues los emancipadores blancos —tratárase de los políticos británicos en Jamaica o de los soldados norteños en el sur de Estados Unidos— casi siempre hablaban de la transición de la esclavitud a la libertad con metáforas sobre la preparación, de ahí el sustantivo "aprendizaje" para denotar el período de transición del trabajo esclavo al libre en las colonias británicas. La tutela de los emancipadores se centraba habitualmente en enseñar a los esclavos cómo vender su labor a otros por un sueldo.[44] Pero en Cuba, en medio de una contienda armada por la soberanía nacional, los dirigentes nacionalistas, acorralados dondequiera por sus propias declaraciones de libertad e igualdad, intentaban modificar la esfera habitual de esa tutela. No se trataba aquí de entrenar a trabajadores libres, pues poco podía ganar en el territorio rebelde, a no ser la satisfacción de haber servido a la causa. Por el contrario, los dirigentes veían como su tarea el entrenamiento de ciudadanos libres (e industriosos). Sin embargo, en sus empe-

ños, los dirigentes republicanos y combatientes revelaban el grado en que aspiraban a diferenciar la libertad de quienes fueron esclavos de la suya propia. Como hemos visto, lo revelaban al asignar libertos a los amos, al fundar oficinas para supervisar los movimientos de aquéllos y a la hora de redactar leyes que les exigían trabajar. Asimismo, lo revelaban en su contacto diario con los insurrectos esclavos.

El contacto directo entre esclavos y mambises solía comenzar en el momento del reclutamiento. Al inducir a los primeros a participar en el movimiento, los jefes militares tenían que explicar habitualmente los objetivos de la revolución a los nuevos reclutas. Por ejemplo, cuando los insurrectos irrumpían en propiedades para movilizar a los esclavos, tenían por costumbre agrupar a las fuerzas esclavas para que escucharan sus alocuciones, en las cuales expresaban el significado del movimiento insurreccional y su relación con la abolición de la esclavitud. Los jefes militares, quienes estaban en un inicio ansiosos por conseguir el apoyo de los terratenientes, trataban de ejercer una influencia moderada durante estas conversaciones. Cuando tenían la oportunidad, muchos de ellos mostraban la revolución y la emancipación de modo que resultaran atrayentes al interés de los esclavos por emanciparse, aunque también limitaban el alcance de la libertad que prometían. Por ejemplo, en los primeros tiempos, Máximo Gómez y Donato Mármol, en reciprocidad por la cooperación de los esclavistas, prometían a los esclavos una eventual libertad, pero también les explicaban "los insuperables inconvenientes que tendría para ellos la abolición repentina, y los inmensos beneficios que les traerá la abolición gradual y rápida sin embargo, la abolición ennoblecida por el trabajo, la honradez y el bienestar".[45] Al reclutar a los esclavos con este tipo de preámbulo, los dirigentes les pedían que fueran pacientes en sus ansias de libertad. También les daban una especie de definición parcial de ésta: liberarse de la esclavitud no implicaba la libertad de no trabajar.

El coronel insurgente Juan Cancino, propietario él mismo de un esclavo, era algo más sutil en la manera en que propuso dirigirse a los potenciales reclutas esclavos. Les explicó a sus compañeros insurrectos que planeaba "atraer a algunos esclavos de Manzanillo a [sus] filas ofreciéndoles que si [tomaban] las armas

para combatir el gobierno español [serían] libres, puesto que ese mismo gobierno [era] quien los [había] esclavizado".[46] El plan de Cancino tenía la ventaja de atraerse a los esclavos al señalar a España como el enemigo común. Pero lo más importante era que el plan tenía la ventaja de mostrar a los mambises como libertadores benévolos, que pondrían fin al dominio de los esclavizadores y otorgarían la libertad a todos los esclavos. De forma implícita entonces, los antiguos esclavos contraían una deuda de gratitud con sus libertadores.

Esta estrategia —así como los discursos de Gómez y Mármol— iba más allá del abolicionismo insurgente. También constituía un medio para ampliar el Ejército Libertador y una vía potencial para manipular a los nuevos esclavos liberados, alentando la gratitud y la subordinación a los dirigentes y las estructuras rebeldes. Mostrarse a sí mismos como libertadores y estimular el agradecimiento y la paciencia de los esclavos convertidos en soldados, no era más que un intento por controlar y mediatizar la transición de la esclavitud a la libertad.

Mas, los esclavos comprendían menos los mensajes insurrectos de gratitud y paciencia que el de la emancipación. Y cuando los esclavos describían más tarde estas conversaciones con los dirigentes de la insurgencia, lo que parecía impresionarlos más no era el llamado a la moderación, sino la promesa de libertad. Las autoridades españolas lo reconocieron, cuando informaban que los esclavos eran "forzosamente estraidos" de sus fincas no con armas y amenazas, sino con "engaños y otras promesas".[47] Cuando los españoles detuvieron a Zacarías Priol, un sospechoso de ser insurrecto y antiguo esclavo del cafetal La Esperanza, en Ti Arriba, un pequeño enclave rural cerca de Santiago de Cuba, dio a sus captores el testimonio de rutina: él y otros esclavos de la finca fueron secuestrados a la fuerza por insurrectos cubanos.[48] Priol insinuó, como otros muchos esclavos capturados, que se había limitado a obedecer la orden dada de huir con la misma premura con que antes obedecía la orden de su amo de quedarse y trabajar. Los esclavos no eran los únicos que hacían ese tipo de declaraciones. Casi todos los individuos capturados y juzgados por los españoles por participar en el levantamiento armado, trataban de evitar el castigo, testificando que fueron secuestra-

dos por bandas de insurrectos contra su voluntad y amenazados de muerte.[49] Sin embargo, los detalles que Priol suministró a su interrogador acerca del aparente secuestro, demostraban que un proceso mucho más complejo se estaba desarrollando. Priol explicó a los españoles que lo escuchaban que el general Donato Mármol llegó a la finca, agrupó a unos 40 esclavos varones, y les pidió que hicieran una promesa, a la Caridad del Cobre, presumiblemente para mostrar que entendieron que "si la insurrección triunfaba, todos los esclavos serían libres". Después de hacer la promesa "todos siguieron [al general] a Sabanilla donde los insurrectos habían reunido a unas nueve mil personas". Al ofrecer su testimonio, Priol prefirió decir que los esclavos "se fueron con" en lugar de "fueron apresados por", y la promesa mambí de libertad precipitó su fuga. Pese a que Mármol les especificó que la libertad llegaría sólo con el final victorioso de la revolución, esto apenas serviría de consuelo a los esclavistas cuyos esclavos se habían convertido en insurrectos. Como vemos, incluso Mármol, uno de los oficiales que había prometido alentar la paciencia entre los esclavos, fue incapaz de callar la esencia del mensaje rebelde: que la guerra anticolonialista había convertido de repente, la liberación de la esclavitud, en una esperanza palpable.

Para desasosiego de los propietarios que no apoyaban la insurrección, otros dirigentes resultaban mucho menos discretos en el modo que explicaban la inminente libertad a los esclavos. Al ingenio San Luis, cercano a Santiago de Cuba, llegó un pequeño grupo de insurrectos y, con la ayuda del mayoral, se llevó a algunos de los esclavos de la propiedad (mujeres y niños incluidos) a al campo mambí. Uno de esos esclavos, Eduardo, fue capturado más tarde "con las armas en las manos". No es de extrañar que testificara —en buena medida como lo había hecho Priol— que los insurrectos se lo habían llevado a él y a otros a la fuerza. Aquéllos, añadió, forzaron a todos a cargar con las armas: "No les quedaba otro remedio", insistió, al tiempo que explicaba que los insurgentes entregaron un machete a cada esclavo, para que "los afilaran todos los días tanto para trabajar como para matar patones". (Patones era una de las denominaciones peyorativas que usaban los cubanos para describir a los españoles.) Así se definió la libertad de los esclavos como la obligación de

laborar, pero también como el privilegio de hacer la guerra. Eduardo testificó, además, que los mambises le dijeron que "si mataban a todos los patones de Cuba para que todos fueran libres (...) entonces no tendrían que decir ni amo ni mi señor".[50] Les rebeldes prometieron a los esclavos su libertad y entonces dieron ejemplos del ejercicio diario de ella. El esclavo que describió esto no se refirió a ningún llamado a la paciencia o la moderación. Por el contrario, su interpretación de los planteamientos públicos realizados le hicieron creer que sus acciones en ese momento, tanto en el trabajo como en el combate, crearían nuevas condiciones; esto es, condiciones en las cuales él no tendría que seguir subordinado a los hombres que lo dominaban antes. Su recuerdo del mensaje insurgente recogía a la perfección los múltiples y a menudo contradictorios mensajes contenidos en el llamado rebelde los esclavos: la promesa de una libertad que conllevaría el derecho a pelear y la oportunidad de desprenderse de algunos de los hábitos de deferencia y sumisión preponderantes en la sociedad esclavista, pero también de una libertad definida asimismo como trabajo no remunerado.

Esclavos insurrectos

Cualesquiera que hayan sido las expectativas de los esclavos liberados, una vez que se unían al movimiento servían por lo general en las posiciones más subordinadas y en los escalones más bajos del nuevo ejército. Para los dirigentes de la revoluvión, tanto militares como civiles, la emancipación de los esclavos y su incorporación a la lucha por la independencia requerían que aquéllos trabajaran, de manera productiva y tranquila, en labores de apoyo. El trabajo de este tipo ayudaría materialmente a la guerra, y también mitigaría los temores de aquellos partidarios potenciales que tomaban precauciones ante el disturbio social. Las tareas que se encomendaban a los hombres y mujeres esclavos, reflejaban este deseo de la dirección independentista. De hecho, la mayoría de los esclavos liberados en cafetales y fincas cañeras y posteriormente interrogados por las autoridades, testificaron que los habían hecho trabajar cavando trincheras, limpiando caminos y realizando variadas tareas domésticas. Pocos mencio-

naron una experiencia de combate real.[51] A Marcos, un africano de 60 años, "tuerto y viejo", se le dio el trabajo de pelar plátanos para los insurrectos.[52] Muchos otros esclavos laboraban como sirvientes o asistentes, cuya misión más importante era servir a los oficiales, a quienes estaban asignados, cocinando sus alimentos, lavando sus ropas, preparando sus camas, y así sucesivamente.[53] Por su tipo, muchas de las tareas que realizaban los esclavos no diferían mucho de las asignadas a las esclavas en el campamento. Sin embargo, existía una diferencia: al parecer, los hombres las realizaban más cerca del frente que las mujeres.[54] De todos modos, así lo preferían los jefes. Pero el hecho de que las mujeres optaban, en muchos casos, por seguir a sus maridos e hijos al frente, indicaba que los jefes se encontraban en la delicada posición de tratar de convencerlas de que se mantuvieran en la retaguardia y trabajaran. Se dio el caso de que un oficial mambí tuviera que agrupar a esclavos libres descontentos en la hacienda Sevilla, para persuadir a las mujeres de que el apoyo más significativo que podían dar a los esfuerzos de sus hombres era seguir trabajando en las haciendas, para suministrarles alimentos para que no murieran de hambre en la guerra.[55]

Quizá, los jefes esperaban gobernar a reclutas obedientes y agradecidos, pero los esclavos, enterados de la proclamación independentista de la abolición, esperaban disfrutar los inicios de una libertad sin precedentes. A menudo ejercían su libertad ingresando en la insurgencia, acaso con más fervor que el que imaginaban sus reclutadores. Tal vez, los jefes vieran a los nuevos reclutas como esclavos que prestaban servicios domésticos, como cosechar alimentos y cavar trincheras para la emergente república cubana, pero al parecer algunos de los nuevos libertos comenzaban a verse a sí mismos como personas libres incorporadas a la lucha política armada. Por ejemplo, un esclavo liberado, nombrado como su antiguo amo Francisco Vicente Aguilera, ascendió de graduación hasta llegar a teniente coronel, quien obviamente no sólo tuvo más que desempeñar el papel de sirviente o de soldado subordinado y obediente.[56] Lo mismo hizo el esclavo José Manuel, quien no sólo se unió al movimiento sino también se dedicó a reclutar a otros esclavos, haciendo pública la ideología antiesclavista de la revolución. Otro, conocido como Magín, tuvo que

enfrentar las medidas disciplinarias que le impusieron sus oficiales, por tratar de sobrepasar la iniciativa política que los jefes les habían permitido a los esclavos. Magín, quien había recibido la orden precisa de entregar un mensaje a un oficial en otro campamento rebelde, decidió confiscar un caballo, tal vez para realizar su misión con mayor rapidez. Cuando fue interrogado proclamó con terquedad que "hera [sic] jefe y que nadie le podía interrumpir su tránsito" a Santiago de Cuba.[57] El hecho de que se considerara con orgullo un jefe mambí que controlaba su tiempo y sus movimientos, muestra que la insurrección estaba originando nuevas formas de autoidentificación entre las personas que afectaba. Al menos, la insurgencia ofrecía a Magín, José Manuel y Aguilera un campo en el cual podían disfrutar de un grado de independencia y movilidad imposible de alcanzar, mientras fueran esclavos rurales.

Quizás, uno de los medios más comunes de reforzar esta nueva forma de movilidad e independencia, era escapar de los lugares donde los habían puesto a trabajar. Las esclavas abandonaban a sus nuevos amos para seguir a sus hombres al frente de combate, y tanto hombres como mujeres merodeaban por los campos, tratando de conseguir una existencia viable al margen de las autoridades, así insurrectas como españolas. Incluso si se mantenían en la lucha, los esclavos intentaban maniobrar con el fin de tener más autoridad sobre su tiempo y movimientos. Por ejemplo, el oficial militar Joaquín Riera se quejó a Juan Cortés, un dirigente civil insurgente en la zona de Santiago, de que ocho esclavos habían huido al campamento de éste por la reputación de indulgente que tenía. Riera escribió: "No conviene que usted sea muy crédulo con esa clase de gente que se llama *libertos* (...) No hay respeto y se creen que pueden marcharse donde les da la gana. Saben ahí se pasa la vida mansa y se fugan del trabajo marchándose a ese punto (...) María de los Santos se escapó (...) También lo hizo el cocinero de este hospital, Antonio Quiroga, y sé positivamente que se encuentra allí (...) Incluso el negrito Gustavo, el que [se ocupa] de la leche huyó, y a todos, sin duda, los podemos encontrar allí. Usted es bastante ilustrado para comprender que los libertos están corrompidos y que si se les prestan oídos estamos completamente perdidos".[58]

Los jefes insurrectos y los reclutas esclavos discrepaban claramente en cuanto a los límites de la nueva libertad, y estas diferencias de opinión hacían de la disciplina una preocupación fundamental de la práctica mambisa. El Ejército Libertador creó un aparato disciplinario que era un reflejo del sistema español de tribunales militares. Los insurrectos sorprendidos robando, desertando o faltándoles el respeto a sus oficiales, se juzgaban en consejos de guerra, cuyas sentencias parecen haber sido por lo menos tan estrictas como las de sus contrapartes españolas.[59] Los esclavos, aunque técnicamente estaban sometidos a este sistema disciplinario, también podían recibir castigo fuera de esta red formal. Los esclavos interrogados por las autoridades coloniales se referían, con frecuencia, a que les ponían cepos en los campamentos insurrectos, y los oficiales, ansiosos por controlar el comportamiento de los esclavos, solían referirse a la necesidad de castigar públicamente a los libertos desobedientes, e incluso insinuaban haberles dado "una buena paliza para ejemplo" del resto.[60] Los dirigentes de la insurgencia castigaban así los nuevos comportamientos, alentados por las nuevas condiciones con los viejos y familiares métodos de la disciplina esclava.

Estos métodos disciplinarios, que encarnaban los intentos de los jefes por limitar la autonomía de los esclavos y regular la transición de la esclavitud a la libertad, originaron, de hecho, un efecto contrario. Las medidas disciplinarias estimularon el comportamiento mismo que los jefes independentistas trataban de suprimir, pues a medida que los esclavos veían cómo los insurrectos, que les habían prometido la libertad, intentaban ahora demorarla, se decidían a huir de los campamentos. Los documentos militares españoles muestran la frecuencia con que individuos y pequeños grupos de esclavos se movían por el campo ansiosos de evitar que los capturaran, hasta acabar cayendo en manos de los españoles. Por ejemplo, en sólo cuatro días, las tropas españolas recogieron a 108 esclavos provenientes de cafetales del este.[61] No sólo los insurrectos perdieron estos soldados y trabajadores, también los que perdían iban a menudo a parar a las tropas españolas, en las cuales los utilizaban en servicios "anexos a su condición" de esclavos.[62] En mayo de 1870, el capitán general de la Isla informó al ministro colonial que, en un caso, 32 esclavos

se rindieron a las autoridades españolas y declararon de manera unánime que "preferían con mucho ser *esclavos españoles a mambís libres*".[63]

No obstante, la mayoría de los esclavos que escapaban del campo insurrecto se esforzaban con la misma energía por evitar los campamentos militares españoles. Algunos fundaban pequeñas comunidades de antiguos esclavos o se unían a los palenques; es decir, aquellas ya existentes de esclavos fugitivos (*apalencados*) que vivían en regiones montañosas no controladas ni por la plantación ni por la República en Armas. La relación entre estos grupos de esclavos fugitivos y el movimiento insurgente cubano, destaca las contradicciones que surgieron en las relaciones más generales entre ambos. El decreto de Céspedes de diciembre de 1868 acordó otorgar la libertad a los esclavos de los palenques, al tiempo que les concedía el derecho a unirse y vivir con los insurrectos o, si lo preferían, a quedarse en sus propias comunidades "reconociendo y acatando el gobierno de la revolución".[64] En la práctica, las relaciones entre estos fugitivos y los oficiales independentistas eran muy tensas.

A menudo, los miembros de los palenques deseaban ayudar a los representantes militares del movimiento independentista, compartiendo detalles relacionados con su comercio clandestino con otras islas del Caribe o suministrando información sobre la posición de las tropas españolas. El insurrecto Castulo Martínez, recordando sus encuentros con los palenques rebeldes, ofreció una vívida descripción de uno de esos intercambios. Los apalencados, quienes se identificaron como cubanos, habían establecido su campamento en un claro del bosque. Allí construyeron un altar con ramas, y en su parte superior colocaron la piel estirada de un chivo y la rodearon de docenas de ornamentos: accesorios de las peleas de gallos, cuernos de animales, caracoles y rosarios hechos de semillas. Según Martínez, este chivo era el *matiabo* del campamento, "el dios protector del campamento", y, por consiguiente, el foco del ritual comunitario. Martínez describió cómo los miembros del lugar rodearon el altar cantando en una lengua africana, hasta que una de las mujeres del campamento sintió que un espíritu estaba dentro de ella y entonces cayó al suelo en medio de temblores. El jefe del palen-

que puso su mano sobre la cabeza de ella y le preguntó dónde se encontraban los españoles. Respondió, repitiendo lo que el espíritu le había dicho. Los insurrectos testigos de estas ceremonias estaban tan asustados que llegaron a creer que la piel del chivo había sido rociada con sangre humana y que contenía restos de soldados españoles muertos.[65]

Los jefes militares, conocedores de la existencia de los palenques, preferían que los miembros de estos grupos los ayudaran a ellos en vez de a sus enemigos españoles. También esperaban que, al incorporar a los apalencados a la lucha independentista, los ayudarían a adoptar los hábitos de una organización política republicana. Los insurrectos toleraban cada vez menos lo que percibían como la continua falta de disciplina de los palenques y su aparente rechazo a la civilización. Según un oficial mambí, los cimarrones "eran dados a la cantinela ... más que a montar guardias y a pelear; y llegaron a convertirse en una plaga tan funesta y peligrosa" que los jefes insurrectos se vieron forzados a capturar a sus jefes y a juzgarlos pública y sumariamente en tribunales militares. El oficial añadió que los miembros de los palenques eran "cazados a viva fuerza para traerlos a prestar servicios a la república, ya que de míseros esclavos habían pasado a ser ciudadanos libres".[66]

Aquí, el oficial cubano captó a la perfecció la naturaleza de la relación entre el separatista blanco y el esclavo negro. El separatista se veía a sí mismo con orgullo como un libertador que tomó esclavos y los convirtió en "ciudadanos, en patriotas y en soldados de la libertad".[67] Pero las acciones y declaraciones insurrectas también revelaban, con claridad, que el esclavo era un tipo especial de ciudadano, uno que, en algunos casos, todavía era cazado y, en general, seguía estando sujeto a la apropiación de su trabajo y tiempo en beneficio de la nación.

Félix Figueredo, jefe independentista que operaba en la región de El Cobre, ilustra muchas de las contradicciones existentes en la relación entre esclavos insurrectos y jefes militares blancos. Al explicar su propia decisión de unirse a la contienda bélica, citaba su creencia en la abolición como primera razón, y decía que se vio "involucrado en los asuntos de la revolución porque ésta sostenía la idea de libertad para todos los esclavos".

Como otros jefes insurrectos, Figueredo, quien había sido dueño de un esclavo antes de la guerra, expresó un profundo compromiso con la abolición e intentó aplicarlo al modo cotidiano de la República de Cuba en Armas.[68] En febrero de 1869, le escribió al general Julio Grave de Peralta, en Holguín, expresándole su preocupación porque algunas libertas —es decir, las mujeres esclavas liberadas— habían sido retenidas innecesariamente en la hacienda San Juan, así como en otras de aquella zona. Argumentaba que sus servicios no se necesitaban en esas fincas y que mantenerlas ahí "podía hacerles pensar que seguían siendo esclavas". Figueredo pidió permiso para trasladarlas, junto a cuatro hombres que seguían esclavizados en la finca, a otro campamento "para que pierd[ieran] la costumbre de decir 'mi amo'".[69] No sólo le preocupaba que pudieran creer de manera equivocada que todavía estaban esclavizadas, sino también que siguieran apegadas a las costumbres de la esclavitud. Para los jefes insurrectos, como Figueredo, liberar a los esclavos, así convertirlos en ciudadanos, requería controlar sus movimientos y hábitos. Mas, aun en este caso, Figueredo dejó atrás a una esclava para que sirviera a la familia poseedora de la hacienda San Juan.[70]

Que los insurgentes aspiraran a cambiar los hábitos lingüísticos de los reclutas esclavos no resulta del todo sorpresivo, pues también trataron de modificar los de los soldados libres y los de sus compañeros oficiales. Por ejemplo, los jefes insurrectos suprimieron de manera gradual la palabra "Dios" de la tradicional frase con que terminaba la correspondencia mambí: "Dios, Patria y Libertad". Chicho Valdés, un dirigente de Puerto Príncipe, optó por eliminar toda evidencia de devoción religiosa en el discurso revolucionario, supuestamente borrando "Santo" de todos los nombres propios, e incluso cambiando el nombre de su finca San José por José, y el de su compañero insurrecto Julio Sanguily por "Guilí".[71] Pero esos intentos de añadir las convenciones lingüísticas de un republicanismo secular al lenguaje de los insurrectos cubanos, resultaban, por su propia naturaleza, diferentes de los que se hicieron para modificar el comportamiento de los insurrectos esclavos. Tanto en el caso de los apalencados, cazados, juzgados y en ocasiones ejecutados, como en el de los esclavos, arrastrados y castigados, los jefes trataban de

controlar a sus nuevos reclutas, no de la manera como ejercerían la autoridad sobre cualquier soldado recién incorporado, sino del modo inherente a la relación entre el amo devenido oficial y el esclavo convertido en ciudadano. Mientras esperaban que los esclavos liberados superaran ciertos hábitos de la esclavitud —por ejemplo, la práctica de decir "mi amo"— y, en algunos casos, suprimieran la evidencia externa de formas culturales africanas, también aspiraban a que éstos conservaran otros elementos de su posición subordinada, de modo de limitar sus movimientos e impedir que se mantuvieran ociosos. En fecha tan tardía como 1872, seguían llamando amos a otras personas; por ejemplo, se referían a Carlos Manuel de Céspedes como "el amo de la guerra".[72] Entretanto, cuando objetaban las nociones de libertad de los dirigentes, lo hacían, sobre todo, para ejercer control sobre su tiempo y sus cuerpos, como cuando huían de los lugares a donde habían sido asignados, cuando seguían a sus maridos e hijos al frente, y cuando intentaban escapar de la sujeción al ejército, la plantación o la prefectura.

La lucha entre esclavos e insurrectos por procurar definir las fronteras de una nueva libertad limitada y ambigua, representaba al mismo tiempo una batalla por el tiempo, la movilidad y el trabajo de los esclavos, y un conflicto acerca de los símbolos de la esclavitud, la libertad y la nacionalidad. A los esclavos, a quienes los independentistas hablaban de libertad, ésta parecía significar liberación del confinamiento y la coerción a que estaba sometida la vida del esclavo. Pero a los jefes insurrectos no les bastaba que los libertos, ahora libres, ayudaran a la República en Armas, pues esperaban y anhelaban algo mucho más complejo. Querían que los libertos adquirieran algunos de los hábitos de los hombres libres en una república libre. Ignacio Agramonte y otros oficiales que negociaron, en un principio, con los palenques y más tarde los persiguieron, no incluían en estos hábitos los rituales considerados africanos y bárbaros.[73] Para Félix Figueredo, la denominación "mi amo" resultaba igualmente inapropiada en una república independiente. Al mismo tiempo, abrigaban la esperanza de que los esclavos liberados y movilizados estarían agradecidos y serían lo bastante serviles como para aliviar los temores de disturbio social y racial. Así pues, el movimiento independen-

tista ofreció a los esclavos formas peculiares y circunscritas de libertad y ciudadanía, a cambio de que ejercieran esa libertad actuando como ciudadanos cubanos.

Ciudadanos esclavos

Sin embargo, el problema consistía en que parecía existir poco consenso entre esclavos e insurrectos —ni tampoco, por cierto, entre los propios insurrectos libres— en cuanto al significado y los límites de la ciudadanía cubana. Términos como "ciudadano" y "cubano" no estaban definidos *a priori*; más bien fue la práctica de la revolución la que empezó a definir y redefinir sus contenidos. Desde su inicio, los dirigentes de la elite eligieron de manera selectiva un lenguaje de igualdad racial, uno que consideraba explícitamente (aunque de manera inconsistente) como cubanos no sólo al criollo blanco, sino también a la persona de color. El manifiesto de Céspedes que iniciaba el levantamiento independentista, había expresado abiertamente que la dirección creía en la igualdad de todos los hombres. Días más tarde, cuando los sublevaos tomaron la ciudad de Bayamo, Céspedes tuvo la oportunidad de demostrar el compromiso de la revolución con esa idea. De inmediato reorganizó el cabildo de la ciudad y de un modo deliberado y solemne designó a criollos blancos, españoles y, por primera vez en la historia de la Isla, a dos hombres de color: José García, un albañil, y Manuel Muñoz, un músico. Tanto en Jiguaní como en pueblos adyacentes ocupados por ellos, otros hombres de color fueron designados para cargos municipales.[74] El movimiento revolucionario dio así forma concreta a la idea de igualdad racial: el compromiso con la igualdad incluiría el acceso igual a la voz política (por lo menos, en el nivel local), así como el acceso igual a la denominación de cubano (por lo menos, en teoría).

La temprana propaganda rebelde se hacía eco de las entonces familiares demandas revolucionarias de libertad, igualdad y fraternidad. En un artículo que celebraba la declaración de independencia un año antes, los autores separatistas proclamaban su compromiso con el ideal integracionista de la ciudadanía (masculina): "¡Todos los hombres son nuestros hermanos, cualquiera que

sea el color de su tez, cualquiera que sea la raza a que pertenezca (...) Libertad para todos los hombres, de todas las razas, de todos los pueblos, en todos los climas!"[75] Una proclama publicada en diciembre de 1869, usaba un lenguaje similar para darle a esa exigencia un alcance más local. "Cada Cubano (blanco o negro, pues todos somos iguales) (...) Todos, sin distinción de color, de edad, o de sexo, pueden servir (...) a su Patria y a la Libertad".[76] Cuán diferentes eran estas afirmaciones de las reflexiones más tempranas y muy exclusivistas sobre el significado de la nacionalidad cubana, cuando hombres como José Antonio Saco declaraban de manera categórica que los "hombres sensibles" sólo podían definir la nacionalidad cubana como blanca.[77] Por primera vez entonces, la gente escuchó hablar públicamente no sólo de cubanos y ciudadanos, sino también de cubanos negros y ciudadanos de color.

No obstante, incluso las más revolucionarias declaraciones acerca de la libertad y la igualdad, parecían oscilar continuamente entre la integración y la exclusión. Por una parte, establecían con claridad el derecho igual de todos los cubanos a servir o construir la nación; por otra, evidenciaban que cada grupo gozaba de diferentes grados de derecho al título mismo de "cubano".[78] Desde un principio, los dirigentes y sus voceros vinculaban la liberación de Cuba de España con la libertad de los esclavos; argumentaban que la libertad significaba el fin inmediato del pacto colonial y la destrucción del vínculo entre el amo y el esclavo. Por ejemplo, el mismo artículo que insistía en la igualdad de todas las razas en todos los climas, acto seguido explicaba: "el esclavo quedó convertido en ciudadano (...) se puso a nuestro lado y empuñó valientemente, para conquistar los derechos que se le prometían (...) El cubano al despojarse de su propiedad, demostró al mundo su amor a la libertad...". "No sería justa la causa de los cubanos", advertía otro, "si pidiéramos libertad para nosotros y la negamos al pobre africano o a su hijo".[79] A la vez que esas declaraciones se referían a los potencialmente fuertes nexos ideológicos y retóricos entre el antiesclavismo y el anticolonialismo, también revelaban el grado en que los dirigentes y los voceros del movimiento independentista diferenciaban todavía dos grupos distintos: "nosotros" como los patriotas varones

blancos, "ellos" como las autoridades españolas, y los esclavos en el medio como aliados o pupilos, quienes, aunque ahora libres, todavía no eran cubanos. La denominación "cubano" solía seguir reservada, por lo menos de manera implícita, para el benévolo esclavista que renunciaba gustosamente a su propiedad humana en beneficio de la nación.

La distinción entre el separatista, concebido como blanco y criollo, y la persona descendiente de africanos, prevalecía tanto en el discurso insurgente dirigido a los esclavos, como a los potenciales partidarios de la elite. Un ejemplo diáfano de la temprana creación de las identidades cubana y esclava puede hallarse en un volante destinado a los esclavos:

> Los negros son los mismos que los blancos.
> Los blancos no son esclavos ni trabajan para los negros.
> Los negros no deben tampoco ser esclavos ni trabajar para los blancos.
> Los cubanos quieren que los negros sean libres.
> Los españoles quieren que los negros sigan siendo esclavos.
> Los cubanos están peleando contra los españoles.
> Los negros que tienen vergüenza deben ir a pelear junto con los cubanos.
> Los españoles quieren matar a los cubanos para que los negros nunca sean libres.
> Los negros no son bobos, tienen el corazón grande y pelean juntos con los cubanos (...)
> Ya llegó la hora de pelear.
> Es mejor estar en el monte peleando junto a los cubanos para que todos los hombres, lo mismo los negros que los cubanos, sean libres, que estar trabajando como esclavos.
> ¡Viva la libertad![80]

Este documento, escrito en lenguaje sencillo y dirigido a los esclavos, que aquí aparecen simplemente como "los negros", confirmaba a su público el compromiso insurrecto con la abolición. Sin embargo, como declaraba creer en la igualdad de todos los hombres, también erigía barreras entre los dos grupos, al identificar a uno como "cubano" y al otro como "negro" y algo distinto que cubano.

Esta tensión entre una construcción de una nacionalidad cubana inclusiva y otra excluyente, también se evidencia en la correspondencia interna. Estos documentos, escritos entre oficiales y/o representantes civiles locales, rara vez contienen largos discursos sobre la libertad y la igualdad o el esclavismo y el colonialismo. Por el contrario, se tratan más de solicitudes de ropa o alimentos para los soldados, quejas sobre desertores, o información acerca de las maniobras españolas. No obstante, tales documentos sí solían contener indicaciones abreviadas sobre la manera como los insurrectos locales y sus aliados trazaban límites entre los grupos de participantes en el proceso independentista. Uno de esos indicadores es el uso de la denominación "ciudadano". Pese a que resulta imposible saber con exactitud los significados que se atribuían a la palabra cuando la empleaban, sí sabemos que se utilizaba con frecuencia como una aposición tanto en documentos formales como informales de la insurrección. Los nombres de los mambises, cuando aparecían en los documentos rebeldes, usualmente iban antecedidos por la palabra ciudadano o las abreviaturas C (por ciudadano) o C.C. (por ciudadano cubano), incluso en los casos en que estos ciudadanos hubieran desertado de batallones o prefecturas.[81]

Mientras que la palabra "ciudadano" y su abreviatura eran convencionales en la correspondencia insurrecta, parece que rara vez se utilizaron para hacer referencia a los esclavos y a otros insurrectos de color. Así, un combatiente reportaba en su diario de campaña que, al atacar el ingenio Santa Ana el 6 de abril de 1870, "se pusieron a mis órdenes voluntariamente los C.C.s [ciudadanos cubanos] Mariano Santoyo, Andrés Obregón, Rafael Hidalgo, Nicolás Hidalgo y tres morenos esclavos".[82] Aunque los documentos formales que escribieron los dirigentes insurrectos, afirmaban que el movimiento independentista había convertido a los esclavos en ciudadanos, los documentos rutinarios no siempre otorgaban a esos individuos el título de ciudadano, al menos en un principio. De manera ocasional, un insurgente podía identificar a individuos como "ciudadanos libertos", "ciudadanos negros" o "ciudadanos de color". Sin embargo, en términos generales, una distinción parecida a la que hizo

Francisco de Arredondo y Miranda entre "algunos patriotas y varios negros" resulta igual de usual, o quizá la más empleada.[83]

Aunque no son indicativos de la política oficial, estos ejemplos de concesión selectiva del título de ciudadano, combinados con las afirmaciones rebeldes de igualdad racial y de una nacionalidad cubana ciega ante las razas, sugieren que los límites de las identidades racial y nacional estaban cambiando, y que los significados de categorías como "cubano" y "ciudadano" se encontraban en transición. Es claro que había una brecha entre las declaraciones formales de los rebeldes sobre la libertad y la igualdad, y la práctica de negar a esclavos o libertos el control sobre su propio trabajo y movilidad. También había una brecha entre aquellas declaraciones y un discurso menos formal, la cual revelaba hasta qué punto algunos dirigentes seguían negados a ver a los esclavos como cubanos o compatriotas. A pesar del carácter limitado y ambiguo de los discursos en el mambisado acerca de la abolición y la igualdad racial, resulta importante recordar que, en medio de la rebelión armada, los esclavos y las personas de color libres entraron en contacto regular con este lenguaje. Así pues, mientras los dirigentes separatistas de la elite podían introducir el término ciudadano y en la práctica diaria reservar su aplicación a un selecto grupo de personas, otros podían escuchar la palabra, aprenderla y redefinir su uso.

Emeterio Palacios, un tabaquero negro y libre de la ciudad de Santiago de Cuba, es un ejemplo de quienes la aprendían. Palacios vivía en una ciudad que bullía de rumores sobre las tropas españolas e insurrectas. Desde sus afueras, los residentes podían ver a veces la bandera cubana que flotaba en lo alto de las montañas vecinas, con el fin de guiar a los reclutas potenciales a sus campamentos.[84] Por ello, aunque la ciudad misma no se había convertido en escenario del combate militar, sus habitantes estaban muy conscientes de la proximidad de la guerra y tenían un acceso continuo a comentarios sobre "Cuba libre". Un día, poco después del estallido revolucionario, Palacios fue detenido por las autoridades españolas, a las cuales les resultaba sospechoso por sus "muy secretos encuentros con otros de su clase"; es decir, personas de color libres. Mas, lo que provocó su arresto, no fueron estos supuestos encuentros, sino un incidente específico

en un café local donde Palacios detuvo a un habitante blanco de la ciudad, don José Gilli, le puso la mano en el hombro y "con gesticulaciones y ademanes muy significativas" le dijo, "qué hay ciudadanito, ya es hora, hojo [sic], ya es hora".[85] Al ser interrogado, Palacios negó haber pronunciado estas palabras y, lo que no resulta sorpresa, negó toda conexión con el movimiento insurrecto.

Si la acusación era de por sí verdadera o falsa, algo nos revela sobre los efectos de la insurrección en el comportamiento de aquellos a quienes afectaba. Si creemos a Palacios, entonces parece significativo que sus acusadores estimaran el comportamiento que le atribuían como el comportamiento plausible de una persona de color libre en medio de una sublevación, que les pareciera razonable afirmar que un tabaquero negro libre tenía acceso al uso de ciertos elementos de la retórica insurgente. Además, asumieron que los testigos de la acusación compartirían el consenso de que tal comportamiento —ciertamente críptico y quizás arrogante— constituía una amenaza transparente para el orden público.

Por otra parte, si creemos en la acusación y asumimos que las palabras fueron, de hecho, las de Palacios, entonces lo significativo no sólo radica en la elección de esas palabras, sino también en el modo como las pronunció. Rechazó el más habitual y respetuoso título de "don" (que las autoridades le habían dado a Gilli) en favor del título mambí de "ciudadano". También empleó esa denominación con un grado de intimidad, al poner su mano de manera familiar sobre el hombro de un ciudadano blanco. El intercambio podría haber representado un tipo de nivelación de rangos. La palabra "ciudadano" era teóricamente la denominación independentista para todos los cubanos simpatizantes, y cuando los separatistas de la elite se la decían a los esclavos y personas de color libres, celebraban su propia magnanimidad. Pero éste era el caso de un trabajador negro que usaba de manera familiar esa palabra al dirigirse a un hombre blanco. Acaso, la acción de dirigirse a Gilli no como "ciudadano", sino como "ciudadanito" resultara más insubordinada. Palacios no sólo le negó el "don" al dirigirse a él como "ciudadano" y, por tanto, como a un igual, sino que también optó por la forma diminutiva de la

palabra, casi de la misma manera como quienes no eran negros solían dirigirse a un negro llamándolo negrito. Las implicaciones políticas de un grupo de dirigentes que proclaman el ideal de ciudadanía para sus compatriotas negros, resultaban significativas, pero potencialmente mayores y más revolucionarias, las implicaciones políticas de esclavos y personas de color que defendían sus propias demandas de ciudadanía y hermandad.

Evidentemente, la dirección mambisa podía otorgar en teoría la categoría de ciudadano a los esclavos y personas de color libres, para negársela después en la práctica. De ese modo, un dirigente blanco podía referirse a los hombres de color como a sus "hermanos carnales", incluso cuando su comportamiento no coincidía con sus ideales declarados.[86] Pero tan importante es el hecho de que una vez que ese lenguaje se hizo público, los esclavos y hombres libres de color podían escucharlo, apropiarse de él y utilizarlo. Es más, a medida que la guerra progresaba, las personas de color que se manifestaban así sobre la hermandad, el patriotismo y la libertad, podían llegar a ser jefes insurgentes. Por ello, un insurrecto negro de apellido Guerra, teniente coronel en 1873, podía dirigirse al oficial español que mantenía cautivo llamándolo mi hermano, al tiempo que insistía, de hecho, en que "toito somo hermano [sic]".[87] El coronel negro Cecilio González, mientras reflexionaba (en un español escrito muy imperfecto) sobre qué era lo mejor para Cuba, se refería a otros oficiales negros no sólo como oficiales, sino como "conciudadanos".[88] Y cuando en 1878 la paz sin abolición ni independencia se aceptó formalmente, Antonio Maceo, quien guió a revolucionarios blancos, mulatos y negros, convocó, en su llamamiento militante, a continuar la guerra por la independencia de Cuba y la emancipación de los esclavos.

La incorporación de esclavos y personas de color libres al movimiento independentista armado, les propició el acceso al lenguaje del separatismo cubano. En este proceso, los cubanos de color fueron participantes activos. No sólo demostraron su familiaridad con las aserciones y convenciones del mambisado, sino también su deseo de emplear los lenguajes de ciudadanía, nacionalidad y libertad desencadenados por una guerra prolongada y movilizadora de hombres y mujeres de color libres y esclaviza-

dos. Los esclavos se valieron del proceso de insurgencia para exigir el fin de la esclavitud, mientras los cubanos de color —libres y esclavos— recurrieron cada vez más al discurso del nacionalismo para reafirmar su propio derecho a la ciudadanía cubana. Según estos términos el liderazgo y la participación de negros fortalecieron el atractivo militar y, a menudo, ideológico de la causa. Pero, como veremos en el próximo capítulo, esta participación también podía alentar los discursos y las imágenes de guerra racial que habían definido la vida política y social cubana desde finales del siglo XVIII. Los procesos sobrepuestos de la movilización negra, la emancipación de los esclavos y la insurgencia nacionalista, a la vez reforzaron y socavaron la base de apoyo de una independencia cubana definida de manera ambivalente como antiesclavista y multirracial.

Notas

1 Pirala y Criado: *Anales de la guerra de Cuba*, 1:254.

2 "Frases atribuidas a Céspedes el 10 de octubre de 1868 en la Demajagua", en Céspedes: *Escritos*, 1;104-105. Sobre los acontecimientos del 10 de octubre de 1868, véase Bacardí y Moreau: *Crónicas de Santiago de Cuba*, 4:41-42, y Bartolomé Masó Márquez: "Copia del parte del pronunciamiento efectuado en La Demajagua", en el *BAN* 53-54 (1954-1955): 142-145. Sobre la Guerra de los Diez Años de un modo más general, específicamente, Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, y Roig Leuchsenring: *La guerra libertadora cubana*. En torno a los efectos de la guerra en el proceso de emancipación de los esclavos, véase especialmente R. Scott: *Slave Emancipation in Cuba*, cap. 2.

3 "Capitán General Lersundi al Ministro de Ultramar", octubre 15, 1868, en AHN, SU, leg. 4933, 1ra. parte, libro 1, doc. 28.

4 Sobre el Zanjón y la Protesta de Baraguá, en particular consultar a Figueredo Socarrás: *La revolución de Yara*, 241-310, y Franco: *La Protesta de Baraguá*.
Acerca de la vida de Antonio Maceo, ver Franco: *Antonio Maceo*. Maceo se describe a sí mismo en varios lugares como un hombre de color. Por ejemplo, su carta 16 de mayo de 1876 a Tomás Estrada Palma, en Maceo: *Antonio Maceo*, 1:64-65, que se cita y se examina aquí en el capítulo 2. Véanse también las fuentes citadas en el capítulo 6, notas 10 y 11.

5 La transformación es un tema central en la historiografía de la Guerra de los Diez Años y de la independencia cubana de manera más general.

Los historiadores han argüido que la contienda provocó tanto la radicalización del separatismo cubano, como la consolidación de la identidad nacional cubana. La radicalización ocurrió sin que se tuviera conciencia de ella, a medida que los dirigentes, con el fin de hacer la guerra, se vieron cada vez más forzados a movilizar a los esclavos y a otros trabajadores rurales y pequeños propietarios. Estos nuevos reclutas eventualmente llegaron a moderar la influencia de los sectores más ricos del movimiento, y lo llevaron más allá de los objetivos políticos estrechos o reformistas. Ejemplos de esta interpretación pueden encontrarse en Aguirre: "Seis actitudes de la burguesía cubana en el siglo XIX", 67-68, 92; Barcia: *Burguesía esclavista y abolición*, 138-139; Roig de Leuchsenring: *La guerra libertadora cubana*, 67-68, y L. Pérez: *Cuba between Reform and Revolution*, 123. Al mismo tiempo, en muchos estudios cubanos también se ha afirmado que la insurgencia de 1868 redujo las divisiones entre negros, blancos y mulatos. Cada sector étnico de la sociedad cubana participaba en el movimiento, y en el proceso llegaba a compartir la hostilidad hacia el continuado dominio español, así como un nuevo sentido de la nacionalidad cubana. El ejemplo más obligado de esta interpretación es Ibarra: *Ideología mambisa*. También Chaín: *Formación de la nación cubana*, 90-91, 97; Roig de Leuchsenring: *La guerra libertadora cubana*, 17-44; Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, 1:11, 28-29; Cuba, Dirección Política de las FAR: *Historia de Cuba*, y Moreno Fraginals: *Cuba/España, España/Cuba*, 245-246, 255.

6 L. Pérez, *Cuba between Reform and Revolution*, 112-121, y Navarro García: *La independencia de Cuba*, 261-273. Sobre el problema de las relaciones entre colonia y metrópoli, véase también Schmidt-Nowara: *Empire and Antislavery*, y A. M. Fernández: *España y Cuba, 1868-1898*.

7 Guerra y Sánchez: *Manual de historia de Cuba*, 651-658; Le Riverend: *Historia económica de Cuba*, 418-435, y Besada Ramos: "Antecedentes económicos de la Guerra de los Diez Años", 155-162.

8 Moreno Fraginals: *El ingenio*, 1:143-144. Una arroba equivale a 25,36 libras.

9 Ibíd., 1:141; también Bergad: *Cuban Rural Society*, 55.

10 Sobre la esclavitud cubana, véase especialmente R. Scott: *Slave Emancipation in Cuba*, cap. 1; F. Knight: *Slave Society in Cuba*, cap. 4; Pérez de la Riva: *El barracón*, caps. 1 y 7; Ortiz: *Los negros esclavos*, caps. 11-13. Acerca de la trata de esclavos en Cuba, véase, en particular, Murray: *Odious Commerce*, y Bergad, Iglesias y Barcia: *The Cuban Slave Market*, cap. 4. Sobre los orígenes africanos de los esclavos cubanos, Martínez Furé: *Diálogos imaginarios*, y López Valdés: *Componentes africanos en el etnos cubano*, 50-73.

[11] Cuba. Centro de Estadística: *Noticias estadísticas de la isla de Cuba en 1862*, tablas "Censo de la población de la isla de Cuba", s.p. En 1862, Cuba tenía una población de más de 34 000 chinos, la mayoría de ellos eran trabajadores masculinos contratados en las haciendas azucareras. Véase ibíd. Sobre la población china en Cuba, consultar en especial: *The Cuba Commission Report*. En cuanto a los trabajadores yucatecos, Estrade: "Los colonos yucatecos como sustitutos de los esclavos negros".

[12] Le Riverend: *Historia económica de Cuba*, 296-300, 361-363, 430, y Moreno Fraginals: *Cuba/España, España/Cuba*, 233. Una caballería es una medida cubana equivalente a 33,16 acres o 13,4 hectáreas.

[13] Estos porcentajes se calcularon a partir de las tablas tituladas "Distribución de la población en los pueblos y fincas de la isla" y "Censo de la población de la isla de Cuba", en Cuba. Centro de Estadística: *Noticias estadísticas de la isla de Cuba en 1862*, s.p. Las cifras del total de la población rural se calcularon restándoles el número de personas que vivían "en población" a la población total de cada una de las dos jurisdicciones (Manzanillo y Cárdenas).

[14] "Censo de la población" y "Departamento Oriental. Poblaciones del Partido", ambos en Cuba. Centro de Estadística: *Noticias estadísticas de la isla de Cuba en 1862*, s.p.

[15] Como contraste, en algunos de los distritos azucareros occidentales ya abordados, el porcentaje de esclavos en el total de la población era significativamente mayor: 48,7 % en Cárdenas, 51,2 % en Colón, 40,3 % en Matanzas, y 38,6 % en Sagua. Véase Cuba. Centro de Estadística, antes citado.

[16] Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, 1:11. Sobre el miedo racial antes del levantamiento, consultar Duharte Jiménez: "Dos viejos temores", y Urban: "Africanization of Cuban Scare".

[17] "Manifiesto de la Junta Revolucionaria de la Isla de Cuba", 10 de octubre de 1868, en Pichardo: *Documentos para la historia de Cuba*, 1:358-362; la declaración sobre la emancipación gradual aparece en la p. 361. También Cepero Bonilla: "Azúcar y abolición", 92-95.

[18] "Manifiesto de la Junta Revolucionaria de la Isla de Cuba", 10 de octubre de 1868, en Pichardo: *Documentos para la historia de Cuba*, 1:358-362. La referencia al sufragio universal en el Manifiesto no especifica los derechos al sufragio de las mujeres.

[19] En torno a la naturaleza relacional e inestable de la subordinación, véase Fernando Coronil: "Listening to the Subaltern", 649.

[20] "Relación nominal de los vecinos de esta jurisdicción que consta notoriamente se hallan comprendidos en la insurrección", Manzanillo, mayo 28, 1869, impreso en el *BAN* 5 (noviembre-diciembre de 1906):81-112. He considerado miembros de esta elite agrícola, comercial y profesio-

nal a las personas identificadas como propietarios, hombres de negocios, abogados, escritores, maestros y funcionarios locales. A veces, a una misma persona de la relación se le atribuían múltiples ocupaciones. No he incluido a los individuos descritos como de campo, vegueros, artesanos y trabajadores. Sólo el 3 % de los insurgentes estaban clasificados como personas de color. Para consultar las listas de otros distritos, véanse las conservadas en ANC, AP, legs. 59-60.

21 Céspedes: *Escritos*, 1:32; "Esclavos embargados, Bayamo, 1874", en ANC, BE, leg. 200, exp. 6, y Marrero: *Cuba*, 15:266. En cuanto a los revolucionarios de Manzanillo de quienes encontré evidencia fiable de que eran propietarios, el 34 % poseía esclavos. Sin embargo, esta cifra no incluye a aquellos que no poseían esclavos, pero podían haber sido hijos y posibles herederos de dueños de esclavos. Véanse "Relación nominal de los vecinos de esta jurisdicción [Manzanillo]" y los siguientes expedientes en ANC, BE: 6/1, 5; 10/24; 13/1-6, 25; 14/9; 18/34; 23/9; 24/29; 26/31; 27/11, 13; 28/7, 11, 13; 40/39, 46; 43/18; 45/68; 46/1; 48/12; 49/8; 52/21, 25; 54/22; 62/32, 39; 71/42; 75/5, 9, 24; 84/65, 78; 86/9; 91/29; 94/43; 97/9, 73; 99/20; 108/13, 18, 32; 110/8; 114/76, 85, 88; 118/26-27, 40; 119/31, 35, 39; 124/16; 126/44, 46; 128/13, 38; 134/24; 150/6, 22; 151/11-12; 159/22; 181/28; 182/8; 184/23; 185/14; 194/30; 198/45; y 227/34.

22 Sobre la formación intelectual de los primeros dirigentes independentistas, consultar Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*,1:93-99, y Vitier: *Las ideas en Cuba*, vol. 1, cap. 5. Acerca del papel de la masonería, ver Ponte Domínguez: *La masonería en la independencia de Cuba*.

23 Véase, por ejemplo, "10 de Octubre", *La Revolución* (Nueva York), octubre 13, 1869, recorte en AHN, SU, leg. 4933, 2da. parte, libro 4, doc. no. 88.

24 "Manifiesto de la Junta Revolucionaria de la Isla de Cuba", 10 de octubre de 1868, en Pichardo: *Documentos para la historia de Cuba*, 1:361. Véase también "La situación de Cuba", *Boletín de la Revolución*, diciembre 16, 1868, en BNM, MSS/20283/1(10).

25 Céspedes: "Comunicación diplomática encargando explorar la opinión oficial norteamericana sobre la anexión", enero 3, 1869, en Céspedes: *Escritos*, 1:142-146.

26 Ibíd.

27 Capitán General Lersundi, octubre 24, 1868, en AHN, SU, leg. 4933, 1ra. parte, libro 1, doc. no. 55.

28 Carlos Manuel de Céspedes, octubre 17, 1868, en "Criminal contra el paisano Don Manuel Villa", en ANC, CM, leg. 125, exp. 6, pp. 136-37.

29 "Orden del día", Bayamo, octubre 29, 1868, en Céspedes: *Escritos*, 1:117.

30 Céspedes: "Proclama de 12 de Noviembre de 1868", en Zaragoza: *Las insurrecciones en Cuba,* 2:732, n. 46. También Cepero Bonilla: "Azúcar y abolición", 94.

31 "Informe referente a que sería injusto fijar cuota de distribución (...) a las fincas rústicas del Departamento Oriental", marzo 18, 1869, en ANC, AP, leg. 59, exp. 7.

32 Pirala y Criado: *Anales de la guerra de Cuba,* 1:266, 291, 293.

33 "Diligencias formadas para averiguar si es cierto que una partida de insurgentes se llevaron junto con los esclavos de la Hacienda San Fernando del Dr. Fernando Pons el negro emancipado nombrado Martín", en ANC, AP, leg. 57, exp. 18, y la petición de E. G. Schmidt en USNA, RG 76, entry 341, U.S. and Spanisch Claims Commission, 1871, Claim no. 81. Aunque historiadores y mambises suelen describir estos asaltos de fincas como liberación de las fuerzas esclavas, resulta muy importante señalar que a veces los insurgentes liberaban o se llevaban sólo una parte de las fuerzas esclavas, y en ocasiones solamente a los hombres. Aunque en el caso de la Santísima Trinidad de Giro, se llevaron tanto a los hombres como a las mujeres y los niños, en muchos otros, las mujeres y los niños se dejaban en las haciendas. Véase, por ejemplo, el "Expediente en averiguación sobre los servicios prestados por el negro Zacarías Priol al Gobierno de la Nación Española", en ANC, AP, leg. 62, exp. 34.

34 Del comandante Andrés Brizuelos al general Julio Grave de Peralta, diciembre 2, 1868, en AHN, SU, leg. 5837. Para otros ejemplos de esclavos que ofrecieron libremente sus servicios a la rebelión, consúltese los documentos capturados a los insurgentes en AHN, SU, leg. 4457.

35 "Sumaria instruida contra el negro esclavo José Manuel por el delito de insurrección", de febrero 1869, en ANC, AP, leg. 58, exp. 44. Como ejemplo de un volante insurgente dirigido a los esclavos, ver la proclama en AHN, SU, leg. 4933, 2da. parte, libro 4, doc. 96, que se examina más adelante en este capítulo. En cuanto al modo en que los esclavos que permanecían en las plantaciones se valían de la incertidumbre que creaba la guerra para obrar con mayor autonomía y aumentar su capacidad de acción, véase R. Scott: *Slave Emancipation in Cuba,* cap. 2.

36 Céspedes: "Decreto de 27 de diciembre de 1868, sobre la esclavitud", en Pichardo: *Documentos para la historia de Cuba,* 1:370-373.

37 Céspedes: "Comunicación diplomática encargando explorar la opinión oficial norteamericana sobre la anexión", enero 3, 1869, en *Escritos,* 1:142-146.

38 Para un interesante examen sobre la interacción dinámica entre la política de emancipación formal y las iniciativas de los esclavos en el contexto de la guerra civil norteamericana, véase especialmente Berlin y otros: *Slaves no More,* cap. 1.

[39] "Constitución de Guáimaro", en Pichardo: *Documentos para la historia de Cuba*, 1:376-379. Aquí no se expresa ninguna posición con respecto a la situación de las mujeres en la república o en el ejército.

[40] *El Cubano Libre* (Camagüey), agosto 12, 1869; citado en Cepero Bonilla: "Azúcar y abolición", 107; la cursiva es mía. La enmienda se aprobó en julio y se publicó en la prensa rebelde en agosto.

[41] "Reglamento de Libertos", en Pichardo: *Documentos para la historia de Cuba*, 1:380-382.

[42] Céspedes: "Circular", diciembre 25, 1870, en Pichardo: *Documentos para la historia de Cuba*, 1:388.

[43] Véase nota 37.

[44] Véase en particular Holt: *The Problem of Freedom*, cap. 2, y Saville: *The Work of Reconstruction*.

[45] "Alocución a los hacendados de Santiago de Cuba", por Donato Mármol y Máximo Gómez, diciembre 31, 1868, reproducido en Bacardí y Moreau: *Crónicas de Santiago de Cuba*, 4:79-81. Véase también Cepero Bonilla: "Azúcar y abolición", 94-95. Muchos de los esclavos que se llevaban de fincas cafetaleras y azucareras, más tarde eran capturados o ellos mismos se presentaban a las autoridades españolas. Consultarse sus expedientes, diseminados por ANC, AP, legs. 61-70.

[46] "Del coronel Juan M. Cancino al Campamento provisional de Palmas Altas", diciembre 30, 1868, en AHN, SU, leg. 4457, y "Esclavos embargados, Bayamo 1874", en ANC, BE, leg. 200, exp. 6.

[47] "Expediente instruido sobre la averiguación y conducta del negro esclavo agregado a este Batallón, Juan de la Cruz (a) Bolívar", en ANC, AP, leg. 62, exp. 32.

[48] Véase este testimonio en ANC, AP, leg. 62, exp. 34.

[49] A veces, las fuentes del mambisado coinciden. Véase, por ejemplo, la descripción de Francisco Arredondo y Miranda de una movilización como proceso de "reclutamiento forzoso". Arredondo y Miranda: *Recuerdos de las guerras de Cuba*, 97. En cuanto a los testimonios de otros esclavos, además del de Priol, sobre el hecho de que se los llevaban a la fuerza, véase ANC, CM, leg. 129, exp. 27, y los expedientes siguientes en ANC, AP: 62/62; 62/30-33; 62/35-36; 62/59; 62/67; 62/74; 62/76-79. Para testimonios de personas libres con denuncias parecidas de haber sido incorporadas por la fuerza a las tropas rebeldes, véanse los expedientes siguientes en ANC, CM: 125/6; 126/1; 126/13; 126/17; 126/30; 127/7; 127/17; 129/12; 129/27, y 129/30.

[50] Véase su testimonio en ANC, CM, leg. 129, exp. 27.

[51] Sobre esclavos sacados de sus fincas para realizar pequeñas labores como ayuda a la insurrección, consultarse los documentos capturados a insurgentes en AHN, SU, legs. 4439, 4457, 5837, 5844. Muchos de

estos esclavos pasaron al ejército español para realizar labores similares. Véanse los expedientes individuales en ANC, AP, legs. 61-70. En cuanto a los estudios de las labores de apoyo que realizaron los esclavos, ver en especial R. Scott: *Slave Emancipation in Cuba*, 48-49, 58-59, y Robert: "Slavery and Freedom in the Ten Year's War".

52 Consúltese este testimonio en "Criminal contra Don Emilio Rivera, Don Antonio Socarías, negros esclavos Marcos, Pedro, Víctor, Tomás, el libre Esteban Pérez, prisioneros con las armas en la mano", en ANC, CM, leg. 129, exp. 27.

53 Véase en particular M. Gómez: *El viejo Eduá*, y Arredondo y Miranda: *Recuerdos de las guerras de Cuba*, 100, 109.

54 En lo referente a los papeles que desempeñaban las mujeres esclavas, consultarse las fuentes citadas en la nota 51. Para un análisis sobre algunos de los problemas relacionados con el intento de recuperar el papel de las mujeres en la guerra, véase especialmente Elshtain: *Women and War*, cap. 5, y Enloe: *Does Khaki Become You?*

55 Citado en Robert: "Slavery and Freedom in the Ten Year's War", 191.

56 Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, 1:108 n.

57 En cuanto al caso de José Manuel, véase "Sumaria instruida contra el negro esclavo José Manuel", en ANC, AP, leg. 58, exp. 44. Sobre Magín, ver "Ángel Ramírez: Prefecto de Barajagua, al general Julio Grave de Peralta", diciembre 1º, 1868, en AHN, SU, leg. 4439. Para un caso similar en el cual estaba involucrada una persona de color, véase "Criminal contra el pardo libre José Bonifacio Martínez (a) Seré, acusado de insurgente", en ANC, CM, leg. 128, exp. 3. En este caso, el trabajador rural José Martínez fue arrestado por proclamar públicamente que había sido un guardia para los insurgentes, que lo hicieron regresar al campamento mambí, y por desafiar a todos los que trataron de detenerlo sin dejar de gritar "¡Viva Cuba libre" y "¡Viva la libertad!"

58 "De Joaquín Riera a Juan Cortés", en AHN, SU, leg. 4439.

59 Véanse, por ejemplo, los expedientes sobre consejos de guerra durante los años finales de la Guerra Grande, en ANC, DR: 463/18; 469/15, 577/28 y 577/51.

60 Por ejemplo, el testimonio del esclavo Coleto Pacheco en "Criminal contra D. Emilio Rivera y otros", en ANC, CM, leg. 129, exp. 27; "Del general P. Rebustillo a (nombre tachado)", Los Cocos (Santiago), julio 28, 1869, y "Com. José Ruiz al cor. José C. Sánchez", Campamento San Nicolás, marzo 30, 1870, ambos en AHN, SU, leg. 4439. La cita aparece en la carta de Rebustillo.

61 "Regimiento de la Habana No. 6 de Infantería, ler. Batallón, Diario de Operaciones de Febrero 1869", en SHM, SU, CMC, rollo 1, leg. 5.

62 Véase "Expediente del moreno Andrés Aguilar" en ANC, AP, leg. 62, exp. 19. Para otros casos de esclavos que solicitaban su libertad por haber servido a España, véanse las peticiones en ANC, AP, legs. 61-70.

63 "Cap. Gen. Caballero de Rodas al Min. de Ultramar", mayo 16, 1870, en AHN, SU, leg. 4933, 2da. parte, libro 5, doc. no. 99 (lo subrayado está en el original). El término mambí fue un nombre común para los insurgentes. Algunos investigadores lo definieron literalmente como descendiente de un mono y un buitre; otros, con el término indio el cual se daba a quienes se rebelaban contra los primeros conquistadores españoles. Aunque el término pudo haberse originado como denominación peyorativa de los mambises, las fuentes coinciden en que los insurgentes acabaron por usar con orgullo el nombre entre ellos mismos. Véase especialmente Barnet: *Biografía de un cimarrón*, 169; Rosal y Vázquez: *En la manigua*, 248, y Ortiz: "Un afrocubanismo", en *Etnia y sociedad*, 102-3.

64 Véase nota 36.

65 Ortiz: "La secta Conga de los matiabos de Cuba", 317-320, que resume la descripción del insurgente Castulo Martínez en *La Discusión* (La Habana), agosto 13, 1903.

66 Ramón Roa citado en ibíd., 318-319.

67 "10 de Octubre", *La Revolución* (Nueva York), octubre 13, 1869, recorte en AHN, SU, leg. 4933, 2da. parte, libro 4, doc. 88.

68 Citado en Pirala y Criado: *Anales de la guerra de Cuba*, 1:287. Véase también "Expediente de propiedades embargadas a Félix Figueredo", en ANC, BE, leg. 19, exp. 22, y Plasencia: *Bibliografía de la Guerra de los Diez Años*, 33-34.

69 "Félix Figueredo al general Julio Grave de Peralta", San Juan, febrero 11, 1869, en AHN, SU, leg. 5837.

70 Ibíd.

71 Pirala y Criado: *Anales de la guerra de Cuba*, 1: 635-636. Manuel de Jesús (*Chicho*) Valdés y Urra era discípulo de José de la Luz y Caballero y participó en la conspiración de Narciso López en 1851. Era miembro de la Junta Revolucionaria Cubana de la Emigración en Nueva York antes del estallido revolucionario. Puso a su hijo el nombre de Hatuey, el del gran jefe indio que sucumbió por enfrentarse al conquistador español.

72 Céspedes: "Diario", en *Escritos*, 1:351.

73 La descripción de los miembros de los palenques como "bárbaros" la registró el periodista norteamericano James O'Kelly, quien la escuchó de un grupo de insurgentes cubanos en el campamento de Calixto García. O'Kelly: *Mambi-land*, 223.

74 "Decreto nombrando funcionarios civiles", en Céspedes: *Escritos*, 1:111-112; Marrero: *Cuba*, 15:281-282, y Guerra y Sánchez: *Guerra de los*

Diez Años, 1:158. Este nuevo consejo que se organizó en Bayamo después de algún debate, hizo el primer llamado a la abolición el 28 de octubre de 1868. Véase Maceo Verdecia: *Bayamo*, 2:5-8.

75 "10 de Octubre", *La Revolución*, citado en nota 67.

76 "Proclama del Comité Republicano", La Habana, diciembre 10, 1869, en AHN, SU, leg. 6087. Puede encontrarse otra copia de este documento en AHN, SU, leg. 4933, 2da. parte, libro 5, doc. no. 3.

77 Véase Ibarra: *Ideología mambisa*, 25.

78 Acerca de interesantes debates de la tensión entre inclusión y exclusión en los nacionalismos de toda América Latina, véase Scarano: "The *Jíbaro* Masquerade", y Skurski: "The Ambiguities of Authenticity".

79 "10 de Octubre", *La Revolución*, en AHN, SU, leg. 4933, 2da. parte, libro 4, doc. no. 88, y *Boletín de la Revolución*, diciembre 31, 1869, citado en Cepero Bonilla: "Azúcar y abolición", 99.

80 *Proclama de la Junta Libertadora de Color*, Imprenta del Negro Laborante, La Habana, octubre 1°, 1869, en AHN, SU, leg. 4933, 2da. parte, libro 4, doc. no. 96.

81 Consúltese, por ejemplo, las cartas capturadas a los combatientes que se hallan en AHN, SU, leg. 4438.

82 "División de Sancti Spíritus, Diario de Operaciones del Escuadrón, desde el 10 de abril de 1870", en ANC, FA, leg. 101, exp. 38.

83 La referencia a "ciudadanos libertos" (o "C.s. [abreviatura de ciudadanos] livertos [sic]") puede encontrarse en "Coronel Lino Pérez haciendo constar que los libertos Ramón Bravo y Bonifacio Carre quedan bajo las facultades de José M. Quesada", mayo 8, 1870, en ANC, FA, leg. 101, exp. 44. La referencia al "moreno C." se halla en "Rafael Boster al Capitán de Auras", diciembre 27 [1868], en AHN, SU, leg. 5837. Las referencias a "ciudadanos de color" aparecen en "Francisco Vicente Aguilera a Miguel Aldama", marzo 28, 1874, en Aguilera: *Epistolario*, 140, 144. La última cita es de Arredondo y Miranda: *Recuerdos de la guerra de Cuba*, 54.

84 Bacardí y Moreau: *Crónicas de Santiago de Cuba*, 4:50.

85 El incidente aparece descrito en "Sumaria contra el moreno libre Emeterio Palacios por sospechas de hallarse en relaciones con los sublevados", en ANC, CM, leg. 128, exp. 6. Las palabras que se le atribuyen a Palacio eran: "que hay, ciudadanito, ya es hora, hojo [sic], ya es hora".

86 De Manuel Quesada, un general de Puerto Príncipe, se dijo que se refería a los negros como hermanos carnales.

87 Véase Pirala y Criado: *Anales de la guerra en Cuba*, 1:637; Rosal y Vázquez: *En la manigua*, 13-18.

88 "Cecilio González a Fundora," enero 26, 1876, en AHN, SU, leg. 4936, lra. parte, libro 15, doc. no. 51.

Capítulo 2

Región, raza y transformación en la Guerra de los Diez Años. 1870-1878

En una guerra de diez años de duración, las ventajas oscilan necesariamente de un lado a otro entre los ejércitos contendientes, pues si una de las partes fuese capaz de dominar claramente los campos de batalla militar e ideológica, un vencedor emergería mucho antes que transcurriera toda una década de enfrentamientos. La guerra que empezó en Cuba en 1868 no fue una excepción a esta regla. El terreno que cualquiera de las partes controlaba no resultaba seguro ni estable, y en medio del conflicto armado, individuos y grupos se movían continuamente entre el territorio español y el cubano. Los voluntarios españoles se aparecían en los campamentos rebeldes para ofrecer sus servicios y suministros y, por lo menos en una ocasión, un batallón español completo se pasó al ejército cubano, al cual entregó a su comandante amarrado y amordazado.[1] Pero la gente también se movía en la otra dirección. Las familias de civiles abandonaban los riesgos de la vida diaria en territorio mambí en busca de la relativa seguridad de los pueblos y las ciudades, donde reinaba una frágil paz, debido a la creciente presencia de los soldados españoles y de sus fortificaciones.[2] También aquellos combatientes, ya cansados o arrepentidos, transferían su lealtad a la causa española. Por ende, desde el inicio de la Guerra de los Diez Años, los insurrectos iban y venían. No obstante, ya para 1870, más y más desertaban de las fuerzas cubanas.

Los crecientes casos de deserción y rendición a las autoridades españolas, llamados "presentaciones" en la documentación colonial, reflejaban en parte la efectividad de las ofensivas mili-

tares de los españoles. La incesante persecución del ejército español comenzó a debilitar la rebelión en zonas de Oriente en 1869, y en el vecino Puerto Príncipe en 1870. En Oriente, los distritos de Holguín, Bayamo y Manzanillo —éstos entre los primeros y más ardientes partidarios de la causa cubana— estaban al borde de la pacificación como resultado de las agresivas campañas del general español Valmaseda.[3] Las fuerzas españolas reconquistaron pueblos controlados por los revolucionarios y realizaron exitosas incursiones en las zonas rurales ocupadas por las fuerzas cubanas y sus simpatizantes. Estas ofensivas obligaron a las tropas cubanas a esparcirse por los campos del este, lo que condujo a que miles de familias que vivían en el "territorio liberado" se rindieran a las autoridades coloniales. Como consecuencia de ello, se multiplicaron los problemas relacionados con la escasez de armas y municiones, de ropa y alimentos, al tiempo que disminuía el grupo de reclutas voluntarios.[4]

Si bien las penalidades insurrectas tenían claros antecedentes militares, las solas explicaciones militares no permiten captar el significado de la crisis que sufría el movimiento independentista ni de las transformaciones que la causaban. Para comprender del todo la naturaleza de las dificultades que acosaban a la revolución, hay que enfocar, en vez de los conflictos con el ejército español, las divisiones dentro de las fuerzas cubanas, pues del mismo modo que el predominio militar oscilaba entre las tropas españolas y cubanas, dentro del movimiento insurrecto el poder militar e ideológico se movía entre diferentes dirigentes y regiones. A medida que ocurrían estos cambios, los distintos grupos dentro de la insurgencia, la contrainsurgencia y la sociedad colonial de la cual surgían, luchaban por definir el carácter de la insurrección y de la nación que aspiraba ésta a crear. En esta lucha, la raza servía de texto y subtexto.

Rebelión y crisis en Puerto Príncipe

En ninguna otra parte era tan grave y reveladora la crisis de 1870-1872 como en la región de Puerto Príncipe, conocida también como Camagüey.[5] Aquí, la gran mayoría de los insurrectos se había rendido a España durante 1871, un hecho este de lo más

sorprendente, dada la temprana fuerza de la revolución en esta zona. En Puerto Príncipe, la rebelión había empezado de forma muy semejante a como lo hizo en Manzanillo con Céspedes. Allí, una pujante red de conspiradores se reunía regularmente en sociedades culturales y logias masónicas, con el fin de planear la sublevación en su región. El 4 de noviembre de 1868, 76 hombres de la zona se reunieron en las cercanías del río Clavellinas para secundar los esfuerzos de sus vecinos del este.[6] El movimiento contaba con dirigentes procedentes de las más prominentes familias locales. Salvador Cisneros Betancourt, marqués de Santa Lucía, había sido alcalde de la ciudad de Puerto Príncipe durante los años de 1862-1863 y presidente de la sociedad filarmónica local. Como Céspedes, también fue dueño de esclavos. Ignacio Agramonte Loynaz, el otro dirigente principal de la región, sólo tenía 27 años cuando se inció la guerra. Como Céspedes, era un abogado con experiencia de trabajo en La Habana y Barcelona. Cisneros y Agramonte gozaban del apoyo y el respeto de sus comunidades, y con la colaboración de otros hombres de su misma clase social, le dieron un fuerte impulso a la temprana rebelión en la región.[7]

A los pocos meses de la declaración de guerra del 4 de noviembre, las fuerzas locales cubanas tenían "dominada completamente" la parte rural, mientras que las españolas se pusieron a la defensiva, luego de muchos tropiezos.[8] La debilidad inicial del ejército español hizo mucho más fácil que los separatistas exiliados enviaran armas, suministros y dinero, lo que contribuyó aún más al dominio independentista durante el temprano alzamiento de la provincia. Muchas familias prominentes de la capital provincial decidieron desplazarse a sus propiedades rurales. Allí, en el campo que los rebeldes controlaban, prestaron un apoyo activo a la causa de la independencia. Con su presencia también aseguraron que las faenas agrícolas siguieran como de costumbre en las zonas de la provincia que los mambises dominaban. Según un téstigo de la época, fueron capaces de vivir con todo "el refinamiento y la elegancia" a que se habían habituado en las ciudades.[9] Invitaban a sus casas a los dirigentes insurrectos, donde los alimentaban y entretenían cantando y tocando guitarra hasta bien entrada la noche. La ventaja moral y material

que tenían los combatientes era tan evidente, decía un oficial español, que incluso las mujeres de la ciudad se mudaban al territorio insurrecto.[10] Por tanto, los independentistas contaban con el apoyo de los residentes urbanos y rurales de la provincia, así como con el respaldo material y financiero de una poderosa red de exiliados.[11]

Pero, durante 1870, la ventaja cubana en Puerto Príncipe empezó a debilitarse. Nuevas ofensivas españolas provocaron la dispersión de las tropas y la pérdida de recursos rebeldes. Las redes civiles rurales que habían brindado apoyo moral y material se convirtieron entonces en blancos de las represalias españolas. Sus casas y fincas fueron destruidas y con frecuencia ellos mismos quedaron en medio del fuego cruzado entre los dos ejércitos. En cuanto a los propios mambises, la creciente falta de armas y alimentos y la constante persecución a que los sometían las fuerzas españolas, hicieron que los primeros éxitos del alzamiento resultaran difíciles de sostener. A fines de 1870, el capitán insurrecto Francisco de Arredondo y Miranda confesó que la revolución había entrado en "la época del terror y desolación".[12]

Como resultado de ello, no sólo disminuyó la efectividad de las acciones militares rebeldes, sino también declinó de manera significativa el número de combatientes. Un historiador estima que durante 1871 un sorprendente 95 % de ellos en activo en Puerto Príncipe se había entregado a las autoridades españolas. Éstas insistían en que la magnitud de la crisis no sólo estaba dada por las numerosas presentaciones, sino por la relevancia de las personas que decidieron entonces abandonar la causa cubana.[13]

Una de las primeras personas que se rindió en el Centro y que más publicidad recibió fue Napoleón Arango en 1870. Arango, uno de los conspiradores originales de la insurrección camagüeyana, comenzó a abogar por la negociación en fecha tan temprana como 1869, cuando todavía empuñaba las armas contra España. Él y sus partidarios (aranguistas) provenían del distrito de Caonao, en Puerto Príncipe, el más importante enclave azucarero, en una región dominada económicamente por la ganadería. En Caonao, donde los esclavos componían el 49 % de la población del distrito, la dirección del movimiento local había manifestado

tempranamente su oposición a la política insurrecta vigente y, en particular, a cualquier política que llevara implícita la libertad de los esclavos. En esto, la dirección del Partido de Caonao se diferenciaba de los dirigentes dominantes en Puerto Príncipe, la mayoría de los cuales no provenían de distritos azucareros y promotores activos de la abolición de la esclavitud. Se decía, incluso, que estos dirigentes habían celebrado un decreto insurrecto de abolición con fiestas, en las cuales los esclavos liberados comieron en la mesa con sus antiguos amos, y las amas bailaron con quienes habían sido sus esclavos.[14] Por el contrario, los dirigentes de Caonao mostraron su constante oposición a las medidas abolicionistas, tratando de limitar sus efectos en la conducta diaria de la insurrección. Algunos, como Carlos Mola Varona, Javier de Varona y Sánchez, y Félix Varona Sánchez, se resistieron al paso de las tropas mambisas por sus fincas, aduciendo que como estas fuerzas incluían negros, su ejemplo podía inducir a los esclavos de las haciendas cañeras a huir con los insurrectos.[15] Con hombres de Caonao como éstos, Arango se rindió en febrero de 1870. Una vez efectuada ésta, las autoridades españolas lo pusieron a cargo de la administración de bienes confiscados a los revolucionarios en la provincia, y lo persuadieron de que se dedicara a promover la paz en la Isla. En marzo, Arango publicó un largo manifiesto en el cual señalaba las ventajas de la negociación y la reforma, la anarquía y la tiranía que sucederían de continuar la rebelión, y la benevolencia de la autoridad española. De acuerdo con observadores españoles, la proclama dio lugar a "la inmediata presentación de numerosas familias".[16]

Las acciones de Arango, luego de rendirse, formaban parte de una nueva y efectiva táctica española: utilizar a los insurrectos presentados para alentar la rendición de quienes no lo habían hecho. Esta estrategia política exacerbó la crisis de las presentaciones, y sostuvo y fortaleció las ofensivas militares españolas en la región. El patrón de reclutamiento vertical que tan bien había servido a los combatientes en los primeros tiempos de la rebelión, contribuía ahora a las deserciones en masa. Cuando trataban de organizar un ejército en 1868, los dirigentes mambises habían movilizado a sus trabajadores. Por ejemplo, en Oriente, Francisco Vicente Aguilera había arrastrado a la insurrección a

todos los que dependían de él o eran arrendatarios de sus tierras. Francisco de Arredondo, un pequeño hacendado en el Puerto Príncipe rural, hizo otro tanto al pedirle al administrador de su finca que persuadiera a sus trabajadores a unírsele, y así organizarlos en una pequeña fuerza de combate de la cual él sería el jefe.[17] Pero del mismo modo que los individuos podían ejercer su poder e influencia para convencer a sus trabajadores y otros subordinados de que se unieran en 1868, ahora podían usar ese poder para incitar a la rendición en 1870 y con posterioridad. Por ende, cuando Arredondo se rindió a fines de 1871 no lo hizo solo, sino en compañía de otros ocho miembros de su fuerza.[18] Cuando, el 11 de enero de 1872, Manuel Agramonte decidió entregarse a las autoridades españolas se llevó con él a 80 hombres armados que representaban a "muchas de las principales familias de Camagüey, que egercían cargos de oficiales".[19] Incluso, cuando se trataba de esclavos, las autoridades alentaban a los individuos a traer a otros con ellos. Así, prometían conceder la libertad a cualquier esclavo capaz de organizar la rendición de otros 20 esclavos insurrectos.[20]

El capitán general de la Isla, Antonio Fernández y Caballero de Rodas, apoyó estas estrategias al principio de la crisis y en marzo de 1870 viajó personalmente a Puerto Príncipe con la intención de permanecer allí hasta derrotar el levantamiento armado en la zona. Trató de promover las presentaciones, insistiendo en la magnanimidad de la autoridad militar española y prometiendo a los insurgentes que serían recibidos como "hijos extraviados", según las palabras de un dirigente mambí que explicaba que a él lo habían recibido de esa forma.[21] Sus infracciones serían perdonadas y podrían reincorporarse a la sociedad colonial. Se instó a los insurrectos arrepentidos no sólo a que persuadieran a sus parientes y amigos a entregarse a las autoridades españolas, sino también a que los animaran a unirse a las fuerzas coloniales. De acuerdo con una fuente española, en los distritos de Cascorro y Sibanicú, de los presentados "los más jóvenes y fuertes, deseosos de contribuir a la rápida reconstitución del país y a la paz, solicitaron formar cuerpos de voluntarios para... conseguir el exterminio de las guerrillas enemigas [cubanas]". En abril de 1871, el coronel español Francisco Acosta y Albear reportó que tenía en-

tre sus filas a "más de 200 hombres que servían en la insurrección".[22] Por consiguiente, los revolucionarios que permanecían en la guerra no sólo confrontaban el temor de ser perseguidos por tropas españolas, sino también que sus perseguidores podrían ser ahora hombres que pocos días antes habían sido sus compañeros de armas.

Raza y explicación

Para explicar la riada de presentaciones que sufrió la contienda armada cubana, los observadores subrayaron el empeoramiento de las condiciones materiales en el territorio insurgente. Los oficiales españoles comentaban acerca de multitudes de familias que abandonaban las zonas insurrectas y llegaban a Puerto Príncipe desprovistas de medios y ansiosas por retornar a sus vidas normales. Hasta los insurrectos concurrían. Un oficial mambí informó que las presentaciones al enemigo ocurrían diariamente y en números significativos. El motivo principal, dijo, era el hambre.[23] Pero al describir estas rendiciones, los participantes y observadores también hablaban de una degeneración moral en el campamento insurrecto. Por ejemplo, un joven de Puerto Príncipe, que se vio atraído en un inicio por el "vértigo revolucionario", cuando se rindió explicó a las autoridades que era incapaz de seguir siendo insurrecto, porque "su corazón no estaba educado en esa escuela perturbadora de la moral y de la religión que [era] (...) la aula magna de los campos insurrectos".[24] El historiador español Antonio Pirala resumió la crisis de las presentaciones, escribiendo: "Muchas familias deseando regresar [a la ciudad], la mayoría desilusionadas por falta de ropa y calzado, mala comida, continuo sobresalto, y por la falta de la moralidad, que es un mal verdadero".[25] Y también en otras declaraciones de quienes se rendían abundaban las referencias a la anarquía y el desmoronamiento en el ejército cubano.[26]

Los enemigos de la revolución se beneficiaban con las explicaciones morales de la crisis. Apuntar que las presentaciones fueron consecuencia de las penalidades materiales en los campamentos rebeldes equivalía, en cierto sentido, a elogiar la eficacia de las operaciones militares españolas. No obstante, insinuar que

también eran resultado de la decadencia moral significaba impugnar la dirección mambí y cuestionar su capacidad para gobernar una nación moral.

Los detractores del movimiento revolucionario utilizaron estas críticas a la moralidad para persuadir a los acosados insurrectos a buscar refugio en la legalidad bajo la autoridad española. Al hacerlo asumían que existía un consenso en cuanto a la forma social y racial que debía adoptar una Cuba moral. Una Cuba moral, si bien independiente, podría parecerse a España o, para otros, a Estados Unidos; no podría, cualesquiera que fueran las condiciones, parecerse a Haití. Pero la guerra iniciada, argüían los críticos, estaba conduciendo a Cuba por el camino de su vecina república negra. Por ejemplo, el coronel español Francisco Acosta y Albear argumentaba que la revolución estaba preparando para Cuba el tipo de "civilización y felicidad" presente en Haití y Santo Domingo, donde "la poligamia es admitida y es practicada por todos los vecinos que dirimen sus cuestiones con el machete y viven en lo general privados de lo más imprescindible para la vida civilizada, aunque con el libertino derecho de ir desnudos si así les parece".[27]

Que la revolución cubana estaba siguiendo un camino hacia la inmoralidad y que se alejaba de la civilización y el progreso, lo ejemplificaba muy bien el hecho, según los críticos españoles, de que cada vez había más combatiente negros, como sus vecinos haitianos hacía casi 80 años. Las fuerzas cubanas, decían los funcionarios españoles, estaban en buena medida "reducidas a negros y a chinos que acostumbrados al bandolerismo que no obedecen ya a más ordenes ni otras miras que las que conducen al robo por cuenta propia".[28] Los siguientes capitanes generales estuvieron de acuerdo. Uno manifestó que la insurrección había perdido su importancia militar en 1870, cuando en sus fuerzas llegaron a predominar los hombres de color. Otro estimó que, en 1872, de los 450 insurrectos en la provincia, menos de la cuarta parte de ellos podían considerarse blancos.[29] Sus señalamientos no eran del todo inventados, sino se basaban en informes recibidos del campo de operaciones. Cuando Cesáreo Fernández, secretario del general cubano Manuel de Quesada, se rindió a mediados de 1870, suministró a sus nuevos aliados una

valiosa información sobre la composición y el poderío de las fuerzas mambisas en la región. El primer batallón de la división, informó, estaba compuesto por 320 soldados de infantería y 80 de caballería: "los que iban montados eran blancos, y el resto, en su gran mayoría, negros". En el segundo batallón, con 300 hombres armados bajo el mando de Magín Díaz, cerca de la tercera parte era blanca. El tercer batallón se desbandó por falta de disciplina. El cuarto, dirigido por Julio Sanguily, lo formaban 160 hombres, la mayoría eran negros o chinos; el quinto resultaba una mezcla no especificada de soldados negros, chinos y blancos, y el sexto era sobre todo blanco, incluido un buen número de peninsulares. Las fuerzas de artillería estaban formadas por unos 80 hombres, blancos en su mayoría. Según los estimados de Fernández, más de la mitad del total de las fuerzas de Puerto Príncipe eran, según sus palabras, de color.[30]

Los observadores y críticos del movimiento independentista volvían continuamente al problema de la composición racial de la revolución. Al reproducir algunos de sus cálculos numéricos concernientes a la participación negra, no me propongo insinuar que la insurgencia estaba formada por individuos pertenecientes a diferentes grupos raciales. La manera como los reclutas recibían denominaciones raciales tiene que ver, en parte, con el color de la piel. Pero el proceso de identificarlos racialmente también guardaba relación con su manera de vestir y hablar, y con la de quienes los acompañaban, con la circunstancia de si, al aparecerse en los campamentos mambises, iban armados o no, descalzos o no, y así sucesivamente. Y, como es de suponer, la denominación escogida para cualquier individuo particular también reflejaba la concepción del mundo de quien denominaba. Sin embargo, incluso cuando admitimos el carácter social e históricamente contingente de la clasificación racial, la observación general de que los miembros del Ejército Libertador constituían un amplio espectro de personas entre las etiquetas de blanco y negro resulta crítica, pues, justamente, el carácter multirracial del movimiento fue lo que los críticos tomaron para cuestionar el buen juicio de la revolución y la independencia.[31]

En realidad, al enfatizar que la revolución tenía un carácter multirracial, los críticos hacían hincapié en que era, por los me-

nos parcialmente, una rebelión negra. Y las aseveraciones sobre su carácter negro, originalmente hechas y continuamente repetidas por funcionarios y detractores españoles, acabaron por penetrar en las más amplias percepciones públicas del movimiento independentista. En estas representaciones públicas, la insurgencia se acercaba, de manera incesante, al borde de la guerra racial y la barbarie. Por ejemplo, una copla de la época que se hizo muy popular en Puerto Príncipe afirmaba: "Los dos gallos de la tierra/tienen una guerra atroz/y al que venciere en la guerra/le comerán con arroz/los negros".[32]

Que las autoridades coloniales, las cuales criticaban por necesidad la independencia y la lucha revolucionaria, manipularan las imágenes raciales en un esfuerzo por cuestionar y, a fin de cuentas, derrotar la contienda nacionalista, no debe sorprendernos demasiado. Lo más significativo es que los críticos cubanos de la insurrección en ocasiones hacían los mismos juicios acerca de las consecuencias de ésta. En abril de 1870, un grupo de más de 50 mujeres de Puerto Príncipe publicó una condena de la revolución con la intención de persuadir a sus esposos, hermanos, hijos y padres de que desertaran de ella. Dirigida a "los hijos del Camagüey diseminados por los campos", el documento recordaba a los hombres de la localidad que, aunque habían marchado a los campos de batalla a conquistar la libertad y fundar una nación, hasta ahora no habían encontrado más que ruinas. La creencia de que la libertad y la pertenencia a un colectivo sólo podían lograrse bajo el dominio español era explícita: "Sí, tendreis libertad y tendreis patria, porque el Camagüey es una provincia española y España es hoy uno de los pueblos más libres del mundo. Ese gran pueblo, a quien debemos sangre y apellidos ilustres, religión, idioma, costumbres y riquezas, hoy nos ofrece también libertad y protección".[33] Aquí, las mujeres apelaban al sentido de lealtad a España, nacido de lo que estimaban un pasado cultural y racial compartido: los camagüeyanos, tanto por sangre como por cultura, eran españoles. Como abrazaban explícitamente la idea de una Cuba española, rechazaban de manera implícita la alternativa; y la alternativa de una Cuba española durante décadas, había sido interpretada como una Cuba africana. Debido a que los cubanos habían estado expuestos a un

activo y duradero discurso el cual postulaba la imposibilidad de una nación cubana, estaban familiarizados con la premisa de que Cuba sería o una colonia española, o una nación africana al estilo de Haití. Las autoras del documento, al pronosticar que la continuación de la guerra constituiría la ruina de la Isla y al asimilar la herencia y el futuro de la provincia a la historia y la cultura españolas, se aproximaron implícitamente a un discurso colonial de índole racial. Rechazaban la potencial africanización de la sociedad cubana, pero no sólo lo hacían como camagüeyanas y cubanas españolas, sino también como mujeres blancas. Mucho se ha escrito sobre la construcción de barreras sexuales en las sociedades esclavistas y coloniales, y específicamente acerca de la medida en que las jerarquías sociales y raciales del esclavismo y el colonialismo requerían del control de la sexualidad y la vida pública de las mujeres blancas.[34] Las camagüeyanas que firmaron esta declaración parecían incorporarse a la esfera pública para legitimar esas barreras. Insinuaban que la nacionalidad blanca tenía que preservarse. De este modo criticaban a los hombres blancos, porque amenazaban con socavar esa nacionalidad, al hacer más indefinidas las líneas raciales que ellas mismas respetaban en su conducta social y sexual. Por ende, los civiles cubanos no eran inmunes a los alegatos españoles sobre los rasgos raciales de la rebelión.

No obstante, para nuestro propósito resulte más importante, quizá, el hecho de que los mismos insurrectos, cuando se veían obligados a explicar sus propias elecciones políticas, también caracterizaban el movimiento como negro. Y en esa negritud situaban la amenaza de la revolución para el futuro de la sociedad cubana. Acaso, el ejemplo más impresionante de esa explicación haya sido que miles de los después presentados firmaron una denuncia pública del movimiento en diciembre de 1871. Al tratar de explicar las razones que tuvieron para rendirse a la autoridad española, le dieron la primera importancia a la cuestión racial. El documento decía que mientras el levantamiento en Puerto Príncipe había sido el más vigoroso de todos, contando con 3 000 o 4 000 hombres armados y entre 30 000 y 35 000 simpatizantes en el campo, la insurrección regional se había reducido ahora a 300 o 400 hombres, "negros en su mayoría". Y

proseguía: "La insurrección no existe ya como tal: la idea política ha desaparecido para hacer lugar a la idea irracional de destrucción; y si la lucha prolonga todavía, es con miras y en forma que no puede aceptar hombres de corazón y de conciencia (...) Los negros están para hacerse dueños de la situación, si no es que la dominan ya enteramente en el campo insurrecto; el pensamiento revolucionario ha degenerado en pensamiento de ruina, y los Cubanos que suscriben protestan una y mil veces contra la prolongación de una lucha que no pueda ya producir más que males a Cuba y a sus hijos".[35]

De manera tácita, los hijos de Cuba eran los blancos, como lo eran los "hombres de corazón y de conciencia" que se rindieron para protestar contra la influencia negra dentro de la revolución. La declaración suponía un consenso acerca de los objetivos y peligros de la independencia, y llamaba a sus antiguos camaradas a renunciar a su causa, utilizando los perennes temores a una guerra racial. Como las mujeres blancas que rogaban a sus seres queridos que abandonaran la lucha, estos insurgentes suponían que quienes los escuchaban estaban comprometidos, si no con una Cuba española, por lo menos con una Cuba donde los cubanos blancos eran los dirigentes políticos, militares y sociales. Por último, consideraban que aducir que la rebelión se estaba haciendo más negra constituía una justificación suficiente para rendirse. Las apelaciones al temor racial y la ansiedad blanca ante una revuelta negra, quizá tenían ahora más resonancia que nunca, dado que se hacían en el contexto de una revolución que movilizaba a los esclavos y a la gente de color libre.

Quienes seguían en el campo mambí admitieron que la denuncia pública de los presentados propició aún más la descomposición de la insurgencia en Puerto Príncipe.[36] El oficial insurrecto Ignacio Mora, un destacado dirigente local, antiguo abogado y miembro de una de las familias más distinguidas de la región, dio respuesta pública a la declaración de 1872. En ella insistía en que, a pesar de las manifestaciones de los insurrectos rendidos, el carácter y la composición del movimiento independentista no había cambiado. La revolución, escribió, "es la misma de hace tres años, la misma idea, los mismos principios y el mismo fin: hacer independiente a Cuba de España y dar libertad a 300 000

negros esclavos". Además, mantuvo que los hombres que se rindieron voluntariamente se habían convertido ellos mismos en "esclavos de España".[37]

Sin embargo, en la relativa privacidad de su propio diario de guerra, Mora daba una interpretación muy diferente de la crisis. Allí admitió —de hecho lamentó— las profundas transformaciones que había experimentado el movimiento rebelde. Y como los insurgentes rendidos que él había censurado, atribuyó suma relevancia a la raza en esa transformación. Según Mora, "las vicisitudes de 1871 (...) las presentaciones y las desafecciones que esperimentó lo hicieron cambiar de camino".[38] El síntoma y símbolo perfecto de la transformación ocurrida en 1871, fueron la subsiguiente transferencia del poder militar en Puerto Príncipe de Ignacio Agramonte a Máximo Gómez en 1873. Mora describió a Agramonte como un héroe que había hecho "soldados de los camagüeyanos [inculcándoles] el amor a la disciplina, al orden y a la moralidad". En su opinión, Agramonte convirtió al ejército mambí provincial en la fuerza más organizada y disciplinada de la Isla.[39] Mas, esta tarea de amor casi se perdió cuando Gómez fue nombrado jefe del ejército rebelde de Camagüey. Mora expresó su rechazo a la jefatura de Gómez en su diario de campaña. Escribió: "Si [Gómez] no ha destruido la división del Camagüey y la ha convertido en partidas es porque la oficialidad formado por Agramonte recuerda aún las máximas y reglas de su antiguo jefe. ¡Como choca ver los campamentos de hoy! La bulla, el juego, el tiroteo a las reses vacunas, el tango de los negros, las parrandas los susio del campamento advierten que el jefe del campamento completó su aprendizaje en Santo Domingo. Todo revela en él su mala educación y la sociedad de donde salió".[40] Para Mora, la decadencia moral y militar encuentra su mejor ejemplo en la jefatura de Gómez, un extranjero, un populista que ahora tenía el control de su nativo Camagüey. En otro lugar concluye: "el porvenir de la República está hoy más oscuro que antes, el tiempo más lejano, más inseguro, casi perdido". Para él, este oscurecimiento era tanto figurativo como literal. El ejército, decía, estaba muy disminuido, y de los hombres que quedaban más de dos tercios "son negros procedentes de los cafetales y de los ingenios, es decir, salvajes que viven mejor en la

guerra que en las fincas de sus señores".[41] Para Mora, la decadencia de la rebelión se describía mejor con términos raciales: disciplina socavada por salvajes negros y jefes que se hacen la vista gorda ante sus bailes.

Marcos García, otro insurrecto blanco que optó por quedarse en el campo de batalla, describió la crisis de 1870-1871 de forma similar, planteando que fue un momento crítico para la insurrección. Como en la explicación que dio Mora de la crisis y la transformación, García también asumió que la preponderancia numérica de los soldados negros resultaba objetable de por sí y, al mismo tiempo, condenó a los soldados blancos por permitir la influencia negra. Al volver su mirada a la crisis desde la perspectiva de la paz, en 1878, escribió: "En aquella época [1871] atravesó la revolución una crisis horrorosa; la mayor parte de los blancos nos abandonaron en el centro y oriente, para engrosar las filas españolas y perseguir sin tregua a los pocos de nuestra raza (vergüenza!) que quedábamos capitaneando los esclavos que se decidieron por la muerte antes que volver a presentar la espalda al látigo de sus señores. La existencia de la revolución, abatida por la miserable conducta de los blancos, estuvo amenazada seriamente por los negros (...) Tal era el estado de desenvolvimiento a que habíamos llegado; sin elemento moral que oponer a esa anarquía; roto en mil pedazos el principio de autoridad (...) marchaba fatalmente al abismo la revolución, sin que pudiéramos sacar fruto alguno de tantos generosos sacrificios, y de la sangre preciosa con que habíamos sellado nuestra causa, moriría en manos de los negros para oprobio y vergüenza de todos los cubanos".[42]

Al escribir después de la firma de los acuerdos de paz de 1878, García trataba de justificar su decisión de aceptar la paz sin victoria, sin independencia y sin emancipación. Argumentó de manera implícita que la rendición resultaba razonable —a más de patriótica—, debido a los peligros raciales y sociales inherentes a la rebelión.

Las distinciones que se habían trazado entre "cubanos" y "negros" desde los primeros tiempos insurreccionales, seguían vivas en la imaginación de García y Mora. No obstante, lo que tiene mayor importancia es que las alusiones a la raza —y específicamente a la significación numérica de los insurgentes negros—

continuaban sirviendo de explicación adecuada del rechazo blanco y de su ambivalencia en cuanto a la independencia. Ambos hombres asumían que invocar la imagen de una inminente guerra racial y referirse al creciente predominio de los negros en las filas independentistas, era justificación suficiente para sucumbir ante España. Daban por descontado que había un consenso "cubano" en cuanto a la forma que debía adoptar una Cuba independiente, y esa forma en ningún modo debería ser negra.

El historiador cubano Ramiro Guerra ha sostenido, y desde hace tiempo otros historiadores han aceptado, que las zonas donde la insurrección tuvo mayor alcance habían perdido todo temor al negro, libre o esclavo.[43] Dada la riada de presentaciones y el uso efectivo del discurso de guerra racial, esta opinión ha de cuestionarse. Puerto Príncipe era una de las regiones donde la temprana sublevación estalló con más fuerza. Pero, al parecer, enfrentados a la movilización de cubanos de color en su región y en otras vecinas, muchos camagüeyanos blancos se retractaron de su apoyo a la revolución y la soberanía. En un momento crítico optaron por la paz y la continuación del dominio español y rechazaron las posibles consecuencias de una insurgencia multirracial.

Aunque este patrón fue particularmente dramático y visible en Puerto Príncipe, la crisis revolucionaria en esa región no puede verse como una equivocación singular. La controversia y la división relacionadas con las cuestiones de la movilización de los esclavos y la insurgencia multirracial también se manifestaron, en distintos grados y formas, incluso en zonas y entre dirigentes que no deseaban renunciar a la causa de la independencia. Incluso Céspedes, quien había iniciado la lucha y combatió hasta su muerte en 1874, no era inmune a las dudas, y en sus acciones las tomaba en cuenta. Pero en su caso, actuar abrumado por ellas no implicaba la rendición, sino la búsqueda de la protección de Estados Unidos. Por ello, Céspedes escribió a sus compañeros separatistas: "en la mente de la mayoría de los cubanos (...) está siempre fija la idea de esa anexión [a Estados Unidos] como último recurso para no caer en el abismo de males, en que según ellos nos lanzaría una encarnizada guerra de razas". Y una semana después describía de la forma siguiente la situación de la rebelión: "los negros en gran número se están batiendo en nues-

tras filas: todos los que tenemos las armas en la mano y el pueblo en general, estamos convencidos de que se hace necesario pedir la anexión de esta Isla a esos importantes Estados".[44] El azote de las rendiciones pudo haber sido algo específico de Puerto Príncipe, pero las dudas y preocupaciones que motivaron éstas, al parecer, estuvieron presentes en el mismo centro de la revolución.

Más allá de la crisis

Sin embargo, la crisis que comenzó en Puerto Príncipe en 1870, no puso fin a la guerra allí o en cualquier otro lugar. Sin duda, el debilitamiento de la rebelión allí era importante y revelador, pero igualmente revelador resultaba el hecho de que mientras la insurgencia declinaba allí, florecía en otras zonas; entre ellas, la región costera del sudeste de Oriente. Mientras Camagüey se colmaba de presentados, aquella región oriental, que abarcaba los distritos de Santiago de Cuba y Guantánamo, era invadida por columnas mambisas que atacaban diariamente las fincas y se enfrentaban a las fuerzas españolas. (Mapa 1.1.)

La diferencia en el progreso de la revolución en ambos distritos no debe sorprendernos, pues Puerto Príncipe se distinguía de manera radical de Guantánamo y Santiago de Cuba. Puerto Príncipe era un distrito de población diseminada que dependía en lo económico de la ganadería. Tenía una población libre que en su mayoría era blanca: un 61,3 % de la población total, mientras en Santiago de Cuba y Guantánamo sólo llegaban al 25 % y 27 %, respectivamente. Mientras Puerto Príncipe era en gran medida blanco, en el sudeste de Oriente predominaban los no blancos. El número de personas de color libres en aquélla constituía el 16,9 % de la población total; mas, en Santiago de Cuba y Guantánamo, las cifras llegaban, respectivamente, al 39,8 % y 28 % de la población. El número de esclavos en Puerto Príncipe también era mucho menor: 21 %, comparado con un 34 % y un 44,5 % en Santiago de Cuba y Guantánamo.[45] En el sudeste de Oriente, los esclavos y hombres libres de color actuaban como principales protagonistas en la vida diaria de la zona, como no lo hacían en muchos lugares de Puerto Príncipe.

Tabla 2.1. **Población de jurisdicciones seleccionadas del este y el centro de Cuba en 1862**

	Población total	*Blancos %*	*Libres de color*	*Esclavos %*
Guantánamo	19 421	27,0	28,0	44,5
Santiago	91 351	22,4	39,8	34,0
Puerto Príncipe	62 527	61,3	16,9	21,1

FUENTE: Cuba. Centro de Estadística: *Noticias estadísticas de la Isla de Cuba en 1862* (La Habana: Imprenta del Gobierno y Capitanía General, 1864), "Censo de población de la Isla de Cuba en... 1862".
NOTA: Los porcentajes pueden no totalizar el 100 %, porque no he incluido a los trabajadores chinos y yucatecos ni a los *emancipados*, africanos encontrados en barcos de esclavos capturados. En cada una de las jurisdicciones, la población de estos tres grupos combinados continúa menos del 1 % de la población total.

Estas diferencias en la población y la economía condicionaban las formas que adoptó la revolución en cada una de las dos regiones. En Guantánamo y Santiago de Cuba, donde la población blanca era minoritaria y la esclavitud seguía siendo la espina dorsal de la economía, los esclavistas blancos que poseían tierras no se incorporaban por lo general a la insurrección. La mayoría de las elites locales —sobre todo, en Guantánamo— se aliaron a las autoridades españolas desde los inicios, y condenaron el movimiento independentista por considerarlo perjudicial para los intereses de Cuba y preludio de una anarquía económica, política y social. La actitud de la elite guantanamera salta a la vista, cuando se examina la composición de las fuerzas rebeldes en la zona. Según las listas de insurrectos locales, que las autoridades españolas compilaron en mayo de 1869, los individuos catalogados de hacendados o propietarios no sobrepasaban el 1 % de los insurgentes. Por el contrario, el 89 % de los sublevados locales se describían como de campo y otro 6 % como artesanos o trabajadores.[46] En el cercano Santiago de Cuba, una relación de los soldados que bajo la jefatura de Antonio Maceo atacaron y dieron candela a varias fincas en marzo de 1869, revela que menos del 8 % de los combatientes eran blancos; todos procedían de los distritos rurales santiagueros, y ninguno, con la excepción de los Maceo, parece haber dispuesto de alguna propiedad.[47]

Un examen de la composición del movimiento en Puerto Príncipe sugiere un modelo insurreccional totalmente diferente. En mayo de 1869, antes del inicio de la crisis, las autoridades identificaron al 49 % de los insurrectos locales como hacendados, y a otro 14 % como doctores, abogados y comerciantes. Sólo un 23 % (comparado con un 89 % en Guantánamo) se catalogó como de campo.[48] Es más, ninguno de los 210 sublevados de Puerto Príncipe apareció en la relación como de color, y a todos se les otorgó el título de don, título de cortesía que estaba prohibido dar a las personas de color. Por su parte, en Guantánamo sólo recibió el título de don el 42 % de los insurrectos. Por tanto, en esta ciudad, el movimiento carecía de una dirección de la elite y del apoyo que ésta había hecho en Puerto Príncipe a la revolución, tan fuerte en sus comienzos y tan vacilante al cabo de dos años.

Dada la posición política de las elites locales de Guantánamo, los hombres que empezaron la revolución en Manzanillo y Bayamo creyeron que la guerra debía llevarse allí "a sangre y fuego".[49] En 1870-1871, varias columnas insurrectas bajo el mando del dominicano Máximo Gómez concentraron sus esfuerzos en las zonas rurales del cercano Santiago de Cuba. Ellos llegaron e invadieron fincas por todo el distrito: quemaron cañaverales y cafetales, liberaron a esclavos y los incorporaron junto a otros a la insurrección. Al hacerlo, devastaron una economía cafetalera y azucarera que a duras penas había logrado subsistir durante el primer año y medio de guerra.

Esta campaña de Santiago de Cuba sirvió de ensayo general para la invasión de Guantánamo en julio y agosto de 1871. Como en aquella región, los mambises atacaron, quemando y saqueando fincas y liberando a los esclavos. El pánico reinó en la que fuera emporio de riqueza del régimen colonial. Los hacendados que pudieron, huyeron, y los que no, permanecieron como espectadores aterrorizados. En un día, los rebeldes dieron fuego a seis cafetales y liberaron a sus esclavos; al día siguiente, la candela acabó con 16 y sus esclavos también fueron emancipados.[50] El cuadro de la insurgencia en Guantánamo y Santiago de Cuba, como hemos visto, difiere dramáticamente del de la desarrollada en Puerto Príncipe y Manzanillo. En éstas, las elites terratenientes iniciaron la rebelión e hicieron la guerra al ejército espa-

ñol; en Guantánamo y Santiago, por su parte, los alzados asaltaron las propiedades de esas elites que habían rechazado en gran medida la insurrección y sus objetivos. El curso de ésta en esas zonas resultó tan diferente que hasta los insurrectos comprometidos, quienes operaban en otras regiones, se desanimaron. Céspedes se quejó entonces del daño que infligió a su causa la quema y el saqueo realizados por los alzados en los alrededores de Guantánamo, quienes confiscaron, decía él, incluso las pantuflas de las mujeres.[51]

No obstante, la ausencia de terratenientes esclavistas en la dirección local, dejó el campo libre a la aparición de otro tipo de dirección; o sea, a una muy diferente de la de Manzanillo y Puerto Príncipe. En Guantánamo, uno de los primeros y más importantes dirigentes fue Policarpo Pineda, más conocido como Rustán. Aunque solían llamarlo "indio", parece haber sido hijo de un hombre y una mujer catalogados como mulato y negra, respectivamente. Rustán había trabajado en un tren de carga en los inicios de la década del 60. Abandonó Guantánamo no con ánimos de estudiar o hacerse abogado, como era el caso de otros jefes de la región, sino como fugitivo de la justicia después que atacara al funcionario español de más rango en la zona, como represalia por una paliza pública. Según la leyenda local, después huyó de la Isla, supuestamente (aunque sin visos de probabilidad) para encabezar un batallón de negros de Ohio en la guerra civil norteamericana, antes de trasladarse a Haití. Cuando estalló la Guerra de los Diez Años se encontraba en suelo cubano, otra vez como fugitivo. En compañía de unos cinco correligionarios y sus familiares inmediatos, se desplazó de manera furtiva a una zona conocida por los campesinos del lugar como "las cuevas de Rustán". Se unió al alzamiento cubano al poco tiempo de producirse, encabezando un pequeño grupo de soldados. Dos hombres, a quienes Rustán hizo prisioneros en enero de 1869, dijeron que la unidad estaba formada por mulatos y negros libres y esclavos. Todos ellos eran, según sus prisioneros, "enemigos acérrimos de los españoles, a quienes apellidaban patuses".[52] Por su parte, las autoridades españolas hicieron circular sus propios rumores sobre las ambiciones sexuales, sociales y políticas de Rustán. Decían que éste había tratado de coronar a un empe-

rador esclavo, que había convocado a una guerra contra todos los blancos y que las mujeres blancas quedarían reservadas para servir de concubinas a los soldados negros.[53] Cualquier cosa que las autoridades españolas pudieron haber dicho (o querido decir) acerca de sus nuevos enemigos en lugares como Manzanillo y Bayamo, cuesta imaginar que se las hubieran atribuido a los abogados, hacendados, masones y hombres blancos que les declararon la guerra en Manzanillo, el 10 de octubre, o en Puerto Príncipe, el 4 de noviembre.

Había otros como Rustán: hombres de humildes orígenes sociales que se convirtieron en prominentes jefes militares; sobre todo, en las zonas que rodeaban a Santiago de Cuba y Guantánamo. Quintín Bandera, hijo de padres negros, se unió a la rebelión de 1868 como soldado y fue uno de los últimos en rendirse, ya como general, en 1878. Antes de la guerra se ganaba la vida como albañil, trabajador rural, sirviente de cámara y atizador en un barco.[54] Guillermo Moncada (conocido también como Guillermón), un negro carpintero de Santiago de Cuba, se incorporó a la guerra en noviembre de 1868 como soldado raso; ya en enero de 1870 había ascendido a capitán. Cuando Rustán cayó seriamente herido en diciembre de 1870, Moncada asumió el mando de sus tropas. Contra Moncada como contra Rustán, los enemigos del movimiento sacaron a relucir imágenes de la guerra racial, entre las cuales la más común estaba la de jefes negros que utilizaban su poder para manchar la condición de la mujer blanca. De Moncada se decía que se había coronado a sí mismo emperador, y que poseía un harem con mujeres blancas y de otras razas. Pese a esos rumores, Moncada fue uno de los últimos en rendirse en 1878, y durante el segundo alzamiento separatista de 1879-1880, llegó a tener la posición militar de más alto grado entre todos los rebeldes que en ese tiempo se mantenían activos en la Isla.[55]

En un momento u otro, todos estos jefes (Rustán, Bandera, Moncada) estuvieron bajo las órdenes de Antonio Maceo, el jefe de más renombre que salió de las regiones rurales de Santiago de Cuba. Nacido en el pequeño partido rural de Majaguabo, Maceo trabajó arriando mulas y a menudo viajó entre la finca de su familia y la capital provincial de Santiago. Antes de que estalla-

ra la guerra, Maceo nunca había abandonado la Isla. Sus estudios consistían en lecturas familiares después de la cena; entre ellas, las novelas de Alejandro Dumas y las biografías de Toussaint Louverture de Haití y Simón Bolívar. Se unió a la insurrección el 12 de octubre de 1868, como soldado raso, y en su primera noche de combate impresionó tanto a sus superiores durante un enfrentamiento con las fuerzas españolas, que lo ascendieron de inmediato a sargento. Muchos otros ascensos seguirían a éste. Durante la campaña de Guantánamo, Maceo —coronel por ese entonces— condujo sus tropas en las batallas casi diarias contra el ejército español.[56] Como se ha visto, mientras miles de insurrectos en Puerto Príncipe inclinaban sus armas y ofrecían sus servicios a España, en Guantánamo y Santiago de Cuba, Maceo y otros jefes sostenían una exitosa contienda contra la esclavitud y el dominio colonial. La celebridad de ellos aumentaba, y junto con ella, sus seguidores locales y habilidades militares.

El contraste entre la insurgencia en las dos regiones en aproximadamente el mismo momento —así como el contraste entre la dirección local en ambos lugares—, manifiesta los modos en que variaban el curso y el carácter de la lucha independentista en las distintas regiones. En Puerto Príncipe, la fortaleza de la dirección blanca de la elite dio al movimiento mucha de su fuerza en los inicios de la revolución; sin embargo, esa dirección también puso límites al tipo de insurgencia que podía desarrollarse y prosperar en la región. Mientras tanto, en Guantánamo, la antipatía hacia las elites locales sembró de obstáculos el surgimiento de un movimiento local en los primeros meses de la guerra. Pero una vez que las columnas insurrectas penetraron desde los distritos vecinos, esas mismas elites resultaron incapaces de controlar las prácticas de la lucha que se arraigaron en su región. Por consiguiente, a medida que la rebelión encabezada por las elites se detenía en Puerto Príncipe, un tipo diferente de ésta florecía en el sudeste de Oriente.

No obstante, sería inexacto sugerir que había ocurrido una transferencia de poder, tanto en lo referente a la dirección como a la región. La invasión de Guantánamo, conducida por Gómez y Maceo, proporcionó un modelo potencial de insurgencia exitosa, pero se trataba de un modelo que otras regiones y otros dirigen-

tes no estaban preparados para aceptar. Y cuando llegó el momento de organizar una segunda y más osada invasión mambí, volvió a resurgir el temor y la manipulación racial, tal como había ocurrido en Puerto Príncipe durante los años 1870-1871. Ahora, el mismo Maceo se hallaba en el centro de la controversia. La invasión de la mitad occidental de la Isla ya la habían propuesto varios jefes militares del movimiento, pero la rechazaran los dirigentes civiles, quienes argumentaban que semejante desplazamiento habría de alienar a los poderosos hacendados de Occidente, así como a muchos de los separatistas exiliados que abrigaban la esperanza de regresar a Cuba para instalarse en sus antiguas haciendas.

El general Máximo Gómez fue uno de los principales proponentes de la invasión. En noviembre de 1873, le pidió al gobierno insurrecto 5 000 hombres, los cuales, bajo el mando de Antonio Maceo, llevarían a cabo la invasión al occidente.[57] Gómez escogió a Maceo debido a sus tempranos éxitos durante las campañas de Santiago de Cuba y Guantánamo. Pero las conquistas militares de Maceo y su rápido ascenso por la jerarquía independentista (ya era brigadier cuando Gómez propuso su nombre) ocasionó recelos y consternación entre los elementos de la dirección rebelde civil y blanca. Ahora, la idea de Maceo, conduciendo a los mambises al territorio occidental —centro económico de la colonia cubana— y emancipando a los esclavos en zonas donde éstos sobrepasaban en número a la población blanca, alimentó las especulaciones acerca del papel de Maceo no sólo en la rebelión, sino también en la república libre que aspiraba a fundar. Maceo, según los rumores, se proponía nada menos que convertir a Cuba en una república negra y proclamarse gobernante indiscutible de esa república. Uno de los oponentes a una invasión conducida por Maceo preguntó: "¿Acaso nos hemos liberado sólo para compartir el destino de Haití y Santo Domingo?"[58]

Sus oponentes prevalecieron y la invasión nunca se llevó a cabo. Mas, los rumores alentados por las expectativas siguieron creando problemas a su liderazgo.[59] Alcanzaron su punto más alto en 1875 y 1876, y lo impulsaron a darles respuesta en una carta a Tomás Estrada Palma, presidente de la República en Armas, el 16 de mayo de 1876. En ella, Maceo le explicaba que en un prin-

cipio había enfrentado en silencio los rumores sobre sus ambiciones políticas, pensando que eran obra de sus enemigos españoles, capaces de esgrimir "todas las armas para desunirnos". Sin embargo, se decidió a responder abiertamente a sus detractores, cuando descubrió que no eran otros que sus compañeros de armas. Su carta continuaba: "el exponente supo hace algún tiempo (...) que existía un pequeño círculo que propalaba había manifestado al Gobierno 'no querer servir bajo las órdenes del que habla, por pertenecer a la clase' (...) y no querer servir por serles contrario y poner miras en sobreponer los hombres de color a los hombres blancos.

"Y como el exponente precisamente pertenece a la clase de color, sin que por ello se considere valer menos que los otros hombres; no puede, ni debe consentir, que lo que no es, ni quiere que suceda, tome cuerpo y siga extendiéndose (...) y protesta enérgicamente con todas sus fuerzas, para que ni ahora, ni en ningún tiempo, se le considere como autor de doctrina tan funesta, máxime cuando forma parte, y no despreciable, de esta República democrática, que ha sentado como base principal, la libertad, la igualdad y la fraternidad y que no reconoce jerarquías".[60]

Aquí Maceo argumentaba, de manera enérgica, aunque con cautela, que los prejuicios raciales seguían determinando la manera en que los cubanos reaccionaban ante la insurrección y algunas de sus figuras. Al condenar a quienes lo rechazaban por el color de su piel, Maceo fue capaz de hacer uso de un lenguaje revolucionario de libertad e igualdad. Se definió como el prototipo del patriota actuando por encima de su interés político, un "hombre que ingresó en la revolución sin otras miras que la de dar su sangre por ver si su patria consigue verse libre y sin esclavos". Por el contrario, sus detractores no habían aprendido las lecciones del republicanismo revolucionario; eran incapaces de darse cuenta de que el racismo no sólo constituía un crimen contra él, sino también contra la república anhelada. Terminó su carta advirtiendo al presidente que, si el gobierno revolucionario no ponía fin a los rumores sobre sus aspiraciones políticas, abandonaría Cuba para protestar ante "el mundo civilizado".[61]

Esta amenaza final resulta significativa. En diferentes momentos desde el inicio de la revolución, tanto quienes se oponían

a la independencia como sus partidarios cautelosos habían sugerido que la insurgencia, con muchos seguidores entre los cubanos de color, amenazaba con conducir la Isla a una situación de anarquía y guerra racial; es decir, la antítesis de la civilización. Pero, en 1876, Maceo expresaba que el incivilizado en este caso era el gobierno de la República en Armas, porque estaba empantanado en una política de egoísmo y racismo. Maceo le cambió el sentido a las categorías que sus oponentes empleaban: él era la personificación del patriotismo y la civilización, y sus rivales, la personificación de su negación. Pese a las objeciones de Maceo, los rumores no cesaron. Mas, no salió de Cuba como había amenazado. En 1878, uno de los principales promotores de un acuerdo de paz llegó a la conclusión de que Cuba no estaba preparada para la independencia, porque no contaba con dirigentes responsables con apoyo popular. Descartó a Maceo fácilmente: "Ya sabemos sus intenciones, digo, tendencias".[62]

Rumbo a la paz

La lucha proseguía en medio del clima de crisis y fraccionamiento que caracterizaba los esfuerzos rebeldes después de 1870. Los funcionarios españoles admitían incluso que la insurrección había vuelto a ganar algo de su fuerza inicial a finales de 1873 e inicios de 1874.[63] Pero, añadían, en el 74 se trataba ya de un tipo muy diferente de guerra. Las tropas regulares se habían convertido ahora en pequeñas partidas, y aunque su accionar resultaba a veces eficaz y difícil de erradicar, nunca llegaron a recobrar la capacidad de hacer una guerra como la de 1868 y 1870. Un general español declaró que, en 1871, la insurrección cubana sólo podía compararse con la guerra de los seminolas de la Florida contra las autoridades norteamericanas a mediados de siglo. Otro insistía en que el ejército cubano de entonces parecía menos una fuerza regular de combate que una agrupación de palenques; es decir, una molestia pero no un desafío decisivo a la continuación del dominio español en la Isla.[64]

Los cubanos mismos también reconocían los cambios ocurridos en el movimiento. A mediados de esa época, muchos de sus dirigentes originales habían muerto. Otros muchos habían re-

nunciado a la causa y con posterioridad ayudaron a las autoridades coloniales españolas a combatir a los independentistas. En 1875, uno de los más destacados dirigentes de la insurrección, Salvador Cisneros, un aristócrata y temprano conspirador en Puerto Príncipe, reveló lo honda que era la desesperación de muchos de los dirigentes e insurrectos que quedaban. En noviembre de 1875 escribió a su sobrino y ahijado, explicándole su intención de rendirse a las autoridades españolas: "Cada día me encuentro más inconforme con la vida de semi-salvaje que tengo que observar en estos campos donde solo reina la desolación y el luto. Si vieras cuánto he cambiado (...) Hoy lo confieso ingenuamente estoy cansado de una lucha encarnizada que no ha tenido más fruto que la muerte de millares de hombre útiles a la sociedad y el exterminio de las riquezas que nuestra Patria encerraba. Pobres cubanos. Inocentes nos creímos labrar con nuestro mal entendido patriotismo la felicidad de Cuba; pero ¡ay! Que engaño llevamos. Si al menos pudiera evitar que el mal siguiera".[65]

Incluso jefes como Máximo Gómez, quien decidió permanecer en la lucha, expresó un sentido de desesperanza e incertidumbre durante las etapas finales de la guerra. El 31 de diciembre de 1877 confesó en su diario que ese año había sido "uno de los más funestos para la revolución de Cuba" y que sería "muy difícil encarrilarlo [el proceso revolucionario] por una vía segura a su triunfo". Se había preparado mentalmente para el fin de una contienda que, según él, "tantos desengaños y amarguras me ha traído".[66]

En las tropas rebeldes, los oficiales informaban que prevalecían una moral baja, la apatía y las tensiones entre soldados y oficiales, así como la falta de voluntad para encarar los peligros del combate. "El pánico —dijo un participante— se había apoderado de la mayoría".[67] Los dirigentes respondieron promulgando nuevas disposiciones que hacían obligatorio el servicio militar, pero sus esfuerzos tropezaron con una resistencia abierta. Los miembros de las familias solicitaban a los dirigentes que declararan exentos del servicio a esposos, hijos y hermanos. Y más soldados seguían desertando.[68]

El ejército cubano no dejó de atacar a las fuerzas españolas y defenderse de ellas, pero también debía gastar muchas ener-

gías para poder controlar un ejército menguado y cansado de la guerra. Los soldados fugitivos que eran capturados fueron juzgados en tribunales militares rebeldes por abandonar sus compañías. Andrés Benítez, un recluta involuntario del ejército mambí, fue presentado a Consejo de Guerra a finales de 1877, por haber desertado. Los testigos declararon a Benítez incapaz de mantenerse en las tropas "más de 15 ó 20 días" seguidos, y que después de pasar "mucho trabajo" para recogerlo una y otra vez, no eran capaces de impedir sus habituales escapadas. También se dijo que mantenía relaciones con los bandoleros de peor reputación de Camagüey. Después de un prolongado juicio, los oficiales cubanos lo sentenciaron a muerte por deserción. A petición de Benítez, todas sus pertenencias, entre las cuales se encontraban objetos como ropa infantil usada y un par de zapatos de mujer carentes de suela, se entregaron a su madre después de su ejecución a las 4 de la tarde del 27 de diciembre de 1877.[69] Los dirigentes insurrectos no cesaban de reconocer que los cubanos estaban cansados de la guerra y que soldados voluntarios como los de 1868 resultaban mucho más difíciles de incorporar a mediados y finales del 70.

Si las penalidades de la contienda bélica se tradujeron en una baja moral de las tropas y simpatizantes cubanos, también desolaron los campos orientales. Según una fuente, de 110 ingenios que funcionaban en Camagüey en 1868, sólo uno se mantenía operando en 1876; y de acuerdo con la misma fuente, de 1 853 pequeñas fincas sólo una sobrevivió a los primeros ocho años de guerra.[70] Estos cambios no se limitaron a afectar las economías provincial y de la Isla, pues también alteraron de manera dramática el entorno físico donde civiles e insurrectos hacían sus vidas diarias. Por ejemplo, en esa misma región solamente quedaron en pie después de la guerra unas 100 casas de campo, de las más de 4 000 que existían antes.[71] Durante los diez años de guerra desaparecieron personas, viviendas, fincas y animales, y en mucho de lo que quedó podían verse las huellas de la confrontación militar. Las viejas fincas eran irreconocibles: cercas destruidas, campos de cultivo repletos de malas hierbas y matorrales, los viejos caminos que las unían a pueblos cubiertos de vegetación e intransitables, las marcas de balas en los árboles, ruinas de viejos

edificios, y otros remanentes físicos de los combates, se convirtieron en señales casi permanentes del paisaje rural, signos que los testigos de la guerra mostraban años después a los recién llegados.[72]

Ésa era la situación de la insurrección y del campo en 1877. Las regiones orientales se encontraban física y económicamente en ruinas. En Puerto Príncipe apenas quedó tropa alguna después de nueve años de guerra. La caballería había desaparecido, e incluso los miembros del gobierno mambí se movían por la región a pie. La efectividad de la política española después de la llegada de Arsenio Martínez Campos, como jefe del gobierno español en Cuba en noviembre de 1876, acentuó la grave situación de los rebeldes. Martínez Campos tuvo acceso a más hombres y dinero, que empleó para lanzar una vigorosa campaña militar contra aquéllos, empezando en Sancti Spíritus y moviéndose hacia el este. Además de perseguirlos constantemente, siguió una política de generosidad con los insurrectos que se rendían. Concedió perdones y a menudo les ofrecía dinero a cambio de que se rindieran o persuadieran a sus compañeros de insurgencia a hacerlo.[73] Además, las autoridades coloniales españolas, en un esfuerzo tanto por comenzar la reconstrucción de la economía rural como por ganarse el respaldo de los combatientes cubanos cansados de la guerra, trazaron una política de entregar tierras (y, en algunos casos, animales, semillas y dinero) a los insurrectos presentados.[74]

El 21 de diciembre de 1877, Martínez Campos suspendió las hostilidades y estableció una zona neutral en Puerto Príncipe, para facilitar las negociaciones de paz. A partir de esa fecha, los acontecimientos avanzaron con rapidez. El 11 de enero de 1878, Máximo Gómez confesó su asombro por lo "mucho" que se había "hecho en el sentido de la paz" por hombres que se habían opuesto a hacer concesiones a España.[75] Al día siguiente, Gómez, uno de las principales figuras militares de la revolución, pidió permiso para abandonar la Isla. El 8 de febrero, la Cámara de Representantes, que tenía prohibido realizar negociaciones de paz, disolvió sus poderes y en un gran acto público creó el Comité del Centro para que discutiera formalmente con Martínez Campos y sus emisarios las condiciones de la paz. El comité de siete miembros incluía a un doctor, un comerciante educado en Europa y

Estados Unidos y un militar de carrera que había estudiado en la más importante academia militar española.[76] Entre los principales arquitectos cubanos de la paz también se encontraba Marcos García, el insurrecto antes citado que había lamentado la alta participación negra, a quien Gómez ahora describió como el "más alegre y satisfecho" con las gestiones en favor de la paz.[77]

El 10 de febrero de 1878, el comité camagüeyano aceptó la propuesta española de paz. Las estipulaciones para el pacto del Zanjón, como se conoce generalmente la paz, quedaron bien definidas: concesión de derechos políticos y administrativos semejantes a los que se otorgaron antes a Puerto Rico; amnistía a los insurrectos y desertores del ejército español, y libertad legal para los esclavos y los chinos contratados que participaron en la revolución.[78] De esta forma, la dirección de Puerto Príncipe aceptó una paz que no concedía ni la independencia ni la abolición de la esclavitud. El 3 de marzo, las fuerzas rebeldes de Yara, lugar donde la guerra había comenzado diez años atrás, depusieron sus armas. Pocos días después, los insurrectos de Bayamo y Manzanillo siguieron su ejemplo.[79] Las principales plazas fuertes en los inicios de la guerra —regiones de donde provenían los más prominentes conspiradores— renunciaron formalmente a su causa a comienzos de marzo de 1878.

Antonio Maceo, quien se hallaba en los campos cercanos a Santiago de Cuba, tuvo conocimiento de las primeras gestiones de paz en Puerto Príncipe por medio de artículos periodísticos que su amigo Félix Figueredo le había llevado. Figueredo contó más tarde que Maceo leyó las noticias acerca de la inminente paz sin creer en ellas. Éste reflexionó en voz alta: "¡Y toda esa gente trataba con los españoles cuando aquí peleábamos con mayor entusiasmo, cuando nos sacrificábamos para vencerlos! ¿Qué dirán ahora mis subalternos?"[80] Mientras los acontecimientos en Puerto Príncipe fueron moviéndose de manera inextricable hacia la paz desde finales de 1877, los que se desarrollaron en las regiones del este de Oriente trabajaban en favor de los independentistas. En enero de 1878, a Maceo se le otorgó el grado de mayor general y pasó a comandar la Primera División del ejército cubano que operaba en Oriente. En los alrededores de Guantánamo y los campos que circundaban la zona este de la Sierra

Maestra, las fuerzas cubanas atacaron a los españoles con el mismo vigor y éxito con que las tropas españolas arremetían contra las cubanas en Puerto Príncipe.[81]

El comité de paz cubano envió dos delegados para informar formalmente a Maceo de la situación y tratar de convencerlo de que aceptara las condiciones que ese comité había aprobado. Cuando los delegados, en compañía de Máximo Gómez —quien pronto abandonaría el país—, preguntaron a Maceo su opinión sobre la paz, respondió sin lugar a dudas que no estaba de acuerdo con el pacto firmado en el Zanjón. A inicios de marzo, los restantes jefes rebeldes del este se reunieron cerca de Santiago de Cuba para discutir lo acontecido en Puerto Príncipe. Maceo condujo la reunión y explicó a los soldados y oficiales allí congregados los detalles del tratado de paz firmado por sus compañeros revolucionarios en el Zanjón. Calificó la paz de vergonzosa, las condiciones de deshonrosas y el pacto de bochornoso. Explicó la gravedad de la situación, reflexionando que con la paz declarada en Puerto Príncipe, los españoles podrían concentrar sus mejores fuerzas, o incluso todas ellas, en Oriente para atacarlos. Preguntó entonces si los allí reunidos preferían aceptar la paz según las condiciones españolas, o continuar la guerra. Optaron por continuar la guerra.[82]

Maceo comunicó sin demoras su desacuerdo con la paz a las autoridades españolas. Lo hizo empleando el mismo lenguaje de honor y vergüenza con que expresó su opinión a sus compañeros insurrectos. Mas, ese lenguaje adquirió un significado diferente, cuando iba dirigido a los representantes del poder colonial. En carta a Martínez Campos, Maceo informaba al general que estaba al tanto de la paz firmada en el Zanjón y que deseaba pactar una reunión, no para rendirse, sino sólo para conocer cuáles serían los beneficios que los cubanos obtendrían de aceptar una paz sin independencia. Concluyó diciendo que la decisión que tomó la rebelión camagüeyana, aunque fuera secundada por los dirigentes de Las Villas, no habría de persuadirlo a él y a sus compañeros de armas de renunciar a su "actitud de principio". La paz que España propuso, y Camagüey aceptó, constituía una afrenta a su honor y al de los revolucionarios, y él era un "hombre honrado".[83] En otra carta, escrita casi un mes más tarde, Maceo

se hizo eco de esa declaración, cuando de manera retórica preguntó: "¿Creen ustedes que los hombres que luchan por un principio y por glorias militares, que estiman su reputación y su honor, pueden venderse quedándoles aún la esperanza de salvar sus principios o de perecer en la demanda antes que degradarse? No, los hombres que como yo, pelean por la santa causa de la Libertad romperán sus armas cuando se crean impotentes para vencer antes que mancillarse".[84] El capitán general de la Isla, Joaquín Jovellar y Soler, resumió la posición de Maceo en comunicación al ministro de Ultramar español: "Maceo no ha aceptado las bases de la capitulación por considerarla deshonrosa".[85]

La evocación del honor que hizo Antonio Maceo, al rechazar las propuestas españolas de paz, fue un reto a las categorías establecidas por el discurso colonial español. En ese discurso, España era una nación honorable, y pese a que la insurgencia cubana se había caracterizado como una amenaza a la integridad de esa nación, las autoridades coloniales se negaron siempre a negociar con los mambises. Como un general español lo había explicado antes: "Durante mi mando [en 1873] no hubo promesas de ningún género a los insurrectos (...) porque el Gobierno de entonces lo consideraba deshonroso".[86] Ahora, en 1878, Maceo rechazaba las propuestas de paz, apelando a la noción de honor que los españoles emplearon hasta entonces para frustrar las negociaciones con los rebeldes y las concesiones a éstos. Aceptar la paz propuesta ahora por España equivalía a traicionar *su* honor y el honor de la revolución cubana, dijo Maceo. De cierta manera, éste invirtió las categorías coloniales tradicionales con las cuales el poder español salvaguardaba un honor que el súbdito colonial era incapaz de tener. Las autoridades españolas, al referirse a la "intransigencia" de Maceo, se dieron cuenta de esta inversión y expresaron su asombro ante la audacia con la cual un mulato reivindicaba el honor, mientras ellos, que por derecho lo encarnaban, se habían dignado en sentarse a la mesa de negociaciones con los cubanos en armas. Enfrentado a los insistentes rechazos de Maceo, Martínez Campos aventuró una explicación racial: "Como mulato, es de una vanidad extrema".[87]

Al mismo tiempo, Martínez Campos admitió de mala gana que la intransigencia de Maceo tenía importantes raíces ideoló-

gicas. En febrero de 1878, Martínez Campos expresó algunas dudas sobre el deseo de Maceo de llegar a un acuerdo: "¿No hará oposición Maceo [a la paz], pues que su causa no será probablemente sólo la independencia de Cuba sino la cuestión de raza?"[88] Pero un mes después, cuando la pacificación y la reconstrucción avanzaban en el vecino Puerto Príncipe y en otras partes de Oriente donde había empezado la guerra, Martínez Campos esperaba que Maceo y sus compatriotas aceptaran la paz tal como se diseñó en Camagüey. De seguro no podrían continuar en guerra, cuando la totalidad del ejército español tenía las manos libres para atacarlos. Cuando Maceo aceptó reunirse con el general español en Baraguá, Martínez Campos confió aún más en que la rendición de Maceo resultaba inminente. Sin embargo, Martínez Campos llegó a Baraguá sólo para comprobar que todas sus expectativas se habían esfumado.

El discurrir del encuentro mismo es muy conocido en la historia cubana.[89] Poco después de las presentaciones, Maceo manifestó su disgusto por el tratado de Camagüey, al cual consideraba manipulador y carente de principios. Insistió entonces en que España tendría que otorgar la libertad a todos los esclavos que vivían en Cuba, antes que él y sus hombres depusieran las armas. Por su parte, Martínez Campos rechazó la propuesta de Maceo. Convencido de que la discusión no conducía a ninguna parte, Martínez Campos, según cuenta un testigo, estaba visiblemente molesto y salió precipitadamente "colorado como un tomate", incapaz de ocultar su indignación ante la resistencia de Maceo y sus compañeros.[90]

La reacción de Martínez Campos debe entenderse a partir del contexto de su interacción con Antonio Maceo antes y después del encuentro. Aquél había acudido muy seguro de su éxito. Midió cuidadosamente sus palabras y acciones. Al encontrar a Maceo lo halagó, expresando sentirse sorprendido de que un hombre con tantos logros militares pudiera ser tan joven. "Me enorgullezco de haber conocido personalmente a uno de los combatientes más afamados de las fuerzas cubanas". Elogió a Maceo, pero no dejó de recordarles su lugar, pues, según un testigo, "jamás llamó á Maceo General, ni á nuestra fuerza Ejército". Se negó a reconocer a los independentistas como un enemigo de estatura

igual o legítima, con lo cual recordaba su categoría de súbditos coloniales. Les explicó que había llegado el momento de que Cuba se juntara con otros "pueblos cultos" y "unida á España, marche por la senda del progreso y la civilización".[91]

Maceo respondió que, aunque él y otros que allí estaban ansiaban que Cuba tomara el camino de la paz y la felicidad, estaba seguro de que ésto no podría ser posible sin la libertad. Abogó por la completa e inmediata abolición de la esclavitud. Más adelante enfatizó que España había renegado de su compromiso con el "mundo civilizado" de abolir el comercio de esclavos hacia Cuba. Mientras Martínez Campos argumentaba que la posibilidad de "civilización" para Cuba se sustentaba en un permanente vínculo colonial con España, el general Antonio negaba la capacidad civilizadora de este país. La civilización había llamado a poner fin al traslado forzoso de africanos a Cuba, pero una España incivilizada se había negado a cumplir ese llamado. Al exponer este argumento, Maceo desafió una habitual justificación colonial. Invalidó el argumento de que España, el poder colonial, civilizó a Cuba. Por el contrario, describió al poder colonial como el obstáculo fundamental para el progreso de la civilización. La presencia española — no la africana— en Cuba se catalogó como el problema. En esa reunión de Baraguá, Maceo se consideró a sí mismo y a sus compatriotas como los portadores del honor y la civilización; España había perdido su derecho a ambos, al tolerar y preservar la esclavitud racial. Maceo había invertido hábilmente las categorías del discurso colonial que postulaban que España era civilizadora y Cuba, incivilizada. Que esta inversión proviniera no sólo de un súbdito colonial, sino de un hombre de color, la convertía en algo más que un desafío a las nociones tradicionales de honor y posición en una sociedad esclavista colonial. Por estas razones, un oficial español calificó la Protesta de Baraguá como el segundo "acto más arrogante de toda la campaña".[92]

Al final del encuentro, lo que había quedado del mambisado adoptó una posición clara en cuanto a la abolición: la guerra continuaría hasta que España accediera a declarar el fin legal de la esclavitud. En el encuentro acompañaban a Maceo muchos de los jefes negros y mulatos que habían estado activos en el sudeste de

Oriente: Flor y Emiliano Crombet, Guillermo Moncada, Quintín Bandera, Agustín Cebreco y Jesús Rabí. Por tanto, la geografía de los acontecimientos de 1878 —la firma de un tratado en Camagüey y la continuación de la guerra en Oriente— parecía casi una repetición de las variaciones regionales de la anterior crisis de la revolución en 1870.

Después de la reunión se decretó una tregua de ocho días que permitiría a las fuerzas cubanas regresar a sus posiciones, antes de resumir las hostilidades. Y entonces, la lucha empezó una vez más en Oriente. Los informes españoles demuestran que ambos ejércitos continuaron sus actividades militares durante los meses siguientes a la protesta hecha en Baraguá. Los rebeldes cubanos que quedaban reorganizaron su ejército y establecieron un nuevo gobierno para reemplazar al disuelto en Camagüey. La forma que dieron a las nuevas organizaciones que fundaron no difería mucho de aquellas reemplazadas, como tampoco, muy distinta la composición racial de ambas. Los cuatro miembros del nuevo gobierno eran blancos, y aunque la jefatura del ejército era significativamente negra y mulata, el mismo Maceo sólo asumió la segunda posición de mando.[93]

Según funcionarios españoles, en estos meses finales, Maceo se sostenía sobre todo por su compromiso con la abolición de la esclavitud, lo que le aseguró "el afecto de los negros y aun de muchos blancos exaltados".[94] Otros combatientes no lo abandonaron, decían, por el afecto y el temor que le tenían.[95] Se asemejaba a un "león herido" y hacía "esfuerzos sobrehumanos para levantar el espíritu, reuniendo hasta su último soldado y atacando con una energía y un acierto dignos de mejor causa".[96] Los insurrectos cubanos prepararon ataques impresionantes, como los de Dos Caminos y El Cristo, dirigidos por José Maceo con un grupo de rebeldes procedentes de Songo. No obstante, la persecución de las fuerzas cubanas por tropas españolas era tan implacable que Maceo no pudo organizar un campamento estable o siquiera descansar durante la noche, según una fuente cubana.[97]

A pesar de todos estos esfuerzos, la principal actividad insurgente después de la reunión de Baraguá parece haber sido la rendición. Entre las tropas y la impedimenta de Maceo, las presentaciones fueron aumentando gradualmente: desde la firma en el Zanjón

hasta finales de marzo de 1878 perdieron 18 oficiales, 141 hombres, 36 mujeres y 42 niños.[98] El mismo Maceo aceptó abandonar la Isla a inicios de mayo, aunque técnicamente sólo de manera temporal y sin rendirse de manera formal.[99] Las tropas cubanas, en su mayor parte bajo el mando de otros jefes de color como los hermanos Crombet, Jesús Rabí, Guillermo Moncada y Quintín Bandera, se mantuvieron activos durante algún tiempo. Pero a mediados de junio, la mayoría de ellos también había capitulado.[100] Y los mambises que se movían por los campos cambiaron su respuesta al habitual "alto ¿quién va?" de "Cuba" a "la Paz".[101]

Conclusión

Después de casi diez años de guerra, miles de cubanos y españoles perdieron la vida, y buena parte de los campos del este quedaron física y económicamente devastados. Aunque la independencia no se había conquistado, Cuba había sido transformada. Las reformas que España garantizó en el Zanjón dieron como resultado la fundación de los dos primeros partidos políticos de Cuba. Aunque estos primeros partidos coloniales fueron explícitamente reformistas y cuestionaban la necesidad de una revolución, su reconocimiento legal marcó el final de una época. España se vio forzada a permitir la discusión formal de la cuestión colonial por los mismos súbditos coloniales que trataba de subyugar.

La revolución tampoco pudo alcanzar su objetivo de poner fin a la esclavitud. Pero la guerra, al liberar y movilizar a los esclavos, alteró para siempre las relaciones sociales de la esclavitud. Las autoridades españolas reconocieron que los esclavos insurrectos, si se les obligaba a regresar a sus antiguas haciendas, podrían "desmoralizar las negradas" o "convertirse en cimarrones".[102] Quisieron atenuar el problema, liberando solamente a aquellos esclavos que habían servido en el ejército cubano. Pero esta política también creó agudas contradicciones. Como un prominente hacendado azucarero había preguntado con anterioridad: "¿Qué lógica, qué justicia puede haber en que los que permanecieron fieles a sus dueños continúen en la esclavitud, mientras sus mal-

vados compañeros, en lugar de severo castigo que su inicua conducta merece, reciban el valioso premio de la libertad?"[103] A pesar de estas objeciones, la libertad de los esclavos rebeldes fue decretada por España, y esa política liberó a unos 16 000.[104] El proceso que el independentismo puso en movimiento y el tratado de paz, comprometieron a España a abolir la esclavitud más temprano que tarde, un hecho que implicaba que los esclavos podrían asociar la emancipación tanto a la insurgencia nacionalista, como a cualquier medida abolicionista del Estado colonial. Y, en realidad, incluso después que la ley de la emancipación puso fin a la esclavitud en 1886, se decía que los antiguos esclavos proclamaban con orgullo que no habían sido liberados por el decreto de emancipación del gobierno, sino por su propia participación en la guerra y por el convenio de 1878, que reconoció su libertad como recompensa por esa participación.[105] Décadas más tarde, dos antiguos esclavos nombrados Genaro Lucumí e Irene reunían un grupo de niños en el pequeño pueblo de Chirigota, en Pinar del Río, para contarles dos tipos de historias: por una parte, historias del fin de la esclavitud y, por otra, de Antonio Maceo y la guerra, y todavía otros escucharon los relatos sobre un antiguo esclavo que, después de conseguir su libertad, cambió su nombre por el de Cuba.[106] La insurgencia y el nacionalismo fueron decisivos en los esfuerzos de los ex esclavos por darle un sentido a su libertad, por lo que el vínculo entre el antiesclavismo y el anticolonialismo quedó claramente establecido.

No cabe duda, la guerra aceleró el arribo de las reformas políticas y sociales, pero también transformó por otras vías la sociedad cubana. La revolución surgió de una sociedad esclavista y colonial, una sociedad en la cual raza y nación se habían asociado negativamente. En Cuba, la "cuestión racial" se había utilizado para dar una respuesta automática y negativa a la "cuestión nacional": la significación numérica de la población de color y la importancia económica de la esclavitud, requerían que el vínculo colonial con España se mantuviera. En otras palabras, Cuba no podía ser una nación. Cuando la insurrección estalló en 1868, el nexo entre raza y nación fue empujado a un primer plano, por lo que exigía una nueva solución. Los iniciadores de la guerra intentaron resolverlo introduciendo cautas medidas para la aboli-

ción de la esclavitud. Estas medidas parciales se desplazaron pronto por la práctica diaria de la insurgencia, en la medida en que los esclavos, por su propia voluntad, se unieron a las fuerzas mambisas, y los dirigentes locales los emancipaban sin el consentimiento de la autoridad rebelde central. Los primeros sublevados también introdujeron un nuevo lenguaje de ciudadanía que otorgaba la denominación de "ciudadano" a los esclavos cubanos y a la gente de color libre. Por consiguiente, mientras la raza y la nación eran categorías irreconciliables en el discurso colonial de anteguerra, la temprana rebelión acortó la brecha entre ambas. Los esclavos podrían llegar a ser ciudadanos, y una colonia con esclavos podría convertirse en una nación libre.

Sin embargo, a medida que la rebelión progresaba se hacía evidente que la relación entre raza y nación no podría cambiar sin lucha y disentimiento. En primer término, la diseminación de un lenguaje nuevo de ciudadanía multirracial implicaba, para sus receptores, un grado más elevado de participación que el que en un inicio imaginaron los iniciadores de la guerra. Igualmente importante era la circunstancia de que la presencia cada vez mayor de insurrectos de color originaba una crisis dentro de los sectores del movimiento independentista. La respuesta que muchos combatientes blancos daban a la amplia participación negra y a la aparición de una poderosa jefatura negra y mulata, era abandonar la rebelión y condenarla por ir en contra de los mejores intereses del país. A pesar de que estos insurrectos rendidos seguían siendo partidarios de la idea de la independencia para Cuba, rechazaban a la vez las implicaciones del movimiento para la política racial en la Cuba posterior a la independencia. Muchos se rindieron protestando, entre otras cosas, contra el alcance y el carácter de la participación de los negros en la independencia. Cuando los prominentes civiles blancos aceptaron la paz en el Zanjón, pospusieron la abolición de la esclavitud y dieron la bienvenida al retorno de los negocios como antes. No obstante, ya en este momento existía otra jefatura capaz de enfrentarse a este sector del movimiento y repudiar su paz. Esta, de la cual eran miembros la mayoría de los altos oficiales negros y mulatos, habría de destacarse aún más en una nueva insurrección nacionalista un año después.

Notas

1 Félix Figueredo a Tomás Acosta Nariño, publicada en *Revista Cubana 6* (julio-diciembre de 1887): 513-514. Véase también Pirala y Criado: *Anales de la guerra de Cuba*, 1:57.

2 Para una descripción de los civiles que vivían en territorios rebeldes, véase Escalera: *Campaña de Cuba*, 64-65. Los campamentos civiles, conocidos como prefecturas, estaban formados por hombres, mujeres y niños que no participaban en los combates; servían a la insurrección cosechando alimentos, criando animales, o fabricando suministros para los soldados. Y, en teoría, estaban sujetos a las leyes de la República en Armas. Para descripciones de los campamentos militares mambises, véase "Memoria reservada de los campamentos de la insurrección en las jurisdicciones de Puerto Príncipe", en AHN, SU, leg. 4933, 2da. parte, libro 4, doc. no. 91.

3 Sobre la campaña española en Oriente, véase García Verdugo: *Cuba contra España*, 260-270; acerca de las presentaciones en esa región, consúltese, por ejemplo, "Copia de parte de la columna de las Tunas del Ejército Español", en ANC, DR, caja 466, y "Comandante José Ruiz al Coronel José C. Sánchez", abril 24, 1870, en AHN, SU, leg. 4439. Los pueblos no se mantuvieron pacificados mientras duró la guerra.

4 Para detalles de las ofensivas militares españolas y sus efectos, véase Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, 2:1-135, y "Memoria remitida al Ministro de Ultramar por el Capitán General Don José de la Concha", marzo 13, 1874, en RAH, CCR, vol. 6, pp. 15-49.

5 Puerto Príncipe era el nombre formal de la jurisdicción, en este período pertenecía al Departamento del Centro. A la ciudad y la jurisdicción de Puerto Príncipe se le llamaba comúnmente Camagüey, nombre de origen indio de la región. Los dos nombres se emplean de manera indistinta en muchas de las fuentes citadas más adelante. Véase Imbernó: *Guía geográfica y administrativa*, 36, 215.

6 Sobre la conspiración y los inicios de la lucha en Camagüey, consultar Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, 1:86-112; García Verdugo: *Cuba contra España*, 52-63; Arredondo y Miranda: *Recuerdos de las guerras de Cuba*, 15-18, y "Capitán General Valmaseda al Ministro de Ultramar", mayo 21, 1872, en AHN, SU, leg. 4935, lra. parte, libro 11, doc. no. 139.

7 Sobre Cisneros y Agramonte, véase Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, 1:89-90. En mayo de 1869, las autoridades españolas calculaban que el 49 % de los sospechosos de ser insurgentes en Puerto Príncipe eran hacendados. Véase la relación de éstos en ANC, AP, legs. 59 y 60. Un estudio más sistemático de la composición social del

movimiento cubano en Puerto Príncipe y en los demás lugares aparece más adelante en este capítulo.

8 Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, 1:102.

9 Antonio Zambrana, citado por Guerra y Sánchez, 2:18.

10 Arredondo y Miranda: *Recuerdos de las guerras de Cuba*, 25-26, y brigadier Mena, citado en Pirala y Criado: *Anales de la guerra de Cuba*, 1:341.

11 En cuanto a los vínculos entre el exilio y los separatistas de la Isla durante la Guerra de los Diez Años, véase Poyo: *"With All and for the Good of All"*, sobre todo, 35-51.

12 Arredondo y Miranda: *Recuerdos de las guerras de Cuba*, 99, 136-137. Sobre el período de crisis y la deserción en Camagüey, véase también Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, 2, caps. 1-2; Pirala y Criado: *Anales de la guerra en Cuba*, 2:62, 71, 187, y Betancourt Agramante: *Ignacio Agramonte y la revolución cubana*, 203.

13 La cifra aparece en Ibarra: *Ideología mambisa*, 110, y Capitán General Valmaseda, citado en Pirala y Criado: *Anales de la guerra en Cuba*, 2:62. Muchos insurgentes de la región que se rindieron, después de hacerlo, solicitaron a las autoridades españolas la devolución de las propiedades confiscadas por su participación en el movimiento independentista. Consúltense los expedientes de desembargo en AHN, SU, leg. 4346, 2da. parte. Para un reciente estudio de las implicaciones políticas de la confiscación española de propiedades criollas durante la guerra, véase Quiroz: "Loyalist Overkill...".

14 Pirala y Criado: *Anales de la guerra de Cuba*, 1:432, y Arredondo y Miranda: *Recuerdos de las guerras de Cuba*, 99-100. Las estadísticas de la población esclava de Caonao provienen de "Poblaciones del Partido", en Cuba. Centro de Estadística: *Noticias estadísticas de la isla de Cuba en 1862*, s.p. El nombre del lugar aparece como Caunado en el censo, pero ambos nombres se empleaban indistintamente. Véase Imbernó: *Guía geográfica y administrativa de la Isla Cuba*, 49.

15 Arredondo y Miranda: *Recuerdos de las guerras de Cuba*, 32-36.

16 Zaragoza: *Las insurrecciones en Cuba*, 2:536. Para más información sobre las presentaciones de Caonao, véase el ensayo introductorio de Aleida Plasencia en Arredondo y Miranda: *Recuerdos de las guerras de Cuba*, y Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, 2:18-19.

17 "Relación nominal de los vecinos de esta jurisdiccion [Manzanillo]", en el *BAN* 5 (noviembre-diciembre 1906): 82, y Arredondo y Miranda: *Recuerdos de las guerras de Cuba*, 29, 154.

18 Arredondo y Miranda: *Recuerdos de las guerras de Cuba*, 136-138. Al rendirse, Arredondo fue recibido por una columna de avanzada española, uno de cuyos miembros lo reconoció de inmediato, y se dirigió a él de forma familiar, llamándolo Panchito Arredondo. El hombre que lo

llamó Panchito era José del Carmen Miranda, hijo de una de las esclavas de su padre, una mujer que había sido nodriza de su hermana.

19 "Telegrama del Capitán General Valmaseda a los Ministros de Ultramar y Guerra", enero 12, 1872, en AHN, SI, leg. 4935, 1ra. parte, libro 11, doc. no. 20.

20 Véase "Expediente disponiendo que a todo negro esclavo que presente 20 se le dé la libertad", Puerto Príncipe, enero 22, 1872, en AGM, SU, Cuba, leg. R-113.

21 "Copia de la proclama dirigida a los insurgentes de Holguín y Tunas por el cabecilla D. Pedro Urquiza, presentado el 30 de noviembre [1871]", en AHN, SU, leg. 4935, 1ra. parte, libro 11, doc. no. 8.

22 Pirala y Criado: *Anales de la guerra de Cuba*, 1:727 y 2:123.

23 Para los informes españoles, véase "Capitán General Valmaseda al Ministro de Ultramar", febrero 15, 1871, en "Reconstrucción de Puerto Príncipe", en AHN, SU, leg. 4746, 1ra. parte, exp. 61. El oficial insurgente era Ignacio Mora; revise la anotación de septiembre 2, 1872, en Mora: *Diario*, 152. Para otras descripciones de las causas materiales de los rendidos, véase también Arredondo y Miranda: *Recuerdos de las guerras de Cuba*, 174, n. 92, y Pirala y Criado: *Anales de la guerra de Cuba*, 1: 635.

24 Citado en Pirala y Criado: *Anales de la guerra de Cuba*, 1: 634.

25 Ibíd., 1:635.

26 Véase, por ejemplo, en Pirala y Criado, 1:745-747; "Marcos García a Diego Echemendía y Márquez", abril 15, 1878, ANC, DR, caja 471, exp. 7; en AHN, SU, leg. 4934, 2da. parte, libro 11, doc. no. 11, y M. L. M. (Melchor L. Mola y Mora): *Episodios de la guerra*, 106-107.

27 Francisco Acosta y Albear, abril 22, 1871, en Pirala y Criado: *Anales de la guerra de Cuba*, 2: 120.

28 "Capitán General Caballero de Rodas al Ministro de Ultramar", agosto 30, 1870, en AHN, SU, leg. 4934, 1ra. parte, libro 7, doc. no. 65.

29 "Capitán General José de la Concha al Ministro de Ultramar", marzo 13, 1874, en AHN, SU, leg. 4935, 2da. parte, libro 14, doc. no. 2. Existe otra copia en RAH, CCR, vol. 6, consúltese especialmente las pp. 20-21, 30-31. La cifra de un cuarto se calculó a partir de las cifras que aparecen en "Capitán General Valmaseda al Ministro de Ultramar", mayo 21, 1872, en AHN, SU, leg. 4935, 1ra. parte, libro 11, doc. no. 139.

30 "Relación presentada a S.E. por el secretario que fue del titulado General Quesada. Cálculo aproximado de las fuerzas insurrectas existente en la jurisdicción del Camagüey", en AHN, SU, leg. 4934, 1ra. parte, libro 6, doc. No. 6. Véase también "Memoria reservada de los campamentos de la insurrección en las jurisdicciones de Puerto Príncipe", en AHN, SU,

leg. 4933, 2da. parte, libro 4, doc. no. 91. En cuanto a los documentos de la insurgencia que Fernández entregó a los españoles al rendirse, véase colección RAH, CED.

31 Los dirigentes y partidarios, tanto blancos como negros, aceptaron cada vez más —sobre todo, después de 1890— el carácter multirracial del movimiento libertador, con el fin de apoyar lo deseable y justa que era la independencia. Véase el capítulo 5.

32 García Verdugo: *Cuba contra España,* 205.

33 Pirala y Criado: *Anales de la guerra de Cuba*, 1:745- 747.

34 Sobre la idea de una Cuba española entre los criollos durante el período inmediatamente anterior a la insurrección, véase Schmidt-Nowara: *Empire and Antislavery*, cap. 5. En cuanto al control social y sexual de las blancas en sociedades esclavas y/o coloniales, y sobre los desafíos a ese control, consúltese especialmente a Martínez-Alier: *Marriage, Class and Colour*; Ware: *Beyond the Pale*, 35-44; Stoler: "Sexual Affronts and Racial Frontiers", 198-237, y Darwin: "Imperialism and Motherhood", 87-151.

35 AHN, SU, leg. 4935, 1ra. parte, libro 11, doc. no. 11.

36 Gonzalo de Quesada, citado en Pirala y Criado: *Anales de la guerra de Cuba*, 2:336-337.

37 Ignacio Mora: "Camagüeyanos", enero 3, 1872, reproducido en Pirala y Criado, 2:337-39. Sobre su vida, véase la introducción de Nydia Sarabia a *Ana Betancourt Agramonte*, en la cual se reproduce el diario de Mora, especialmente 34, y Torres Lasqueti: *Colección de datos,* pt. 1, p. 345.

38 Mora: *Diario*, 189.

39 Ibíd., 189, 197. Otros estaban de acuerdo en que las fuerzas camagüeyanas eran las más organizadas desde un punto de vista militar; por ejemplo, Máximo Gómez: *Diario de campaña*, 36-37; Figueredo Socarrás: *La revolución de Yara*, 34-36.

40 Mora: *Diario*, 189-190.

41 Ibíd., 181.

42 "Copia manuscrita de carta de Marcos García dirigida a Diego Echemendía y Márquez", abril 15, 1878, en ANC, DR, caja 471, exp. 7. García también alega en la carta que él y otros compañeros separatistas habían visto cartas de los jefes de color en las cuales habían escrito que "está cercano el momento en que brillaría el sol de África".

43 Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, 1:11. Véase también Duharte Jiménez: "Dos viejos temores".

44 "Comunicación diplomática encargando explorar la opinión oficial norteamericana sobre la anexión" y "Comunicación sobre el estado crítico de la revolución", ambas en Céspedes: *Escritos*, 1:144, 147.

[45] Las cifras de las dos regiones aparecen en "Censo de población", en Cuba. Centro de Estadística: *Noticias estadísticas de la isla de Cuba en 1862*, s.p.

[46] "Relación nominal de los individuos de la jurisdicción de Guantánamo que han tomado parte en la insurrección", mayo 15, 1869, en ANC, AP, leg. 59, exp. 61. El 89 % aparece como de campo; el 3 % como tabaqueros, y otro 3 %, como artesanos. Véanse las listas de insurgentes conocidos o sospechosos de serlo que se compilaron en otros distritos durante los primeros años de la rebelión en ANC, AP, legs. 59-60. El historiador Tadeusz Lepkowski analizó algunas de ellas en "Cuba 1869", 125-148.

[47] "Gubernativo para averiguar si los individuos comprendidos en la relación (...) poseen bienes", en ANC, BE, leg. 10, exp. 44. Para los expedientes de casos individuales contra los soldados mambises que participaron en este ataque, véase ANC, BE, 1/19, 2/8, 2/10, 3/43, 5/14, 11/17-18. 14/71, 14/73, 14/90, 15/1, 15/9-19, 15/12, 18/26, 21/36, 21/43, 97/60, 102/13, 103/17, 103/21, 182/29.

[48] "Relación nominal de los individuos de esta Ciudad y jurisdicción [Puerto Príncipe] que de notoriedad se han comprometido en la insurrección", junio 17, 1869, en ANC, AP, leg. 60, exp. 23. Esta lista se reimprimió en el *BAN* 15 (enero-febrero de 1916): 315-325. El bajo porcentaje de individuos clasificados como de campo en Puerto Príncipe, en comparación tanto con Guantánamo como con Manzanillo, también pudiera ser resultado del carácter más urbano de los partidos de aquella ciudad. En Puerto Príncipe, los propietarios urbanos sobrepasaban a los rurales en proporción de 2 a 1. Tanto en Guantánamo como en Manzanillo, los propietarios rurales eran más que los urbanos en proporción de 3 a 1. Véase "Registro general de fincas urbanas" y "Registro general de fincas rústicas", en Cuba. Centro de Estadística: *Noticias estadísticas de la isla de Cuba en 1862*.

[49] Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, 1:27.

[50] Sobre la invasión insurgente de Guantánamo, véase en especial Rodríguez: *La primera invasión*, sobre todo el capítulo 4; Buznego y otros: *Mayor General Máximo Gómez*, vol. 1, cap. 2. Acerca de la campaña de Santiago, "Informe referente a que sería injusto fijar cuota de contribución (...)", en ANC, AP, leg. 59, exp. 7. Para casos de esclavos llevados desde fincas de la zona a la insurrección, véanse en particular los expedientes en ANC, AP, leg. 62. Para casos de personas libres locales que aparentemente se unieron a la guerra en este período y que después se convirtieron en objetivos de los funcionarios coloniales, consúltense, por ejemplo, los siguientes expedientes de embargo en ANC, BE, 5/8, 15/23, 182/19 y 95/21.

[51] Céspedes: "Diario", agosto 1, 1872, en *Escritos*, 1:345.

[52] Véase el testimonio de D. Baldomero Rubio y D. Vicente de Orbeneja en "Expediente gubernativo formado para justificar el concepto político que merecen los individuos (...) de la insurrección", en ANC, AP, leg. 59, exp. 47. Patuses, como el término patones citado en el capítulo 1, era un término peyorativo que significaba "de pies grandes", usado por los cubanos para referirse a los españoles.

[53] Sobre Rustán, consultar a Pirala y Criado: *Anales de la guerra de Cuba*, 2:241:242, y a Sánchez Guerra: *Rustán*.

[54] En torno a la vida de Bandera, véase Padrón Valdés: *Quintín bandera. General de tres guerras*. Sobre las controversias alrededor de su mando en la guerra final de 1895, véase A. Ferrer: "Hombres rústicos, naciones civilizadas".

[55] En cuanto a la vida y carrera militar de Moncada, véase Padrón Valdés: *Guillermón Moncada*, 23-69, y Boti: *Guillermón*, 17-71. Sobre su papel en el segundo levantamiento, consultarse el capítulo 3 de este libro. Acerca de los rumores, véase O'Kelly: *The Mambi-Land*, 124.

[56] Véase Franco: *Antonio Maceo*, 1:28-29, y las notas sin título sobre la vida de Antonio Maceo, al parecer escritas por Fernando Figueredo, en Maceo: *Papeles de Maceo*, 2:180-205.

[57] Gómez: *Diario de campaña*, 47-48.

[58] Citado en Philip Foner: *A History of Cuba*, 2:237.

[59] Para las descripciones generales de la campaña de rumores contra Maceo, véase José Hernández: *Cuba and the United States*, 13; Ph. Foner: *A History of Cuba*, 1:237, 258-260, y Franco: *Antonio Maceo*, 1:99-101.

[60] Maceo: *Antonio Maceo*, 1:64-65. Una traducción muy diferente (incluye párrafos que no aparecen en la versión de la selección de documentos citada antes) es la de Ph. Foner: *A. History of Cuba*, 1:259-360. Ambos libros citan como su fuente original una copia de la carta que se encuentra en la Biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País: *Documentos manuscritos de interés* (La Habana, 1885), vol. 1, no. 44. Esta autora no lo pudo localizar.

[61] Maceo: *Antonio Maceo*, 1:64-65.

[62] "Marcos García a Diego Echemendía y Márquez", abril 15, 1878, en ANC, DR, caja 471, exp. 7.

[63] "Capitán General José de la Concha al Ministro de Ultramar", junio 30, 1874, en AHN, SU, leg. 4935, 2da. parte, libro 14, doc. no. 63.

[64] "Capitán General José de la Concha al Ministro de Ultramar", marzo13, 1874, en AHN, SU, leg. 4935, 2da. parte, libro 14, doc. no. 2. "Memorandum de Ministro de Estado", febrero 3, 1876, en AHN, SU, leg. 4936, 1ra. parte, libro 15, doc. no. (entre el 21 y el 50).

[65] "Salvador Cisneros Betancourt a su sobrino y a su nieto", noviembre 15, 1875, en AHN, SU, leg. 4936, 1ra. parte, libro 15, doc. no. 50.

[66] M. Gómez: *Diario de campaña*, 133.

[67] Collazo: *Desde Yara hasta el Zanjón*, 105:7. Véase también "Carta al parecer de R. P. Martínez al Mayor General Vicente García", mayo 1, 1877, en ANC, DR, leg. 475, exp. 36.

[68] Sobre el servicio militar obligatorio, véase "Ley de organización militar promulgada por la Cámara de Representantes de Cuba en Corojo, Bayamo, diciembre 1, 1873" y "Ordenanzas Militares para el Ejército de la República, fechadas Palmar de Guáimaro, febrero 28, 1873", ambas en ANC, DR, caja 473, exp. 6. Consúltese también La Rúa: *La constitución y la ordenanza*. Para las peticiones hechas por miembros de familias con el fin de que los exoneraran del servicio militar en 1876, véanse las cartas de Daniel Acosta, Caridad Zamora y Bienvenido Rizo, en ANC, DR, caja 546, exp. 3; caja 580, exp. 4, y caja 580, exp. 46, respectivamente. Para la correspondencia sobre deserciones en este período, véase, por ejemplo, "Acta referente a la deserción del soldado José Hernández firmado por J. M. Rodríguez, fechado campamento San Felipe", agosto 1, 1876, en ANC, DR, caja 577, exp. 28, y cartas de José Leiva, Arcadio Leyte Vidal y Miguel Miranda en ANC, DR, caja 546, exp. 3; caja 577, exp. 51, y caja 475, exp. 66, respectivamente.

[69] "Expediente relativo al Consejo de Guerra y sentencia al soldado Andrés Benítez por el delito de deserción", en ANC, DR, caja 463, exp. 8.

[70] Torres Lasqueti: *Colección de datos*, pt. 1, p. 366. Para listas detalladas de las fincas de Puerto Príncipe destruidas en la insurrección, véase Polavieja y Castillo: *Trabajos de organización militar y civil*, 492-553. Sobre fincas destruidas en Sancti Spíritus entre 1868 y 1877, consúltese la "Relación de las fincas incendiadas", en AHN, SU, leg. 3518, 2da. parte. Para un estudio general acerca de los efectos económicos de la Guerra de los Diez Años, véase LeRiverend: *Historia económica de Cuba*, 453-465.

[71] Torres Lasqueti: *Colección de datos*, pt. 1, p. 366.

[72] Véase, por ejemplo, Pirala y Criado: *Anales de la guerra de Cuba*, 3:411, y Gallego y García: *Cuba por fuera*, 100-106.

[73] Para las relaciones de cantidades pagadas a insurgentes individuales o a compañías de ellos por rendirse, véase "Cuenta de caudales (...) para capitulados", en AGM, SU, leg. R-499. También "Ministerio de Ultramar al Gobernador General", febrero 4, 1878, en AHN, SU, leg. 4936, 2da. parte, libro 17, doc. no. 24, y "Documentos referentes a las conferencias de la Comandancia General de Cuba e incidente con el cabecilla Maceo", en AHN, SU, leg. 4937, 2da. parte, libro 20, doc. no. 9.

[74] Véanse los expedientes "Poblados" en AGM, SU, leg. R-497; "Medidas tomadas para la reconstrucción del Departamento Central", octubre 18, 1877, en AHN, SU, leg. 4748, exp. 139, y "Expediente proponiendo se

reparta entre los agricultores y presentados de la insurrección, sin exigir rentas durante cinco años, las estancias y vegas que pertenecen al Estado en la jurisdicción de Manzanillo", en ANC, AP, leg.73, exp. 3.

75 M. Gómez: *Diario de campaña*, 136. Para relatos detallados de las negociaciones de paz, revisar especialmente, Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, 2:353-362; Collazo: *Desde Yara hasta el Zanjón*, 105-157; Gallego y García: *La insurrección cubana*, 53-60, y los documentos en "Apéndice que contiene las copias de los documentos relativos a la capitulación de Zanjón", en AHN, SU, leg. 4937, 2da. parte, libro 20.

76 Los siete miembros eran, presidente: doctor Emilio Luaces; secretario: coronel Rafael Rodríguez; vocales: brigadier Manuel Suárez, coronel Juan B. Spotorno, teniente coronel Ramón Roa, comandante Enrique Collazo; diputado: Ramón Pérez Trujillo.

77 Véase M. Gómez: *Diario de campaña*, 137.

78 "Convenio del Zanjón", en Pichardo: *Documentos para la historia de Cuba*, 1:403-404.

79 Véase "Parte de Ejército de operaciones de Cuba, Estado Mayor General, Sección 766", en ANH, SU, leg. 4937, 2da. parte, libro 20, doc. no. 1.

80 Citado en Franco: *La Protesta de Baraguá*, 20.

81 Sobre las actividades de Maceo en Oriente que precedieron inmediatamente a la firma del tratado de paz en el Zanjón, véase Franco: *Antonio Maceo*, 1:119-125.

82 M. Gómez: *Diario de campaña*, 139-140; Franco: *Antonio Maceo*, 1:137.

83 "A. Maceo a A. Martínez Campos", febrero 21, 1878, en AHN, SU, leg. 4937, 2da. parte, libro 20, doc. no. 9.

84 "A. Maceo a B. Reigosa", marzo 18, 1878, en AHN, SU, leg. 4936, 2da. parte, libro 17, doc. no. 204.

85 "Jovellar al Consejo de Ministros y al Ministro de Guerra", marzo 19, 1878, en AHN, SU, leg. 4936, 2da. parte, libro 17, doc. no. 87.

86 Pieltain: *La isla de Cuba*, 22.

87 "Martínez Campos al Capitán General Jovellar", febrero 28, 1878, en "Documentos referentes a las conferencias del Centro, Cámara y Gobierno Insurgente", en AHN, SU, leg. 4937, 2da. parte, libro 20, doc. no. 2.

88 "Arsenio Martínez Campos al Capitán General", febrero 8, 1878, en "Documentos referentes a las conferencias del Centro, Cámara y Gobierno Insurgente", en AHN, SU, leg. 4937, 2da. parte, libro 20, doc. no. 2.

89 La historiografía nacional cubana confrontó de manera eficiente y consistente los acontecimientos del Zanjón y Baraguá, calificándolos respectivamente de representaciones ilegítimas y legítimas de la nación. Consúltense, por ejemplo, Franco: *La Protesta de Baraguá*; Cepero Bonilla: "Azúcar y abolición", 160, e Ibarra: *Ideologia mambisa*, 120-121. La idea de la confrontación entre la concesión sin prin-

cipios en el Zanjón y la intransigencia de principios en Baraguá, fue desarrollada por el gobierno cubano después de la caída del socialismo de Estado en la Unión Soviética y Europa del Este. El gobierno cubano caracterizó este colapso de equivalente moral de la rendición en el Zanjón, mientras que la decisión inicial de rechazar la reforma capitalista se asoció a la protesta de Maceo de 1878. A inicios de la década del 90, por toda La Habana los carteles presentaban la postura del gobierno como "un eterno Baraguá".

90 Franco: *La Protesta de Baraguá*, 47-48.

91 Figueredo Socarrás: *La revolución de Yara*, 287.

92 Citado en Franco: *Antonio Maceo*, 1:148. El otro acto fue la declaración inicial de la guerra por Céspedes. Maceo no estaba solo al reclamar los atributos que el discurso colonial había reservado antes para la persona del colonizador. Guillermo Moncada, un general negro de Santiago de Cuba, expresó algunos de estos mismos sentimientos. Poco después de la firma del tratado de paz en el Zanjón, escribió a un compañero insurgente, expresándole su disgusto: "Jamás aceptaremos la paz bajo las condiciones humillantes y ridículas que España nos ha ofrecido". Véase su carta al mayor general Vicente García, febrero 19, 1878, en ANC, DR, caja 475, exp. 75.

93 Franco: *Antonio Maceo*, 1:144-145.

94 Véase "Martínez Campos al Ministro de Guerra", marzo 18, 1878, en "Parte oficial del Ejército de operaciones de Cuba, Estado Mayor General, Sección 766, resultado obtenido en las negociaciones con las fuerzas insurrectas", en AHN, SU, leg. 4937, 2da. parte, libro 20, doc. no. 1.

95 Ibíd., y "Parte de operaciones, Ejército de operaciones de Cuba, Estado Mayor General, Sección 3a", en AHN, SU, leg. 4936, 2da. parte, libro 17, doc. no. 204.

96 "Martínez Campos", febrero 18, 1878, en AHN, SU, leg. 4936, 2da. parte, libro 17, doc. no. 22.

97 Félix Figueredo, citado en Franco, *Antonio Maceo*, 1:154-155.

98 "Martínez Campos al Capitán General", marzo 29, 1878, en "Apéndice que contiene las copias de documentos relativos a la capitulación de Zanjón", en AHN, SU, leg. 4937, 2da. parte, libro 20, doc. no. 10.

99 Para detalles sobre las negociaciones finales, remítase a Franco: *Antonio Maceo*, 1:154-158.

100 Véanse especialmente las cartas en AHN, SU, leg. 4937, 2da. parte, libro 20, doc. no. 10. También "Estracto de los partes de novedades recibidos desde el 15 al 25 de este mes /junio 1878/", en AHN, SU, leg. 4936, 2da. parte, libro 17, doc. no. 197, y "Arsenio Martínez Campos al General Pendergrast", El Cristo, mayo 25, 1878, en ANC, DR, caja 408, exp. 51.

[101] "General Prats al General en Jefe", mayo 22, 1878, en "Apéndice", en AHN, SU, leg. 4937, 2da. parte, libro 20, doc. no. 10.

[102] "Carta de Martínez Campos", febrero 18, 1878, en AHN, SU, leg. 4937, 2da. parte, libro 20, doc. no. 10.

[103] "Francisco Ibáñez, Junta Central Protectora de Libertos, al Gobernador General", septiembre 11, 1874, en ANH, SU, leg. 4882, vol. 3, exp. 49.

[104] R. Scott: *Slave Emancipation in Cuba,*115; Trelles y Govín: *Biblioteca histórica cubana,* 3:553, y "Convenio del Zanjón", en Pichardo: *Documentos para la historia de Cuba,* 1:403-404.

[105] Moreno Fraginals: *Cuba/España, España/Cuba,* 255.

[106] George Vecsey: "Cuba Wins; Therefore, Cuba Wins", *New York Times,* agosto 4, 1991, sec. 8, p. 2. Las historias sobre Genaro Lucumí e Irene me las relataron mi madre (Adelaida Ferrer) y mi tía (Ada Fernández), que estaban entre los niños a quienes ellos les contaron sus historias.

CAPÍTULO 3

El temor y sus usos
La Guerra Chiquita. 1879-1880

La paz que llegó a Cuba en el verano de 1878 fue breve y problemática. En febrero se había firmado un tratado formal, y durante junio, hasta muchos de aquellos hombres que repudiaron públicamente el pacto con España, habían abandonado la Isla para diseminarse por el Caribe, América Central y la costa oriental de Estados Unidos. Los funcionarios españoles y, por cierto, muchos cubanos celebraron estos acontecimientos, con la vista puesta en el retorno de una calma productiva y uniforme. Sin embargo, no les llevó mucho tiempo comprender que esa paz tan esperada no habría de ser tranquila.

Casi inmediatamente después de finalizada la guerra, los funcionarios locales comenzaron a enviar a sus superiores urgentes y reiterados avisos sobre una "vasta conspiración" contra España, los que se respondieron con órdenes igualmente urgentes de vigilar a todos los insurrectos que habían capitulado en la recién contienda bélica terminada. Todos ellos, dijo un funcionario, prometieron ser fieles a España "de mala fe", en espera de la primera oportunidad para reanudar hostilidades contra la madre patria.[1] Los observadores cubanos confirmaron los peores temores de los funcionarios. Por doquier, escribió uno de ellos, "la atmósfera está cargada". En las barberías y sastrerías, todo el mundo se pasa el día "hablando en voz baja del inminente alzamiento (...) [La gente] habla, conversa y murmura". De hecho, pequeños grupos de separatistas conspiraban activamente, y algunos insistían incluso en que había llegado el momento de iniciar una nueva guerra contra España. Flor Crombet, un mu-

lato veterano del primer alzamiento, escribió: "No sé lo qué hacer con la gente que quiere desbordarse; los negros están impacientes. Estamos perdiendo un precioso tiempo".[2] Por tanto, el fin de las hostilidades en 1878 no necesariamente auguraba algo bueno para España. Las autoridades veían peligros por doquier, mientras los conspiradores y veteranos combatientes constituían una constante causa de preocupación.

Pero si legítima era la preocupación de las autoridades coloniales, la del movimiento independentista no lo era menos. El modo como terminó la guerra y los términos específicos de la paz con España, implicaban que dos procesos distintos y contenciosos se habían congelado, como si hubieran quedado a mitad del camino y en un momento que ponía de relieve los profundos conflictos dentro de la causa rebelde, y en un punto donde el movimiento —en cualquiera de sus posibles direcciones— habría resultado difícil de detener.

La paz, tal como se consiguió en el verano de 1878, intentaba paralizar el proceso de la emancipación de los esclavos en un punto prácticamente inútil. El tratado de Zanjón liberó a aquellos esclavos que se habían rebelado contra España, mientras que quienes se mantuvieron leales a sus amos y al gobierno colonial seguían esclavizados. Por ende, el pacto, en vez de resolver la cuestión de la emancipación, sólo había creado un nuevo y un mayor incentivo para que los esclavos organizaran acciones abiertamente rebeldes y se aliaran a futuros insurgentes. Una vez que la sublevación se reconocía legalmente como precursora de la libertad, no era probable que la emancipación limitada que el gobierno colonial concedió y aceptada en el Zanjón ganara adhesiones.

Asimismo, la paz llegó en un momento complicado de la lucha por el poder político dentro del movimiento independentista, pues dos grupos diferentes —uno de ellos, en lo fundamental blanco y de elite, y el otro en su mayor parte (aunque no exclusivamente) de color— habían optado por vías distintas hacia el futuro político de la Isla. Los hombres del Zanjón habían luchado por una paz bajo el dominio español que obviaba la independencia y la emancipación; los de Baraguá, dirigidos por Antonio Maceo, convocaron a continuar la guerra hasta asegurar tanto la independencia como la emancipación total. Ahora,

cuando Maceo y muchos de sus compañeros de la Protesta de Baraguá se encontraban en el exilio y la paz se había alcanzado, el problema de quién habría de hablar y actuar en favor de la causa cubana, adquiría proporciones importantes. ¿Quiénes eran los dirigentes legítimos del movimiento por la soberanía de Cuba, quienes presumían poseer la capacidad jurídica para dar por terminada la guerra en febrero, o quienes presumían gozar de la autoridad moral para repudiar la paz de aquéllos en marzo?

Por ende, aunque la paz llegó después de diez costosos años de guerra, era una paz, en muchos sentidos, insatisfactoria. Para España, era una paz incapaz de garantizar la lealtad política de sus súbditos coloniales o de poner fin a conspiraciones potencialmente peligrosas. Para los hombres y mujeres que seguían en la esclavitud, esa paz a duras penas podía inspirarles tranquilidad, pues para ellos la promesa de la libertad se posponía, mientras que a los esclavos rebeldes se les concedía. Y para los propios insurgentes cubanos, la nueva paz no podía resolver los conflictos internos en torno al ejercicio del liderazgo político. La paz conseguida en 1878 resultaba una paz problemática y, en buena medida, ilusoria. También, sumamente breve.

Poco más de un año después de la salida de Maceo, un nuevo alzamiento separatista hizo irrupción en el este de Cuba, el 26 de agosto de 1879. En sus inicios pareció estar mejor organizado y contar con un apoyo popular más amplio que la anterior rebelión en sus primeros días. El primer día de la segunda guerra, los sublevados ya habían reclutado más de 400 soldados, la mayoría de ellos bien armados y con cabalgaduras; al cabo de algunas semanas habían extendido la guerra por todo el territorio oriental y, durante noviembre, llegaron incluso a la provincia central de Las Villas. Pero, pese a los éxitos inmediatos de la rebelión, esta nueva guerra, a diferencia de la anterior, duraría menos de un año.

La Guerra Chiquita —como llegó a llamarse la nueva insurrección— fue casi tan breve como la paz que la precedió. Y, como la paz, llevaba la impronta de los mismos conflictos y las mismas incertidumbres relacionados con los temas de la emancipación y del liderazgo político. En 1879 —con la emancipación de los esclavos detenida temporal y peligrosamente, y a continuación la

discordia pública de 1878 entre los dirigentes insurrectos que optaron por la paz y aquellos que lo hicieron por la insurgencia—, al nuevo esfuerzo cubano parecía faltarle consenso. Y a menudo parecía que los combatientes negros y sus jefes hacían su propia guerra, distinta en muchos aspectos a la organizada por los dirigentes blancos de la elite desde Nueva York. Dentro del contexto de esta "guerra chiquita" tuvo lugar entonces una enconada lucha en torno a la naturaleza misma de la revolución nacionalista. Como la anterior, esta nueva batalla para obtener la independencia política de España, fue una guerra acerca del papel y la posición de los esclavos y antiguos esclavos en una nueva república cubana. Pero también tenía que ver, en lo fundamental, con el ejercicio del poder político de negros y mulatos dentro del movimiento nacionalista y la república que aspiraba crear. Y, en parte, la lucha en torno a los límites de ese poder hizo tan frágil y breve el nuevo intento contra España.

Esclavos insurrectos, una vez más

Establecer diferencias entre la Guerra de los Diez Años y la Guerra Chiquita constituye, en cierto modo, una diferenciación arbitraria. Es claro que, para muchos participantes en la primera contienda armada, el Pacto del Zanjón no había puesto fin a la guerra. La protesta en Baraguá de Maceo desafió las declaraciones españolas de pacificación, y aun después de la salida de éste, varios dirigentes menos conocidos, incluidos los oficiales negros Rafael Fromet y Galindo, se negaron a deponer las armas y rendirse.[3] Los esclavos, en particular, no quisieron retornar al *statu quo* anterior a la guerra. Huyeron de sus plantaciones en números sin precedentes y muchos de ellos se incorporaron al nuevo movimiento contra España. Para algunos, la paz sin abolición e independencia no era paz, y por lo menos para ellos, la conspiración y la insurgencia continuaban. En este contexto resulta fácil entender la afirmación hecha por dos historiadores cubanos de la Guerra Chiquita, Francisco Pérez Guzmán y Rodolfo Sarracino, quienes plantearon que había poca diferencia entre las dos insurrecciones. Algunos protagonistas y muchas de las cuestiones clave siguieron siendo los mismos.[4]

En la práctica, la nueva guerra se parecía a la anterior. Ambas fueron de guerrillas, en las cuales las tácticas de evasión y el elemento sorpresa sobrepasaban la formalidad y la acción en importancia militar. Pequeños grupos de insurrectos se desplazaban por los campos, atacando fincas, líneas de ferrocarril y de comunicaciones y, ocasionalmente, las fortificaciones españolas, mientras el ejército colonial, de unos 15 000 efectivos, los perseguía de cerca.[5] Aún más, ambas guerras estaban marcadas por una significativa participación de la gente de color, tanto libre como esclava. Antes que transcurriera un mes del estallido de la nueva insurrección, Camilo Polavieja, gobernador español de la provincia oriental de Santiago de Cuba, informó a su superior que "la gente de color (...) no cesa de irse al enemigo".[6]

A pesar de tales semejanzas externas en la forma, el hecho mismo de que esta sublevación se encendiera luego de la primera rebelión y su tratado, la hacía diferente. Al final de aquella primera guerra, el gobierno colonial, en un esfuerzo por minimizar la amenaza de futuras insurrecciones, creó nuevos poblados de antiguos mambises, muchos de ellos esclavos insurrectos. Estas nuevas comunidades de convenidos (los liberados por el convenio del Zanjón) no estaban sujetas a la autoridad local, sino las supervisaban aquellos que habían sido jefes rebeldes y supuestamente eran de confianza. Los españoles creyeron que de este modo los ganarían para su causa. Por el contrario, los poblados donde habitaban los insurrectos rendidos se convirtieron en centros importantes de la actividad anticolonial, donde éstos prestaban ayuda y apoyo a los jefes independentistas de color, como fue el caso, entre otros, de Emiliano Crombet y Jesús Rabí. En ocasiones se supo que bandas insurrectas completas provenían de algunos de los nuevos poblados, como Botija o Hongolosongo. En una ocasión, a inicios de la guerra, todo el poblado de Botija llegó a las montañas para unirse a la insurgencia, y sus habitantes también tuvieron una participación destacada en las conspiraciones descubiertas en ciudades y pueblos cercanos.[7] Los miembros de los poblados recién creados apoyaron con rapidez la nueva contienda armada.

Aunque muchos cubanos y españoles declaraban que la Isla estaba cansada de la guerra y se encontraba lista para la paz,

cuando comenzó la nueva insurrección, las comunidades de quienes habían sido insurrectos y esclavos volvieron a levantar la bandera de la independencia y la emancipación. Pero esta vez traían con ellos la experiencia de la guerra recién terminada. Por ejemplo, José, un antiguo esclavo insurrecto de El Cobre, participó activamente en la nueva rebelión, pese a que ya había ganado su propia libertad mediante el pacto efectuado en el Zanjón. En 1879, se convirtió en ávido reclutador para la causa separatista; sobre todo, de trabajadores que seguían esclavizados. Según los funcionarios españoles, persistía en difundir las ideas más dañinas entre los esclavos locales.[8]

Si bien la nueva sublevación atraía a los esclavos que antes habían abrazado la causa de la abolición y la independencia, también resultaba atractiva para aquellos que no habían participado en la Guerra de los Diez Años. Su obediencia no había sido recompensada, mientras que la rebelión de sus compañeros dio como resultado la libertad legal. En Oriente, los funcionarios informaron que quienes seguían esclavizados manifestaban su resistencia pacífica al trabajo y se negaban a obedecer las órdenes de sus amos y mayorales. Estaba claro que querían su libertad "como los convenidos". En algunas regiones azucareras, su resistencia no era a veces tan pasiva. Por ejemplo, se decía que quemaban los cañaverales cantando que "sin libertad, no habría caña!"[9] Después del inicio del nuevo alzamiento en agosto de 1879, muchos de estos esclavos dieron la bienvenida a la insurrección anticolonialista como precursora de su propia libertad. Polavieja estimaba que, durante los primeros dos meses de rebelión, unos 800 esclavos abandonaron sus plantaciones para unirse a los rebeldes, mientras los voceros del levantamiento calcularon que el número de esclavos fugitivos era de 5 000.[10]

Aunque el contexto de la participación de los esclavos había cambiado como resultado de la Guerra de los Diez Años y el convenio del Zanjón, las formas que esa participación adoptó no diferían de manera significativa de las de 1868. Los insurrectos de 1879, como los de una década antes, atacaban con regularidad las plantaciones para incorporar a sus filas a todos los esclavos que podían. Las tropas mambisas anunciaban su presencia en las zonas de esclavos, disparando de cierta manera al aire, y al

escuchar esa señal, los esclavos quemaban los cultivos y arremetían contra las autoridades de las plantaciones. Entonces, cuando los rebeldes aparecían, muchos esclavos escapaban, en ocasiones con los insurrectos y en otras por su propia cuenta.[11] Como en la Guerra del 68, la mayoría de los esclavos que engrosaban las filas mambisas no lo hacían como oficiales, sino realizaban tareas domésticas y de apoyo. Muchos se empleaban como asistentes (o sirvientes) de los oficiales rebeldes, como fue el caso de un esclavo anónimo de Norma Faustino, que servía como asistente del teniente coronel Quintín Bandera, un destacado oficial negro en las tres guerras contra España.[12] Otros servían como mensajeros o vianderos, cuya misión consistía en acopiar alimentos. Pocos fueron capaces de distinguirse del modo en que lo hizo un esclavo no identificado que condujo a un grupo de 30 insurgentes en un ataque a un ingenio que dejó a un voluntario español muerto.[13]

Como en 1868, los esclavos se aprovechaban del clima de terror y desconcierto que la insurrección creaba para escapar de sus plantaciones, aunque no siempre para unirse a los rebeldes. Con frecuencia, los esclavos prófugos se organizaban en comunidades al estilo cimarrón, y en ocasiones suministraban alimentos a los campamentos del mambisado o los acopiaban para su propia subsistencia. Los registros militares españoles hacen muchas referencias a estos poblados. En diciembre de 1879, el gobernador Polavieja informaba de la existencia de una extensa "zona de cultivos" en las regiones montañosas entre Songo y Mayarí Abajo. La zona, habitada por unos 700 esclavos fugitivos de fincas cañeras y cafetales locales, estaba compuesta ahora por pequeñas estancias independientes, fuera del control tanto de las autoridades coloniales como de las plantaciones.[14] Precisamente porque esta insurrección siguió a otra prolongada y destructiva, los esclavos contaban con más oportunidades de sobrevivir, gracias al gran número de fincas abandonadas donde podían arreglárselas para subsistir. En El Cobre, por ejemplo, una región donde la nueva contienda bélica provocó masivas fugas de esclavos, 366 fincas fueron abandonadas desde inicios de la Guerra de los Diez Años.[15]

Si las nuevas condiciones de la guerra y los nuevos legados de la paz del Zanjón permitieron que los esclavos no emancipados

se sintieran más atraídos por la rebelión, las autoridades coloniales, por su parte, hicieron todo lo posible por mantenerlos trabajando en las haciendas rurales. Pusieron nuevas limitaciones a la ya restringida libertad de movimiento de los esclavos. Éstos debían dormir durante la noche en barracones cerrados y vigilados; cualquier comunicación con el exterior empezó a ser penada por la ley, y los machetes sólo se entregarían a los esclavos cuando fuera absolutamente necesario, y éstos debían devolverlos una vez terminadas sus labores.[16] Las tentativas de las autoridades coloniales de mantener a los esclavos alejados de combatientes y conspiradores, les obligaban a veces a violar los derechos de propiedad de los esclavistas. Así ocurrió cuando los funcionarios locales de zonas del este trataron de impedir que los esclavistas de esa región vendieran esclavos a otras áreas geográficas no tocadas por la insurgencia. Su motivo, decían, era detener el contagio de la guerra.[17]

Pero del mismo modo que no eran capaces de mantener a los esclavos en las plantaciones y lejos de la lucha armada, tampoco podían esperar los que se quedaban, trabajaran tal como lo habían hecho antes de la guerra, el tratado y la nueva sublevación. Esclavos, amos y autoridades españolas, todos admitían que la renovación de la insurrección ofrecía mayores posibilidades de protestar y escapar. Por consiguiente, los esclavos adquirieron más poder para negociar las injusticias, mientras los amos contaban con mayores incentivos económicos para acceder a las demandas de los esclavos. Los esclavistas, interesados en mantenerlos en sus plantaciones, llegaron a acuerdos privados con ellos. Después de la Guerra de los Diez Años, algunos propietarios se vieron forzados a pagar un salario a los esclavos, para asegurar una fuerza de trabajo productiva y estable.[18] Ahora, en medio de otra insurrección, esa forma de retribución se hizo más común, en la medida en que aumentaban los esclavos que negociaban una remuneración regular y la concesión de la libertad al cabo de tres años. Aunque estos arreglos se hacían privadamente entre esclavos y amos, el Estado colonial no se encontraba del todo al margen. Los dueños que se negaban a pagar a sus esclavos los nuevos salarios eran acosados por los funcionarios españoles, temerosos de que esa negación los incitara a escapar y unirse a los rebeldes.[19]

A medida que se difundía el desorden provocado por la guerra y aumentaban las probabilidades de una emancipación total, los esclavos se atrevían a enfrentarse con más fuerza al sistema esclavista. Uno de esos enfrentamientos tuvo lugar en la hacienda azucarera La Esperanza, cerca de Guantánamo, donde los esclavos se unieron para exigir el despido de un mayoral impopular.[20] El 25 de octubre de 1879, el coronel español Aurelio Aguilera hizo un segundo viaje a La Esperanza, en un esfuerzo por disciplinar a una insubordinada fuerza esclava. Aguilera arrestó a los diez esclavos más problemáticos e hizo una advertencia a los demás. Les informó que serían pagados como era habitual e insistió en que el propietario había ejercido su "legítimo e indiscutible derecho" al mantener al controvertido mayoral, a quien se le debía respetar y obedecer sin excepción. "Como movidos por una corriente eléctrica, unánimemente hombres, mujeres y niños (...) prorrumpieron en gritos de '¡no, no, no, no lo queremos, que se marche'". Aguilera respondió enseguida, recordándoles los derechos de su propietario y la clemencia de las autoridades españolas. Entonces, después de amenazarlos con ejecutar a "cinco, diez, o veinticinco de ser necesario", los excusó de trabajar ese día y les ordenó que regresaran a los barracones. Mas, buena parte de ellos se quedaron y exigieron sin éxito la libertad de los diez esclavos arrestados. Una vez que Aguilera regresó a la casa del amo, el grupo creció y se aproximó lentamente al lugar donde estaban detenidos los diez arrestados. Los hombres y las mujeres se burlaron de los soldados, provocándolos a disparar. Los soldados los persiguieron hasta los barracones, pero desde allí los esclavos les lanzaron piedras, palos y botellas. Aguilera y sus hombres contraatacaron, y al cabo de diez minutos, la lucha había acabado. El coronel español arrestó entonces a los dos esclavos que más habían insistido en que sus compañeros fueran puestos en libertad y, como castigo, envió a los restantes a trabajar en los campos.

Este incidente resulta revelador en muchos sentidos. Primero, nos permite entender la cada vez más insostenible posición de la esclavitud, como forma viable de trabajo en medio de una insurrección armada. En 1879, los esclavistas orientales ya no contaban con la autoridad y fuerza necesarias para que la escla-

vitud funcionara como de costumbre. Las autoridades y los esclavistas se vieron obligados a justificar sus políticas ante los esclavos, apelando a principios como "derechos legítimos e indiscutibles". La esclavitud había perdido, por lo menos, algo de su poder, cuando los funcionarios tenían que convencer a los esclavos de que sus dueños gozaban del derecho a actuar como dueños. La esclavitud también había perdido mucha de su fuerza, si el trabajo habitual en los campos se imponía como castigo y, a menudo, se compensaba con un salario.

La legislación y las acciones rebeldes en la década del 60 y principios del 70 ya habían debilitado severamente la institución esclavista, como también había ocurrido con el intento del Estado colonial de ganarse la lealtad de los esclavos con la ley de vientres libres y de libertad para los esclavos sexagenarios. Ahora, con 16 000 esclavos insurrectos ya liberados en 1878 y una nuevo movimiento abolicionista e independentista en curso, la esclavitud en el este de Cuba se encontraba moribunda. Por consiguiente, si las formas externas de la participación esclava en la rebelión parecían ser las mismas en el terreno, el pasado inmediato y el contexto en que se manifestaban les otorgaban un poder material y simbólico mucho mayor. El momento mismo contribuía a determinar el significado de sus acciones.

La raza y el repudio de la guerra

Para los antiguos esclavos liberados en el Zanjón, y quizás, en especial, para aquellos que seguían esclavizados y, por tanto, ansiosos por ganar su libertad como sus predecesores, la nueva insurrección constituía una segunda oportunidad de luchar por el fin de la esclavitud bajo el dominio colonial. Para ellos, y para aquellos que los movilizaron, la guerra continuaba. Sin embargo, para otros era muy claro que la lucha había terminado en febrero de 1878, por lo que no tenían deseo alguno de reiniciarla un año más tarde.

Tan pronto como la contienda bélica empezó el 26 de agosto de 1879, los miembros de los recién fundados Partido Conservador y Partido Liberal (o Autonomista), ofrecieron sus servicios a España, para contribuir a derrotar el nuevo esfuerzo

cubano. No sorprende que el Partido Conservador, formado sobre todo por españoles entre quienes figuraba "la mayoría de los propietarios, industriales y negociantes", rechazara la insurrección.[21] Más reveladora resultó la actitud adoptada por los miembros del Partido Liberal (Autonomista). Éstos rechazaron sumariamente la insurrección. Como publicara un periódico liberal pocos días después del inicio del levantamiento armado: "el Partido condena con toda energía toda perturbación del orden y toda amenaza a la libertad".[22] En realidad, muchos miembros del Partido Liberal eran insurrectos desilusionados provenientes de la primera guerra y en 1878 se comprometieron con la paz y las reformas. Por ejemplo, José María Gálvez había sido un conspirador de los primeros tiempos en el esfuerzo insurgente de 1868, pero en 1879, como presidente del Partido Liberal, denunció la nueva sublevación independentista por "antipatriótica". Herminio Leyva y Aguilera, veterano también de la Guerra de los Diez Años y miembro del nuevo partido, trabajó estrechamente con funcionarios españoles, para desacreditar el nuevo movimiento y persuadir a los insurrectos no arrepentidos a deponer las armas. Aunque eran miembros de la anterior organización política mambisa, ellos y otros como ellos rechazaron la independencia y se aliaron a las fuerzas del dominio colonial. Antiguos combatientes revolucionarios y ahora aliados de los españoles, se hicieron famosos por su ausencia.[23]

La retirada del apoyo blanco de la elite a la insurrección, de por sí crítica, ganó en relevancia, precisamente, porque ocurrió cuando la base de apoyo del movimiento se hizo más profunda entre otros sectores rurales de la sociedad oriental; sobre todo, entre los esclavos y antiguos esclavos, impacientes por dar por terminada la cuestión de la esclavitud. El rechazo del nuevo movimiento por muchos separatistas de la elite de la primera guerra ocurrió, además, junto con el ascenso de los jefes revolucionarios negros. Por ende, esta nueva rebelión resultaba, lisa y llanamente, más negra que la primera: muchos liberales blancos, veteranos de la Guerra Grande, la rechazaron; los antiguos y todavía esclavos la abrazaron, y los oficiales negros y mulatos de manera asumieron de manera gradual las posiciones militares más importantes. Por cierto, a medida que progresaba la guerra, los

principales jefes militares de ésta en la Isla fueron José Maceo (hermano de Antonio) y Guillermo Moncada (conocido popularmente como Guillermón). Ambos, hombres de color y veteranos de la Guerra de los Diez Años y de la protesta en Baraguá.

La descripción de la nueva guerra independentista como "más negra" resulta útil aquí, en parte, porque refleja algo de la práctica y el proceso de ésta en el terreno. Pero la denominación es algo más que una simple descripción. En su época también era un argumento, de hecho, la interpretación que daban de la rebelión sus oponentes. Desde inicio de la guerra, los funcionarios españoles insistían, públicamente y en privado, que la nueva insurgencia estaba formada "en su totalidad por gente de color"; sus partidarios eran "negros armados que llevaban cintas azules en sus sombreros". Según los detractores, el color oscuro de la piel de sus partidarios transparentaba el objetivo político del movimiento: no el establecimiento de una república independiente, sino la fundación de una república negra. Con esto querían decir que el apoyo y la jefatura de los negros transformaron la guerra; de lucha política por la soberanía popular, en lucha primitiva por el dominio racial. Por tanto, el nuevo alzamiento no era más, decían ellos, que el preludio de la guerra racial.[24]

Con el fin de asegurar que una mayoría de cubanos blancos aceptaran la idea oficial de que la insurrección era una guerra racial, los funcionarios españoles, hicieron más que denominarla guerra racial. De una manera consciente, también trataron de moldear los rasgos de la contienda, para que se ajustaran a la denominación que le habían dado. Por ejemplo, las autoridades representaban constantemente a los sublevados como negros salvajes; esto es, como "acostumbrados a la vida salvaje" que andaban descalzos y "desnudos o casi desnudos". Pero cuando las fuerzas españolas atacaban a las cubanas, trataban de robar la ropa de los rebeldes, y por lo menos en una ocasión, se llevaron las de Guillermón Moncada.[25] De esta y de muchas otras formas, los dirigentes españoles —acaso, ninguno más que el gobernador provincial Camilo Polavieja— interpretaban la insurrección como una guerra racial, y entonces hacían todo lo que estaba a su alcance para que ésta imitara su interpretación. "Hay que quitar todo carácter blanco a la rebelión y reducirla al elemento de

color" —argumentaba Polavieja—, "así contará con menos apoyo y simpatía".[26] El procedimiento de Polavieja para "remover los elementos blancos" fue una compleja estrategia política; una que enseña a los historiadores cómo la relación entre representación y experiencia está lejos de ser simple o transparente, pues la táctica española en 1879-1880 revela con claridad un intento por escenificar la historia, por manipular la experiencia misma con fines de representación.

Una de las primeras tácticas destinadas a "remover el elemento blanco" de la sublevación fue el procurar la rendición de jefes insurrectos blancos. En diciembre de 1879, Polavieja negoció con éxito la rendición del más importante oficial blanco activo en la Isla, el brigadier Belisario Grave de Peralta. Lo hizo subrayándole al oficial cubano lo que llamaba los "motivos racistas" de los más destacados jefes del mambisado: José Maceo y Guillermo Moncada. El éxito de Polavieja no terminó ahí, pues como condición para el perdón exigió que Peralta y otros dirigentes insurrectos que se rindieron con él firmaran una declaración en la cual afirmaban que se habían rendido, debido "a las pretensiones del titulado brigadier Guillermón en [Santiago de] Cuba sobre la guerra de razas, en la cual ninguno que propenda a la felicidad de la patria puede estar conforme". La declaración de Grave de Peralta que desaprobaba el movimiento y su jefatura negra, se circuló entonces por toda la Isla y se publicó en periódicos cubanos y españoles con titulares como "El despertar de un sueño".[27] Después de la rendición de Grave de Peralta, Polavieja podía reafirmar con más fuerza que la dirección del movimiento era negra. En realidad, él mismo ayudó a que así fuera.

El oficial español también utilizó la rendición de Grave de Peralta en un intento por conseguir la presentación de otro jefe insurrecto blanco, Mariano Torres, quien seguía operando con el jefe mulato Jesús Rabí en los alrededores de Jiguaní, cerca de Bayamo. Polavieja trató de persuadir al mismo Grave de Peralta de que negociara la rendición de Torres y que éste rechazara a su compañero no blanco. "Si consigo quitarle a Rabí la gente de Torres —escribió Polavieja—, quedará muy mermada su partida y casi reducida la insurrección a la gente de color, con lo que además conseguiremos mucho más apoyo en la opinión del país".[28]

Parece que Polavieja no pudo hacer realidad este propósito, pues, semanas después las autoridades informaron que Torres y Rabí seguían evadiendo las fuerzas españolas.[29]

A medida que la guerra se aproximaba a su fin en junio de 1880, Polavieja siguió empleando la misma estrategia con bastante éxito. Cuando comenzaba a negociar la rendición de José Maceo y Guillermo Moncada, dos de los más importantes jefes del movimiento en activos en la Isla, Polavieja supo de la llegada del general blanco Calixto García. Este, que había estado en Nueva York desde el inicio de la Guerra Chiquita, era el presidente del recién formado Comité Revolucionario Cubano y el dirigente oficial del nuevo esfuerzo separatista. Polavieja se dio cuenta de inmediato que la llegada de García amenazaba con socavar la imagen de guerra racial que los españoles atribuían a la insurrección. El Estado colonial estaba expuesto a perder, escribió, "lo que hasta entonces había tenido a nuestro lado la gran parte del país, esto era la guerra de raza, que los blancos temían por ser la totalidad de los jefes de las partidas insurrectas de color".[30] En vista de esto, durante sus conversaciones con Maceo y Moncada, Polavieja se propuso ocultarles cualquier noticia sobre el arribo de García; lo logró, y parece ser que los dos jefes se rindieron, sin llegar a conocer la presencia de García en Cuba. Los funcionarios españoles utilizaron la rendición de los jefes negros, el 11 de junio de 1880, como una prueba más de que la insurrección era una guerra de razas, al plantear que los independentistas negros se negaron a reconocer el liderazgo del blanco Calixto García. El movimiento negro, aducía Polavieja, era un movimiento separado, cuyos jefes no seguían las instrucciones de García y otros jefes blancos que todavía luchaban.[31] Sin el apoyo de Moncada y Maceo, la expedición de García fracasó lastimosamente, por lo cual el 3 de agosto de 1880 se rindió a las fuerzas españolas.

El segundo esfuerzo insurreccional había terminado. En gran medida su derrota se debió a la campaña española, la cual había catalogado la insurrección como una guerra racial. Los cubanos de color sí apoyaron la nueva revolución, mientras relevantes veteranos blancos la rechazaron. Pero si las insinuaciones españolas acerca de la negritud de la rebelión revelaban algo en torno

a la organización de las fuerzas mambisas en la práctica, ellas también resultaron armas estratégicas e importantes de la contrainsurgencia. No se trataba de que el movimiento fuese significativamente blanco y que Camilo Polavieja lo mostrara hábilmente como negro. Tampoco que el movimiento era negro y que Polavieja fue honesto en su descripción. Por el contrario, el movimiento aparecía más negro, porque las representaciones españolas de la sublevación como una guerra de razas, ayudaban a hacerlo más negro. Pero esa representación tenía resonancias y la denominación sólo resultaba posible, porque muchos de los participantes en la rebelión podían identificarse como negros. Por consiguiente, la "negritud" de la nueva guerra independentista era tanto un producto de los argumentos raciales de Polavieja, como una premisa necesaria para difundirlos con éxito como instrumentos de la contrainsurgencia.

La raza y la tibia aceptación de la guerra

Las representaciones raciales de la nueva rebeldía no eran del dominio exclusivo del personal colonial. Los cubanos blancos opuestos a la insurrección respondían, en gran medida, de la misma manera y empleaban un lenguaje similar. El Partido Liberal, muchos de cuyos miembros habían participado en la guerra de 1868, condenó el movimiento de 1879, argumentando que sus jefes, como José Maceo y Guillermo Moncada, estaban "exentos de todo sentido de honor y humanidad", hombres "que buscan en el trastorno de la sociedad la manera de proveer a sus vicios o necesidades". José María Gálvez, presidente del Partido Liberal y antiguo insurrecto en la Guerra de los Diez Años, fue más allá, al afirmar que los nuevos mambises "osetenta[ban] una oscura bandera, símbolo de una guerra de raza".[32] Por ende, los liberales cubanos, así como las autoridades españolas, no se cansaban de enfatizar el predominio de la gente de color tanto en las filas como en la dirección del movimiento, para luego tildar ese predominio de amenaza a la nación cubana. Enfrentados a semejantes acusaciones, los conspiradores e insurrectos cubanos inventaban sus propias caracterizaciones injuriosas del Partido Liberal y de su afirmación de que hablaban a favor de los intere-

ses de Cuba. José Romero, un oficial de un club revolucionario local en Guantánamo, explicaba que "los liberales son cubanos, pero son esclavistas". De forma similar, Flor Crombet, un importante dirigente de color y miembro él mismo de una familia de antiguos dueños de esclavos, urgió a otros en el movimiento a rechazar los gestos amigables de miembros del Partido Liberal, porque los liberales eran "todos (...) amos de esclavos".[33] Como hemos visto, algunos independentistas consideraban que sus detractores del Partido Liberal eran menos cubanos que ellos, debido a su relación continua e íntima con la esclavitud.

Mas, a los insurrectos les resultaba más difícil responder a las insinuaciones sobre el carácter racial del levantamiento, cuando provenían del interior de éste. Los dirigentes blancos de la elite del nuevo movimiento se veían, a veces, en una situación ambigua. Estaban obligados a negar las acusaciones de la oposición en cuanto a la guerra racial, con el fin de asegurar el apoyo de otros cubanos blancos de la Isla y el exilio. *La Independencia*, periódico oficial de la dirección central del movimiento, el Comité Revolucionario Cubano de Nueva York, negaba repetidamente las acusaciones de dominio negro de la insurgencia. Por ejemplo, cuando las autoridades coloniales de Las Villas afirmaron de manera descarada que Francisco Carrillo, uno de los jefes en Las Villas, era negro, *La Independencia* las atacó de manera fuerte, escribiendo que Carrillo era, entre otras cosas, "un joven blanco, de pelo rubio y ojos azules". El tema recurrente del periódico a finales de 1879 era, de hecho, el gradual "blanqueamiento" de la contienda armada de 1879.[34]

A pesar de estos desmentidos, muchos dirigentes políticos del movimiento separatista, la mayoría de ellos fuera del teatro formal de operaciones, eran ellos mismos hombres blancos de la clase alta y miembros de una sociedad esclavista colonial, permeada por las imágenes y los rumores de disturbios raciales. Estos líderes no siempre descartaban del todo las acusaciones de guerra racial, quién sabe si porque ellos mismos compartían algunos de estos temores o, tal vez, porque tenían algo que ganar con su manipulación. Por cierto, los dirigentes blancos podían valerse del espectro de la guerra racial, para legitimar su papel de líderes responsables de una revolución de por sí peligrosa, y

para proclamarse guardianes de la civilización en un movimiento en el cual era posible un giro en otra dirección. Las "perniciosas tendencias" de algunos dirigentes, escribió el general blanco Gregario Benítez a Calixto García, exigían hombres dignos de confianza como ellos, "que den a las masas la dirección política que es compatible, no sólo con la independencia, sino con la civilización y el orden".[35]

Incluso, las palabras de José Martí podrían servir, quizá sin que esa fuera su intención, para reforzar la impresión de un movimiento cuyos dirigentes legítimos eran capaces de moderar los excesos potenciales de la masa insurrecta. En un discurso sobre la revolución pronunciado a inicios de 1880 en el Steck Hall de Nueva York, dijo que ella "es la conversión prudente a un objeto útil y honroso, de elementos inextinguibles, inquietos y activos que, de ser desatendidos, nos llevarían de seguro a grave desasosiego permanente (...)

"En esta conflagración de hirvientes elementos, en este amontonamiento de la ira, en este apresto incontrastable de los menesterosos y los batalladores, fue por todo concepto necesario (...) dirigir y hacer entrar en borde, una revolución inevitable, que, entregada a sí misma, nos hubiera llevado a graves riesgos en su desbordamiento torrentoso".[36] Martí nunca unió estos peligros a la participación negra en sí. Y cuando hablaba de las luchas de los cubanos de color, y de los esclavos en particular, las juzgaba como justas y necesarias. Sin embargo, cuesta trabajo imaginar que un público cubano blanco, criado en una sociedad esclavista y durante mucho tiempo acostumbrado a las predicciones españoles (y cubanas) de guerra racial, pudiera escuchar estas palabras sin relacionarlas en sus mentes con esas imágenes.

No obstante, otros dirigentes blancos sí se distanciaron de manera explícita de las luchas de los cubanos de color. Algunos se proponían mantener a los elementos negros dentro del movimiento, pero bajo control, mientras otros los condenaban sin contemplaciones, al tiempo que afirmaban que cualquier cosa que se pareciera al control negro del movimiento nacionalista, traería como resultado una Cuba africana, bárbara y salvaje. Por ejemplo, la persona al frente del club revolucionario de Puerto Berrio, Colombia, informó a la dirección de Nueva York de cis-

mas en la comunidad de emigrados, provocados por las enérgicas iniciativas de los dirigentes negros en la Isla. Expresando su propia preocupación por el predominio de los separatistas negros, escribió: "Jamás seré de los que desean 'Cuba africana antes que española'. No, y mil veces no. Si mi patria tuviera escrito en su destino salir o redimirse del poder español para ser de África, deseo verla confundida entre las olas del mar".[37]

Pero por muchas que fueran las acusaciones cubanas y españolas contra las iniciativas, los jefes y las masas negras, a la nueva rebelión le faltaba obviamente la presencia del insurrecto de color de más renombre: Antonio Maceo. Su ausencia no era accidental. Y el proceso mediante el cual a Maceo se le impidió asumir el mando de las fuerzas mambisas en el oriente cubano, revela la complejidad y la suma significación de la raza en el progreso del separatismo cubano.

La insurrección que empezó en Cuba en agosto de 1879 era técnicamente controlada por el Comité Revolucionario Cubano de Nueva York, una asociación recién reorganizada y dirigida por el general Calixto García, un antiguo terrateniente blanco de la jurisdicción oriental de Holguín, donde predominaban los blancos. García había participado en la Guerra Grande, fue capturado por las tropas españolas, y mientras estaba prisionero intentó sin éxito suicidarse. Fue liberado por las autoridades coloniales después del fin de la guerra y se dirigió entonces a Nueva York. Su reputación se mantenía intacta, pues había sido uno de los pocos jefes blancos importantes y de la elite que no participó en el pacto hecho en el Zanjón, y como tal fue recibido por entusiastas exiliados independentistas. García reorganizó el Comité Revolucionario y publicó su manifiesto, el cual sentaba las bases de un nuevo esfuerzo anticolonialista y llamaba a la fundación de clubes revolucionarios clandestinos dentro y fuera de la Isla. Mientras se ocupaba en Nueva York de los preparativos para el nuevo levantamiento armada, el general Antonio Maceo hacía lo mismo en Jamaica. Ha resultado difícil desentrañar, incluso por los propios protagonistas, si los esfuerzos de los dos hombres estaban coordinados o potencialmente en conflicto. García contaba con colaboradores cercanos que espiaban las actividades y conversaciones de Maceo, hablando con éste sin reve-

larle que cualquier cosa que dijera se la comunicarían a García. Flor Crombet —un mulato procedente de una familia haitiana de cafetaleros y esclavistas, y participante con Maceo en la famosa protesta en Baraguá— trabajaba como importante espía de García, a quien informaba, por ejemplo, que Maceo (identificado como "nuestro hombre") le había dicho que "nunca había creído que los blancos tenían más derecho ni más deberes que los de su raza".[38] Aunque García y otros en su campamento desconfiaban de Maceo, los dos hombres llegaron a un acuerdo el 5 de agosto de 1879. García estaría al frente de toda la sublevación, y Maceo sería el jefe del ejército rebelde en Oriente. También acordaron que Maceo sería el primero en llegar a la zona oriental de Cuba con una expedición de hombres y armas, y con el apoyo expreso de García y del Comité Revolucionario Cubano.[39]

Una vez que comenzó la revolución, Calixto García cambió de idea, y Antonio Maceo fue incapaz de remediar la situación. Ansiaba salir de Jamaica y llegar a Cuba, cuando García le informó personalmente que no podía, al menos por el momento, venir a Cuba como jefe de Oriente. Le dijo al general Maceo que había decidido enviar en su lugar al brigadier Gregorio Benítez, un insurrecto blanco de Puerto Príncipe. Para justificar sus planes, García dio la siguiente explicación: "porque como los españoles han dado en decir (...) que la guerra es de raza y aquí los cubanos blancos tienen sus temores, no he creído conveniente que V. vaya primero porque se acreditaría lo supuesto".[40] Sin duda, la decisión de García era estratégica, un esfuerzo por darle legitimación racial a un movimiento públicamente condenado por negro. Pero la estrategia también servía a otros fines, porque al excluir a Maceo, García también ayudó a consolidar su propio papel y el de Benítez como jefes de la nueva insurgencia.

El liderazgo negro y mulato

A pesar de los esfuerzos del general García, la táctica española de emplear la raza para dividir la insurrección resultó, en gran medida, exitosa. Durante la guerra, los españoles y, a menudo, los cubanos blancos, caracterizaron la participación negra como diferente en sí misma de la blanca. Los españoles, como los miem-

bros criollos de los partidos Liberal y Conservador, aspiraban a socavar el apoyo a la rebelión, presentándola como una amenaza a la sociedad blanca civilizada. Y los dirigentes independentistas blancos convalidaban en ocasiones estas acusaciones, mostrándose como guardianes capaces de impedir que el movimiento sucumbiera a las peligrosas tendencias representadas por la participación no blanca. Clasificaban la actividad insurreccional blanca y negra en categorías que legitimaban su propio liderazgo y sembraban dudas en cuanto a las motivaciones de los mambises negros y mulatos.

Mientras las diferencias atribuidas a la participación de éstos servían a obvios objetivos políticos, las acciones de los jefes de color mostraban que las diferencias a veces sí existían en los objetivos y las motivaciones entre los jefes insurrectos. Por ejemplo, una comparación de los pronunciamientos públicos de Calixto García y Antonio Maceo, revela la medida en que el antiesclavismo y el antirracismo eran componentes más decisivos en la ideología y práctica insurreccional del general Maceo que en la de García. Los manifiestos del Comité Revolucionario que dirigía García, por ejemplo, rara vez mencionan, de manera explícita, la esclavitud racial, así como el órgano oficial del comité, *La Independencia*, explicaba los objetivos del nuevo levantamiento bélico en términos generales de libertad política, pero haciendo poca referencia a la falta de libertad de los africanos y sus descendientes.[41] Incluso, después que arribó a la Isla en mayo, García siguió hablando de libertad en términos de la liberación de Cuba del dominio español, sin plantear la cuestión de la libertad de los esclavos.[42] Por el contrario, la primera declaración pública de Maceo, después que empezaban la nueva guerra, contenía una larga sección dirigida a los esclavos. Les aconsejaba unirse a la causa de la independencia cubana; es decir, la causa que ya había ganado la libertad de sus antiguos compañeros. "El hombre negro —les decía— es tan libre como el blanco".[43] En octubre de 1879, Maceo respondió a la nueva orden del Estado colonial que prohibía la entrada a Cuba desde el extranjero de personas de color. Una vez más recordó que los cubanos que combatían en la nueva guerra luchaban "por su Independencia, con la cual pretenden conseguir la emancipación de trescientos

mil esclavos que existen hoy Cuba; su bandera es la de todos los cubanos y sus principios son la igualdad del hombre".[44] Como sus actividades durante el Zanjón y Baraguá, los pronunciamientos de Maceo siempre prestaban a los problemas de la emancipación y la igualdad racial la misma importancia que le daba a la independencia política. En cuanto a García, la cuestión de la libertad de los esclavos y la igualdad racial sólo aparecían de manera esporádica y nunca en el centro de su defensa pública y privada de la nueva insurrección.

Las diferencias también emergen cuando se examinan las palabras y las acciones de Guillermo Moncada, quien —en parte como resultado de la ausencia de Maceo— se convirtió en el oficial de más alto grado del ejército independentista en Oriente. Moncada, a quien comúnmente se le identificaba como negro, era un carpintero, nacido de una negra libre y criado en una comunidad de personas de color libres en la ciudad de Santiago de Cuba. La tradición oral cuenta que mucho antes del inicio de la primera guerra de independencia, Moncada aprovechaba toda ocasión que se le presentaba para expresar la antipatía que sentía hacia la esclavitud y el dominio español. Por ejemplo, durante los carnavales anuales formaba parte de una comparsa llamada Los Brujos de Limones. Así se llamaba en homenaje a un pequeño ejército organizado por un grupo de esclavos fugitivos a inicios del siglo, que se dedicaba a atacar las fincas cafetaleras y cañeras, liberando y tomando a sus esclavos. Durante uno de esos ataques a una finca llamada Limones, en las afueras del pueblo de El Cobre, algunos niños fueron asesinados, y las autoridades españolas aprovecharon esos sucesos, para anunciar que los esclavos fugitivos eran brujos que habían secuestrado y matado a los niños blancos, para usarlos en rituales salvajes. El elogio público de un grupo de cimarrones que habían combatido el poder militar español para libertar a otros esclavos, sólo era posible —como es de suponer— dentro del contexto del carnaval. Moncada siguió aprovechándose de la oportunidad: declinó la propuesta de servir como presidente de la comparsa, y escogió en su lugar actuar como bastonero. El bastonero gozaba de licencia para usar su bastón contra quien quisiera, y se dijo que lo usó contra soldados españoles.[45]

Guillermo Moncada, un veterano de la Guerra de los Diez Años y de la protesta en Baraguá, surgió como principal conspirador y luego estuvo al frente del ejército oriental en 1879. Cuando se rindió en junio de 1880 lo hizo con una fuerza de 370 partidarios, la mayor parte cubanos de color y 168 de ellos esclavos fugitivos.[46] Su estatura militar, su color y las fuerzas que representaba lo convirtieron en el principal objetivo de los rumores españoles y las sospechas de los cubanos. Quienes se oponían a la nueva insurgencia insistían, por ejemplo, en que se había proclamado emperador de zonas de Oriente, por lo cual lo apodaban "Guillermo Primero". Lo decían, por supuesto, para atemorizar a los partidarios blancos del movimiento, quienes durante la primera guerra habían escuchado rumores del notorio Guillermón, un hombre "alto y feroz" que asesinaba a los blancos y mantenía un campamento de blancas, negras y mulatas que lo llamaban su "señor".[47]

La esencial consecuencia de los rumores españoles y la credulidad de los cubanos con relación a Moncada —y sobre el carácter de la rebelión como resultado de su liderazgo—, consistió en una muy amplia deserción entre los miembros del nuevo ejército mambí. Como los oficiales de alta graduación en el ejército oriental, Moncada tomó ciertas medidas para impedir las rendiciones, a veces en oposición a los deseos de otros jefes. Uno de esos intentos sucedió en diciembre de 1879, cuando el brigadier blanco Belisario Grave de Peralta, exhortado insistentemente por el general Polavieja, se rindió para desautorizar la "guerra racial" que hacían Moncada y Maceo. El primero rehusó aceptar la decisión de Grave de Peralta.

Aumentó sus fuerzas y marchó a Holguín en un aparente intento por detener las rendiciones que estaban ocurriendo. Esperaba hacer reclutamientos entre los hombres de Grave de Peralta y así mantener la insurgencia más allá del punto deseado por éste.[48] La idea que tenía Moncada del curso de la lucha parece haber diferido de la de Peralta, y cuando sus concepciones chocaban con las de los dirigentes blancos arraigados en la insurrección, Moncada no se sentía en la necesidad de subordinar las suyas a las de ellos.[49] Sus esfuerzos no tuvieron éxito, y no pudo darle alcance a las tropas de Grave de Peralta. No obstante, fue el último en rendirse en junio de 1880.

Moncada atribuyó directamente a las prácticas políticas españolas la difusión de las rendiciones entre las tropas cubanas. En realidad, no tardó en criticar a España que sus representantes manipularan la raza para dividir y debilitar el esfuerzo independentista cubano. Condenó a las autoridades españolas, a las cuales calificó de "asesinos despreciables" que "falseando el criterio y desfigurando los hechos" con el fin de caracterizar "nuestra santa causa" como una "guerra de raza".[50] Convirtieron la guerra "de principios" de los independentistas en una "guerra de raza".[51] Negó de manera explícita que la insurrección fuera una guerra racial y denunció el rumor como un instrumento empleado por España, para "infundir miedo a los pusilánimes". La de los cubanos no era una guerra de razas, sino una lucha "por la libertad, por nuestros derechos y, en una palabra, por la independencia de nuestra amada patria".[52]

Aunque Moncada condenó las prácticas políticas de España en Cuba, con más fervor censuró a los cubanos que rechazaban o amenazaban la nueva guerra. Las alusiones españolas a la pugna de razas podían explicarse, en cierto sentido, como una útil maniobra política asumida por un Estado colonial amenazado. No obstante, la vulnerabilidad cubana a esas acusaciones no podía atribuirse a una estrategia o pretexto político. Y fue contra los cubanos, en particular aquellos que antes habían apoyado los esfuerzos independentistas y ahora condenaban la insurrección, que Guillermo Moncada dirigió sus más agudas acusaciones. Expresó: "¿Pero qué piensan esos cubanos que con mano airada y sacrilegio se unen a nuestros enemigos y ayudan a remachar a nuestra afligida madre Patria la abominable cadena con que desde hace tres siglos la tienen aprisionada? ¿Dónde están aquellos que días tras días nos instaban a que nos lancemos de nuevo a la lucha comprometiéndose a todos con su persona y bajo su palabra de honor? La miseria que se aproxima y las lágrimas que derraman un sinnúmero de familias, no somos responsables de ella, ni menos tenemos la culpa. La sangre de tantas inocentes víctimas (...) [los que] son culpables ante Dios y ante el mundo [son] aquéllos que habiendo empleado su palabra de honor, nos engañaron del modo más poco digno, retractándose del compromiso en la hora del peligro y del sacrificio".[53]

Sus acusaciones funcionaban en varios niveles. Primero, mientras los enemigos cubanos y españoles de la insurgencia aseguraban que la nueva guerra estaba conduciendo a la Isla a la miseria y la violencia, Moncada les respondía que los enemigos de la rebelión generaban y prolongaban estas condiciones, poniendo barreras al rápido avance hacia la independencia. Segundo, acusaba a aquellos que, ante el "peligro y el sacrificio", rechazaban su jefatura o el movimiento con cobardía y egoísmo. Sabía que España apelaba a los temores raciales, por lo que acusó de cobardía a aquellos que sucumbían a esos temores.

Moncada planteaba que resultaba inexcusable la propaganda dirigida contra él, teniendo en cuenta que muchos que la promovían sabían, personalmente, que él sólo abrazaba "fin[es] noble[s]" y no "ambiciones bastardas ni pasiones mezquinas".[54] Explicaba el rechazo de los cubanos a la nueva revolución, invocando el argumento utilizado más a menudo para denigrar el comportamiento de los esclavos y antiguos esclavos. Atribuía las acciones de los insurrectos renuentes a "tres siglos de oprobio y degradación", que los incapacitaron como jefes.[55] Como algunos afirmaban que los esclavos habían sido corrompidos por la dilatada experiencia de estar esclavizados, Moncada respondía que los súbditos coloniales que lo consentían fueron corrompidos por el dominio colonial. A sus oponentes cubanos que creían o propalaban las acusaciones de guerra racial, les insistía en que "todos somos hermanos". También les advertía que el objetivo de los ataques españoles radicaba en sacar de la Isla "la raza cubana" y reemplazarla con "españoles".[56] En el momento cuando la nación exigía unidad y sacrificio, aquellos que sucumbían a las tácticas españolas reforzaban por egoísmo las divisiones. Estas divisiones, sugería Moncada, eran pálidas en comparación con las existentes entre cubanos y españoles. Moncada dotó de propiedades naturales a la división entre el colonizador y el colonizado, mientras caracterizaba las que pudieran haber entre cubanos blancos y cubanos de color como un resultado de la ideología y el interés político. Al hablar de una "raza cubana", aceptaba una definición de raza como nación. Para él, no obstante, la nación era en sí misma blanca y no blanca, negra y no negra. Manifestaba que los cubanos que aceptaban las acusaciones es-

pañolas de que la rebelión era una guerra de razas, estaban actuando, por ello mismo, contra el patriotismo. Todo "buen patriota" estaba en el deber de "hacerle comprender a los necios, que son los que únicamente pueden dar crédito a semejantes patrañas (...) los sagrados principios que defendemos".[57] Al enfrentarse a las acusaciones de guerra racial, todo patriota compartía el deber de luchar contra los acusadores. En estas circunstancias, el retiro del apoyo, según él, "hasta cierto punto pudiera calificarse, de criminal".[58]

Sus palabras demuestran claramente que los insurrectos cubanos negros, objetos de las acusaciones españolas e incluso cubanas, estaban enterados de las tácticas de la contrainsurgencia. Moncada también conocía la fuerza que esas acusaciones tenían entre los reclutas blancos que vacilaban. Por eso desarrolló argumentos contra las acusaciones e insinuaciones dirigidas contra él. Al elaborar estos contraargumentos, el jefe mambí apeló al lenguaje patriótico que empleaban los dirigentes del movimiento independentista. Hablaba de la hermandad de todos los cubanos, pero culpaba a sus compatriotas renuentes de violar ese vínculo por ser cómplices de las manipulaciones españolas de las cuestiones raciales. Hablaba de la barbarie española y la corrupción colonial, y a continuación sugería que los dirigentes blancos, ahora renuentes, habían descendido hasta el nivel de sus colonizadores. Hablaba del arrojo y el sacrificio por la nación, y entonces insinuaba que sus detractores habían evadido sus deberes y se comportaban como cobardes. De esta forma, Guillermo Moncada dirigió el lenguaje de patriotismo y autosacrificio viril contra aquellos miembros de su propio movimiento que rechazaban su jefatura. Se valió del idioma del nacionalismo para acusarlos de una conducta impropia de buenos patriotas.

Conclusión

Desde el inicio de la guerra, los liberales cubanos blancos —muchos de ellos veteranos de la contienda anterior— se opusieron al nuevo intento de independencia. Y desde el principio de la guerra, los esclavos que anhelaban ganar su libertad, como sus compañeros que participaron en la primera, secundaron los nuevos esfuer-

zos de los insurrectos. La propaganda española enfatizó estas dos tendencias —el apoyo negro y el rechazo blanco—, para mostrar el movimiento no como una lucha por la independencia nacional, sino por la supremacía negra. Mientras más expresaban y difundían esta interpretación, la insurgencia se parecía más a lo que España deseaba. Más blancos se rindieron, y jefes negros como Guillermón Moncada, que antes compartían el poder con hombres como Grave de Peralta, adquirieron ahora una mayor relevancia dentro del movimiento. A su vez, mientras más importancia alcanzaban, más fácil resultaba a sus detractores invocar las imágenes y acusaciones de rebelión negra. Y, como consecuencia, aumentaron otra vez las deserciones blancas.

Ramón de Armas, historiador cubano del movimiento independentista, ha afirmado que el rechazo al combate encabezado por Moncada y otros jefes de color no fue "cuestión de raza". Para apoyar este aserto, De Armas señaló el hecho de que estas mismas figuras serán apoyadas en la subsecuente revolución de 1895, "cuando actúen *solamente* como jefes militares y haya otros jefes políticos en la insurrección".[59] Que Moncada u otros pudieran ser aceptados como jefes militares y no como dirigentes políticos de un movimiento independentista, no convierte la "cuestión de la raza" en algo insignificante. Pero sí apunta a una lucha central que se desarrolló en 1879-1880. El poder militar de Moncada no era de por sí objetable, pero sí resultaba problemático que, con pocos dirigentes políticos blancos activos en la Isla, sus hazañas militares amenazaban con convertirse en poder político. En la primera guerra, el movimiento nacionalista abolió la esclavitud en el territorio rebelde, incorporó a los esclavos libertados al ejército independendista y promovió el ascenso de los jefes de color en ese ejército. Mas, hasta aquí, el movimiento se había abstenido de referirse de manera explícita al ejercicio del poder político negro independiente. Ahora, lo visible de la jefatura no blanca, intensificado por las tácticas españolas de contrainsurgencia, pusieron la cuestión en un primer plano. Y la perspectiva de un poder político ejercido por un carpintero negro, cuyas fuerzas estaban formadas en su mayoría por esclavos y antiguos esclavos, encontró una manifiesta hostilidad. Los límites del poder político de negros y mulatos seguiría siendo una cuestión esen-

cial en la actividad nacional-liberadora durante el período de paz de 15 años que siguió a la Guerra Chiquita. En el curso de ese período, los activistas de la independencia, conscientes del éxito que tuvieron las autoridades coloniales, cuando utilizaron el temor a una guerra racial en aquella insurrección, trabajaron diligentemente para neutralizar ese temor y negarle esa arma a España. Al hacerlo, crearon una vigorosa imagen del insurrecto negro militarmente capaz, pero en lo político subordinado al liderazgo blanco.

Notas

1 "Luis Dabán al Capitán General", marzo 15, 1879, en RAH, CCR, vol. 7 (9/7542), p. 217, y "Sobre el estado del departamento Oriental", septiembre 1879, en AGM, SU, Cuba, leg. R-517. También los telegramas que se intercambiaron los funcionarios locales y los de La Habana en junio de 1879, en AHN, SU, leg. 4938, 1ra. parte, libro 2, nos. 60-70.

2 Bacardí y Moreau: *Crónicas de Santiago de Cuba*, 6:285-286, y "O. Melena (seudónimo de Flor Crombet) a Jean Courteneaux [enero 1879]", en Cuba, Archivo Nacional: *Documentos para servir a la historia de la Guerra Chiquita*, 1:139. Consúltense también los informes del oficial español Manuel de Tejera al Comandante General de Cuba sobre las actividades de José Maceo y Silverio del Prado, fechados en noviembre 11, 1878 y diciembre 4, 1878, ambos en AGM, SU, Cuba, leg. R-517.

3 Ver "Noticias de la campaña", *La Voz de Cuba* (La Habana), noviembre 28, 1879, y diciembre 11, 1879, ambas en Hernández Soler: *Bibliografía de la Guerra Chiquita*, 185, 188. El nombre completo de Galindo no aparece en la fuente.

4 Pérez Guzmán y Sarracino: *La Guerra Chiquita*, 5.

5 Consúltense, por ejemplo, "Partes de operaciones y persecución de la partida de los Maceo", septiembre de 1879, en AGM, SU, Cuba, leg. R-517, y "Tapando el sol con un dedo", *La Independencia* (New York), noviembre 15, 1879.

6 "Camilo Polavieja al Capitán General", septiembre 15, 1879, en [Polavieja y Castillo]: *Campaña de Cuba*, 36.

7 Véase [Polavieja y Castillo]: *Campaña de Cuba*, 168, 505-185 passim, 565, 572, 675-676; Pérez Guzmán y Sarracino: *La Guerra Chiquita*, 209, y "Comandante Militar del Cobre al Comandante del 1er. Batallón de Nápoles", septiembre 11, 1879, en "Villa del Cobre. Expediente instruido en averiguación de reuniones verificadas para un movimiento insurreccional", en AGI, SDP, leg. 7.

8 "Documento sobre la visita girada en la zona de El Cobre por el Jefe del E.M. de la División José García Aldave", sin fecha, en [Polavieja y Castillo]: *Campaña de Cuba*, 571.

9 [Dabán y Ramírez]: *Situación política del Departamento Oriental*, 6, y Rosell Planas: *Factores económicos, políticos y sociales*, 18-19.

10 Véanse "Noticias de las partidas insurrectas que existen en esta provincia en noviembre [1879]", en AGM, SU, Cuba, leg. R-521; "Resumen de esclavos", abril 24, 1880, en [Polavieja y Castillo]: *Campaña de Cuba*, 267, y "Las noticias", *La Independencia* (New York), octubre 25, 1879.

11 Véanse, por ejemplo, "Coronel Valentín Zárate a Polavieja", mayo 9, 1880; "Brigadier Luis Pando a Polavieja", enero 20, 1880, y "Polavieja al Capitán General y Zárate", marzo 28, 1880, todos en [Polavieja y Castillo]: *Campaña de Cuba*, 506, 160 y 291, y "Partes de operaciones y persecución de la partida de José Maceo", septiembre de 1879, en AGM, SU, Cuba, leg. R-517, y "Prisioneros. Los 9 que se hicieron procedentes de los cafetales (...)", noviembre de 1879, en AGM, SU, Cuba, leg. R-521.

12 "Comandante Recas a Polavieja", mayo 5, 1880, en [Polavieja y Castillo]: *Campaña de Cuba*, 357.

13 "Polavieja al Teniente Coronel Rodón", abril 7, 1880, y "Aurelio Aguilera a Polavieja", agosto 28, 1879, ambas en [Polavieja y Castillo]: *Campaña de Cuba*, 326 y 24. Véase también coronel Francisco Aguilera: "Zona de Baracoa. Relación de las personas (...) inconvenientes", abril 28,1880, en AGI, SDP, leg. 7.

14 "Polavieja a Blanco", diciembre 16, 1879; "Polavieja al Brigadier Ayuso", noviembre de 1879; "Polavieja al Coronel José López", mayo 7, 1880; "Juan Tejada a Polavieja", enero 25, 1880, y el telegrama de Zárate, enero 28, 188o, todo en [Polavieja y Castillo]: *Campaña de Cuba*, 68, 124, 159, 167, 174. Otras zonas de cultivo identificadas en tres documentos y vinculadas a la insurrección, incluían las de Yaguasí, Anguila, Majaguabo, Jiménez y Boniato.

15 Véase Polavieja y Castillo: *Conspiración de la raza de color*, 263.

16 "Polavieja al Jefe de Brigada de Palma", septiembre 19, 1879, en [Polavieja y Castillo]: *Campaña de Cuba*, 43.

17 Pirala y Criado: *Anales de la guerra de Cuba*, 3:762.

18 R. Scott: *Slave Emancipation in Cuba*, 117-118.

19 "Capitán General al Ministro de Ultramar", septiembre 11, 1879, en RAH, CCR, vol. 7 (9/7542), pp. 231, 231V; "Polavieja a Zárate", abril 26, 1880, y "José García Aldave a Polavieja", sin fecha, en [Polavieja y Castillo]: *Campaña de Cuba*, 350, 571.

20 Los incidentes del 25 de octubre de 1879 en el ingenio La Esperanza se describen en "Coronel Aurelio Aguilera a Polavieja", octubre 26, 1879,

en [Polavieja y Castillo] *Campaña de Cuba*, 63-64. Véase también R. Scott: "Mobilizing Resistance among Slaves and Free People of Color".

21 "Capitán General a Ministro de Ultramar", mayo 19, 1879, en AHN, SU, leg. 4938, 1ra. parte, libro 2, doc. no.73.

22 "¡Viva la paz!", *Conciliación* (Sancti Spíritus), septiembre 5, 1879, en Hernández Soler: *Bibliografía de la Guerra Chiquita*, 108.

23 "Manifiesto de la Junta Central del Partido Liberal", *El Triunfo* (La Habana), noviembre 23, 1879, en ibíd., 144, y Leyva y Aguilera: *La Guerra Chiquita*. Para un examen de otros miembros del Partido Liberal que estuvieron activos en la primera guerra y se opusieron públicamente a la segunda, véase L. Pérez: *Cuba between Empires*, 8, y Cepero Bonilla: "Azúcar y abolición".

24 Jérez Villarreal: *Oriente (biografía de una provincia)*, 238-239, y "Escambray" a "estimado amigo", septiembre 12, 1879, en Cuba, Archivo Nacional: *Documentos para servir a la historia de la Guerra Chiquita*, 2:219-220.

25 Martínez Campos, citado en Estévez y Romero: *Desdel el Zanjón hasta Baire*, 1:24; "Juan Tejada a Polavieja", enero 24, 1880, y "Rodrigo Ramírez a Polavieja", abril 26,1880, ambas en [Polavieja y Castillo]: *La campaña de Cuba*, 167 y 350.

26 Citado en Pérez Guzmán y Sarracino: *La Guerra Chiquita*, 166. La fuente no está lo suficientemente identificada como para que la autora pudiera localizar el documento original.

27 Reproducción de un artículo de *La Bandera Española*, enero 10, 1880, en [Polavieja y Castillo]: *Campaña de Cuba*, 108; "El despertar de un sueño", *Conciliación* (Sancti Spíritus), 11 de enero de 1880, en Hernández Soler: *Bibliografía de la Guerra Chiquita*, 123. También "Incidente ocurrido con la presentación del cabecilla Belisario Grave de Peralta", noviembre 30, 1879, en AGI, SDP, leg. 7; Pérez Guzmán y Sarracino: *La Guerra Chiquita*, 238, e Ibarra: *Ideología mambisa*, 144.

28 "Polavieja al Capitán General", diciembre 8, 1879, y diciembre 14, 1879, en [Polavieja y Castillo]: *Campaña de Cuba*, 91, 103.

29 "Capitán General a Polavieja", enero 19, 1880, en ibíd., 158.

30 "Polavieja a Capitán General", junio 10, 1880, en ibíd., 566.

31 "Importante", *El Triunfo* (La Habana), 5 de junio de 1880, en Hernández Soler: *Bibliografía de la Guerra Chiquita*, 155. Entre los dirigentes que siguieron activos después de que Maceo y Moncada se rindieran, se encuentran Serafín Sánchez, Gregorio Benítez y Calixto García.

32 "Declaración de la Junta Central Autonomista de Colón", 24 de septiembre de 1879, citado en Ibarra: *Ideología mambisa*, 143, y "Manifiesto de la Junta Central del Partido Liberal", 21 de noviembre de 1879, *Conciliación* (Sancti Spíritus), noviembre 28, 1879. Consúltense

también "El Herald de Nueva York", *La Voz de Cuba* (La Habana), octubre 18, 1879, y "Pormenores interesantes", *Conciliación*, septiembre 12, 1879, todo en Hernández Soler: *Bibliografía de la Guerra Chiquita*, 119, 174, 109-110.

33 José Romero, carta sin fecha, y "Flor Crombet a Francisco Cabrera", enero 4, 1879, en Cuba, Archivo Nacional: *Documentos para servir a la historia de la Guerra Chiquita*, 3:177 y 1:133. Véase también "Un abolicionista verdadero", *La Independencia* (New York), 19 de abril 1879.

34 "Se blanqueó", *La Independencia* (Nueva York), noviembre 29, 1879. Para otros ejemplos de estas expresiones, véanse los siguientes artículos del mismo periódico: "Se va blanqueando", noviembre 8, 1879; "Recurso gastado", marzo 27, 1880, y "Se acabó el pretexto", junio 12, 1880.

35 "Gregorio Benítez a Calixto García", diciembre 17, 1878, en Cuba, Archivo Nacional: *Documentos para servir a la historia de la Guerra Chiquita*, 1:117.

36 Martí: *Lectura en Steck Hall*, 19, 23.

37 "A. Pérez a Carlos Roloff", diciembre 10, 1879, en Cuba, Archivo Nacional: *Documentos para servir a la historia de la Guerra Chiquita*, 3:49-50.

38 "O. Melena [Flor Crombet] a Calixto García", Kingston, octubre 14, 1878, en ibíd., 1:46-47. También "Pío Rosado a Juan G. Díaz de Villegas", marzo 12, 1879, en ibíd., 1:239.

39 Véase "Calixto García al Comité Revolucionario Cubano", Kingston, agosto 5, 1879, en ibíd., 2:179; Franco: *Antonio Maceo*, 1:176-190, y Casasús: *Calixto García*, 159-164.

40 Las palabras de Calixto García se citan de los recuerdos de Maceo de la conversación. Consúltese el documento incompleto y sin título en Maceo: *Papeles de Maceo*, 1:138-141. (*N. del T.*: En la edición facsimilar de los *Papeles* de la Editorial de Ciencias Sociales de 1998, la cita aparece en 1:121.) Aunque éste parece ser el único registro de la conversación, los historiadores se han tomado ciertas libertades a la hora de reproducir las palabras de Calixto García. Por ejemplo, Jorge Ibarra lo cita diciendo: "aquí los cubanos libres tienen sus temores" (en lugar de "los cubanos blancos aquí"). Véase Ibarra: *Ideología mambisa*, 142. José Luciano Franco y Raúl Aparicio, ambos autores de biografías sobre Maceo, citan a Calixto García diciendo que los exiliados cubanos blancos tienen sus temores. Franco: *Antonio Maceo*, 1:187, y Aparicio: *Hombradía de Antonio Maceo*, 235. Juan Casasús, un biógrafo de García, elimina (sin ninguna elipsis) todas las referencias a los temores de los cubanos, y únicamente admite el papel desempeñado por España en la difusión de los rumores de guerra racial. Véase Casasús: *Calixto García*, 163-164.

41 Consúltense, por ejemplo, el "Manifiesto del Comité Revolucionario Cubano", Nueva York, octubre de 1878, en Cuba, Archivo Nacional:

Documentos para servir a la historia de la Guerra Chiquita, 1:42-44; "Manifiesto del Comité Revolucionario Cubano", junio 12,1879, *La Independencia* (Nueva York), junio 14, 1879, y "La segunda campaña", *La Independencia*, 6 de septiembre de 1879. Para estudios más generales sobre los usos políticos de las metáforas esclavistas, ver Holt: *The Problem of Fredom*, 3-9; Davis: *The Problem of Slavery*, 249-254, y Roediger: *The Wages of Whiteness*, 27-36.

42 "Al ejército cubano", 1880, en García: *Palabras de tres guerras*, 41-42.

43 "¡Viva Cuba independiente!", en Maceo: *Antonio Maceo*, 1:131.

44 "Por el boletín oficial", en Maceo: *Papeles de Maceo*, 1:123. (*N. del T.*: En la edición facsimilar de 1998 de la Editorial de Ciencias Sociales aparece en la página 108.) Consultarse también "Maceo al General José Lamothe, Port-au-Prince", septiembre 23, 1879, y "A los cubanos de color" [1879], ambos en Maceo: *Ideología política*, 1:133 y 139. La cifra de Maceo de 300 000 esclavos parece describir el período inmediatamente anterior al inicio de la Guerra de los Diez Años, época en que había 363 288 esclavos. En 1871, la cifra quedó reducida a 287 620, y ya en 1883, bajó a 99 566. Véase R. Scott: *Emancipation in Cuba*, 87 y 194.

45 Padrón Valdés: *Guillermón Moncada*, 22-23.

46 Consúltense las listas de insurgentes rendidos en [Polavieja y Castillo]: *Campaña de Cuba*, 577-586, 609-613.

47 "Cuba (seudónimo de Manuel Suárez) a 'muy querido amigo'", octubre 11 1879, en Cuba, Archivo Nacional: *Documentos para servir a la historia de la Guerra Chiquita*, 2:252, y O'Kelly: *The Mambi-Land*, 124.

48 "Polavieja al Comandante General de Holguín", diciembre 8, 1879, en [Polavieja y Castillo]: *Campaña de Cuba*, 92.

49 Otros ejemplos de las medidas que tomó Moncada para impedir la deserción entre las tropas cubanas incluía la prohibición de cualquier contacto entre los mambises y los españoles, así como la aprobación de una legislación que condenaba a muerte a quienes desertaran del ejército cubano, sin concederle al acusado el beneficio de un juicio. Véanse, por ejemplo, "Moncada al Comandante Francisco Ramírez", octubre 26, 1879; "Moncada al Teniente Coronel Antonio Soria", octubre 26, 1879; "Moncada al Mayor General Gregorio Benítez", diciembre 29, 1879; "Acta de la reunión de jefes y oficiales en el campamento de Arroyo Berraco el 17 de febrero de 1880", y los documentos del Consejo de Guerra al soldado cubano Remigio Sánchez, todos en AGI, SDP, leg. 7.

50 "Moncada al Comandante Francisco Ramírez", octubre 26, 1879, en AGI, SDP, leg. 7.

51 "Moncada al Comandante Brigadier Santos Pérez", noviembre 13, 1879, en AGI, SDP, leg.7.

[52] "Moncada al Ciudadano Colón", noviembre 5, 1879, en "Correspondencia insurrecta", en AGI, SDP, leg. 7.

[53] "Moncada a Dn. Santos Pérez", marzo 31, 1880, en "Correspondencia cogida al titulado jefe insurrecto Guillermo Moncada", AGI SDP, leg. 7.

[54] "Moncada al Comandante Brigadier Santos Pérez", noviembre 13, 1879, en AGI, SDP, leg.7.

[55] Ibíd.

[56] "Moncada a Dn. Santos Pérez", marzo 31, 1880, y "Moncada al Comandante Francisco Ramírez", octubre 26, 1879, ambas en AGI, SDP, leg. 7.

[57] "Moncada al Ciudadano Colón", noviembre 5, 1879, en "Correspondencia insurrecta", AGI, SDP, leg. 7.

[58] "Moncada al Ciudadano Cedro", febrero 9, 1880, en "Correspondencia insurrecta", AGI, SDP, leg. 7.

[59] De Armas: *La revolución pospuesta*, 76. Subrayado en el original.

II / La paz

Capítulo 4

Una paz frágil
Colonialismo, Estado y sociedad rural. 1878-1895

Entrevistado en Madrid pocos meses después de su rendición durante la Guerra Chiquita, Calixto García reveló la hondura de la incertidumbre en cuanto al futuro de la causa independentista. Cuando, durante la entrevista, uno de los periodistas manifestó de pasada que la independencia cubana era una cuestión de tiempo, García le advirtió, de forma severa y pesimista, que "de ningún modo sería una empresa fácil". Después de esa rara y reveladora afirmación, García explicó que el principal obstáculo consistía en la ansiedad blanca: entre "los blancos (...) algunos han vacilado eternamente debido a los riesgos de la empresa y otros han dudado por miedo a una guerra servil con los negros y mulatos si Cuba se hace libre".[1] La declaración de García tiene un sentido exacto en el contexto de la guerra que acababa de terminar; esto es, una contienda en la cual las alusiones cubanas y españolas a la guerra de razas dividieron y, en última instancia, contribuyeron a derrotar el esfuerzo mambí. Pero la declaración también tenía algo de predicción: no sólo trataba de explicar el fracaso de la lucha armada en 1879-1880, sino también insinuaba que las razones de ese fracaso persistirían en un futuro previsible. El general cubano vislumbraba que las divisiones internas, los supuestos peligros de una rebelión y el temor a la confrontación racial, seguían comprometiendo el éxito de la insurgencia anticolonialista.

Pese a las predicciones de Calixto García, las tentativas insurreccionales no disminuyeron del todo durante los 15 años de paz posteriores a la Guerra Chiquita. Las autoridades descubrieron conspiraciones independentistas en 1880, 1884, 1890

y 1893.[2] Pero si las conjuras persistían, lo mismo ocurría con las tácticas españolas de contrainsurgencia. Los funcionarios coloniales contrataron espías para que informaran acerca de la actividad nacionalista en toda la Isla, así como en Nueva York, Florida, Jamaica, Haití y República Dominicana.[3] Al anunciar y combatir las conspiraciones que descubrían sus agentes, los funcionarios españoles resucitaban las estrategias empleadas durante la Guerra Chiquita. Por ejemplo, cuando, en diciembre de 1880, las autoridades españolas del este de Cuba descubrieron supuestamente un nueva conjura anticolonialista, la calificaron de "conspiración de la raza de color". El general Polavieja, quien seguía siendo gobernador provincial de Santiago de Cuba, se negó a propósito a castigar a los blancos implicados en el movimiento. De ese modo, los blancos no vieran "que en el fondo de ella la independencia, sino la cuestión social, y [así] se alejen (...) del elemento de color".[4]

Cuando, diez años después, los funcionarios sospecharon que una visita que hacía Antonio Maceo a Oriente no tenía otro propósito que preparar un nuevo levantamiento, volvieron a invocar el espectro de la raza. La conspiración, escribió Polavieja, fue rechazada debido al "temor que naturalmente inspira a la mayoría de los blancos la aspiración pública de Maceo de imponer el gobierno de los de su raza creando una República semejante a la Haitiana".[5] Esta interpretación de la actividad política de Maceo tenía resonancia en algunos sectores de la población cubana, incluso en aquellos que antes habían participado en la insurgencia separatista. Un antiguo insurrecto, que desde el final de la primera guerra cultivaba una pequeña finca en las afueras de Santiago de Cuba, le dijo a un general español que creía que la conspiración de Maceo tenía "un carácter muy marcado de rebelión de la raza negra".[6] En Holguín, un agente secreto del gobierno español, identificado como Paco, informó que cada vez que sus vecinos le pedían consejo sobre el movimiento independentista, los persuadía diciéndoles que se trataba de "cuestión de raza y no es otra cosa". Proseguía: "A los que me vienen a preguntar les digo que yo no voy [al movimiento] porque sé que es cuestión de negro, y creo tener convencidos a todos". Paco confrontó nuevos problemas con la actividad separatista del cata-

lán José Miró Argenter, quien en la tercera guerra serviría como jefe del estado mayor de Maceo, pero quien en 1891 trataba de agitar a la gente de Holguín, hablándoles de insurrección e independencia. El activismo de Miró, explicaba Paco, "hace más daño que Maceo", pues al tratarse de Maceo podía suscitar asociaciones con la consigna de guerra racial.[7] Por consiguiente, más de una década después del lamento de García sobre las divisiones internas entre los cubanos, las vagas alusiones a la "cuestión racial" aún tenían el poder de disuadir a posibles insurrectos.

Si bien seguían resonando los viejos y habituales argumentos sobre los peligros raciales y sociales de la rebelión, no es menos cierto que las profundas transformaciones ocurridas durante la paz de 1880-1895 modificaban al mismo tiempo esos argumentos. No los invalidaban, pero por lo menos los hacían mucho menos compulsivos. Estos cambios, que constituyen el tema de este capítulo, transformaron materialmente la sociedad y la política cubanas. También erosionaron de manera gradual los puntales ideológicos y racistas del dominio de España en Cuba.

Emancipación, inmigración y crisis económica

Las imágenes de guerra racial que mostraban los activistas procolonialistas se basaban, en gran medida, en la figura del trabajador esclavizado; esto es, la del esclavo oprimido que vindicaba su servidumbre rompiendo sus cadenas y asaltando a sus amos. Esa imagen y, en general, los argumentos raciales contra la independencia cubana, se aprovecharon bien por el Estado colonial y sus aliados desde la Revolución haitiana de 1791. Pero a fines de la década del 80 del siglo XIX no había más esclavos en Cuba. El proceso de abolición gradual, iniciada sin la autorización de la ley colonial en las zonas revolucionarias de la Cuba oriental en 1868, en 1886 había resultado un sistema de trabajo jurídicamente libre. Si el atractivo del dominio español derivaba parcialmente de su habilidad para preservar la institución de la esclavitud contra la voluntad y los deseos de gobiernos extranjeros, abolicionistas y los esclavos mismos, entonces, con la abolición completa de la esclavitud, el Estado español perdió algo de ese atractivo dentro del propio contexto colonial.[8]

Además, no sólo era que la esclavitud hubiera terminado, sino el modo como terminó, lo que también devaluaba los argumentos procolonialistas. El desarrollo pacífico de las fases finales de la emancipación de los esclavos, hizo que las expresiones alarmistas sobre los riesgos de esa emancipación sonaran vacías. En 1880, mientras la Guerra Chiquita continuaba en el este, el gobierno colonial decretó el fin de la esclavitud y el establecimiento de un sistema de aprendizaje que duraría ocho años. La ley no indemnizaba las pérdidas financieras de los propietarios, pero al garantizarles que sus antiguos esclavos trabajarían para ellos durante los ocho años siguientes, venía a ser una forma de indemnización. Los esclavos, ahora patrocinados, seguirían trabajando para sus propietarios en las tareas habituales, y recibirían por sus esfuerzos un estipendio mensual de entre 1 y 3 pesos (cuando a los trabajadores libres les pagaban 15 o 20).[9] La ley contemplaba la libertad de los otrora esclavos antes que terminara el sistema de patronato como tal, ya por acuerdo mutuo del amo y el patrocinado, por renuncia del amo, o por falta de éste en cumplir lo previsto por la ley. Aunque la ley se ajustaba a su objetivo de una transición pacífica y gradual al trabajo libre, también exigía que los propietarios, mediante loterías locales, libertaran a uno de cada cuatro de sus patrocinados en 1885, a uno de cada tres en 1886, y así sucesivamente hasta que no quedara ninguno en 1888.[10] Aunque la marcha de la emancipación comenzada en 1868 pudo haber sido gradual, la compra de su libertad por los esclavos y las denuncias que hacían éstos de las infracciones de la ley que cometían los propietarios, aceleraron el proceso después de 1880. Como ha demostrado Rebeca Scott, 6 000 patrocinados ganaron su libertad durante el primer año del patronato; 10 000, durante el segundo; 17 000 en el tercero, y 26 000 en el cuarto. En 1885, cuando sólo quedaban 53 381 de ellos en la Isla, el gobierno colonial declaró la abolición del patronato dos años antes de lo previsto, en 1886.[11]

La esclavitud y el patronato terminaron, según el testimonio de observadores libres, en una especie de anticlímax. En pueblos y ciudades, los festejos públicos por el fin de la esclavitud atrajeron a multitudes relativamente pequeñas.[12] Los abolicionistas extranjeros declararon que la transición de 1886 transcurrió "sin

perturbación alguna", mientras que la prensa provincial y de La Habana subrayaban igualmente la "armonía" existente entre los patrocinados libres y sus antiguos amos.[13] Otras fuentes de la época parecían estar de acuerdo. Esteban Montejo, un antiguo esclavo escapado que realizó trabajos agrícolas en varias haciendas de la provincia de Santa Clara en el período siguiente a la emancipación, destacó la ausencia de ruptura en el momento de la emancipación. La mayoría de los trabajadores en la hacienda Purio donde él trabajaba eran, dijo, antiguos esclavos que seguían dirigiéndose a sus antiguos amos como "mi amo", y que nunca se aventuraban a ir mucho más allá de los barracones donde vivían".[14] El momento de la emancipación final parecía haber llegado de un modo pacífico, obviamente acelerado por las iniciativas de los esclavos, pero sin el desorden social violento que habían pronosticado sus enemigos. Sin los esclavos, y sin los peligros que en un tiempo parecían inherentes a su liberación, los argumentos acerca de la necesidad del dominio español como garante de la paz social y la prosperidad económica, perdieron algo de su fuerza local.

Los argumentos tradicionales contra la independencia también resultaban dudosos en otros casos. Las justificaciones raciales del colonialismo —representadas, por ejemplo, por el viejo adagio según el cual Cuba sería española o africana— parecían cada vez más anticuadas, a medida que la proporción de la población no blanca de la Isla disminuía numéricamente. El fin de la trata de esclavos africanos, combinado con un aumento de la inmigración española, significaba que la población blanca crecía con mayor rapidez que la negra. Las consecuencias de estas tendencias ya empezaron a verse en 1862, cuando por primera vez en un censo cubano del siglo XIX, la población blanca era mayor que la no blanca, al alcanzar casi el 54 % del total. Pero, durante 1887, la brecha había seguido agrandándose, y las personas clasificadas como blancas constituían casi el 68 % de la población total de la Isla.[15]

Detrás del incremento de estas cifras poblacionales se encontraba una sustancial inmigración de personas desde la metrópoli. Entre 1882 y 1892, casi 100 000 españoles viajaron a Cuba y permanecieron en ella. El porcentaje se aceleró con la emancipa-

ción de 1886 y siguió aumentando en los años que precedieron inmediatamente el final de la guerra: sólo entre 1889 y 1894 aconteció un ingreso neto de más de 58 000 españoles.[16] Los funcionarios españoles apoyaban la idea de esa inmigración, pues veían a esos nuevos inmigrantes como una falange leal y partidaria de España. Por esa razón promovieron el establecimiento de "colonias" españolas en las zonas del este poco pobladas, donde ayudarían a repoblar un campo devastado con súbditos nuevos y leales. Miembros del Partido Liberal (Autonomista), por motivos propios, también abogaban por la migración de familias españolas, tanto como una fuente de estabilidad y, ante todo, como un impulso al blanqueamiento de la población. El Partido Conservador, formado en lo fundamental por españoles leales e íntimamente vinculados a los intereses de los hacendados, eran tal vez los más leales entre los defensores de la inmigración. Sus miembros cabildeaban en las oficinas coloniales en busca de apoyo a programas para viajes de hombres jóvenes y solteros, que servirían de mano de obra en la industria azucarera de la época posterior a la emancipación. Aunque la mayoría de esos intentos fallaron (el Estado no estaba dispuesto a subsidiar la inmigración), el 90 % de los inmigrantes civiles españoles que permanecieron en Cuba eran varones.[17]

Desde hace tiempo, los historiadores han planteado que una buena parte de ellos eran o se convirtieron en comerciantes mayoristas y minoristas; sin embargo, nuevas investigaciones han mostrado que muchos más acabaron, de hecho, reforzando la población de trabajadores rurales. Una vasta mayoría "vinieron a sustituir a los esclavos en los centrales y a compartir las labores de la zafra con los libertos".[18] Algunos eran incluso migrantes de temporada que viajaban a la Isla cuando empezaba la cosecha y regresaban cuando acababa. A medida que los inmigrantes colmaban las filas de trabajadores rurales, la fuerza de trabajo en las haciendas azucareras fue componiéndose, cada vez más, por hombres que no eran negros ni libertos. Por ejemplo, cuando los funcionarios locales se quejaron de abusos cometidos contra trabajadores del ingenio San Jacinto, cerca de Santo Domingo, en la provincia de Las Villas, éstos fueron identificados como "pobres isleños"; es decir, españoles procedentes de Islas

Canarias.[19] Una fuente estimaba que durante la zafra de 1885, alrededor de 45 000hombres que laboraban en los campos eran trabajadores blancos.[20] Por ende, la imagen de una masa negra de trabajadores esclavizados, que durante tanto tiempo se había utilizado para sustentar el buen juicio del dominio colonial, dio paso a una fuerza de trabajo sin duda libre, la cual, aunque seguía siendo mayormente negra, era ahora más blanca que lo que había parecido posible a mediados de siglo. Si bien dirigimos la atención al blanqueo de la fuerza de trabajo rural, no es para sugerir que la blancura de por sí hacía a los trabajadores más seguros o leales. En realidad, muchos inmigrantes, aunque pudieran simpatizar con el dominio español, no por ello dejaban de apoyar las causas laborales y anarquistas que el Estado desdeñaba.[21] Si señalamos el blanqueo (y la hispanización) de la población como un todo —y de la fuerza de trabajo rural en particular— es para subrayar que una de las viejas y poderosas justificaciones para el dominio colonial había perdido su tradicional punto de referencia: el trabajador negro esclavizado. En 1887 no quedaba ningún trabajador legalmente esclavizado, y una porción menor de los trabajadores eran hombres y mujeres negros.

Que la entrada de trabajadores españoles se multiplicara, precisamente, a medida que finalizaba la esclavitud y que el momento de la emancipación resultara tan prolongado, pudieron haber mitigado los déficits de mano de obra y la dislocación violenta que los defensores del esclavismo y el colonialismo habían pronosticado que acompañarían a la transición del trabajo esclavo al libre. Por consiguiente, los plantadores cubanos no fueron testigos de los levantamientos que acompañaron a la abolición en otros lugares de los imperios francés y británico. De todos modos, el fin de la quizá la más poderosa institución de la colonia no podía transcurrir sin dejar huellas; sin duda, la emancipación provocó cambios en el campo y en la vida de los antiguos esclavos y amos. Algunos esclavos se trasladaron a pueblos y ciudades; otros se dirigieron al este, donde lejos del poder de la industria azucarera podrían cultivar parcelas de tierra independientes. En especial, las mujeres parece que abandonaron sus labores, pues preferían trabajar en sus casas para ellas o sus familias. Aunque estas respuestas a la libertad alejaron a los

trabajadores de quienes fueron sus amos, la mayoría de los antiguos esclavos —sobre todo, en las prósperas regiones azucarera del occidente— parece que permanecieron dentro de la órbita de sus antiguas haciendas. Incluso, muchos de quienes se fueron inmediatamente después de la emancipación, al parecer, retornaron al cabo de uno o dos años. Las nuevas formas del trabajo y pago de éste variaban de manera considerable: desde el trabajo pagado por días o semanas, al trabajo en grupos y, para unos pocos, el que realizaban en pequeñas colonias cañeras de su propiedad o arrendadas.[22].

Mas, incluso cuando los esclavos retornaban o permanecían en sus antiguas plantaciones, no siempre podían conseguir un trabajo. Por otro lado, si lo encontraban, no siempre podían contar con que se lo pagaran, pues el prolongado desenvolvimiento del final de la emancipación tuvo lugar en el contexto de una crisis económica. Además de perder la fuerza de trabajo, los plantadores tenían que competir con productores de caña y remolacha azucarera de otras partes del mundo, a lo que se añadía la pérdida de las fuentes tradicionales de crédito y la imposición de nuevos impuestos coloniales, diseñados para financiar el costo de la guerra recién terminada. Todos estos factores dejaron al sector azucarero inmerso en una de las peores crisis de su historia, crisis que repercutía en otros sectores de la economía. "Los ecos de angustia, estrechez, miseria y ruina, al parecer inevitable —escribió un economista y profesor de la Universidad de La Habana— que en derredor de todos nosotros se escuchaban de boca de los hacendados y comerciantes, al par que de todas las clases sociales".[23] En Sagua, ciudad que gozara de prosperidad en la época del *boom* azucarero, los plantadores ni siquiera contaban con dinero en efectivo para pagar la limpia de sus campos; en el curso de los tres años que siguieron a la emancipación, ocho haciendas fueron abandonadas por dueños en bancarrota; durante 1889, el valor de la propiedad rural se redujo en un 80 % en comparación con el de 1868, y en un 50 % respecto del 1885.[24]

Con poco efectivo o créditos para mantener sus haciendas y pagar a los trabajadores, muchos propietarios dejaron de sembrar, mientras otros decidieron no moler la caña. Quienes fueron capaces de seguir operando, crearon nuevos problemas a las au-

toridades, que se vieron acosadas súbitamente por las quejas de los trabajadores azucareros, que durante meses no habían recibido pago alguno. Uno de los funcionarios de la provincia de Las Villas informó a fines de 1885: "[En] distintas veces han llegado a mí grupos de cincuenta y sesenta braceros manifestándome su triste estado y demostrándome con sus contratos y vales que se les deben 500 y más pesos". Las autoridades creían que la presencia de estos trabajadores que no habían recibido sus pagas, así como las dificultades provocadas por el cierre de ingenios y haciendas, creaban un campo propicio para la criminalidad; es decir, un desesperado grupo de reclutas para bandoleros y conspiradores, dispuestos a desbaratar el orden político y social.[25]

A pesar de que los antiguos esclavos no participaron en el tipo de rebelión violenta que las autoridades coloniales habían pronosticado para defender su dominación, la precaria existencia de aquéllos en los campos ayudó a alimentar las incertidumbres que cuestionaban la capacidad del Estado colonial para preservar el orden y la prosperidad. En el centro de los argumentos contra la independencia no se encontraba únicamente la figura del esclavo peligroso y vengativo, a quien el Estado español sojuzgaba, sino también una concepción de ese Estado como uno que evitaba el disturbio político y social y propiciaba la prosperidad mediante el orden. Según se alargaba el período de paz, el Estado comprendía que era cada vez más difícil satisfacer esa expectativa. En primer lugar, el espectro de la guerra racial y la sublevación de los esclavos, utilizados por las autoridades para reforzar su dominio, habían perdido algo de su esencia en virtud de la desaparición relativamente pacífica de la esclavitud y el blanqueo gradual de la población y la fuerza laboral. El Estado colonial también perdía parte de su autoridad, a medida que la crisis económica y la deslealtad política revelaban su incapacidad para asegurar tanto el orden como la prosperidad.

Estado colonial, reconstrucción y sociedad rural

En la Cuba posterior al Zanjón, la autoridad colonial española atrajo críticas de los dos polos del espectro político legal. Los

sectores liberales, o autonomistas, apoyaron la necesidad de reformas con el fin de asegurar el orden y la prosperidad, a la vez que cuestionaron el compromiso de España con un genuino programa de reformas. Mientras tanto, los elementos conservadores —sobre todo, los españoles en la Isla y en la metrópoli— creían que el orden y la prosperidad estarían mejor protegidos mediante un control estricto y severo de la colonia rebelde.[26] Por tanto, las autoridades españolas tenían que enfrentar el reproche del partido que abogaba por el dominio español; la censura de los autonomistas, quienes consideraban urgente atenuar (aunque no romper) el vínculo formal con la metrópoli, y la condena virulenta de los independentistas que seguían trabajando activamente por la separación de España. Presionados por todos lados, los funcionarios españoles parecían admitir la inevitabilidad de desafíos políticos y, con ellos, de disturbio social. Camilo Polavieja, en el informe final de su gestión como capitán general de la Isla de 1890 a 1892, se lamentaba de que "ni la paz de Zanjón, ni el modo como se puso término a la segunda guerra separatista [bastaron para] que los enemigos de España desistiesen de sus propósitos de emanciparse de la madre patria".[27] Polavieja y otros funcionarios oficiales trabajaron de concierto para derrotar las amenazas a su poder y neutralizar los efectos de la crisis económica de la década del 80 del XIX. Sin embargo, sus designios, en lugar de ayudar a sostener su control sobre la Isla, en realidad manifestaron su debilidad y crearon tensiones que pusieron en peligro su autoridad.

El proyecto de posguerra más importante del Estado colonial fue la reconstrucción de la sociedad rural. Las dos guerras por la independencia entre 1868 y 1880, habían causado una amplia destrucción de la propiedad rural; sobre todo, en las provincias orientales de Santiago de Cuba y Puerto Príncipe. En la primera, por ejemplo, los 100 ingenios que funcionaban antes de la contienda armada quedaron reducidos a 39. En Puerto Príncipe, sólo uno de los 100 ingenios de anteguerra sobrevivió a la lucha de diez años. Los efectos se sintieron mucho más allá de la industria azucarera. Recuérdese que en Puerto Príncipe, de casi 3 000 fincas que existían antes del inicio de la guerra, sólo una seguía explotándose en 1878. De más de 4 000 casas que se construyeron

en fincas y pequeños pueblos antes de 1868, solamente 100 permanecían en pie en 1879.[28] Lo que un historiador recordaba como un "rico y floreciente Puerto Príncipe", un visitante de 1879 lo comparaba con "un cementerio en medio de un desierto".[29]

La destrucción de tanta propiedad rural en el este, combinada con el desplazamiento voluntario o no de los habitantes rurales a ciudades y pueblos cercanos, alteró profundamente el paisaje físico y social del campo oriental. En palabras del historiador cubano Julio Le Riverend, fue como si "la civilización tuviera que reconquistar aquel territorio".[30] Las aldeas de zonas donde se realizaron amplias actividades militares fueron abandonadas, y por doquier las huellas de los combates resultaban más evidentes que las de la vida cotidiana de anteguerra. Los pueblos que sobrevivieron quedaron muy alterados en lo más esencial, con cifras de población que sólo constituían una fracción de lo que habían sido antes de 1868. Por ejemplo, la zona alrededor de Sibanicú, en Puerto Príncipe, fue devastada por completo. Lo que era un pequeño pueblo de 1 000 habitantes antes de la guerra, quedó con menos de la mitad de su población; incluso, bien entrada la reconstrucción a fines de la década del 80 del XIX. Lo mismo ocurrió en Cascorro, a sólo dos leguas de distancia, donde una población de 15 000 quedó reducida a menos de 700.[31] Aun en el este de la provincia de Las Villas, cerca de Sancti Spíritus, una especie de frontera entre la Cuba oriental y la occidental, las autoridades se quejaban de que los pueblos más antiguos ahora parecían poblados provisionales, donde numerosas familias se congregaban sin tener nada sembrado en sus alrededores y sin contar con medios de subsistencia.[32]

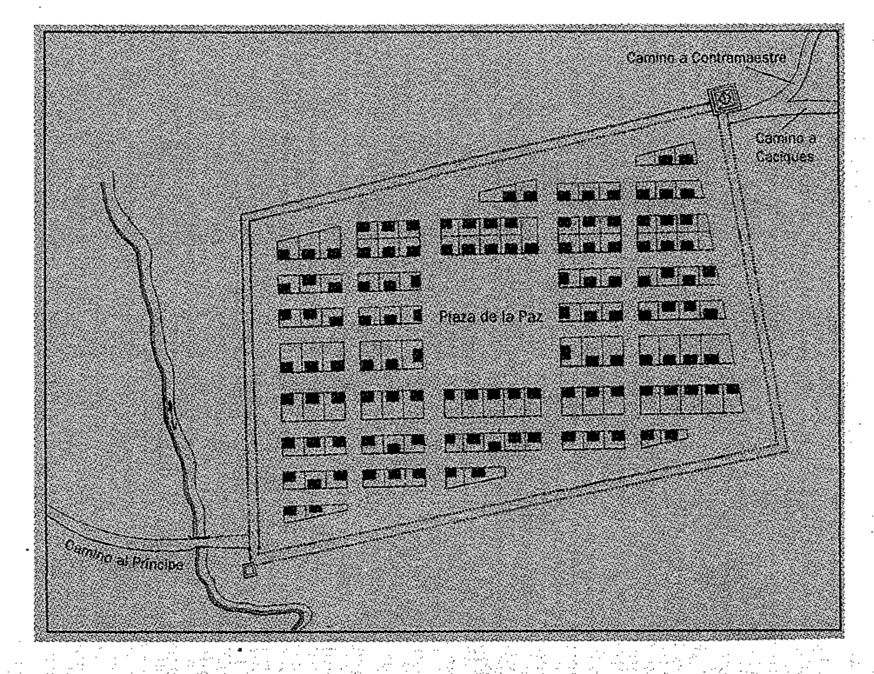
Las autoridades españolas en el este de Cuba, enfrentadas a la desolación del campo, por una parte, y al flujo excesivo de refugiados rurales en las ciudades y grandes pueblos provinciales, por otra, elaboraron planes ambiciosos de reconstrucción. En su proyecto tenía prioridad el establecimiento de nuevos poblados y la repoblación de pequeños asentamientos ya existentes, pero que habían sido abandonados. Para estimular ese establecimiento, los funcionarios coloniales autorizaron la entrega de tierras estatales a los antiguos insurrectos y a las familias civiles que habían estado viviendo en territorios controlados por los mam-

bises o en prefecturas rebeldes. También se entregaron tierras a los miembros de las instituciones militares españolas. Las entregas tenían un carácter provisional, por tres años, al cabo de los cuales, si el individuo podía demostrar que él o ella estaba cultivando la tierra, se le entregaba un título permanente de propiedad a cambio del provisional.[33]

Los nuevos pueblos se ubicaron de un lado a otro de las provincias orientales de Camagüey y Oriente (particularmente, en las zonas entre Santiago de Cuba, Bayamo y Manzanillo y, en menor medida, cerca de Victoria de las Tunas). Al menos uno se estableció tan al oeste como Cienfuegos.[34] No obstante, la mayoría estaba diseminada alrededor de las zonas del este más castigadas por la guerra. En la jurisdicción de Manzanillo, no muy lejos del pueblo de Yara, donde comenzó el movimiento independentista en 1868, varios poblados nuevos se fundaron en Zarzal, Calicito y El Congo.[35] En marzo de 1878, un mes después del convenio de paz del Zanjón, más de 200 personas de la insurrección se presentaron a las autoridades españolas; se unieron a muchas otras que meses antes habían arribado y que, aunque habían sido perdonadas, carecían ahora de viviendas y de cualquier medio de subsistencia. Con la llegada de la temporada de lluvias, y temerosas de "nuevas decepciones o de lamentables calamidades", las autoridades españolas iniciaron de inmediato el establecimiento de nuevos pueblos en la zona. El oficial español con mando allí convocó a los delegados de la junta de asistencia y a todos los cabezas de familia que habían mostrado interés por establecerse en Zarzal, y marchó por las calles del pueblo asignando a cada familia la parcela de su preferencia sobre la cual erigir sus nuevos hogares, así como lotes de tierra destinados a la siembra. Las autoridades locales suministraron bueyes, carretas, madera y otros materiales para la construcción de las casas y el cultivo de la tierra.[36] También en los vecinos pueblos de El Congo y Calicito se entregaron pequeñas parcelas a familias y a hombres solteros. En El Congo, las parcelas, entregadas en su mayoría entre 1879 y 1885, parece haberse distribuido entre los soldados regulares del ejército español, los miembros del Cuerpo de Voluntarios español, y los insurrectos que se rindieron, incluidos algunos antiguos esclavos.[37]

Las autoridades confeccionaron planes detallados para la construcción física de los nuevos poblados. Se levantarían en un cercado cortado por dos diagonales. En la punta de una diagonal dispondrían de una estructura pequeña, parecida a un fuerte, que estaría protegido por un soldado español, y en la otra punta de la diagonal habría una entrada al poblado. Todo el lugar estaría rodeado por una cerca para impedir los movimientos innecesarios hacia o alrededor de ellos, y un claro de 500 metros cuadrados fuera de la cerca sería sembrado con plantas que no crecieran demasiado, como para cubrir a cualquiera que se aproximara al poblado. Más allá del claro se ubicarían las parcelas de tierra individualmente asignadas.[38] Los objetivos eran "aumenta[r] la riqueza agrícola (...) al convertir en propietarios a los proletarios", con el fin de incentivarlos a defender esa tierra, asegurar la reconstrucción de la agricultura e impedir el disturbio social y político.[39] Los residentes habrían de trabajar y prosperar pacíficamente bajo el ojo vigilante de los funcionarios leales del poblado. (Plano 2.1.)

Pese a los ambiciosos diseños, rara vez los pueblos funcionaron como el Estado colonial había imaginado. En primer lugar, aunque se hicieron muchas entregas de tierra, las autoridades se quejaron de que en El Congo, quienes la recibieron, en realidad, sólo cultivaban una pequeña parte de ellas; y en Zarzal se lamentaron de que se hicieran pocas entregas, o que cuando se hacían eran de malas tierras.[40] Los funcionarios españoles a cargo de la organización de los nuevos asentamientos, mostraban a menudo una falta de confianza en el éxito del proyecto; su desconfianza derivaba de la impresión que tenían de los residentes en los poblados. Un jefe militar aconsejó a sus oficiales subalternos emplear "tacto y cautela", para saber siempre en qué estaban pensando los nuevos pobladores. Ordenó que "los vijile con el mayor sigilo".[41] Sus preocupaciones no eran infundadas, pues incluso todo el "tacto y cautela" no podía producir los resultados deseados. Un funcionario en el cercano poblado de Vicana se quejaba de que los residentes se convertían a veces en sujetos recalcitrantes y rechazaban cumplir las nuevas ordenanzas que exigían prestar servicios a las autoridades locales. Se resistían a patrullar, lo cual era obligatorio como consecuencia de la guerra,



Plano 2.1. Plano para la construcción del poblado de La Yaba. (Archivo General Militar [Segovia, España], Sección Ultramar, leg. R-497.)

y cuando al fin obedecían, lo hacían a pura fuerza.[42] Más cerca de la capital provincial de Santiago de Cuba, en pueblos llamados a "inspirar amor al trabajo", los residentes, por el contrario, rehusaban aceptar las nociones oficiales del trabajo: la mayoría de ellos no estaban dispuestos a cultivar las parcelas asignadas y preferían, según las autoridades, vivir "del merodeo" y robando café y cacao de los cafetales vecinos.[43] Durante la Guerra Chiquita, los habitantes de pueblos creados para promover la paz y la reconstrucción, en vez de dedicarse a ello, se incorporaban a las conspiraciones y actividades anticoloniales.

Aun en las nuevas "colonias" de inmigrantes españoles surgían problemas imprevistos. Los residentes, que se mudaban a los poblados tan pronto como quedaban limpios de bosques, sufrían las fiebres de la malaria, mientras los problemas con los pozos recién excavados mantenían a los habitantes acarreando agua en barriles desde lugares distantes.[44] Por ende, los pueblos difícilmente servían, como se había propuesto el Estado, de modelos de pacificación y reconstrucción.

La creación de los nuevos poblados se llevaba a cabo en medio de una reorganización administrativa y territorial, diseñada para poner al alcance del gobierno local las zonas sublocales más remotas. Antes de la Guerra de los Diez Años, la Isla se dividió en dos departamentos (el occidental y el oriental); pero en 1878 se volvió a dividir en seis provincias, las cuales se subdividieron en distritos judiciales y después en ayuntamientos.[45] En el nivel inferior al local se crearon nuevas unidades jurisdiccionales y nuevos cargos administrativos, de modo que el poder del Estado colonial pudiera penetrar en el campo y extender su presencia a aquellas comunidades remotas que habían ayudado a sostener la guerra mambisa durante diez años en el este de Cuba. Por tanto, en las nuevas y viejas aldeas rurales, las autoridades españolas no sólo trataban de estimular la reconstrucción de posguerra, sino también vigilar y controlar el retorno a la paz. No querían un regreso a la normalidad de anteguerra, porque ese orden se veía ahora como un orden disoluto e ineficaz. Tampoco querían que la gente de las zonas rurales, que se habían concentrado en los pueblos durante la guerra, "vuelvan libremente a desparramarse en los campos estando sin régimen (...) [donde]

ni uno ni otro conocerían el término o partido municipal, judicial ó administrativo a que corresponderían después sus viviendas, ignorando por consiguiente también a qué autoridades acudir en sus conflictos, ni quién debe proteger sus vidas y haciendas".[46] En teoría, el Estado español atendería el desarrollo y la integración de las nuevas comunidades. Construiría escuelas primarias para la formación de "ciudadanos útiles leales a la nación". Levantaría iglesias para "formar pueblos educada en el Santo temor de Dios, suavizarán la aspereza de las costumbres que ha de haber forzosamente creado la vida de salvagismo y aislamiento que durante tantos años han llevado".[47] Ordenaron la construcción de nuevas carreteras en el interior de los territorios donde no pasaban las líneas del sistema ferroviario, esbozaron leyes para fijar los límites de los festivales públicos y las peleas de gallos y exigieron que la gente de las zonas rurales realizaran servicios de patrulla de carácter obligatorio.[48] Por tanto, para las autoridades españolas, el objetivo de la reconstrucción del campo devastado por la lucha armada iba más allá de la recuperación económica; también deseaban que su autoridad fuera más tangible y estuviera más presente en las zonas antes aisladas.

En las dos provincias orientales de la Isla, la guerra había alterado drásticamente las comunidades rurales. Sus habitantes abandonaron los campos para refugiarse en la relativa seguridad de las ciudades provinciales y los pueblos más grandes. Con la llegada de la paz, muchos de ellos regresaron al campo. Pero si querían mudarse a sus antiguos pueblos, a menudo encontraban que estaban destruidos: casas, iglesias y tiendas quemadas; carreteras y caminos intransitables debido a las malezas y las trincheras de combate. Si se quedaban en los nuevos poblados les entregarían tierras como insurrectos rendidos o antiguos miembros de las prefecturas civiles independentistas. En otros pueblos nuevos, a los combatientes rendidos se les entregaban tierras al lado de las de los soldados españoles. En cualquier tipo de pueblo al que se mudaran en tiempo de paz, si vivían en las zonas remotas del este de Cuba, lo más seguro es que se hallarían en un lugar definitivamente marcado por la Guerra de los Diez Años: en caseríos deprimidos o en los pequeños pueblos emergentes, cuyas fisonomías estaban determinadas en gran medida,

por la contienda armada. Vivían en poblaciones devastadas o construidas como consecuencia de la guerra, con vecinos que habían compartido la experiencia de vivir en medio de una guerra, desempeñando funciones diferentes. Es más, las dos provincias más orientales eran las menos pobladas de la Isla, donde las remotas comunidades existían con poco contacto con las autoridades coloniales españolas. Ahora, el intento español de extender su autoridad hasta las regiones aisladas, puso a estas comunidades en contacto directo con el colonialismo español y sus representantes. Que este contacto sucediera como consecuencia de la guerra entre España y Cuba, en medio de penalidades e incertidumbres económicas, y como parte del esfuerzo español por formar súbditos coloniales, significaba que la oposición entre las categorías de español y cubano, o entre peninsular y criollo, había adquirido una forma más concreta. En zonas remotas donde, por la ausencia tanto de españoles como del ejercicio de su autoridad, esa oposición nunca había sido formal, encontraba ahora objetivos directos.

Las expresiones de oposición al dominio colonial, si bien limitadas y de índole local, florecían en ese contexto, a medida que los intentos españoles de reorganización y reconstrucción estimulaban el disturbio en vez de prevenirlo. Las reformas administrativas dirigidas a consolidar la presencia del Estado colonial en la Cuba rural, por ejemplo, creaban tantos nuevos cargos para supervisar a una población potencialmente desleal, que los funcionarios de alto nivel no siempre podían encontrar a españoles capaces de desempeñarlos. Los alcaldes de barrio, autoridades creados para que los funcionarios locales estuvieran presentes y pudieran mantener el orden público y aplicar la ley, no siempre obraron como se había previsto, porque "hubo que admitir como tales funcionarios a los hijos del país, que en el fondo son siempre hostiles y ven en los bandidos a compatriotas que no han de causarles daño alguno".[49] En el este de Cuba, las autoridades coloniales creían que los representantes locales del dominio español nacidos en Cuba eran incapaces de promover la lealtad a España o de velar por el orden público. Un funcionario local informó que en la comunidad de Maniabón, cerca de Holguín, en la provincia de Santiago de Cuba, el nuevo alcalde de barrio se in-

volucró en una conspiración antiespañola poco después del fin de la primera guerra.[50] A los pocos años, los alcaldes seguían dando los mismos problemas. En 1885, el gobernador provincial solicitó policías adicionales que ayudaran a mantener el control en las zonas rurales de su jurisdicción. Al hacer la solicitud, advirtió específicamente que su necesidad de fuerzas complementarias de seguridad no podía ser satisfecha por los alcaldes de barrio. Todo lo contrario, pues los alcaldes eran en realidad "una razón más para incrementar la presencia de la policía". Argumentaba que, en el interior de la Isla, estos alcaldes eran "en su generalidad imperitos (...) e íntimamente relacionados con los vecinos de sus distritos, a los cuales no inspiran siquiera el necesario respeto, lejos de realzar el prestigio de la autoridad que representan la deprimen". Siguió explicando por qué estimaba que estos nuevos servidores públicos no resultaban los adecuados para la tarea del gobierno local: "Para persuadirse de que estos funcionarios no pueden ofrecer en su gestión resultados provechosos de ningún género basta fijarse en que muchos son artesanos o tenderos (...) [y] que otros son vegueros sin ilustración ni condiciones de ningún género y que en los poblados o zonas donde residen convenidos a uno de ellos se le confiere el cargo por necesidad y usted debe apreciar el grado de confianza que puede inspirarme". La zona donde había percibido la necesidad particular de incrementar las fuerzas policiacas, era la que circundaba El Cobre y Palma Soriano, de las más activas durante la Guerra Chiquita en 1879.[51]

En estas y otras zonas, las autoridades locales se quejaban de que no podían promover el dominio español. Decían que la propaganda separatista había alcanzado "proporciones alarmantes y peligrosas" ante sus mismos ojos.[52] En Santiago de Cuba, incidentes repetidos perturbaban el orden público. Aunque ninguno de estos disturbios alcanzaba proporciones de por sí sorprendentes, en 1881, el capitán general Ramón Blanco y Erenas explicó al ministro de la Guerra que al juntarse "son suficientes para poner de relieve (...) [que mientras Santiago] no merece que se la considere en estado de guerra, en cambio tampoco puede ser considerada de como en completa paz".[53] Los funcionarios argumentaban que factores como la topografía montañosa, la

presencia de antiguos independentistas procedentes de las dos primeras guerras y la proximidad a los exiliados separatistas que se encontraban en otras islas del Caribe, habían alimentado la deslealtad política y el desorden en Oriente. El gobernador provincial explicaba en 1893: "Los elementos separatistas proclaman y bendicen a esta región como la cuna de la libertad y de la redención del país, y así fanatizan a los campesinos con sus sermones".[54]

Incluso en las regiones occidentales, menos afectadas en forma directa por la guerra, los gobernadores provinciales detectaban una fuerte similar de potencial disturbio: una hostilidad hacia España, compartida por los residentes locales y los nuevos representantes del Estado colonial, muchos criollos ahora. Ésta, según el gobernador provincial de Santa Clara, constituía la principal fuente de los problemas en el pueblo de Santa Isabel de las Lajas, cercano a Cienfuegos. En 1885 escribió al entonces capitán general: "Se ha distinguido siempre aquel municipio [Santa Isabel de las Lajas] por su desafección marcada al Gobierno y a la Nacionalidad Española y por su espíritu levantisco y de intransigencia completa con todo lo que emana de la representación de nuestra patria. Las personas que figuran en los primeros lugares para Alcalde y Teniente de Alcalde son los menos apropiados para desempeñarlos, sujetos a procedimientos criminales, sin representación social, llenos de odio a la causa Española, sin dotes de ninguna clase, más que su aversión decidida al Gobierno de la Nación (...) Allí se refugian los vagos y todos los hombres de mal vivir, allí se persigue a los honrados hijos de España como si fuesen los judíos de Felipe II, allí se insulta a España públicamente y allí mientras no haya un Alcalde honrado y de prestigio (...) habrá siempre madrigueras de bandidos y temores de asonadas e intentonas de toda clase".[55]

El gobernador provincial insinuaba que España tenía necesidad de representantes leales para gobernar a una población desleal. Parece haber acertado, pues en realidad esa zona había sido el sitio donde ocurrieron varios disturbios anticolonialistas en el período que precedió al final de la Guerra del 1895. En las postrimerías de 1893 estalló una pequeña rebelión, cuando hombres armados entraron en las haciendas y colonias azucareras para hacerse de caballos y hombres, mientras gritaban "a la guerra".

En Lajas mataron a un español, propietario de una tienda.[56] Ese mismo año, en la parte oriental de la provincia, donde la Guerra del 1868 contaba con muchos partidarios, se rumoraba que un alcalde había participado en expresiones públicas de apoyo a la independencia cubana. Tanto los habitantes como los funcionarios cantaron versos alusivos a la independencia de Haití, Santo Domingo y México, países cuyos habitantes habían derrotado el poder colonial y vivían ahora como ciudadanos respetados, sin tener que pagar impuestos a una nación extranjera.[57]

Incluso, cuando no ocurrían rebeliones ni desórdenes, las autoridades enfrentaban, al parecer diariamente, expresiones de por lo menos una moderada deslealtad. Un antiguo esclavo recordó cómo en los años anteriores al inicio de la guerra iniciada en 1895, la gente pasaba el tiempo hablando de rebeliones, y muchos insistían en que los días de España en Cuba estaban contados. Dondequiera, decía, podían escucharse los gritos de "Cuba Libre".[58] Estaban a la orden del día los discretos vivas y mueras voceados en las esquinas y durante las fiestas de los pueblos. En Oriente, las fiestas populares de San Juan, 24 de junio de 1881, aunque pacíficas en lo fundamental, fueron interrumpidas por gritos de "¡Viva Cuba Libre!", que dieron varios hombres de color, para después desaparecer en medio de una multitud de participantes.[59]

Cuando, en ocasiones, esos estallidos resultaban frecuentes, podía verse cómo los enfrentamientos populares y cotidianos al dominio español también incluían expresiones de poder y género. Por ejemplo, los participantes reafirmaban el derecho de Cuba a gobernarse ella misma, refiriendo que la "masculinidad cubana" era mayor que la de España, una nación, como algunos decían con desprecio, gobernada por una mujer.[60] Ejemplo de ello fue el festival casi religioso celebrado en Zapote en marzo de 1894, donde una "multitud de campesinos" (unos 300) se reunieron para presenciar peleas de gallos y otras actividades en honor del santo patrón del pueblo. Los participantes bebieron, propusieron brindis y pronunciaron discursos, los cuales, según el funcionario de la Guardia Civil que describió el evento, "habrían herido el sentimiento de cualquier español leal". En uno de esos discursos, un guajiro llamado Cheché hizo referencias sutilmen-

te veladas a la disposición del pueblo de pelear contra España. Cheché habló de preparar caballos, recolectar dinero y comprar armas. Como no podía precisar que el objetivo de estos preparativos era una batalla contra España, dijo entonces a sus vecinos que debían prepararse "en caso de que quisieran ir a cazar patos que vienen de afuera". Aquí patos no era más que una referencia a los españoles, pues el término estaba ligado a otros como pata, y por extensión a patones y patuses, epítetos despectivos que se aplicaban a los peninsulares.[61] Es más, pato era un modo común y burlón de referirse a los homosexuales o afeminados, por lo que cuando el orador campesino dijo esa palabra provocó los aplausos y risas del público. A medida que el orador ganaba confianza, fue prescindiendo de manera gradual del código ya descifrable, por lo cual al final del discurso apenas quedaban dudas en la mente del público de que Cheché abogaba por una rebelión contra España. No se detuvo y se refirió a España como "la vieja" que carecía de "virilidad viril (...) natural en nuestra naturaleza, por lo que debemos mandarla (...) a otra parte".[62] La oración podría haber tenido más sentido, si el orador hubiese bebido menos. Pero el público parece haber captado sin problemas el significado, por lo que de nuevo aplaudió estruendosamente, y en esta ocasión "incluso con gritos de ¡Viva Cuba!" Las referencias del orador —solapadas, aunque vehementes— a patos y viejas, junto a la mención de la "virilidad viril" suya y del público, constituían una expresión del sentimiento antiespañol. Pero además era un modo de expresarse particularmente provocativo, pues también insinuaban una acusación de debilidad afeminada y, por tanto, conllevaba un ataque al dominio de España muy cargado de simbología de género.

El contenido del discurso de Cheché y la respuesta del público no tardaron en informarse a las autoridades locales, dos de las cuales llegaron de inmediato a la escena de los hechos y pidieron les mostraran el permiso para las peleas de gallos. Algunos cubanos dieron un paso al frente. Uno de ellos respondió: "Nosotros, los cubanos, somos libres [y podemos] reunirnos en cualquier lugar que queramos hacerlo". Cuando el guardia civil español amenazó con detener a todos los reunidos, un tal "J. S." se le enfrentó gritando: "¡A ellos con los machetes! Amigos, ¿cómo es

posible que un par de patones puedan hacer prisioneros a trescientos cubanos? ¡A ellos!" Aunque el incidente no terminó con golpes o heridas, el supuesto tal J. S. llegó a alcanzar una alta graduación en la contienda bélica de 1895, al frente de un grupo formado en su mayor parte por aquellos que se reunieron en Zapote en 1894 para el festival del santo patrón.[63]

El 3 de agosto de 1893, el periódico habanero *La Discusión* publicó un trabajo humorístico que se burlaba de la vulnerabilidad de España ante estas manifestaciones, de poca monta pero incesantes, del sentimiento anticolonialista.[64] En el artículo, dos oficiales españoles de La Habana comentaban las noticias de tres individuos en Matanzas que daban gritos de "¡Viva la independencia!"; en Pinar del Río, un guajiro y un guarda-almacén sostenían una disputa durante la cual el guajiro gritaba "muerte a España"; en Santa Clara, dos morenos y un pardo anunciaban en una carretera pública que los españoles pronto serían echados a puntapiés de Cuba, y en el "más grave" incidente reportado, cuatro montunos y un muchacho cantaron a medianoche la canción "El negro bueno", canción ya conocida como una especie de símbolo de la insurgencia anticolonialista.[65] Aunque el artículo atribuía burlonamente estos incidentes a una excesiva ingestión de alcohol, captaba el sentido de lo que un gobernador provincial calificaba como estado de constante y perpetua intranquilidad.[66]

Al informar de tales incidentes, los funcionarios españoles de las localidades prestaban atención a lo que estimaban como la aparición entre la gente que gobernaban de un sentimiento compartido de nacionalidad cubana, o, por lo menos, un sentimiento de identidad compartida y opuesta a la autoridad española. Catalogaban vagamente la amenaza como un "sentimiento", pero lo describían de manera concreta, cuando hacían recuentos de los choques y las confrontaciones que tenían por escenario los pequeños pueblos rurales. Lo sorprendente en las quejas de los funcionarios y en el comportamiento que describen, radica en que los planteamientos contra España y sus intermediarios coloniales poco tenían que ver, por su forma y estilo, con los escritos nacionalistas que salían de Cuba o de los centros del exilio, donde se realizaban tareas políticas e intelectuales. A diferencia

de los escritos patrióticos que circulaban en La Habana y otros lugares durante este período, los discursos, las explosiones de sentimientos y las actitudes antes descritas, no hacen referencia explícita al heroísmo y la valentía en la guerra o a los ideales abstractos de libertad o igualdad.[67] Por el contrario, son ataques explícitos y en ocasiones personales a las autoridades españolas, expresados, una que otra vez, en términos vulgares y, a menudo, despectivos.

Estas expresiones del sentimiento antiespañol resultaban una espina en el costado de los funcionarios hispanos, indicadores implacables y quizá molestos del disturbio potencial y de la erosión del respeto a la autoridad metropolitana. Pero no podían por sí mismos derribar el Estado colonial. Mas, estas deslealtades menores alentaban de manera directa las grandes manifestaciones de subversión. Por ejemplo, el bandolerismo rural —una de las mayores amenazas a la autoridad española en este período— florecía precisamente en este contexto y, al decir de las autoridades, con el apoyo de las comunidades y sus funcionarios locales criollos.[68] Las autoridades subrayaban que los bandoleros operaban en zonas donde eran bien conocidos, tenían parientes y podían escapar con facilidad y "burlar a los perseguidores".[69] Sin embargo, el problema no sólo tenía que ver con los lazos familiares entre los bandoleros y los miembros de las comunidades donde operaban. Por el contrario, las autoridades sostenían que había surgido una especie de identificación entre los bandoleros y los cubanos del campo.[70] En 1892, el general Polavieja explicaba al ministro español de Ultramar que aquellos nunca dirigían sus acciones contra los criollos, y que tenían especial cuidado en mantener buenas relaciones con los guajiros, pues en cado uno veían un espía o cómplice.[71]

La identificación con los bandoleros parece haber llegado más allá del campesinado, pues, según las autoridades españolas, los representantes locales del dominio hispano prestaban asistencia a los grupos de bandoleros. El general Polavieja aseguraba ser capaz de derrotar el bandolerismo en zonas donde los alcaldes de barrio eran leales a la autoridad española; donde no lo eran, el bandolerismo y otros vicios florecían en medio de la impunidad. El problema consistía, según él, en que los alcaldes —muchos de

ellos cubanos— no veían a los bandoleros como criminales, sino como "compatriotas".[72] Que los bandoleros, las autoridades locales y los habitantes, decía el general español, se identificaran ellos mismos como miembros de un grupo profundamente hostil a la autoridad de la metrópoli, no auguraba nada bueno para España, no sólo en lo concerniente a la erradicación del bandolerismo, sino también al mantenimiento de su posesión de la Isla.

Además, esa manifestación no constituía únicamente un problema político, sino también social y económico. Minaba la estabilidad en un campo ya azotado por la crisis y en parte hacía depender las labores de sembrar y cosechar de la voluntad de los bandoleros. Para sostener una batalla efectiva contra el bandolerismo, las autoridades se veían continuamente conminadas "a hacer gastos extraordinarios", para dar protección a los propietarios de ingenios con soldados armados.[73] No sólo lo hacían para defender la propiedad y la producción rurales, sino también para conservar el apoyo de los hacendados occidentales, quienes durante las dos primeras guerras se habían mantenido leales a España. Las autoridades de la Isla tenían que dar amparo para no provocar la deslealtad y la indignación de los hacendados. Pero el desembolso de dinero español no implicaba necesariamente que las autoridades consiguieran la fidelidad incondicional de los hacendados, ni tampoco su colaboración para combatir el bandolerismo.

En primer lugar, la protección no bastaba para disuadir a los bandoleros. Aunque los hacendados solían pedir y aceptar la asistencia española, también pagaban religiosamente el tributo que les exigían los bandoleros.[74] El hecho de que los propietarios seguían viéndose obligados a pagar a los bandoleros, a pesar del apoyo español, implicaba que entonces podían cuestionar la capacidad de España para gobernar y mantener el orden. Y esto los podía llevar a concluir que el mantenimiento del ineficaz dominio español no servía a sus intereses. En segundo lugar, el dinero que se les sacaba a los terratenientes permitía seguir fortaleciendo los grupos de bandoleros; a su vez, que hubiera más salteadores y estuvieran mejor armados exigía más recursos españoles para combatirlos. Por último, las autoridades sospechaban que una parte del tributo en dinero pagado a

los bandoleros acababa en manos de los conspiradores que se hallaban fuera de la Isla.[75]

El Estado colonial, como había aumentado los impuestos a los hacendados, tenía que intervenir ocasionalmente para repeler los ataques de los que estuvieran descontentos. Por ejemplo, en un intento por reducir el costo de la mano de obra en las plantaciones, las autoridades habaneras contrataron fuerza de trabajo de reclusos para las haciendas. El plan se proponía aliviar los efectos de la crisis económica que sufrían los plantadores de caña y, al mismo tiempo, suministrar al Estado fondos adicionales que podrían utilizarse en su campaña contra el bandolerismo. En teoría, el plan funcionaba así. En la práctica, tan mal se trataba a los prisioneros que un buen número de ellos acabaron en los hospitales, donde el costo de los tratamientos médicos era responsabilidad del Estado colonial. Otros escaparon de las fincas donde estaban contratados y "la mayor parte de los fugados robustecen las partidas de bandoleros que merodean por la Isla". A fin de cuentas, las ganancias que arrojó la práctica de contratar fuerza de trabajo de reclusos, fueron, como concluyera el capitán general en 1887, "algún tanto ilusorias".[76]

Conclusión

El fracaso del plan reproducía en un microcosmos la crisis que sufría el Estado español en Cuba; es decir, un Estado ya incapaz de cumplir su misión colonial o de mantener la ilusión de estabilidad. Sus estrategias para fortalecer el dominio de la colonia resultaban a menudo contraproducentes, y en ese proceso ganaban fuerza los elementos anticolonialistas. La autoridades trataron de sofocar la sublevación deportando a los viejos jefes insurrectos y a los activistas políticos subversivos, pero entonces el exilio les daba lo que no podían tener en la Isla: la libertad para organizar, reclutar y recaudar fondos destinados a las actividades antiespañolas. Del mismo modo que los funcionarios trataban de incapacitar a los dirigentes de la oposición, asimismo aspiraban a controlar y ganar para su causa a una población potencialmente rebelde. Pero sin los fondos ni la voluntad para hacer realidad sus designios de una manera efectiva, sus inten-

tos sólo sirvieron para nutrir la deslealtad y la hostilidad hacia los nuevos funcionarios, las nuevas leyes y los nuevos impuestos. Durante más de medio siglo, los defensores del colonialismo español en Cuba habían considerado al Estado colonial como el principal garante de la estabilidad económica y social ante la potencial insurgencia de los negros y los esclavos. En la década del 80 y a principios de la del 90, la crisis económica y el disturbio rural en sus variadas expresiones, pusieron de manifiesto que no podía contarse con una garantía efectiva de estabilidad. Una vez que la esclavitud legal quedó abolida pacíficamente, y la fuerza de trabajo y la población se hicieron menos negras que a mediados de siglo, desapareció una de las justificaciones más importantes para la presencia de España en Cuba. España había ganado las dos guerras, pero todo parecía indicar que no podría ganar la paz.

Notas

1 "Calixto García. Entrevista con el dirigente cubano en Madrid", *New York Herald*, 1º de noviembre de 1880.

2 Ojeda: "Antecedentes de la guerra de 1895", 158.

3 Son numerosos los informes españoles sobre las actividades del exilio. Véanse los informes de los cónsules españoles en Estados Unidos y el Caribe en MAE, SUC, leg. 2894; la correspondencia entre los cónsules, el capitán general y el ministro de Ultramar en SHM, SU, CMC, rollo 28, leg. 102, y los expedientes "Planes del enemigo" y "Antecedentes sobre los nuevos proyectos (...) Antonio Maceo", en AGM, SU, Cuba, leg. R-567.

4 Polavieja y Castillo: *Conspiración de la raza de color*, 11, en AGI, SDP, leg. 8. Sin embargo, Polavieja también explicó al capitán general que ellos no podían llevar demasiado lejos la acusación de guerra racial por temor a que alienara a los electores negros y mulatos que por ese entonces eran fieles a la causa española. Véase especialmente pp. 11-12.

5 "Memoria del Gral. Polavieja", 13-15, en FAM, leg. 488, carpeta 1. Las actividades diarias de Maceo durante la visita están registradas en "Llegada del ex-cabecilla insurgente Antonio Maceo" y "Relación de las personas que conspiran contra el Gobierno", ambos en AGI, SDP, Polavieja, leg. 20. Véase también Granda: *La paz del manganeso*, 41-70.

6 "Javier de Obregón al Gobernador Polavieja", octubre 15, 1890, en AGI, SDP, Polavieja, leg. 20.

[7] "Paco a Doroteo Lecumberri", Holguín, octubre 19, 1891, en AGI, SDP, Polavieja, leg. 20. Paco se identificó más tarde como miembro de la prominente familia holguinera Grave de Peralta, algunos de sus miembros fueron personalidades destacadas en la Guerra de los Diez Años y la Guerra Chiquita.

[8] El Estado colonial no perdió su atracción en la metrópoli, donde contaba con gran apoyo electoral. Christopher Schmidt-Nowara, comunicación personal, abril de 1997. También consultarse Piqueras Arenas: "Grupos económicos y política colonial". Sobre el apoyo que perdió el Estado español entre los grupos que antes no eran separatistas dentro de Cuba, véase especialmente Casanovas Codina: "El movimiento obrero y la política colonial española", 364-366.

[9] R. Scott: *Slave Emancipation in Cuba*, 130, 181-184, y Bergad: *Cuban Rural Society*, 276, 284. Sobre los salarios en este período, ver también los informes de los cónsules de Estados Unidos William P. Pierce y John C. Landreau, radicados en Cienfuegos y Santiago, respectivamente, en U.S. Congress, House, *Labor in America, Asia, Africa, Australasia, and Polynesia*, 251.

[10] El texto de la ley 1880 y el de la 1886 que pusieron fin al patronato se hallan en España, Ministerio de Ultramar: *España y Cuba*, 20-32. Sobre el sistema de patronato, véase R. Scott: *Slave Emancipation in Cuba*, caps. 6-7.

[11] R. Scott: *Slave Emancipation in Cuba*, 140.

[12] Bacardí y Moreau: *Crónicas de Santiago de Cuba*, 7:177. También "Manifestación de gratitud de la población de la raza de color de Placetas por la abolición del Patronato", en AHN, SU, leg. 4926, 3ra. parte, exp. 140.

[13] Crawford: "Emancipation in Cuba", 5; Ballou: *Due South*, 281, y Corwin: *Spain and the Abolition of Slavery in Cuba*, 293, 306.

[14] Barnet: *Biografía de un cimarrón*, 62, 64.

[15] Cuba. Centro de Estadística: *Noticias estadísticas de la isla de Cuba en 1862*, "Censo de población", y España. Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico: *Censo de población*. El censo de 1887 no especifica si los chinos se clasificaban como blancos. Para un examen sobre las limitaciones de este censo, véase Kiple: *Blacks in Colonial Cuba*, 73-74.

[16] Maluquer de Motes: *Nación e inmigración*, 48-52, Scott: *Slave Emancipation in Cuba*, 217.

[17] Bergad: *Cuban Rural Society*, 287.

[18] Maluquer de Motes: *Nación e inmigración*, 51. Para descripciones de primera mano de este proceso, consúltense Atkins: *Sixty Years in Cuba*, 39, y Barnet: *Biografía de un cimarrón*, 68.

[19] "Gobernador de Santa Clara al Gobernador General", septiembre 11, 1885, en "Consulta del Gobernador General sobre la conveniencia de

acordar alguna medida extraordinaria que corrija el terrible y desconsolador estado que ofrece la criminalidad en la isla de Cuba", en AHN, SU, leg. 4939, exp. 325.

[20] Clark: "Labor conditions in Cuba", 670.

[21] Casanovas Codina: *Bread, or Bullets!*

[22] U.S. Congress, House: *Labor in America, Asia, Africa, Australasia, and Polynesia*, 251-254; R. Scott: *Slave Emancipation in Cuba*, 227-254; R. Scott: "Defining the Boundaries of Freedom in the World of Cane", 81-87, y Bergad: *Cuban Rural Society*, 283-285.

[23] Serrano y Diez: *Situación económica de la isla de Cuba*, 6. Para un estudio general de la crisis económica, véase Le Riverend: *Historia económica de Cuba*, 453-458.

[24] Extracto traducido de *El País* (La Habana), 8 de julio de 1886, adjunto al informe de Ramon O. Williams, cónsul general de Estados Unidos en La Habana, en *Reports from the Consuls of the United States*, vol. 20, septiembre-diciembre de 1886, U.S. Congress, House, 49th Cong., 2d. sess., *House Miscellaneous Documents*, no. 56, p. 167, y Report by consular agent Mullen, en *Reports from the Consuls of the United States*, vol. 31, septiembre-diciembre de 1889, en U.S. Congress, House, 51st. Cong., 1st sess., *House Miscellaneous Documents*, no. 232, p. 720.

[25] "Carta del Gobernador Civil de Santa Clara", septiembre 4, 1885, en "Consulta del Gobernador General", en AHN, SU, leg. 4939, exp. 325. Véanse también las cartas del 8 de septiembre, 11 de septiembre y 13 de noviembre de 1885, en el mismo expediente.

[26] L. Pérez: *Cuba between Empires*, 5-11; también Barcia: "Los primeros partidos políticos"; García Mora: "Tras la revolución, las reformas", y Roldán de Montaud: "La Unión Constitucional y la política colonial".

[27] "Memoria del Gral. Polavieja", diciembre 22, 1892, p. 5, en FAM, leg. 488, carpeta 1.

[28] Torres Lasqueti: *Colección de datos*, pt. 1, p. 366; LeRiverend: "Raíces del 24 de febrero", 3, y Le Riverend: *Historia económica de Cuba*, 453-548.

[29] Dr. Federico Córdova, citado en Torres Lasqueti: *Colección de datos*, pt. 1, p. 370.

[30] Le Riverend: *Historia económica de Cuba*, 455. Véanse también las descripciones de un viaje a través de antiguas zonas de guerra hechas por un español en algún momento entre 1887 y 1890. Gallego y García: *Cuba por fuera*, 100-106.

[31] Perpiñá y Pibernat: *El Camagüey*, 57, 230, 234-235.

[32] Véase "Política. Disponiendo se estudien los medios de restablecer la tranquilidad moral en los habitantes de los poblados. Dando detalles de la visita girada al partido del Jíbaro", en AGM, SU, Cuba, leg. R-497.

[33] "Reglamento para cuplimentar el Real Decreto de 27 de octubre último [1877] sobre inventario, clasificación y mensura de terrenos (...)", en *Boletín Oficial del Ministerio de Ultramar*, 1878, 63-69. El real decreto se publicó en la *Gaceta de la Habana* el 17 y 18 de noviembre de 1877. Véase también Corbitt: "Mercedes and Realengos", 280-281; Hoernel: "Sugar and Social Change in Oriente", 225.

[34] La documentación acerca de los poblados de posguerra está muy dispersa. Sobre el establecimiento de éstos en Camagüey, véanse especialmente Polavieja y Castillo: *Trabajos de organización militar y civil*, 273-584, y "Expediente (...) concediendo zonas de terreno alrededor de los pueblos rurales", en ANC, GG, leg. 33, exp. 1338. Sobre los poblados de Oriente, ver especialmente los expedientes titulados "Política. Poblados", en AGM, SU, Cuba, leg. R-497. La información en torno a Cienfuegos aparece en el mismo legajo, en (ilegible) "al Comandante General de Santa Clara", febrero 5, 1877.

[35] Véanse, por ejemplo, "Relación de los expedientes de reparto de terreno público en el Zarzal, Jibacoa y Congo", junio 25, 1879, en ANC, GG, leg. 55, exp. 2464, y "Expediente promovido por el Gobernador Civil de Cuba remitiendo 83 expedientes y de otros tantos lotes repartidos por la junta de Manzanillo para su aprobación", febrero de 1879, en ANC, GG, leg. 32, exp. 1309.

[36] "General Pedro de Cea al Capitán General", abril 6, 1878, en AGM, SU, Cuba, leg. R-497.

[37] Para lotes de tierra en El Congo entregados a soldados españoles, véanse, por ejemplo, los siguientes expedientes en ANC, GG: 34/1387; 40/1670; a voluntarios: 39/1634; 39/1636; 46/1959; 48/2137-2138; a insurgentes capitulados: 39/1637; 40/1682; 46/1957-1958; 46/1962-1963; 48/2133; a antiguos esclavos insurgentes: 46/1961. Muchos de los expedientes de individuos que recibieron tierras no distinguen si estaban comprendidos en el real decreto en virtud de haber servido al ejército colonial o a los independentistas. Consúltese por ejemplo: 46/1969; 52/2339, y 81/3554.

[38] Para una descripción de los pueblos, véase "Polavieja a Carreras", mayo 7, 1880, en [Polavieja y Castillo]: *Campaña de Cuba*, 359.

[39] "Carta a los Comandantes Militares de Manzanillo, Bayamo y Jiguaní", octubre 12, 1877, en AGM, SU, Cuba, leg. R-497.

[40] "Documento proponiendo se dote a las Juntas de Socorro de la provincia de Santiago de Cuba un ejemplar del R.D. de 27 de Octubre de 1877 y reglamento dictado para su ejecución", en ANC, GG, leg. 39, exp. 1629.

[41] [Dabán y Ramírez]: *Situación política del Departamento Oriental*, 15.

[42] "Nota sobre la visita jirada a la jurisdicción de Manzanillo antes del movimiento insurreccional de agosto de 1879", en AGI, SDP, leg. 7.

[43] "Polavieja al Coronel Leandro Carreras", mayo 7, 1880, en [Polavieja y Castillo]: *Campaña de Cuba*, 359; "Polavieja al Capitán General", julio 7, 1880, en Polavieja y Castillo: *Conspiración de la raza de color*, 93, y [Polavieja y Castillo]: *Campaña de Cuba*, 350, 572.

[44] Balboa: "Protesta rural e independencia nacional", cap. 4, pt. 1.

[45] U.S. War Department: *Census of Cuba, 1899*, 700; el término ayuntamiento se traduce en el original como *parish*. Véase también Imbernó: *Guía geográfica y administrativa*, 14-15.

[46] "General Cassola", marzo 28, 1878, en Polavieja y Castillo: *Trabajos de organización militar y civil*, 277, y "Expediente promovido por el Sr. Comandante Gral. del Departamento del Centro concediendo zonas de terreno alrededor de los pueblos rurales", en ANC, GG, leg. 33, exp. 1338.

[47] "General Cassola", diciembre 5, 1877, en Polavieja y Castillo: *Trabajos de organización militar y civil*, 286-287.

[48] López y Mayol: *Guía práctica de ayuntamientos*, 85-86, 267-268, y "Nota sobre la visita", en AGI, SDP, Polavieja, leg. 7.

[49] "Polavieja al Ministro de Ultramar", diciembre 10, 1890, en AHN, SU, leg. 4939, exp. 324. Los alcaldes de barrio extendieron teóricamente la autoridad del alcalde de nivel municipal o de ayuntamiento a las regiones remotas del término municipal. Sobre las funciones de estas autoridades locales, véase García Morales: *Guía de gobierno y policía*, 19, 39-48.

[50] [Dabán y Ramírez]: *Situación política del Departamento Oriental*, 64.

[51] "Gobernador Civil de la Provincia de Santiago al Capitán General", agosto 28, 1886, en AHN, SU, leg. 4942, 3ra. parte. Convenido era el término empleado para referirse a todos los individuos que abarcaba el convenio del Zanjón. Aquí se incluían los antiguos esclavos que obtuvieron la libertad por ese convenio, y a los antiguos insurgentes que perdonaba el convenio. Véase "Convenio del Zanjón", en Pichardo: *Documentos para la historia de Cuba*, 1:403-404.

[52] "Gobernador Civil de la provincia de Santiago al Capitán General", agosto 28,1886, en AHN, SU, leg. 4942, 3ra. parte.

[53] "Gobernador General al Ministro de Guerra", mayo 13, 1881, en AGM, SU, Cuba, leg. R-567. Entre los incidentes que el gobernador estimaba demostrativos de la fragilidad de la paz en Oriente se encontraba la supuesta conspiración de gente de color descubierta en diciembre de 1880, y la conmoción que causaron tres negros desnudos que salieron a las calles de El Cobre armados de machetes. Véase "Antecedentes sobre los sucesos ocurridos en El Cobre", mayo de 1881, en AGM, SU, Cuba, leg. R-567. También Polavieja y Castillo: *Conspiración de la raza de color*.

54 "Agustín Bravo a Antonio Maura", mayo 5, 1893, en FAM, leg. 358a, carpeta 13.

55 "Federico Esponda, Gobernador Civil de Santa Clara, al Gobernador General", 1885 (sin fecha), en AHN, SU, leg. 4217.

56 "Un alboroto", *El Globo* (Santa Clara), 6 de noviembre de 1893, recorte en FAM, leg. 335b, carpeta 10. Véase también R. Scott: "Race, Labor, and Citizenship".

57 Véase la hoja que empieza con "Los siguientes versitos" entre los informes de un espía anónimo a "Mi respetable capitán", en el expediente titulado "Confidencias", en AGM, SU, Cuba, leg. K-1 (2a.-3a).

58 Barnet: *Biografía de un cimarrón*, 107.

59 "Camilo Polavieja al Capitán General", junio 27, 1881, en "Política. Fiestas de San Juan", en AGM, SU, Cuba, leg. R-567.

60 Véase, por ejemplo, Morote: *En la manigua*, 28-29, y "Reservado. Pardo Francisco Vique y Maestre", en AHN, SU, leg. 5900, exp. 20.

61 Corominas: *Diccionario crítico etimológico*, 3:692-694.

62 "La vieja" era otra manera común y despectiva de referirse a España, como en "¡Muera la vieja!"

63 Los acontecimientos se describen en Cabrera: *Episodios de la Guardia Civil*, 57-60. Desafortunadamente, Cabrera no indica dónde está Zapote.

64 "Cuba en peligro, o mucha severidad", *La Discusión* (La Habana), 3 de agosto de 1893, 2.

65 La canción se identificó como tal en Bacardí y Moreau: *Crónicas de Santiago de Cuba*, 4:50-51, y Guerra y Sánchez: *Historia de la nación cubana*, 7:434-435. Véase también *Guarachas cubanas*, 64-65. Montuno, un sinónimo de guajiro, hacía referencia a un campesino, o más literalmente, a una persona del monte o las lomas.

66 "Agustín Bravo, Provincial Governor of Santiago, a Antonio Maura", mayo 5, 1893, en FAM, leg. 358a, carpeta 13.

67 Véase, por ejemplo, Sánchez: *Héroes humildes y poetas de la guerra*. Estos escritos se analizan en el capítulo 5.

68 Sobre el bandolerismo en Cuba, consúltense especialmente Paz Sánchez, Fernández Fernández y López Novegil: *El bandolerismo en Cuba*; L. Pérez: *Lords of the Mountain*; Schwartz: *Lawless Liberators*, y Poumier-Taquechel, *Contribution a l'etude du banditisme social*.

69 "Polavieja al Ministro de Ultramar", diciembre 10, 1890, en "Telegramas y comunicaciones sobre la represión del bandolerismo durante el mando del General Polavieja", en AHN, SU, leg. 4939, exp. 324.

70 "Polavieja al Ministro de Ultramar", diciembre 10, 1890, en AHN, SU, leg. 4939, exp. 324.

71 "Memoria del General Polavieja", diciembre 22, 1892, pp. 8-9, en FAM, leg. 488, carpeta 1.

72 Véase nota 70.

73 "Polavieja, telegrama", septiembre 15, 1890, en AHN, SU, leg. 4939, exp. 324.

74 "Polavieja al Ministro de Ultramar", diciembre 10, 1890, en AHN, SU, leg. 4939, exp. 324. También "Teniente de Ranchuelo al Comandante General de Las Villas", febrero 17, 1882, en AGM, SU, Cuba, leg. R-568. Para materiales acerca del bandolerismo usados previamente, véase AGM, SU, Cuba, legs. R-561 al R-578.

75 "Polavieja al Ministro de Ultramar", diciembre 10, 1890, en AHN, SU, leg. 4939, exp. 324. Sobre los vínculos entre los bandoleros rurales y los separatistas cubanos, véase Schwartz: *Lawless Liberators*, cap. 7.

76 "Capitán General Emilio Callejas al Ministro de Ultramar", junio 13, 1887, en AHN, SU, leg.1927, 2da. parte.

Capítulo 5

Escribiendo la nación

Raza, guerra y redención en la prosa de la independencia. 1886-1895

A principio de la década del 90 del siglo XIX, las autoridades coloniales y los activistas anticolonialistas habían llegado a un impasse. Los luchadores por la independencia, por su parte, organizaban conspiraciones, clubes revolucionarios y expediciones a la Isla. No obstante, ninguno de estos esfuerzos logró engendrar la ansiada revolución. Mientras tanto, el Estado colonial se esforzaba por reforzar su dominación de la Isla con nuevas medidas, reformas e instituciones. Mas, sus planes mejor concebidos, al parecer, no hacían más que exacerbar las amenazas endémicas de disturbios. Las autoridades coloniales y sus aliados respondieron a esas persistentes amenazas con un arma conocida: caracterizaron el empeño separatista como preludio de la guerra racial, y la república anhelada, como la sucesora de Haití. Y pese a que el fin de la esclavitud y el aumento de la población blanca estaban erosionando las bases tradicionales de esos supuestos, éstos seguían formulándose y —como vimos en el capítulo anterior— se seguían escuchando.

Cualesquiera que fueran las crecientes debilidades del Estado español, el esfuerzo nacionalista por derrotar el poder metropolitano también resultaba, por necesidad, una lucha ideológica y cultural. Durante casi un siglo, las analogías con Haití y las alusiones a la revuelta negra y el caos social, servían para disminuir el atractivo de una soberanía política conseguida mediante una amplia movilización. Encender una rebelión exitosa requería entonces que los activistas de la independencia dieran respuesta a esas aseveraciones raciales; tenían que rebatir los fuertes y du-

raderos argumentos contra la independencia. Esta misión condujo a los intelectuales patriotas —negros, mulatos y blancos— a repensar la relación entre raza y nación. En este proceso consiguieron refutar lo que había sido el supuesto central del conocimiento histórico cubano; a saber, que el perfil demográfico de la Isla y su historia de esclavitud racial la incapacitaban para la nacionalidad. En explícita oposición a esta conjetura, los intelectuales patriotas elaboraron una concepción opuesta, la de una nacionalidad sin razas, que acabaría por dominar el pensamiento cubano sobre la raza y la nacionalidad, incluso, hasta nuestros días. Pero los supuestos de una nación cubana nacida de la trascendencia de lo racial —no menos que los supuestos coloniales acerca de la imposibilidad racial de la nacionalidad—, eran productos históricos surgidos en un momento histórico particular. De ahí que si la Revolución haitiana de 1791 ayudó a crear un modo particular de entender la raza y la nación, el movimiento anticolonialista (sobre todo, en los 90 del XIX) originaría una concepción diferente de la raza y la nación para el siglo XX. Este proceso de renovación del concepto de raza y nacionalidad en la década del 90 es el tema que abordaremos.

Escribiendo y preparando la guerra

La campaña ideológica destinada a impugnar las representaciones españolas del movimiento nacionalista, se llevó a cabo, en lo fundamental, escribiendo: en publicaciones periódicas, panfletos y literatura testimonial que aparecían tanto en la Isla como en el exilio. Las concesiones y reformas políticas españolas después del tratado del Zanjón produjeron cierta liberalización de la vida política y cultural de Cuba. En 1886, el Estado colonial abolió los tribunales de prensa, que condenaban a prisión y expatriación a los autores que publicaban materiales contrarios a lo que los funcionarios españoles denominaban "la integridad nacional". Es más, en un juicio a instancias del periodista mulato Juan Gualberto Gómez y el abogado abolicionista español Rafael María de Labra, el Tribunal Supremo de España en Madrid estableció que la propaganda separatista era legal siempre y cuando no convocara a usar la violencia para obtener la independencia. Como

consecuencia de estas reformas, La Habana fue testigo de un pequeño *boom* de publicaciones a finales de la década del 80 e inicios del 90. Más de 500 revistas, periódicos y otras publicaciones en serie aparecieron en la ciudad durante este lapso. Los editores de revistas (como la *Revista Cubana, El Fígaro* y *Hojas Literarias)* fueron más osados en sus críticas al dominio español y a los funcionarios españoles de la Isla. Y las nuevas leyes también posibilitaron la publicación de libros como *Cuba y sus jueces*, de Raimundo Cabrera, que condenaba abiertamente la administración española de Cuba. Apareció por primera vez en 1887 y de inmediato se hizo tan popular como para justificar cuatro reediciones en ese mismo año. Como vemos, la liberalización de la política colonial creó un espacio para que se publicaran en la Isla lo que una investigadora calificó de ideas "sumamente atrevidas" y "subversivas".[1]

Mucho más osados resultaron los escritos que se realizaron en el exilio. Conspiradores y oficiales veteranos, a quienes el Estado español perdonó al final de la primera guerra, se incorporaron a las comunidades de exiliados políticamente activas en ambos lados del Atlántico, de París a Buenos Aires. Los grupos mayores y más francos se congregaron en Nueva York y la Florida, donde los españoles estimaron que miles de expatriados participaban de manera activa en la conspiración separatista.[2] Protegidos del poder de los funcionarios coloniales, organizaron clubes, colectaron fondos, pronunciaron discursos públicos y publicaron panfletos, libros y periódicos, los cuales después circulaban clandestinamente por toda la Isla. De conjunto, los escritos hechos en el exilio y en Cuba durante la década anterior a la última guerra independentista, convirtieron en importante asunto público los méritos y la justeza de la separación de España.

Entre los escritos más populares y voluminosos en pro de la independencia estaban aquellos que contaban de primera mano los acontecimientos de la Guerra de los Diez Años.

Aquí se incluyen *La guerra de Cuba en 1878* de Félix Figueredo, publicado por partes en la *Revista Cubana* en 1889, y narraciones íntegras como *A pie y descalzo* (1890) de Ramón Roa, *Episodios de la revolución cubana* (1890) de Manuel de la Cruz y *Desde Yara hasta el Zanjón* (1893) de Enrique Collazo. Todos se

hicieron populares de inmediato, y los de Roa y De la Cruz se distinguieron por una segunda edición en el mismo año de su publicación. Estas memorias, hoy clásicos de la historia cubana, se han utilizado profusamente por los historiadores como fuentes primarias para el estudio de la Guerra del 68; fueron, ante todo, testimonios de esa insurgencia. Sin embargo, en este capítulo empleamos estas obras con un propósito bien distinto. Los libros que enumeramos antes, y otros del mismo período, se escribieron en vísperas de la última guerra de independencia por figuras que participaron activamente en la conspiración revolucionaria. Como tales, constituyen relevantes fuentes para el estudio de los preparativos separatistas de la contienda final. Sus autores consideraban que escribían para una nueva generación de cubanos que podrían valerse de la inspiración y el ejemplo de "los hombres del 68", para reforzar su compromiso con una república cubana independiente. Aspiraban a engendrar patriotismo con historias de valentía y privaciones, y a poner al descubierto los viejos fracasos, con el fin de lograr nuevos éxitos en la lucha por la independencia. Los escritores de memorias y ensayos de finales de la década del 80 y principios de la del 90, escribían para rememorar las experiencias de la pasada guerra, pero, quizás, aún más para desbrozar el camino para la futura.

Que estos libros se concibieran como lecciones o pautas para futuros intentos revolucionarios, lo confirman algunos debates que se originaron inmediatamente después de su publicación. Una de esas controversias ocurrió a raíz de la publicación, en 1890, del libro de Roa *A pie y descalzo.*[3] Roa había sido secretario y edecán de algunos de los principales generales de la primera guerra, incluidos Máximo Gómez e Ignacio Agramonte Loynaz. Sus narraciones, una colección de 14 episodios que ocurrieron durante el período crítico entre 1870 y 1871, se centraban en las duras realidades de la guerra; esto es, en la perpetua escasez de suministros y en la desmoralización entre las tropas cubanas. Su propósito, escribió, no era mostrar una épica de los héroes de la guerra, sino un sencillo relato sobre la gente modesta que "a pie y descalzos" sufrían las adversidades de aquellos años de crisis en el Ejército Libertador. Las descripciones realistas de Roa originaron vivos debates acerca de qué tipo de representación de la primera guerra

beneficiaría más a los hombres que se preparaban para la siguiente. El principal protagonista del debate fue José Martí, escritor y el gran promotor de la independencia que en 1892, en el exilio, fundó el Partido Revolucionario Cubano (PRC) para organizar y dirigir una nueva revolución contra España. En un discurso pronunciado en un acto separatista en Tampa, el 26 de noviembre de 1891, Martí condenó el libro de Roa, sugiriendo que su propósito principal era estimular y mantener "el miedo a las tribulaciones de la guerra (...) el miedo a andar descalzo". Martí insinuó que los promotores de esos miedos eran "gente impura que está a paga del Gobierno español".[4] El discurso de Martí, publicado en La Habana en cuadernillos, produjo una conmoción inmediata entre los activistas de la Isla. Enrique Collazo escribió una indignada respuesta al discurso de Martí. Éste respondió del mismo modo y Collazo hizo otro tanto. Aunque estas respuestas se dieron mediante cartas privadas, se imprimieron de inmediato para consumo del público, la de Collazo en *La Lucha* (La Habana) y la de Martí en *El Yara* (Cayo Hueso). El debate público terminó formalmente un año después con la firma de un documento en el cual los representantes de ambos acordaron abandonar la discusión.[5]

En los cáusticos ataques y contraataques entre Martí, Collazo y otros, nunca se cuestionaron los acontecimientos y el curso de la primera guerra. Las impugnaciones de Martí al libro de Roa nunca negaron que los insurrectos solían sentirse desmoralizados o que combatían descalzos o sin caballos. Por el contrario, el objetivo de su crítica era "censurar públicamente a quien desalienta a su pueblo en la hora en que parece que van a serle muy necesarios los alientos".[6] Y el propósito de Roa no era desanimar, sino escribía para que sirviera "de experiencia, para que a la hora del sacrificio vayan con pleno conocimiento y con ánimo fuerte, para evitar arrepentimientos".[7] El debate demostraba que ambos veían en los nuevos escritos sobre la Guerra del 68 un medio con el cual podían ejercer influencia sobre el curso de la nueva. A estos escritores y a sus lectores activistas no les preocupaba únicamente que se mostrara una imagen exacta del pasado, sino que se diera una visión específica de ese pasado; esto es, una que pudiera satisfacer las necesidades del movimiento indepen-

dentista en el presente. Resulta evidente que, para ellos, la escritura era más que una representación; también la veían como un arma y una estrategia de guerra, como una parte central del proceso mismo de la insurgencia que ellos intentaban describir. Más que un simple conjunto de textos, esta prosa de campaña constituía una especie de acontecimiento histórico, que aparecía en un contexto particular y formaba parte de proyectos políticos que se entrelazaban y a veces competían entre ellos.[8]

Cuando se leen, de esta manera, los escritos patrióticos del período se asume en parte que existía un público deseoso de que lo cautivaran y le levantaran los ánimos. No obstante, por lo general, las sociedades esclavistas no han producido grandes públicos que lean y escriban. ¿Qué cubanos tuvieron acceso en realidad a las memorias de la guerra y ensayos patrióticos de los años precedentes a la Guerra del 95? Según los materiales del censo español del período, el 35 % de las personas identificadas como blancas y el 12 % de las registradas como de color podían leer o escribir en 1887. El porcentaje de lectores en la ciudad de La Habana, donde se publicaban y circulaban la mayoría de los libros, resultaba mucho mayor. Allí el promedio de alfabetizados era del 70 % entre los blancos y del 28 % entre las personas de color.[9] El hecho de que varios de los libros mencionados antes se reimprimieron poco después de que aparecieron por primera vez, sugiere que contaron con lectores suficientes para agotar las primeras ediciones en un lapso relativamente corto. También disponemos de testimonios de participantes en la última guerra, en los cuales éstos relatan que los escritos de la década del 90 ejercieron una gran influencia en su decisión de unirse al movimiento. Un oficial, Serafín Espinosa y Ramos, recordaba el impacto que le provocó la revista de Manuel Sanguily *Hojas Literarias*, así como la impresión que le causaron los libros *A pie y descalzo* de Roa, *Episodios de la revolución cubana* Manuel de la Cruz, y algunas copias de ensayos y discursos de José Martí que circulaban clandestinamente.[10] Además, por los informes que hizo la policía de registros efectuados en casas de trabajadores habaneros sospechosos de simpatizar con la causa insurrecta, sabemos que algunos de ellos poseían copias de poemas separatistas, así como libros y periódicos proindependentistas.[11]

Sin embargo, el público de estos escritos no se limitaba a los habitantes instruidos de la Isla. Incluso aquellos que no sabían leer —sobre todo, cuando vivían en las capitales del país o provinciales— tenían otros modos de conocer los contenidos de estos escritos. Los libros solían resumirse y debatirse en la prensa, y por lo menos en las ciudades, los vendedores de periódicos anunciaban habitualmente los contenidos de los artículos insertos en los periódicos que vendían.[12] Mediante los pregones de los vendedores ambulantes, la gente sin instrucción se mantenía al tanto de los artículos e historias que le interesaban y que después podían conocer por medio de instituciones, amigos o miembros de la familia. Algunos de los escritores a favor de la independencia en activo durante este período, eran periodistas negros o mulatos que publicaban muchos de sus trabajos en la prensa por ellos realizada. En los encuentros de sociedades de instrucción y recreo (muchas de ellas fundadas por y para los antiguos esclavos), los miembros capaces de leer podían informar a quienes no podían hacerlo de los libros y artículos que debatía la prensa. En realidad, muchas de estas sociedades crearon bibliotecas y organizaron clases y lecturas para sus miembros. Además, los tabaqueros tenían la oportunidad de escuchar lo que decían los libros y los artículos, pues se los leían en alta voz mientras trabajaban.[13] Por tanto, a pesar de que la mayoría de los cubanos no podían leer, ello no les impedía conocer los debates y discusiones sobre la nacionalidad y la independencia, toda vez que éstos se abrían paso hasta llegar a lugares de discusión a los cuales accedían tanto personas instruidas como quienes no tenían instrucción alguna.[14]

Además, este público local de personas que sabían o no leer estaba vinculado a uno mayor en el extranjero, cuyas avanzadas se encontraban en lugares como Nueva York, Tampa, Kingston y París. Los escritos del exilio circulaban en la Isla, y los de ella se reimprimían y difundían en el exilio. Los oradores y dirigentes viajaban entre las comunidades para persuadir, organizar, conspirar y establecer vínculos entre las comunidades expatriadas y entre éstas y los separatistas de Cuba. Como vemos, aquí se trataba de crear un público potencialmente revolucionario, de una comunidad transnacional que pudiera servir de base para el desarrollo ideológico de la insurgencia nacionalista.[15]

Las memorias de la guerra y la recuperación del insurrecto negro

Lo que este público encontraba al leer o escuchar los nuevos artículos resultaba algo sin precedente alguno en el discurso público sobre la nacionalidad cubana. Como parte de un diálogo con la imagen española de las revoluciones cubanas como guerras raciales, los escritores separatistas dieron un vuelco a la evaluación que se hacía del papel del insurrecto negro en el proceso de crear la nación. Este acto de reevaluación implicaba, por una parte, contar historias sobre las acciones de guerra cotidianas de desconocidos combatientes negros en la Guerra de los Diez Años. Por otra, comprendía la conformación del insurrecto negro ideal, que se elevó por encima de otros en su patriotismo, un patriotismo desinteresado (y como veremos, "no racial"). En este proceso, su figura como emblema espantoso de la guerra racial y la república negra, quedó neutralizada y convertida en componente aceptable —y, por ende, central— de la lucha por la nacionalidad cubana.

Un evidente beneficiario de este proceso de neutralización fue un viejo esclavo nombrado Ramón. A inicios de la década del 90, pasó de causante de la muerte de Carlos Manuel de Céspedes, dirigente de la primera contienda independentista, a esclavo fiel y confiable sin vínculo alguno con el Padre de la Patria. En los años 70 y 80, la historia convencional de la muerte de Céspedes sostenía que su paradero lo reveló a las tropas españolas un viejo y antiguo esclavo nombrado Ramón, quien había traicionado al emancipador de los esclavos a cambio de su libertad personal. (Una variante de la historia afirmaba que un esclavo nombrado Roberto había denunciado a Céspedes a cambio de su vida, después que las tropas españolas lo capturaron.) Ya en los 90, cuando los activistas de la independencia preparaban el fundamento político e ideológico de la nueva insurgencia, aparecieron testimonios que invalidaban esas teorías. Éstos sostenían que el viejo Ramón, a quien todos en la zona conocían como Papá Ramón, no conocía a Céspedes ni desempeñó papel alguno en su muerte. En realidad, los soldados españoles que mataron a Céspedes se sorprendieron al saber que era el presidente de la República de Cuba

en Armas. Y esta sorpresa, sostenían las nuevas teorías, mostraba que ningún esclavo ni cualquier otra persona pudo haber revelado su paradero.

La reformulación de la historia resulta importante dentro del contexto de los 90. Céspedes, aunque censurado por los elementos del movimiento independentista por haber favorecido a los elementos militares, al ponerlos por encima de los civiles, ya había sido reconocido como una heroica figura nacional. Su acción más apremiante fue el otorgamiento de la libertad a sus esclavos, quienes se unieron entonces al nuevo ejército cubano. Que lo hubiesen asesinado como resultado de la traición de un esclavo ingrato sólo hubiera ayudado a apoyar a aquellos que invocaban los peligros de la insurrección y la independencia. Cuando se volvió a contar la historia en esa década, el viejo soldado lloró desesperadamente por la muerte a destiempo de Céspedes, pero todos los que lo rodeaban lo consolaron, seguros de su honor y inocencia.[16] En la década del 90, Ramón —sospechoso de haber sido un Judas— fue rehabilitado y transformado en el benigno Papá Ramón.

Otros escritos de la última década del XIX iban más allá y llegaron a situar a una inofensiva figura negra en el centro de la insurgencia cubana. Por ejemplo, en 1892, Máximo Gómez, popular general de origen dominicano, publicó en Key West un pequeño libro titulado *El viejo Eduá, o mi último asistente*. En él contaba la historia de uno de sus ayudantes durante la Guerra de los Diez Años, un negro viejo llamado Eduardo que había sido esclavo en un cafetal hasta que un jefe mambí local "lo llevó" a la insurrección. Gómez describió al antiguo esclavo como un jefe natural y de un intelecto superior. Pero, sobre todo, lo mostró como un servidor leal, el mismo que una vez terminada la guerra declaró que deseaba seguir a Gómez a dondequiera que fuera.[17] Este asistente, como Papá Ramón, era una figura neutral que el público podía utilizar para moderar las poderosas imágenes españolas del insurrecto negro.

Mas, el insurrecto negro que mostraban los escritos por la independencia de la década del 90, fue mucho más que un hombre leal o pacífico, pues también era un héroe y patriota cubano. Entre las representaciones ideales de ese héroe negro está el retrato

que Manuel de la Cruz hizo en sus *Episodios de la revolución cubana* (1890) de un oficial nombrado Fidel Céspedes, y el del "negro bayamés" de Enrique Fernández Miyares en su poema de 1892 titulado "1868".[18] Ambos personajes fueron insurrectos negros y guerreros temerarios. Capturados por las fuerzas españolas, se les dio la oportunidad de salvarse si denunciaban a sus compatriotas, a lo que se negaron, prefiriendo sacrificar sus vidas o sufrir mutilaciones antes de servir a los intereses españoles. Es más, tanto en el episodio como en el poema, se establece una conexión implícita entre las heroicas figuras negras y el benevolente padre blanco de la nación, Carlos Manuel de Céspedes. Como es evidente, Fidel Céspedes compartía su apellido con el primer dirigente independentista. Al insurrecto anónimo del poema de Miyares, entretanto, sólo se le identificaba como una persona de Bayamo, el pueblo donde nació Céspedes. Así, los autores pusieron en claro que estaban proponiendo un perspectiva diferente, aunque indispensable, de la revolución de Céspedes. Es más, al limitarse a titular su poema "1868", Hernández Miyares representaba al insurrecto negro como la esencia de esa guerra. Preguntaba retóricamente: "¿Quién, si me escucha, se atreve a dudar de su valor?"[19]

Pero el suyo era un tipo particular de valor. El valor de un esclavo que, liberado por los mambises, combatía ahora valerosamente a favor de sus libertadores. La fuente de su valor y, además, de su propia participación en la lucha separatista, no radicaba en su ideología o su ambición política, sino en la gratitud que sentía hacia los jefes independentistas que le otorgaron su libertad. Aunque este insurrecto negro participó en la lucha por la independencia cubana, no se le representaba como un ser independiente, sino como una especie de combatiente subordinado y, en cierto sentido, obediente.

Los ejemplos de estas formas de descripción abundaban en el período que precedente al 95. Por ejemplo, la misma colección de 1890 que exaltó la valentía de Fidel Céspedes, mostraba a otro insurgente de color identificado simplemente como "un mulato que había sido esclavo" de un tal capitán Edmundo Agüero, de quien era ahora "asistente". En el relato, el asistente, el capitán a quien servía y otros insurrectos cubanos, fueron capturados por las fuerzas españolas, quienes les dijeron que podían salvar

sus vidas, si se sometían a la legalidad española. Todos los prisioneros, con excepción de Agüero y el mulato asistente, dieron un paso al frente y aceptaron la oferta. Agüero trató de que su antiguo esclavo hiciera lo mismo y salvara su vida. Pero el asistente respondió: "No, capitán, la suerte de usted es mi suerte; moriremos juntos". Y así lo hicieron, el "amo integérrimo y heroico" y el "siervo redimido y dignificado".[20]

Tal vez, más elocuente resultó el retrato que Ramón Roa hizo de un insurrecto negro nombrado José Antonio Legón en un artículo titulado "Los negros de la revolución", aparecido por primera vez en 1892. Aquí, Roa mostraba a un esclavo infantil y obediente que se había convertido en combatiente. Describía al Legón de anteguerra de la siguiente manera: "Este nuestro José Antonio, de regular estatura, de pasmosa agilidad, de imponderable astucia y de una audacia de que él no se daba cuenta, como no se la da un niño de sus travesuras, cuando estalló la revolución en Sancti Spíritus era un *negrito* esclavo de una cubana que siguió las ideas de la independencia de su tierra natal". Roa explicaba que Legón combatió con valor y entusiasmo por la causa cubana hasta que las fuerzas españolas mataron a su amo. Entonces se tornó "tanto taciturno y preocupado, atento sólo a destruir al enemigo, como si quisiera vengar en él una ofensa personal". No obstante, siguió peleando temerariamente y pronto sus cicatrices "interrumpían la negrura de su piel". Los españoles acabaron por capturarlo, y cuando le propusieron la opción de desertar y salvar su vida, respondió: "Pues cuando *mi amo* —que me crió y que era bueno— murió, me dijo: José Antonio, nunca dejes de ser cubano; y el pobre se fue al otro mundo. Ahora yo cumplo siendo cubano *hasta la última* (...) puede matarme si quiere".[21] Y, en efecto, lo mataron. Pero el soldado que asesinaron no era el mismo esclavo que se había unido a la revolución unos meses antes, pues en el curso de su lucha en la guerra, Legón pasó de ser "un negrito" y un esclavo, a ser simplemente "cubano". Incluso, su cuerpo negro había sido blanqueado por las numerosas cicatrices de Cuba Libre. No había demandado su transformación de esclavo negro en ciudadano y soldado cubano para sí mismo. Por el contrario, fue liberado por un amo que, al morir, expresó su deseo de que Legón fuese y siguiera siendo cuba-

no. Al resistirse a la autoridad de España, se consagraba así a los deseos de su amo. De esta manera, la rebelión de los dos antiguos esclavos (Legón y el anónimo asistente de Agüero) dejó de ser una amenaza, toda vez que el espíritu de rebeldía se representaba como resultado de la voluntad de su amo y no como una iniciativa personal o convicción política.[22]

Quienes se oponían a la independencia, e incluso algunos de sus partidarios, desde hacía tiempo caracterizaban al insurrecto negro como una amenaza. En la década del 90, los propagandistas de la independencia mostraban de una manera diferente al combatiente de color: como aquel que se sentía cubano y así era reconocido por sus compañeros soldados. Y, en tanto como cubano que por naturaleza amaba su país, peleaba con valentía. Es más, cuando el amo del esclavo era un insurrecto cubano, su amor por el país podía expresarse como una extensión de su amor por su antiguo amo. Estas figuras, tanto el mítico bayamés del poema o el inofensivo Papá Ramón de la vida real, poseían ciertos rasgos comunes. Todos eran personajes que cumplían obedientemente sus deberes de soldados —y de sirvientes— de la nación cubana. Políticamente, serían incapaces de imaginar o desear una república negra.

Asimismo, en lo social, no constituían una amenaza de desorden. Incluso con armas en sus manos, los insurrectos negros de los escritos independentistas respetaban las normas que los relegaban a una posición social inferior. Manuel Sanguily, un destacado periodista habanero y veterano blanco de la Guerra de los Diez Años, trazó un vivo retrato de aquellos respetuosos insurrectos. Al escribir sobre las relaciones entre combatientes blancos y no blancos en la guerra, señalaba que "jamás tampoco se confundieron los límites, ni se borraron las diferencias naturales, ni se perdió un solo instante el equilibrio. Cada uno estuvo siempre en su lugar propio. Las esferas distintas se mantuvieron independientes hasta el fin, sin que nadie lo exigiera ni aun nadie lo notara".[23] Por consiguiente, Sanguily y otros construyeron un mundo en el cual el hombre esclavizado podía violar tantas disposiciones de la sociedad colonial como fueran necesarias para amenazar el orden político establecido, pero no las suficientes como para derribar las normas tradicionales de la interacción social.

En parte, esas representaciones se basaban en una división entre las esferas política y social. En la esfera política, al esclavo se le permitía la suficiente libertad de acción para que se convirtiera en un insurrecto sumiso. Pero en el contacto diario entre los identificados como blancos y aquéllos como negros, las normas de la etiqueta racial se mantenían siempre. Por ello, el régimen de igualdad que, según Sanguily, existía en los campos de la insurrección, podía coexistir con el orden más profundo.[24] Podían coexistir sin entrar en contradicción, porque esa igualdad se veía como algo que el esclavo negro no demandaba ni había creado para él. La igualdad se otorgó como un regalo de la dirección blanca, y el esclavo negro, consciente de que de eso se trataba, la disfrutaba con respeto y obediencia. En estos escritos, la transgresión de los límites que le permitían desafiar al colonialismo y la esclavitud, no era tanto una transgresión como una extensión de su subordinación a un amo insurrecto blanco.[25] Y su heroísmo se basaba en la gratitud, sin relación alguna con el deseo político negro.

En realidad, la acogida del insurrecto negro al proyecto nacional dependía de que se borrara toda alusión a sus propios deseos. Así, en la prosa de la independencia, éste no sólo se mostraba carente de libertad de acción política, sino también de cualquier vestigio de deseo sexual. Por cierto, la ausencia de sexualidad resultaba esencial, cuando se describía su deferencia y pasividad política. Recordemos que las representaciones españolas de los insurrectos negros solían incluir alusiones a negros que seducían a blancas; de esa forma se desacreditó a Guillermo Moncada y a Rustán con historias acerca de profanaciones de la condición de mujer de las blancas. A finales de la década del 80 e inicios de la de del 90, los escritores a favor de la independencia impugnaron de manera explícita esas imágenes, al describir al insurrecto negro como una persona incapaz de constituir una amenaza sexual. Sanguily escribió al respecto: "Jamás el negro ni siquiera soñó en la posesión de la blanca, y allí donde se vivía en los bosques jamás se supo de ningún crimen de violación, ni de ningún atentado contra la mujer desamparada en las soledadades de la montaña".[26] Incluso ante una clara oportunidad, refería Sanguily, nunca se sintió el insurrecto negro inclinado a subver-

tir las jerarquías raciales y de género. En ningún otro lugar resultaba más visible el reconocimiento blanco a la ausencia de ese deseo, que en la descripción que hizo José Martí en 1894 de Salvador Cisneros Betancourt, el anciano insurrecto aristócrata que durante la Guerra Grande, decidió enterrar a su hija blanca en la misma sepultura de un negro. En ese momento, que Martí exaltó como emblemático de la revolución, la unidad entre el negro y el blanco, entre el esclavo y el amo, adquiría una forma literal y permanente en la unión de los cuerpos de una blanca y un negro.[27] Pero esa unión no constituía una amenaza, no sólo porque ocurrió en la muerte, sino también porque no obedecía a la voluntad del negro, sino a la benevolencia y generosidad del amo blanco.

En los años anteriores al 95, los escritores, oficiales y lectores se remitían al insurrecto negro de la década del 70 y le conferían las cualidades de lealtad y obediencia a la causa de Cuba Libre. Resultaba imposible que cualquiera de esas figuras traicionara la causa de Cuba, que amenazara a la mujer blanca, que albergara odio contra sus antiguos amos blancos, o que apoyara la idea de una nación negra. Compárense estas expresiones con las imágenes de Guillermo Moncada, predominantes durante la década del 70 y principios del 80. Un corresponsal proveniente de Estados Unidos relató algunos de los rumores de mayor difusión sobre el general negro en los 70: "un hombre (...) tan feroz por su disposición como terrible por su aspecto", de quien se decía que asesinaba a todo blanco que caía en sus manos, y que mantenía a mujeres (blancas y otras) en "harenes".[28] Sin embargo, durante 1888, una popular compilación de biografías de independentistas describía al general negro como bueno y confiable y como prueba de que los hombres de color podían ser serios aliados, si se criaban y educaban bien desde una edad temprana.[29] A inicios de los años 90, al insurrecto negro se le dio una nueva configuración: el terrible Guillermón dio paso al leal Eduá y al inocente Papá Ramón.[30]

La reconstrucción de la Guerra de los Diez Años

Esta construcción de un insurrecto negro pasivo y fiel sólo resultó posible en el ámbito de una reinterpretación más amplia de la

guerra en la cual combatió. En las memorias y episodios que examinamos antes y, sobre todo, en los ensayos políticos publicados en periódicos y revistas, la Guerra de los Diez Años se convirtió en la redención de Cuba. Según estos escritos, la Cuba de anteguerra había sido una Isla próspera, pero la subyugación de negros y negras en la esclavitud manchaba su riqueza. Entonces llegó la contienda independentista y erradicó la mácula de la esclavitud. En sus campos de batalla, el esclavista blanco y rico sirvió a Cuba, y con su servicio a la nación pudo "lavar la culpa de la riqueza, acumulada con el fruto de la esclavitud".[31] Al liberar a sus esclavos se redimió a sí mismo y a la nación: "Y se alzaron en guerra los cubanos, rompieron desde su primer día de libertad los grillos de sus siervos, convirtieron a costa de su vida la indignidad española en un pueblo de hombres libres", escribió Martí en 1894.[32]

El retrato de la Guerra de los Diez Años como redención de Cuba, también predominaba entre otros escritores de la década del 90 del XIX. Manuel Sanguily, el veterano periodista y abogado que antes había celebrado el decoro sexual del soldado negro, estuvo de acuerdo con la formulación general de José Martí. En 1893, escribió sobre una civilización cubana de anteguerra "cimentada en la iniquidad y la violencia", y de una guerra en la cual los cubanos blancos, formados en medio de una riqueza inmoral y manchada, se alzaron para destruir la institución de la esclavitud en la Isla. Los cubanos, señaló, "se desangraron y arruinaron voluntariamente por reparar a costa de sus tesoros y su sangre, de su ventura y de su vida, los errores y las iniquidades que otros habían cometido, a fin de purificar con su sacrificio y santificar con su martirio el suelo profanado de su patria. Todos hemos sufrido por los otros, —el negro por el blanco, el cubano por el esclavo".[33] Entonces, de manera provisional, el expediente quedaba limpio. El habitante negro de Cuba había sufrido el yugo de la esclavitud, pero su amo blanco, ahora compatriota, había sufrido más tarde para emanciparlo. Para Martí y Sanguily, la guerra había resuelto así —material y moralmente— los dilemas de la esclavitud y la nacionalidad.

Sanguily fue más allá, cuando detalló las implicaciones de la redención mutua; en el artículo mencionado llegó a la extraordi-

naria conclusión de que en el proceso redentor "son los negros los que han salido gananciosos". La historia favoreció al esclavo insurrecto que obtuvo su libertad, y olvidó al amo que sacrificó su vida y fortuna por la libertad de otros. En otro lugar, Sanguily afirmó que, aunque muchos hombres de color habían luchado por la independencia cubana en 1868, "la Revolución en su carácter, su esencia y sus aspiraciones, fue la obra exclusiva de los blancos. El hombre de color fue llamado por ellos, y por ellos colocado *por primera vez en la historia de Cuba* en condiciones de *figurar*, de prestar *eminentes servicios*, de *distinguirse* tanto como los blancos".[34] Aunque Martí no argumentó que los blancos habían sido el motor de la revolución, sí la representó como la salvación del negro. Por eso escribió: "La revolución fue la que devolvió a la humanidad la raza negra, fue la que hizo desaparecer el hecho tremendo (...) Ella fue la madre, ella fue la santa, ella fue la que arrebató el látigo al amo, ella fue la que echó a vivir al negro de Cuba, ella fue la que levantó al negro de su ignominia y lo abrazó, ella, la revolución cubana".[35]

En este logro de la guerra, los escritores independentistas de los años 90 situaron los orígenes de la devoción y la deuda de gratitud del antiguo esclavo. Y a partir de esta visión de lucha armada y del insurrecto negro, los intelectuales patriotas descartaron la posibilidad de un conflicto racial. Al respecto, Sanguily expresó: "Cuando debió odiar no sintió el negro rencor ni tuvo tampoco fuerza bastante, voluntad y condiciones, para vengarse y rescatar su libertad. Ahora no tiene más que motivos de satisfacción y reconocimiento. Sus grillos de esclavos fueron rotos con los huesos de dos generaciones de cubanos, inocentes ante la Historia y merecedores del amor y la gratitud de los redimidos".[36] La implicación del razonamiento de Sanguily resultaba de por sí evidente: convertía en "simplemente un despropósito" la idea poderosa y elástica de la guerra racial; o sea, del alzamiento de los negros cubanos contra sus amos y contra todos los blancos para vengarse de su servidumbre.[37] En términos generales, Martí estaba de acuerdo, e insistía en que la idea de la guerra racial y el miedo a ella no provenían de la actividad política o de la ideología negra, sino de la manipulación española. Por esa razón, en 1894 aseveró que el objetivo principal de los agentes es-

pañoles era "avivar el miedo que los cubanos pudieran tener a la revolución, o por suponer que con ella viene lo que uno u otro timorato o espía osa llamar 'guerra de razas', olvidando la suprema lección de los diez años creadores, cuando morimos tantas veces juntos, unos en brazos de otros".[38] Este olvido por parte de los cubanos y esta falacia por parte de los españoles, constituían las únicas fuentes posibles del miedo a la guerra racial en Cuba, pues esta reinterpretación de la Guerra de los Diez Años invalidó semejante temor. Basándose en esto, José Martí concluyó en 1893: "En Cuba no hay nunca guerra de razas".[39]

Los escritores nacionalistas construyeron así una guerra de mutua redención y un insurrecto negro que, agradecido por esa redención, protegía la nación en lugar de ponerla en peligro. Por tanto, el legado de esa guerra era la imposibilidad de un conflicto racial.

Al construir esta imagen de la guerra y la nación, los escritores negros lo hicieron con sentido crítico. Como sus contrapartes blancas, estos escritores —entre quienes se destacaron Juan Gualberto Gómez, Rafael Serra y Montalvo y Martín Morúa Delgado— exaltaron la guerra en lo general, y al insurrecto negro en lo particular. Como en los escritos de los nacionalistas blancos, ese insurrecto, aunque invariablemente heroico, no entrañaba ninguna amenaza. Como sus contrapartes blancas, construyeron un combatiente negro incapaz de poner en peligro la naciente república. Sugerir otra cosa equivalía, como insinuaba Martí, a servir a España. El periodista Martín Morúa Delgado, antiguo sastre y fundador de sociedades de recreo para negros y mulatos, afirmaba que las referencias a la guerra racial no eran más que "rumores españoles".[40] Rafael Serra, un destacado periodista que antes había sido tabaquero y más tarde maestro, argumentaba que, aunque muchos insistían en que "la clase de color era un peligro en Cuba", los cubanos negros constituían en verdad una "clase pacífica e inerme".[41] En un tono muy parecido, Juan Gualberto Gómez, periodista mulato, hijo de esclavos, educado en París y La Habana, y el más conocido de los intelectuales patriotas no blancos, condenó la propensión a atribuir a aquellos que "aquí ha sobrepujado a todas en cordura, en sensatez, en espíritu de concordia, en sentimiento de subordinación y

disciplina social, los más absurdos proyectos y las más criminales tendencias".[42] Gómez no sólo aseveraba que la población negra no estaba dispuesta a apoyar proyectos "absurdos" y "criminales", sino también que él mismo no se proponía encabezar o participar en cualquier cosa que se pareciera a una guerra racial. Así pues, escribió en 1890: "Si algún día —que no llegará jamás— aquí la raza negra necesitara combatir con la blanca (...) tendría que buscar otro hombre que la aconsejara o guiara. Porque yo represento la política de la fraternidad de las razas, y si ésta fracasara, el sentimiento del honor, el respeto que debo a mi pasado, y la sinceridad con que profeso mis convicciones y las defiendo, me obligarían a desaparecer de la escena pública, con el fracaso de mis opiniones".[43]

Como en los escritos de Martí y Sanguily, el alegato del periodismo desarrollado por los negros de que éstos nunca encabezarían o aceptarían una guerra racial, estaba vinculado a una construcción específica de la Guerra de los Diez Años. Para los activistas negros, la contienda bélica de 1868 fue una "labor de redención". Les dio la libertad a los negros esclavizados. Los negros cubanos no podrían perdonar una guerra racial, porque ello constituiría un repudio a las conquistas del 68. De hecho, la idea de estos cubanos como "hijos agradecidos de la Revolución", tuvo una de sus primeras expresiones públicas no en la obra de José Martí o Manuel Sanguily, sino en la de Juan Gualberto Gómez.[44]

Por ende, en su interpretación de la guerra iniciada en 1868 —y del papel desempeñado por esclavos y amos en esa lucha—, los escritores activistas blancos y no blancos, construyeron un insurrecto negro que admitía el sacrificio del amo blanco y pagaba ese sacrificio con dedicación a su persona y a su país. El antiguo esclavo agradecido y afectuoso sólo podía servir a Cuba, no amenazarla con ambiciones políticas de una república negra o con aspiraciones a una igualdad transgresora y peligrosa. La imagen pública que daban estos escritores brindaba a los escépticos la evidencia de que una nueva revolución podía triunfar sin generar un levantamiento racial. No obstante, estos ensayos políticos hicieron más que neutralizar la imagen del insurrecto negro. La literatura independentista también construyó un soldado heroico y poderoso nacido con la revolución cubana, el cual, en el

proceso de hacer la guerra, devino parte integrante de la creación y el mantenimiento de una república cubana libre.

La revolución, tal como se representaba en los inicios de la década del 90 del XIX, había creado así la base de la nacionalidad cubana. Era el lugar donde, según palabras de Gómez, "negros y blancos se convierten en hermanos", y donde, precisará Martí, "ante la muerte, descalzos todos y desnudos todos, se igualaron los negros y los blancos: se abrazaron, y no se han vuelto a separar". Incluso en la muerte, ese abrazo se mantuvo, y subieron "juntas por los aires, las almas de los blancos y de los negros".[45]

Este abrazo trascendente fue siempre entre hombres y, por lo general, dio como frutos una comunidad fraternal propiamente masculina. Aquí no fue la unión sexual de las razas y la subsecuente creación de una nación mestiza, como afirmarían los intelectuales en otros lugares de América Latina, las que hicieron posible la trascendencia de la raza y el nacimiento de la nación.[46] Por el contrario, la trascendencia racial y la unidad nacional se forjaron en la unión viril durante la guerra. Martí escribió de una América mestiza, pero no mucho de una Cuba mestiza. Para él, así como para otros, la unión en Cuba resultó menos el producto del mestizaje que del heroísmo y la voluntad masculinos.[47] La diferencia es significativa. En primer término, la visión de una Cuba transracial dejó intactas, en lo esencial, categorías raciales como lo blanco y lo negro, incluso aunque argumentaba su trascendencia. En segundo término, la creación de una nación transracial en la lucha independentista —aunque no en el sexo—, excluía a las mujeres del nacimiento simbólico de la nación. Las mujeres no aparecían en los retratos públicos del 68, a no ser en formas que preservaban su "exclusión fundacional"; esto es, usualmente como madres, a veces como esposas o hijas y, por lo general, como mujeres cuyos cuerpos eran físicamente incapaces de producir seres que no fueran patriotas cubanos.[48]

En buena parte de la escritura independentista, la unión negro-blanco había nacido de la lucha armada común contra el colonialismo español. Y aunque se representaba por lo general como una unión entre hombres, la unión negro-blanco hizo posible la nación. Ésta, nacida del abrazo físico, moral y espiritual de hombres negros y blancos, trascendía la raza y convertía lo blanco y

lo negro en cubano. Esa imagen y esa idea —que juntos desarrollaron intelectuales y activistas blancos, negros y mulatos— proporcionaron un contraargumento muy poderoso a las aseveraciones coloniales sobre la imposibilidad de la independencia cubana. Pero la noción que estos escritores desarrollaron consiguió mucho más. En un momento enmarcado globalmente por la consolidación de la teoría racial y la escalada de la violencia racial, estos autores construyeron un ideal de trascendencia racial en términos no sólo filosóficos o abstractos, sino también en otros que remitían, de manera constante, a movilizaciones políticas concretas, tanto pasadas como futuras.

El insurrecto pasivo y el activista negro

La noción de la unión negro-blanco se desarrolló, en cierto sentido, a partir del consenso político entre los intelectuales patriotas negros, blancos y mulatos. Pero la imagen misma —y el proceso de su creación— se fraguó con tensiones y fisuras que se harían más profundas, incluso, cuando su dominio se hacía más seguro, pues la idea de una nacionalidad transracial acarreaba implicaciones contendientes para la organización de proyectos políticos. Y con frecuencia parecía que sobre las líneas de color largamente divisorias podrían trazarse sutiles líneas de diferencia política.

Para algunos, el hecho de que las diferencias raciales se hubieran superado en los esfuerzos revolucionarios y que las discusiones raciales sirvieran a los intentos contrainsurgentes del Estado colonial, implicaba que seguir hablando de la raza y persistir en el empleo de denominaciones raciales, resultaría contraproducente y obstaculizaría la unidad nacional. Por ejemplo, Martí fue un importante proponente de este argumento, al destacar que "insistir en las divisiones de raza, en las diferencias de raza (...) es dificultar la ventura pública".[49] Pero a medida que los nacionalistas convocaban al silencio racial, a medida que argumentaban que la nacionalidad estaba por encima de la raza, y proponían la imagen de un insurrecto negro pasivo y políticamente maleable, la historia reciente de la rebelión anticolonialista y la emancipación de los esclavos no fomentaba la pasividad

política, sino, por el contrario, la acción política y, a menudo, una acción política explícitamente organizada sobre la base de la identificación racial. Por ende, la imagen de este insurrecto que los intelectuales patriotas desarrollaron en sus obras, competía con otras construcciones de la ciudadanía negra que salían, incluso, de la comunidad de esos intelectuales. Por ejemplo, Juan Gualberto Gómez y Rafael Serra eran importantes escritores partidarios de la independencia, pero también gozaban de relevancia en los movimientos políticos racialmente identificados. Debido a que la difusión de la idea del insurrecto negro pasivo ocurría, justamente, cuando el activismo político negro estaba en alza, la imagen de un antiguo esclavo deferente y agradecido que devino combatiente, competía con la presencia de escritores negros y mulatos que urgían a otros miembros de la "raza de color" a organizarse para el avance de su raza, así como para participar en las causas políticas antiespañolas. Como vemos, la imagen de un insurrecto negro pasivo y sin raza se enfocaba en un contexto y en un momento que alentaban su negación.

Con el fin de la esclavitud en 1886, los esclavos emancipados, los intelectuales de la clase de los hombres libres de color y las autoridades coloniales, debatían de manera vigorosa el modo de facilitar la transición del trabajo esclavo al trabajo libre. En estos debates, los participantes blancos, y a veces quienes no lo eran, solían asumir que la esclavitud había originado una población depravada, la cual, una vez liberada de las restricciones de la esclavitud, podría regresar a un estado inmoral de salvajismo y pereza. La transición a la libertad tendría entonces que prestar atención a la educación moral de los antiguos esclavos con el fin de promover, por ejemplo, la institución del matrimonio y el hábito del trabajo útil.[50] Los dirigentes sociales e intelectuales de las comunidades de color se pusieron al frente de estas campañas. Y dondequiera subrayaban las nociones de "avance racial" y, para estimular el progreso, organizaban escuelas y fundaban sociedades de ayuda mutua y centros de instrucción y recreación.[51] Las nuevas sociedades que se crearon solían patrocinar sus propias publicaciones, las cuales, junto con los diarios que daban a la luz de manera independiente como ediciones periódicas, literarias o de índole general, contribuyeron al floreci-

miento de una prensa de origen negro en las postrimerías de la década del 80 y principios de la del 90 del siglo XIX. Desde las páginas de estas publicaciones, los escritores exhortaban a sus lectores a que apoyaran posiciones políticas particulares y votaran (o se abstuvieran de hacerlo) en las elecciones coloniales. Algunos, sobre todo *La Fraternidad* y *La Igualdad*, urgían a sus lectores a defender una solución explícitamente independentista de la cuestión colonial.[52] En ocasiones, los artículos que aparecían en las grandes publicaciones periódicas negras se reproducían o resumían en diarios y revistas como *La Discusión* u *Hojas Literarias*, y a la inversa. Por tanto, lo escrito por estos cubanos no se encontraba aislada de la prensa colonial o nacional, por lo cual los periodistas de otros diarios podían participar en animados debates públicos con escritores de los periódicos negros.

Gracias al trabajo de estas instituciones y estos periódicos, Juan Gualberto Gómez pudo lanzar y dirigir una campaña común a favor de los derechos civiles de los negros. En 1892, el mismo año en que José Martí organizó el Partido Revolucionario Cubano, Gómez fundó el Directorio Central de las Sociedades de la Clase de Color, una organización diseñada para unir a las organizaciones negras y mulatas con el fin de abogar públicamente por la concesión de derechos civiles a los cubanos de color. En su primer acto público, el Directorio pidió al capitán general español que hiciera cumplir la legislación existente sobre derechos civiles, cuyas disposiciones se habían ignorado por lo general. Las leyes aprobadas por el gobierno colonial en 1885 y 1887 otorgaron a las personas de color el derecho a utilizar las carreteras y el transporte públicos y a ser atendidos en los establecimientos públicos.[53] Ahora, la nueva petición demandaba que se cumplieran las disposiciones de estas leyes y que, además, los niños negros y mulatos tuvieran acceso a escuelas públicas gratuitas.[54] Aunque todas las demandas eran importantes, la que recibió acaso más atención pública fue la que solicitaba la eliminación de los registros civiles y parroquiales separados en "blancos" y "de color", así como la supresión de todas las distinciones en el uso de los "títulos de cortesía". Los peticionarios se referían en específico a la práctica de otorgar el título de don sólo a los cubanos identificados como blancos.[55] Por ende, en el preciso momen-

to en que los propagandistas de la independencia estaban más dedicados a dar publicidad a una imagen del negro como insurrecto pasivo o ciudadano, los dirigentes negros y mulatos (también ellos activistas por la independencia) lanzaron un movimiento controvertido y sumamente público que aspiraba a cambiar el modo como los cubanos experimentaban el mundo; esto es, cómo andaban por las calles, cómo hablaban entre sí, cómo aprendían a leer y escribir.

La campaña por los derechos civiles y la concesión de algunos de estos derechos por el capitán general español en diciembre de 1893, resonaron por toda la Isla y dirigieron la atención pública hacia aquello que Martí y otros insistían en que no había necesidad de mencionar. Las luchas en cuanto al uso y demarcación de los espacios públicos tenían lugar en las calles de las ciudades y los pueblos, y de ellas informaba extensamente la prensa nacional. Cuando se promulgó la nueva legislación, a los agentes locales del Estado colonial se les encomendó "atender a los individuos de la raza de color que pudieran acudir a ellos en busca de protección o para quejarse de las infracciones" de las nuevas disposiciones.[56] En realidad, muchas quejas formulaban las personas de color contra los propietarios de cafés y restaurantes que desafiaban las nuevas leyes, negándose a servirlos. Éstos decían públicamente que sus trabajadores podían negarse, "lícita y moralmente", a servir a una persona de color en virtud de su raza, siempre y cuando esa negación no se expresara en "términos ofensivos o menospreciadores".[57] Aunque los dueños podían hacer llegar esta justificación a los editores de los periódicos, estaban legalmente obligados a prestar ese servicio; y los potenciales clientes de color, cuando rehusaban servirlos, podían recurrir a las autoridades locales, las cuales acompañaban ocasionalmente a los rechazados para asegurar que fueran servidos.[58] Además, algunos periódicos negros publicaban el rechazo del servicio a personas de color en ciertos establecimientos, castigando así en público a los violadores.[59] La ejecución de las nuevas leyes, por limitada que resultase, hizo que los dueños de cafés no tardaran en lamentarse de lo que veían como un nuevo trance: "Si no servimos a los negros, se nos persigue; si los servimos, se nos van los marchantes blancos".[60] A pesar de estas quejas, los propietarios de cafés

solían salir mejor parados, cuando rehusaban servir a los cubanos de color, que éstos en su intento por recibir ese servicio. Los propietarios de establecimientos públicos orillaban las leyes, mostrando voluntad por servir a los clientes de color para después cobrarles precios exorbitantes y prohibitivos: un peso plata por una botella de cerveza; tres duros por una taza de café.[61] En algunos establecimientos, los dueños habrían autorizado a sus camareros a negar el servicio a los negros, pero cuando el cliente protestaba e iniciaba un escándalo, el dueño simulaba despedir al camarero. El cliente se iría sin ser servido, y el camarero regresaría más tarde a su trabajo, como si nada hubiera pasado.[62] Un gobernador provincial explicaba que, aunque en un principio ocurrieron numerosas quejas y protestas, "más tarde la agitación se calmó y los negros dejaron de asistir a los cafés".[63]

Aunque muchas de estas tácticas solían impedir el acceso de los cubanos de color a los establecimientos públicos, también podían generar una reacción contraria que provocaba confrontaciones violentas en cuanto al uso del espacio público. Por ejemplo, en enero de 1894, en el teatro Esteban de la ciudad de Matanzas, hubo un altercado cuando varias personas de color ocuparon los asientos de la orquesta para una actuación. Los miembros blancos del público exigieron que les devolvieran su dinero y desde la seguridad de la galería apedrearon a los hombres de color. El disturbio no cesó hasta que el gobernador provincial hizo su aparición acompañado por la Guardia Civil.[64]

Ese mismo mes, en la vecina Unión de Reyes, Matanzas, una bronca similar ocurrió cuando cuatro negros llegaron a la fonda El Gallo y exigieron que los sentaran en la sección reservada a los clientes blancos.[65] El camarero se negó, explicando que no podía atenderlos en esa sección, porque el dueño lo había prohibido. Los cuatro hombres atacaron al camarero, ocasionándole heridas leves en la cara. Según el informe de los periódicos, también le gritaron al camarero "nosotros somos tan blancos como tú, por eso el General Calleja nos dió la igualdad".[66]

Esta última afirmación —que los cuatro asistentes a la fonda insistieran en que eran "tan blancos" como el cantinero— resulta difícil de interpretar. Los escritos reaccionarios populares calificaban a menudo las acciones de los negros por los derechos

civiles como aspiraciones a la blancura. Por ejemplo, en obras teatrales, caricaturas y otras piezas satíricas, los personajes identificados por quienes los rodean como "negros" o "de color" solían afirmar que ellos eran blancos. En *Con don y sin don*, una pieza que se llevó por primera vez a escena en el teatro Alhambra de La Habana el 23 de febrero de 1894, se burlaban de los intelectuales negros como Juan Gualberto Gómez, quien en el curso de la obra proclamaba repetidamente su blancura. Una escena de la obra mostraba una reunión de un club político de negros, en la cual el presidente y el secretario del grupo, D. (de don) Juan Gualberto, electrificaba al público con discursos sobre la igualdad racial. Éste empezaba a dirigirse a ellos como "nuestra raza de color" cuando se detuvo de manera abrupta y después continuó: "Dije 'de color' olvidando que ya todos somos blancos". Esta expresión, como otras similares, se recibieron con gritos de "¡Bravo!" por el ficticio público negro en escena y con risas por el público de la galería.[67]

En la obra, las afirmaciones de blancura y las declaraciones sobre derechos de los negros e igualdad racial, se expresaban en un lenguaje propio de los intelectuales, pero como los intelectuales representados eran negros y mulatos, los actores deformaban adrede ese lenguaje. De inventar un equivalente actual, sería como si en vez de "predecesor" dijéramos "predecesesor", y en lugar de "resumir", "risumir". Y cuando bastaba con una sencilla palabra, se utilizaban diez complejas y mal pronunciadas. El dramaturgo insinuaba que cuando los negros exigían derechos políticos o igualdad social lo hacían para asumir que eran blancos. Él y su público se reían entonces de esa asunción, pues los cuerpos de los hombres en la reunión y las toscas frases que emitían sus lenguas, sugerían que, en el contexto de la Cuba colonial, no podían ser otra cosa que no fuera "de color".[68] Los activistas de la campaña por los derechos civiles se identificaban públicamente como hombres de color; no se referían a ellos mismos como blancos. Pero sus críticos, al representar sus demandas como absurdas pretensiones de blancura, repudiaban el movimiento.[69]

De este modo, al volver a contar la historia de la confrontación en la fonda matancera de Unión de Reyes y de quienes pro-

testaban, asegurando tener derecho a comer donde quisieran, los relatores y periodistas tal vez estimaron esa demanda como aspiración a los títulos y derechos de una blancura literal. En otras palabras, la declaración de que eran blancos —por ese entonces formaba parte de las caricaturas que se hacían del activismo negro y sus demandas— se añadió quizás al relato original de la historia, mientras circulaba, en un principio, por el pueblo y, después, en las ciudades de Matanzas y La Habana. Otra posibilidad es que los cuatro clientes negros estuvieran tan familiarizados con la campaña por los derechos civiles y la nueva legislación, como para demandar que los sirvieran y mencionar la concesión de "igualdad" por el capitán general, pero no tanto con los argumentos e ideas de los dirigentes del movimiento como para exigir sus derechos como "hombres de color".

Los asistentes a la fonda matancera pudieron manifestar o no ser blancos, pero los dirigentes del movimiento que hicieron posible que ellos insistieran en usar asientos "blancos", planteaban sus demandas de manera clara y pública como hombres de color. "Nosotros, los negros" o "Yo, hombre mulato" decían los artículos en la prensa del día. "Somos hombres de la raza de color", comenzaba un manifiesto que condenaba las políticas y acciones del Partido Liberal, así como las del Conservador.[70] "Raza de color" era el término que preferían estos escritores y activistas. El término reflejaba el deseo de fomentar la unidad entre quienes se identificaban como negros o morenos y quienes lo hacían como mulatos o pardos, con el fin de realizar una campaña más efectiva en pro de los derechos ciudadanos. Un famoso artículo que publicó en 1892 el periódico *La Igualdad* afirmaba: "No admitimos más que la existencia de dos razas, la blanca y la de color, compuesta esta última de negros y mulatos, iguales bajo todos conceptos, hijos de un mismo tronco, hermanados por las comunes afrentas y comunes desgracias".[71] Y no obstante las advertencias de Martí acerca de "la ventura pública", específicamente como miembros (masculinos) de esta raza, los activistas negros y mulatos clamaban de manera insistente por la concesión de derechos iguales.

Todo esto constituía una importante fuente de tensión dentro del movimiento por la independencia. Los llamados a la unidad

racial y al silencio racial se entrelazaban con el aumento de la movilización política a partir de la raza. No decimos esto para sugerir que los intelectuales patriotas blancos y los intelectuales patriotas negros, estaban necesariamente en desacuerdo en cuestiones de estrategia y principios políticos. Tampoco esto significa que los intelectuales blancos y no blancos constituían dos facciones distintas, identificables a lo largo de líneas raciales. En primer lugar, los intelectuales de color estaban divididos en cuanto a cómo asegurar los derechos civiles de los negros. Mientras que Gómez y Serra abogaban por la idea de organizaciones políticas negras para exigir estos derechos, Morúa y Maceo evitaban el establecimiento de organizaciones negras separadas e insistían en que sus derechos tenían que ganarse no en tanto que negros, sino como cubanos. Y del mismo modo que existían divisiones dentro de las fronteras raciales, también se forjaban alianzas por encima de ellas. Los intelectuales negros y mulatos ocupaban un lugar central en el proceso de construir la ideología de un nacionalismo transracial; eran colegas y amigos cercanos de hombres como Martí y Sanguily. Gómez, Serra y Morúa apoyaban la independencia, mientras Martí y Sanguily sustentaban la causa de los derechos civiles de los negros. De hecho, José Martí escogió a Juan Gualberto Gómez para dirigir la nueva revolución en el occidente de Cuba; o sea, en las regiones azucareras tradicionalmente opuestas a la independencia y a la movilización de los negros. Antonio Maceo consideraba a Manuel Sanguily como uno de los hombres que más deseaba para conducir la república en armas.[72] Y esas ideas que se atribuían con mayor frecuencia a Martí —de una Cuba que era más que negra, blanca o mulata— con la misma frecuencia estaban presentes en las obras de los intelectuales negros y mulatos, así como en las cartas y declaraciones de los insurrectos negros y mulatos, como Maceo y Moncada.

Pero, a pesar de la asociación personal y de la percepción de un proyecto político común para la independencia, los modos como los intelectuales blancos y no blancos construían el papel del ciudadano insurrecto negro y el legado de la Guerra de los Diez Años diferían de manera significativa. Por regla general, estas diferencias no tomaban la forma de desacuerdos explícitos en torno a puntos particulares. Las diferencias radicaban en que

percibían que de las convicciones que sostenían en común derivaban implicaciones muy diferentes. Por ejemplo, todos los propagandistas de la independencia —sin importar su color— se ocupaban de glorificar la Guerra Grande y la calificaban de lucha que había redimido a Cuba y liberado al esclavo africano. Ambos grupos también coincidían en que estas conquistas dieron como resultado cierto grado de gratitud en el esclavo liberado y en sus descendientes.

Pero, al tiempo que se compartía esta visión general, el grado preciso de la gratitud que debía el esclavo liberado se convirtió en objeto de un debate acalorado y, a veces, hostil. A inicios de 1893, aconteció una controversia en la ciudad oriental de Santiago de Cuba entre autonomistas blancos y no blancos. Los miembros negros y mulatos del partido local les anunciaron a sus compañeros autonomistas blancos que aspiraban a la "igualdad en las relaciones políticas y sociales" dentro del partido, y que si esta igualdad no se buscaba y conseguía, se abstendrían de votar en las elecciones que se aproximaban.[73] Su conducta se condenó y distorsionó en la prensa nacional y del exilio, donde los autonomistas negros fueron acusados de ingratitud. Sus críticos argumentaban que los votantes negros debían estar comprometidos con los autonomistas, porque la "raza negra" fue liberada por la revolución. Y como un buen número de jefes independentistas santiagueros del 68 se unieron más tarde al Partido Autonomista, los autonomistas de Santiago de Cuba actuaban como si los hubieran rechazado personalmente.[74]

La prensa de los activistas negros no tardó en responder. El 25 de febrero de 1893, *La Igualdad* publicó un artículo titulado "Por justicia y patriotismo", el cual cuestionaba las demandas de gratitud dirigidas a la población de votantes negros. Acaso, más importante fue que también cuestionara la afirmación de que "la raza de color había sido liberada por los blancos de la Revolución". Preguntaba entonces: "¿No figuraban en la Revolución los hombres de color? ¿No prestaron servicios eminentes? ¿No se distinguieron tanto como los blancos? ¿No derramaron su sangre con la misma abnegación que los más abnegados? ¿No fueron tan perseverantes como los más perseverantes? ¿No fueron los últimos en rendirse? ¿No se ha dicho que cuando las fuerzas

cubanas capitularon en Zanjón se parecían más a la gente de Haití que capituló? ¿Acaso el número de hombres de color en los campos de la revolución (...) fue tan insignificante?"[75] El autor del artículo objetaba de manera implícita la dominante construcción separatista de la deuda del negro. Negaba el derecho de los jefes militares del 68 y de los dirigentes políticos del 93 a convocar a los cubanos negros a que, por gratitud, adoptaran determinada posición. Éstos no estaban obligados a demostrar gratitud; a ellos no se les "dio" la libertad, pues pelearon tan ardua y prolongadamente como los blancos. El autor también utilizó una analogía positiva con Haití. No hace falta decir que la contrainsurgencia española empleaba de manera recurrente los paralelos con Haití como armas retóricas. Por otra parte, entre los nacionalistas, Haití aparecía usualmente sólo en la medida en que permitía a los escritores establecer una adecuada distancia entre las dos sociedades y repúblicas. "Sólo la ignorancia crasa", decía Martí, podría hacer que alguien hallara motivo para comparar a las dos islas.[76] Sin embargo, en el artículo escrito para el periódico negro, Haití se invocaba para reclamar derechos sociales y políticos.

La publicación de "Por justicia y patriotismo" provocó un revuelo inmediato. Y aunque en el artículo se censuraba la conducta política del Partido Autonomista, los promotores de la independencia parecían estar tan a la defensiva como sus rivales autonomistas. Manuel Sanguily escribió un indignado artículo titulado "Los negros y su emancipación" como respuesta a "Por justicia y patriotismo". Lo comenzó señalando que estaba de acuerdo con la afirmación del autor negro de que los negros habían "figurado" en la revolución. Mas, a continuación hizo una importante salvedad: aunque los negros estuvieron presentes, no resultaron elementos tan relevantes de la revolución como los blancos, que la concibieron, la iniciaron y la dirigieron. La dirección blanca invitó a los negros a unirse a la historia y a la humanidad. Coincidió en que muchos soldados negros se mantuvieron más tiempo en la guerra que los soldados blancos, pero, volviendo a la teoría racial predominante, atribuyó esa tenacidad a una adaptación biológica a los climas tropicales y a las penalidades físicas. Además, que un número aún mayor de cubanos negros

había servido en las fuerzas españolas o siguió trabajando en los cañaverales de los ingenios, "contribuyendo por tal manera al mantenimiento de la hostilidad poderosa de España". Sanguily concluyó: "Pero es aún más inconcebible que [los cubanos de color] quisieran ahora, atendiendo sólo a intereses de casta cerrada, mostrar desdén por el inapreciable y magnífico sacrificio de dos generaciones de gente blanca, redentoras del esclavo en la guerra, sus defensores en la paz, que realizaron la obra única de romper sus grillos y vivir con ellos como hermanos en la humanidad, en la justicia y en la patria!" Reafirmó que los negros tenían una deuda con los cubanos blancos y sugirió que esa deuda debería hacer políticamente deferentes a los cubanos negros. Repudió el boicot de éstos, a pesar de que esa actitud tenía como objetivo un partido al cual él mismo nunca se había unido.[77]

Resultó significativo que el artículo de *La Igualdad* originara una inmediata reacción en hombres como Sanguily, y no debido a los subsecuentes debates sobre el *número* de personas identificadas como "de color" que participaron en la revolución, sino a que la respuesta puso en claro que los periodistas conspiradores hallaban vínculos entre la participación militar en el 68 y la participación política en la década del 90.[78] En la primera participación, los reclamos de derechos y ciudadanía se basaban en la colonia y la república. Sanguily afirmaba que la responsabilidad de la guerra, el intento de independencia y la posterior abolición de la esclavitud, se sustentaban en el trabajo de los dirigentes blancos de la lucha del 68. Suyas habían sido las ideas y los sacrificios que sostuvieron el esfuerzo de 1868. Los periodistas de color sugerían otra cosa. En 1893, Rafael Serra escribió: "Y cuando los blancos generosos, aquellos ilustres, aquellos que lucharon por hacernos la patria (...) necesitaron brazos y amor que les siguieran, encontraron también brazos y amor en la existencia de los negros".[79] Serra y otros intelectuales no negaban la dirección blanca. Por el contrario, apuntaban que la deuda de los cubanos negros con esa dirección se había pagado en el curso de la guerra. La lucha armada no los había endeudado; les había dado derechos.

Junto a los llamamientos a la gratitud estaban quienes exhortaban a la unidad política. La causa cubana, argüían los escritores independentistas, requería la unión entre todos los cubanos; de

esta unión saldría la fuerza necesaria para luchar contra España. Es más, la unión cubana implicaba una especie de silencio racial, pues hablar de razas, insistir en ella, como Martí había dicho, comprometía el éxito del proyecto nacional. Sin embargo, los activistas negros tendían a ser cautelosos ante esos llamamientos a la unión y el silencio. La unión, advertía Serra, sólo resultaba posible entre "los elementos sanos y afines".[80] La unión "de los hombres preocupados —de esos enemigos de la libertad— con los hombres filántropos, con los amigos del derecho y la justicia, es obra impracticable".[81] Para que la unión entre ciudadanos negros y blancos tenga sentido, dijo, a los primeros se les debe permitir que gocen de derechos sociales y políticos. Por ende, los llamamientos a la unidad no deben inhibir las discusiones sobre la raza; al prestar atención a los problemas raciales no se está estimulando la división, sino intentando superarla. Juan Gualberto Gómez escribió en 1890: "Bien sé que algunos consideran tan pavoroso este problema, que tratan de imprudente a todo el que reclama su existencia, imaginándose con candor incomparable, que la mejor manera de resolver ciertas cuestiones consiste en no estudiarlas ni examinarlas siquiera. Y sé también que otros propalan con evidente mala fe, que los que nos proponemos ayudar a la solución del problema, somos precisamente los que venimos a complicarlo, trayendo como consecuencia de nuestros esfuerzos, la separación de las razas cubanas".[82]

A pesar de estos rumores, Gómez y otros persistían en hablar sobre el "pavoroso problema".

Es más, escribieron sobre él, no sólo como una cuestión de raza, sino también como una cuestión de nacionalismo. Al ubicar sus luchas por los derechos ciudadanos de los negros como parte de la lucha por la nacionalidad cubana, los periodistas negros y mulatos hacían menos sospechosa su actividad política. Pero Gómez y otros fueron más lejos, pues al calificar sus luchas de los años 90 como luchas "cubanas", catalogaban implícitamente las contraofensivas de sus oponentes como anticubanas. Gómez y Serra mantuvieron, de hecho, que la verdadera amenaza de guerra racial y la práctica del racismo no se originaron entre los cubanos negros, sino entre los cubanos blancos. El primero señaló en 1893: "Los que se niegan a ver un negro como a

su igual (...) los que quieren mantenerlo siempre postergado, siempre humillado, siempre servil, siempre ignorante (...) ésos son los únicos que en Cuba hacen política de raza (...) Ésos son (...) los verdaderos racistas (...) y los únicos a quienes la sociedad cubana debe considerar como elementos peligrosos".[83]

Como Martí, Gómez y otros intelectuales de color coincidían en cuanto a la "cubanía" y la racionalidad de los deseos negros de disfrutar de derechos sociales y políticos. Defendían estas luchas contra las acusaciones de racismo, y señalaban a los acusadores como aquellos que les negarían esos derechos. Mientras los colonialistas habían asegurado que una fuerte presencia negra en Cuba impedía que la colonia se convirtiera en nación, Gómez y otros argumentaban que el mayor obstáculo a la independencia cubana no residía en la significación numérica de la población de color, sino en el temor blanco y en el repudio de esa población. Antes, Gómez había singularizado: "los que se empeñan en ver un peligro en la raza negra, los que fingiendo [sic] un terror imaginario por el porvenir de este pueblo, amontonan obstáculos (...) ante la implantación de un régimen justiciero y democrático".[84] Serra estuvo de acuerdo, al arguir que los autonomistas y otros "elementos preocupados" eran "la rémora al desarrollo natural de nuestro pueblo, y los enemigos más imperdonables y funestos de la causa cubana".[85] El miedo blanco se calificaba de egoísta, pues impedía que Cuba lograra una sociedad justa, y este egoísmo se representaba como una falta de patriotismo.

En 1876, Antonio Maceo, enfrentado a rumores acerca de su deseo de instaurar una república negra, formulaba ya un argumento contra el racismo blanco dentro de la dirección independentista. Mediante el lenguaje de "libertad, igualdad y fraternidad", condenaba a aquellos que conspiraban contra él por razones raciales, llamándolos la encarnación de la antítesis de sus principios revolucionarios.[86] Ese argumento se expuso en una carta privada entre dos dirigentes del movimiento revolucionario. En vísperas de la guerra final, al cabo de unos 30 años, Gómez y otros activistas negros emplearon argumentos similares. Pero estos razonamientos se exponían ahora abiertamente y se dirigían al público blanco y negro. La acción de formular demandas públicas de por sí era lo opuesto a la representación del pasivo insurrecto

negro en otros escritos de la época. El lenguaje con el que se hacían esas demandas cuestionaba aún más la noción del mambí negro políticamente maleable, subordinado a los dictados de una dirección blanca poderosa y benigna. Los activistas negros desplegaban el lenguaje del nacionalismo para condenar a sus oponentes, calificándolos de hombres sin patriotismo, y para mostrar que el antirracismo constituía un rasgo definitorio de la identidad nacional cubana.[87] Argumentaban que luchar por los derechos de los negros y por la igualdad racial equivalía a hacerlo por el bien de la nación. Sus argumentos y activismo sugerían, además, una interpretación diferente de la Guerra del 68.

La guerra que José Martí, Manuel Sanguily y otros recordaban y representaban era una lucha que había unido y redimido a unos y otros, y a su país. En los escritos de los periodistas de color examinados aquí, la Guerra del 68 devino promesa de unidad y redención, pero no la consecución de éstas. Prestaban atención a la contienda armada, pero no se sentían del todo emancipados. Más bien se consideraban merecedores de lo que la guerra les había prometido conquistar. Y lo prometido podría reclamarse más tarde.

Conclusión

A pesar de estas opiniones en pugna acerca de los vínculos entre raza y activismo político, resulta claro que el relato del nacimiento de la nación a partir de la unión de blancos y negros conseguida en la acción armada, servía para contrarrestar los argumentos colonialistas sobre los peligros raciales de la revolución y la imposibilidad de la nacionalidad cubana. El insurrecto y ciudadano negro de los escritos independentistas, nada tenía de común con el insurrecto negro del discurso colonial. Nada, excepto su color. Pero si en los argumentos procolonialistas, su color hacía transparentes y peligrosas sus aspiraciones políticas; en los escritos anticolonialistas, su color era eclipsado por su amor y compromiso con la nueva nación. Entonces, ésta era una construcción de la raza y la nacionalidad que minaba las justificaciones tradicionales del dominio colonial: la negación de la raza devino poderosa respuesta al miedo racial.

Con todo, considerar que los nuevos escritos patrióticos servían para invalidar los argumentos colonialistas no debería sugerir que estos reclamos patrióticos resultaban "meras respuestas polémicas" a estos argumentos.[88] Tampoco debería indicar que los escritores nacionalistas no valoraban los principios de igualdad racial o que los invocaban cínica o instrumentalmente. Por el contrario, significa que los argumentos contra el colonialismo, por necesidad, retomaban aquellos argumentos coloniales.[89] Las demandas patrióticas de integración racial pudieron convertirse posteriormente en la historia fundacional de la república, en la narrativa nacionalista dominante de la Cuba del siglo XX.[90]

Pero en el contexto de la Cuba de finales del XIX, esas demandas no eran nada que no fuera profundamente contrahegemónico: tomaron lo que los abogados españoles y criollos del colonialismo construyeron como el principal obstáculo a la soberanía política y lo convirtieron en conquista decisiva y promesa de independencia. Por tanto, las demandas patrióticas de integración racial no constituían un intento de preservar o justificar el *statu quo*, sino, por el contrario, un ataque potente, aunque incompleto, a los fundamentos ideológicos del dominio colonial

Notas

1 Iznaga: *Presencia del testimonio en la literatura sobre las guerras por la independencia*, 133-134. 144. Sobre esta profusión de publicaciones, ver también Ricardo: *La imprenta en Cuba*, 94-95. En cuanto a la importancia de la escritura y la narrativa para el nacionalismo, véanse Anderson: *Imagined Communities*, y Bhabha: "Dissemination".

2 Despacho del cónsul español, Nueva York, septiembre 6, 1892, y "Gobernador General al Ministro de Ultramar", agosto 21, 1886, en SHM, SU, CMC, rollo 28, leg. 102. Los informes de los cónsules españoles están coleccionados sistemáticamente en MAE, SUC, leg. 2894. Sobre el activismo del exilio, véase también Poyo: *"With All and for the Good of All"*, cap. 6.

3 Ramón Roa: *A pie y descalzo, Con la pluma y el machete*. en Roa: *Con la pluma y el machete*.

4 Martí: "Con todos y para el bien de todos", en *Obras completas*, 1:704.

5 "Acta que selló la polémica alrededor de *A pie y descalzo*", publicada en Roa, obra citada, 3:195.

[6] "Martí a Collazo", enero 12, 1892, en *Obras completas*, 1:411:16.

[7] "Collazo a Martí", enero 24, 1892, en Roa, obra citada, 3:188-190.

[8] Ranajit Guha analizó lo que él denomina "prosa de la contrainsurgencia"; es decir, textos oficiales e históricos que excluyen generalmente a los independentistas como agentes conscientes en su propia historia. En este capítulo, por el contrario, hemos puesto el énfasis en la prosa de la insurgencia, en los textos que confeccionaron los participantes en el movimiento revolucionario, y en el modo en que éstos abordan, desafían y reproducen elementos del propio discurso colonial. Véase Guha: "The Prose of Counter-Insurgency".

[9] España, Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico: *Censo de la población de España*, 764-165, 771.

[10] Espinosa y Ramos: *Al trote y sin estribos*, 21-27. Otro oficial, Horacio Ferrer, también mencionaba el impacto de la literatura proindependentista de los inicios de la década del 90 en su decisión de unirse al movimiento. Entre las obras que citaba estaban las De la Cruz, Roa, Sanguily, Collazo y Juan Gualberto Gómez. Véase H. Ferrer: *Con el rifle al hombro*, 9-14.

[11] Véanse los expedientes de casos policiacos en AHN, SU, leg. 5902, exps. 165 y 169; leg. 5903, exp. 260, y leg. 5905, exp. 491.

[12] Por ejemplo, los expedientes en ANC, CP, leg. 84, exp. 60, y leg. 85, exp. 9.

[13] Ver Howard: "Culture, Nationalism, and Liberation", 165-168; también Stubbs: *Tobacco on the Perifery*, 98-99, y Casanovas Codina: *¡Bread, or Bullets!*

[14] Para estudios sobre la participación no burguesa o iletrada en la esfera pública, véanse, por ejemplo, Eley: "Nations, Publics, and Political Cultures", 303-306; Landes: *Women and the Public Sphere*, 50-52.

[15] Resulta interesante considerar el impacto de las experiencia de Estados Unidos y de la política de esta nación en los mismos nacionalistas cubanos. Las nuevas investigaciones comienzan a plantearse ese problema, otorgándole mayor importancia. Por ejemplo, Díaz Quiñones, "Martí: la guerra desde las nubes", y L. Pérez: "Identidad y nacionalidad", y *José Martí in The United States*. También Saldívar: *Dialectics of Our America*, 4-11. Acerca del activismo caribeño y la independencia cubana, véase Wolf: "Caribbean People of Color".

[16] Bibliófilo (seudónimo): *El negro Ramón y la muerte de Céspedes*, 20-22; Figueredo Socarrás: *La toma de Bayamo*, 30-31, y su *La revolución de Yara*, 42-43. Todos refutan la acusación de la traición de Céspedes por un esclavo. Esta última obra, aunque se publicó en 1902, está formada por conferencias que Figueredo diera en la década del 80 del XIX, y que originalmente se había planeado publicar en 1894.

17 M. Gómez: *El viejo Eduá*, 18, 27-28, 37-39.

18 De la Cruz: *Episodios de la revolución cubana*, 29-31, y Hernández Miyares: "1868".

19 El poema de Hernández Miyares era uno de los favoritos de Antonio Maceo, quien lo había leído cuando se publicó en un periódico cubano de Nueva York; lo había recortado y lo llevó en su cartera a lo largo de la Guerra del 95. Cuando enviaba a alguno de sus soldados a una misión, solía recitar las primeras líneas del poema: "¡Allá va el negro bayamés sobre el caballo salvaje!" Y preguntaba entonces en alta voz: "¿Quién será el autor de tan expresivo cuadro en que el negro se quema la lengua antes de delatar a sus compañeros? ¡Yo sé de algunos fieles que así han procedido! " Véase Miró Argenter, *Cuba*, 694-95.

20 De la Cruz: *Episodios de la revolución cubana*, 123.

21 Subrayado en el original. El recorte aprece en ANC, DR, leg. 287, exp. 28. El artículo y otro con el mismo título sobre un insurgente negro nombrado Joaquín Júa, se publicaron en *La Igualdad* el 21 de septiembre de 1892 y el 1º de octubre de 1892, respectivamente, y se reprodujeron más tarde en Roa: *Con la pluma y el machete*, 1:248-251. Además, en 1892, publicó un breve artículo acerca de los servicios patrióticos de una negra, Rosa, *la Bayamesa*, en ese mismo periódico. Vio la luz como un capítulo titulado "Rosa la Bayamesa", en su "Calzado y montado", de *Con la pluma y el machete*, 1: 189-192. Como vimos en el primer capítulo, Roa también fue el autor de una vívida descripción de los matiabos insurgentes; es decir, de las comunidades cimarronas africanas que prestaron servicios a los jefes cubanos de 1868. Aunque esa descripción, en la cual el insurgente negro se dibuja como extranjero y peligroso, se escribió en la década del 90 como parte de la misma recopilación del retrato de Rosa, *la Bayamesa*, en realidad no apareció en ella hasta la publicación de sus obras completas en 1950.

22 Resulta importante señalar que la descripción que hace Roa de Legón apareció por primera vez en el periódico negro *La Igualdad*, lo cual sugiere que el público de estos escritos no estaba formado sólo por los cubanos blancos, cuyos temores los intelectuales patriotas querían aliviar, sino también por cubanos negros, cuyo apoyo cortejaban el Estado colonial y el Partido Autonomista (Liberal). La historia de Legón demuestra esto perfectamente, pues apareció en numerosas publicaciones a las cuales el lector blanco no tenía acceso. Por ejemplo, Manuel de la Cruz contó la historia de Legón en sus *Episodios de la revolución cubana*. Serafín Sánchez, veterano de la Guerra de los Diez Años y de la Guerra Chiquita, fue el autor de una breve biografía de Legón que apareció en su libro *Héroes humildes y poetas de la guerra*, publicado en Nueva York en 1894. La obra de Sánchez hace una crónica de la misma

evolución, y explícitamente identifica a Legón como africano. Por ello, no se trataba aquí de la transformación de un esclavo negro, sino de la de un esclavo negro africano en patriota cubano. Véase De la Cruz, en obra antes citada, 126-127, y también en Sánchez.

23 Sanguily: "Negros y blancos", en *Hojas Literarias*, enero 31, 1894, reimpreso en *Obras*, vol. 8, libro 2, pp. 137-138.

24 Ibíd., 137.

25 Aunque la implantación y el mantenimiento de la institución de la esclavitud en la Isla se le atribuían al dominio español, los esclavistas individuales suelen retratarse como cubanos benévolos, partidarios de la independencia.

26 Sanguily: "Negros y blancos", en *Obras*, vol. 8, libro 2, pp. 137-138.

27 Martí: "Los cubanos de Jamaica", *Patria* (Nueva York), marzo 31, 1894, en *Obras completas*, 1:494-95.

28 O'Kelly: *Mambi-land*, 124. Véase también la carta de Manuel Suárez de 1º de octubre de 1879, en Cuba, Archivo Nacional: *Documentos para servir a la historia de la Guerra Chiquita*, 2:252.

29 *Álbum de El Criollo*, 200-204.

30 En este proceso de reconfiguración, los más relevantes jefes insurgentes negros de la guerra están relativamente ausentes de la prosa pública de la independencia. Por ejemplo, en los retratos biográficos de los dirigentes independentistas que hiciera Martí hay pocos de aquellos insurgentes y, al parecer, no publicó ningún esbozo biográfico de hombres como Quintín Bandera o Guillermo Moncada. Su perfil de Antonio Maceo resulta interesante, porque Maceo permanece sorprendentemente ausente. Aunque la intención es el perfil de Maceo, es a la madre de éste a quien se le presta mucha más atención. Maceo aparece en el comienzo del retrato como un campesino laborioso e inteligente, a la espera de las órdenes de otros antes de participar en la revolución. Véanse "Antonio Maceo", "Mariana Grajales", "La Madre de los Maceos", en Martí: *Obras completas,* 1:586-589, 617-618. Véase también Stubbs: "Social and Political Motherhood".

31 Martí: "Pobres y ricos", *Patria* (Nueva York), marzo 14, 1893, en *Obras completas,* 1:485.

32 Martí: "El plato de lentejas", *Patria* (Nueva York), enero 6, 1894, en *Obras completas*, 1:489.

33 Sanguily: "Negros y blancos", en *Obras*, vol. 8, libro 2, pp. 135-36.

34 La primera cita es de ibíd., 136. La segunda de Sanguily: "Los negros y su emancipación", *Hojas literarias*, marzo 31, 1893, en *Obras*, vol. 8, libro 1, pp. 333. Subrayado en el original.

35 Véase nota 32.

36 Sanguily: "Negros y blancos", en *Obras*, vol. 8, libro 2, p. 133. En los escritos de Sanguily, "cubano" todavía equivale a cubanos blancos, tal como ocurría en los documentos de finales de la década del 60 del siglo XIX analizados en el capítulo 1.

37 Ibíd.

38 Martí: "Los cubanos de Jamaica", en *Obras completas*, 1:494-495.

39 Martí: "Mi raza", en *Obras completas*, 1:487-488. El original es: "En Cuba no habrá nunca guerras de razas".

40 Horrego Estuch: *Martín Morúa Delgado*, 34-38.

41 Serra y Montalvo: "Reflexiones", *La Igualdad*, 1894, recogido en Serra y Montalvo: *Ensayos políticos*, 137. Una breve biografía de Serra aparece en Despradel: *Rafael Serra*.

42 J. G. Gómez: "Política de raza", *La Igualdad*, 7 de diciembre de 1893, copia mecanografiada en ANC, DR, caja 144, exp. 43. Véase también "Protesta en nombre de la raza de color", en AGI, SDP, leg. 21, que describe a los cubanos negros que votan en las elecciones coloniales como un rebaño de corderos.

43 J. G. Gómez: "Programa del Diario *La Fraternidad*", reimpreso en J. G. Gómez: *Por Cuba libre*, 271.

44 J. G. Gómez: *La cuestión de Cuba en 1884*, reimpreso en ibíd., 173-242. La cita aparece en la página 242. Véase también la cita de Rafael Serra en Fernández Robaina: *El negro en Cuba*, 30.

45 Véase J. G. Gómez: "Cuba no es Haití" y "Lo que pasó en Cuba", ambos en *La Igualdad*, mayo 23, 1893, y mayo 21 de 1893; la cita aparece en el último. Martí: "Plato de lentejas", *Patria*, enero 6, 1894, y "Mi raza", *Patria*, abril 16, 1893, ambos se reimprimieron en *Obras completas*, 1:489, 487.

46 Sobre las interpretaciones positivas del mestizaje de políticos e intelectuales latinoamericanos, y los vínculos entre miscegenación y nacionalidad en México y Brasil, véanse especialmente Stepan: *The Hour of Eugenics*, cap. 5; Thomas Skidmore: *Black into White*, y A. Knight: "Racism, Revolution, and Indigenismo", 84-87.

47 Esta distinción se perdió en un trabajo reciente de Vera Kutzinski, cuando al argumentar que "el mestizaje quizás haya sido el principal significante de la identidad cultural nacional de Cuba", parece no establecer distinciones entre los conceptos de unidad racial y los de mezcla racial, al tiempo que aborda los pronunciamientos de Martí sobre Latinoamérica como si fueran intercambiables con los específicos sobre Cuba. Véase Kutzinski: *Sugar's Secrets*, 4-7.

48 En torno a la exclusión fundacional de las mujeres en el nacionalismo, véase Skurski: "The Ambiguities of Authenticity". Sobre la representación de las mujeres en el nacionalismo cubano, consúltese Stubbs:

"Social and Political Motherhood of Cuba". Para un ejemplo particularmente vivo de este tipo de representación, véase Miró Argenter: *Cuba: Crónicas de la guerra,* 552.

49 Martí: "Mi raza", *Patria*, abril 16, 1893, en *Obras completas*, 1:486.

50 Por ejemplo, Pla: *La raza de color.* También "Protesta en nombre de la raza de color de Cuba", La Habana, marzo 3, 1892, en AGI, SDP, leg. 21. Sobre la ideología de la elevación racial en Estados Unidos, véase Gaines: *Uplifting the Race*, cap. 1.

51 Acerca de las solicitudes al gobierno colonial de permiso para establecer estas sociedades, véanse AHN, SU, leg. 5988, y ANC, CA, leg. 76. También Howard: "Culture, Nationalism and Liberation", cap. 6, y Rushing: "Cabildos de Nación, Sociedades de la Raza de Color".

52 Véase en especial Deschamps Chapeaux: *El negro en el periodismo cubano*, 9-11, 52-63 y 75-80.

53 "Sobre sustancia promovida por el Directorio Central de la Raza de Color y resolución dictada en 16 de diciembre 1893", en FAM, leg. 335b, carpeta 10. Consúltese también la sección "Orden Público y Policía", *Gaceta de la Habana*, 19 de diciembre de 1893, en que se publicó la resolución.

54 "La raza de color", *Diario de la Marina*, diciembre 14, 1893.

55 Mendieta Costa: *Cultura*, 7-8.

56 "Agustín Bravo, Gobernador de la Región Central y de la Provincia de Matanzas, al Ministro de Ultramar, Antonio Maura", febrero 9, 1894, en FAM, leg. 335b, carpeta 7.

57 Carta de "varios dueños de cafés y fondas", publicada en *El Comercio*, y reimpresa parcialmente en "Blancos y de color", *La Discusión*, enero 2, 1894.

58 Véanse, por ejemplo, "Bravo a Maura", febrero 9, 1894, en FAM, leg. 335b, carpeta 7, y "Remedios", *La Discusión,* enero 10, 1894.

59 Por ejemplo, ver *La Igualdad*, diciembre 30, 1892; mayo 6, 1893, y febrero 10, 1894.

60 "Blancos y de color", *La Discusión*, enero 4, 1894.

61 Véanse "Remedios" y "Cienfuegos", ambos en *La Discusión*, enero 1, 1894, y enero 10, 1894, respectivamente, y "Agustín Bravo a Antonio Maura", febrero 9, 1894, en FAM, leg. 335b, carpeta 7.

62 "Blancos y de color", *La Discusión,* enero 1, 1894.

63 "Agustín Bravo a Antonio Maura", febrero 9, 1894, en FAM, leg. 335b, carpeta 7.

64 Véanse el volante "La Voz de la Justicia (Gratis). Al público" (Matanzas, Imprenta El Ferrocarril, 25 de enero de 1894); "Agustín Bravo a Antonio Maura", febrero 9, 1894, ambos en FAM, leg. 335b, carpeta 7, y "Escándalo en Matanzas", *La Discusión*, enero 25, 1894. También ocurrieron incidentes en La Habana como resultado de la nueva le-

gislación que otorgaba derechos civiles, así como el derecho a emplear el título de don a los cubanos de color. Por ejemplo, "Un incidente", *La Igualdad*, enero 18, 1894.

65 La división de la fonda en secciones "blanca" y "de color" pudo haber sido una respuesta a la legislación vigente.

66 "Blancos y negros. Empieza la sangre", *La Discusión*, enero 25, 1894. Emilio Callejas fue capitán general español entre 1886 y 1887, y posteriormente de 1893 a 1895.

67 Monte: *Con don y sin don*, 12-16. Sobre las representaciones de los "negros catedráticos" en el teatro popular cubano, véanse Leal: *Breve historia del teatro cubano*, 46, 77-78, y Robreño, *Historia del teatro popular cubano*, 19, 24. Acerca de la relación entre la figura del catedrático y el nacionalismo cubano, véanse Lane: "Blackface Nationalism", y Moor: *Nationalizing Blackness*, capítulo 2.

68 La obra de Ángel Rama ha argumentado sugestivamente que el lenguaje escrito contribuyó a definir los límites del poder en la América Latina colonial y poscolonial. La manera como el lenguaje de los aspirantes negros al poder se caricaturizó en estas obras cubanas sugiere que también el lenguaje hablado ayudó a establecer las jerarquías y límites políticos. Consúltese la obra de Rama: *La ciudad letrada*.

69 Los artículos de *La Discusión* ridiculizaban de forma parecida las aspiraciones de los negros al título de don. Véanse, por ejemplo, "Blancos y de color", 1° de enero de 1894; "El don", 6 de enero de 1894; "El don", 10 de enero de 1894, y "Blancos y negros", 26 de enero de 1894.

70 "A un preocupado", *La Igualdad*, 19 de diciembre de 1892; J. G. Gómez: "Programa del diario *La Fraternidad*", en J. G. Gómez: *Por Cuba libre*, 262, y "Protesta a nombre de la raza de color de Cuba", La Habana, marzo 23, 1892, en AGI, SDP, leg. 21. La cita original en Gómez es "Yo, hombre mulato". Por lo general, los activistas negros demandaban derechos políticos en tanto que hombres. Aunque la dinámica de los géneros de esta campaña permanece en gran medida sin analizar, un inicio útil es Montejo Arrechea: *"Minerva"*.

71 J. G. Gómez: "Lo que somos", *La Igualdad*, abril 7,1892, reproducido en J. G. Gómez: *Por Cuba libre*, 321.

72 Véase, por ejemplo, Miró Argenter: *Cuba*, 674.

73 "Por justicia y patriotismo", *La Igualdad*, febrero 25, 1893.

74 Sobre la participación de antiguos insurgentes en el Partido Autonomista, véase, por ejemplo, L. Pérez: *Cuban between Empires*, 8.

75 Consúltese la nota 73.

76 Martí: "Los cubanos de Jamaica", en *Obras completas*, 1:496. Mientras que José Martí, en este artículo dirigido a los cubanos, destaca las diferencias entre Cuba y Haití, en los que escribió para periódicos

latinoamericanos subrayaba las similitudes entre Haití y otros países de América Latina y el Caribe, incluida Cuba. En este caso, la semejanza se derivaba de los designios de Estados Unidos hacia todos ellos. El ejemplo ofrece la importancia de tener en cuenta, al leer a Martí, a qué público específico se dirigía. Véanse sus artículos en varias reuniones panamericanas de 1889 y 1890, publicados en *La Nación* de Buenos Aires, y que aparecen en el volumen 6 de la edición de sus obras completas de 1963.

77 Sanguily: "Los negros y su emancipación", en *Obras,* vol. 8, libro 1, pp. 333-34. En cuanto a la relación de Sanguily con los autonomistas, véase Cepeda: *La múltiple voz de Manuel Sanguily*, 38-39.

78 Sobre la reacción al artículo, véanse, por ejemplo, ibíd.; Serra: "Sin desengaño", *La Igualdad*, y "A los desviados", *El Radical* (Nueva York), ambos reimpresos en Serra y Montalvo: *Ensayos políticos*, 150-154, y 163-167. Las discusiones sobre quién merecía el crédito por el fin de la esclavitud no se limitaban a las páginas de los periódicos. A finales de 1886, por ejemplo, una reunión en Cienfuegos en la cual la mayoría de los participantes eran de color, terminó en una riña menor cuando uno de los oradores afirmó que el Partido Autonomista había sido el responsable del fin del patronato. Consúltese "Reunión autonomista en Cienfuegos", en AHN, SU, leg.4896, 1ra. parte, exp.174.

79 Serra: "Gracias", reimpreso en Serra y Montalvo: *Ensayos políticos*, 171.

80 Serra: "A todos", reimpreso en ibíd., 127.

81 Serra: "Reflexiones", reimpreso en ibíd., 138.

82 J. G. Gómez: "Programa del diario *La Fraternidad*", 260.

83 J. G. Gómez: "Política de raza", *La Igualdad,* diciembre 7, 1893, copia mecanografiada en ANC, DR, caja 144, exp. 43.

84 "Los descendientes de Aryas", *La Fraternidad*, 10 de enero de 1889, citado en Fernández Robaina: *Bibliografía de temas afrocubanos*, 19.

85 "Rafael Serra a Juan Gualberto Gómez", marzo 5, 1894, en Serra y Montalvo: *Ensayos políticos*, 144.

86 "Antonio Maceo a Tomás Estrada Palma", mayo 16, 1876, en Maceo: *Antonio Maceo*, 1:64-65.

87 "La consigna", *La Igualdad*, enero 6, 1894. Véase también la novela *Sofía* (1890) de Martín Morúa Delgado, en la cual uno de los personajes principales se describe como "cubana de punta a cabo", porque "no abrigaba odio racial". Las citas aparecen en la página 30.

88 Véase Prakash: *After Colonialism*, 9.

89 Esto no significa que los argumentos anticolonialistas fueran necesariamente "derivados" según los modos en que Partha Chatterjee los analizó. Véase su *Nationalist Thought and the Colonial World.* En realidad, la posición subordinada de España dentro de Europa significaba que la

retórica contra España en Cuba no aceptaba, como el discurso nacionalista hindú hacía en el caso de Inglaterra, la capacidad modernizadora de la metrópoli. En el discurso nacionalista cubano, España se representa como un país atrasado e incapacitado para la modernidad. Y lo más importante, al enfatizar que el antirracismo era el fundamento de la nación insurgente, los intelectuales nacionalistas concluyeron que la esencia de la nación se oponía por principio a la de la metrópoli tradicional en España, así como a la de la metrópoli emergente en Estados Unidos. Aunque resulta indiscutible que el antirracismo nacionalista poseía una fuerte inclinación evolucionista, servía para diferenciar, de una manera vigorosa y potencialmente revolucionaria, a la república soñada tanto de España como de Estados Unidos. Véase, por ejemplo, Martí: "Salvador Cisneros", en Martí: *Obras completas* (1963), 5:445.

90 Sobre la noción de historias fundacionales nacionales en América Latina, véase Sommer: *Foundational Fictions*, cap. 1. La idea de una nacionalidad transracial, que apareció en la prosa de la independencia, llegó a convertirse en un debate esencial de la historia y la historiografía cubanas, presente en las obras de los oficiales mambises convertidos en historiadores en la naciente república (por ejemplo, Miró Argenter: *Cuba*, y Boza: *Mi diario de la guerra)*, y más tarde siguió ocupando un lugar central en las obras de los historiadores progresistas de mitad de siglo (por ejemplo, Guerra y Sánchez: *Guerra de los Diez Años*, 1:11, y Roig de Leuchsenring: *La guerra libertadora cubana*, 17, 67). La idea seguiría cobrando fuerza después del triunfo revolucionario de 1959, cuando llegó a convertirse en algo sagrado como parte de la noción de Fidel Castro de los "Cien años de lucha", y recibió sanción académica en la historia nacional del Estado revolucionario mediante la influyente *Historia de Cuba*, publicada y reeditada por el Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Para un examen de la historiografía revolucionaria, véanse Corbitt: "Cuban Revisionist Interpretations"; L. Pérez: "In the Service of the Revolution", y Pérez Guzmán: "La historiografía de las guerras de independencia". Incluso en las obras de los historiadores emigrados —por ejemplo, Leví Marrero (*Cuba: Economía y sociedad*) y José M. Hernández (*Cuba and the United States)*, o en la reciente obra revisionista de Manuel Moreno Fraginals (*Cuba/ España, España/Cuba*, 245-246, 255)—, la existencia de una identidad cubana transracial se afirma y sus orígenes se ubican en el proceso de independencia multirracial y anticolonialista del siglo XIX.

III / Otra vez la guerra

CAPÍTULO 6

Identidades insurgentes
Raza y la invasión a Occidente. 1895-1896

Los activistas por la independencia estuvieron conspirando 15 años por lograr una exitosa revolución contra España. La nueva conspiración, que organizó el Partido Revolucionario Cubano de José Martí, convocó a realizar levantamientos simultáneos por toda la Isla durante la segunda quincena de febrero de 1895. Tal como se había planeado, el primer domingo de carnaval, el 24 de febrero, los revolucionarios se alzaron para proclamar la independencia una vez más en el este de Cuba y, por primera vez, en la occidental provincia de Matanzas, una próspera región azucarera, colindante con la provincia de La Habana.

En Oriente, la insurgencia no tardó en echar raíces, más o menos como había ocurrido en 1868 y 1879. La autoridades españolas anunciaron públicamente la debilidad del nuevo esfuerzo separatista, pero en privado confesaban su alarma ante la efectividad de las fuerzas rebeldes y el grado de apoyo que habían recibido de los súbditos coloniales antes leales. A los pocos meses del estallido de la guerra, el capitán general Arsenio Martínez Campos, el arquitecto del pacto de 1878, predijo incluso que si los funcionarios pudieran negociar otra vez la paz a cambio de reformas, las convicciones antiespañolas eran tan fuertes y estaban tan difundidas, que al cabo de 12 años estarían de nuevo en guerra. Trasmitió a su superior cómo percibía la atracción que ejercía la insurgencia y su propia impotencia: "Cuando se pasa por los bohíos del campo no se ven hombres, y las mujeres, al preguntarles por sus maridos ó hijos, contestan con una naturalidad aterradora: 'en el monte, con fulano [oficial mam-

bí]'(...) [Pero cuando] ven pasar una columna [española], la cuentan y pasan los avisos voluntariamente [a los rebeldes] con una espontaneidad y una velocidad pasmosas".[1]

Incluso, cuando la vida diaria parecía transcurrir tal como lo hacía antes del estallido de la guerra, las autoridades sospechaban que existía una colusión entre campesinos y trabajadores, por un lado, y el mambisado, por otro. Sus sospechas no estaban infundadas. En la zona de El Cristo, activa en las dos insurrecciones anteriores, los habitantes permanecían en sus hogares, atendiendo sus campos y faenas tal como lo hacían antes. Pero las autoridades se percataron pronto de que ocultaban armas en los bosques vecinos y se juntaban con regularidad para lanzar ofensivas antiespañolas. Organizaban actos de sabotaje, aprovechando la noche, pero no dejaban de anunciar a las autoridades que sus acciones eran acciones de guerra. Y durante una serie de rápidos asaltos nocturnos en esa zona, a cada uno lo precedió un sonido provocador y colectivo de cornetas.[2] En algunos pueblos y subregiones orientales, era tan generalizado el apoyo a los insurrectos y tan evidente la debilidad inicial de España, que muchos cubanos del campo llegaron a pensar que las fuerzas españolas habían sido derrotadas y que las fuerzas cubanas ya habían asumido el control del territorio. El alcalde de Guantánamo, antigua plaza fuerte conservadora, se lamentaba de que los pocos súbditos leales que quedaban no se atrevían a contradecir esas noticias, porque se encontraban "completamente aislados y rodeados de enemigos".[3]

Las fuentes cubanas confirman los peores temores de las autoridades españolas y los alarmados realistas. Antonio Maceo, quien no pudo retornar a Cuba para la segunda guerra en 1879, lo consiguió esta vez en abril de 1895. Durante sus primeros meses de contienda armada en el este, escribía regularmente a su esposa —un signo de que la guerra aún no era muy ardua—. En esas cartas hacía alarde de la organización de los soldados, de la ausencia de fuerzas españolas para combatirlos y del apoyo que recibían en todo el campo oriental.[4] Tan evidente resultaba la fuerza de la temprana insurgencia en el este, que las autoridades españolas no siempre se molestaban en enfrentarla.

Como de costumbre, el Occidente era una historia diferente. Aquí fracasó el intento inicial de alzamiento, como había ocurrido

en 1868 y 1879. En La Habana y Matanzas, quienes despertaban sospechas de ser conspiradores fueron rodeados y detenidos, deportados o ejecutados. Se mantuvieron activos algunos pequeños grupos insurrectos, pero las fuerzas españolas, favorecidas por el terreno llano y las líneas de ferrocarril, mantuvieron la zona libre de serias amenazas insurrectas.[5] El capitán general español se vanagloriaba de que el movimiento independentista había sido derrotado en menos de seis días, mientras la prensa aseguraba a sus lectores que el nuevo movimiento tenía poca significación militar y política.[6] Por tanto, en sus inicios, nada indicaba que esta rebelión sería diferente a las anteriores. Algunas fuerzas insurrectas locales incrementaron sus actividades a mediados de año, pero, como en las décadas del 60 y 70, las rutinas diarias de la vasta mayoría de los habitantes de la Cuba occidental, no se veían muy afectadas por las distantes movilizaciones militares en el este.[7]

Sin embargo, antes de finalizar el primer año de guerra, todo esto cambiaría, a medida que el ejército mambí conseguía lo que antes nadie fue capaz de lograr. Penetraron en la mitad occidental de la Isla y celebraron la llegada de 1896 con la ciudad de La Habana a la vista. Después de año nuevo, prosiguieron su marcha con rumbo oeste hasta llegar a Mantua, el pueblo más occidental de Cuba. Éste era un pequeño poblado, no muy próspero ni bien defendido, pero la llegada allí de los insurgentes era rica en significado simbólico. La original trocha española, una fortificación construida en Puerto Príncipe para impedir el acceso de los revolucionarios a la parte occidental, carecía ahora de sentido. Éstos atravesaron Puerto Príncipe y no se detuvieron hasta llegar a la costa occidental. Unos 2 000 soldados cruzaron la trocha y penetraron en el oeste de Cuba, y casi por dondequiera que pasaban y allí donde se detenían, su número no dejaba de crecer. Anunciaba su llegada el humo de ingenios y cañaverales, y su salida, las ausencias que se acontecían cuando vecinos, amigos, amantes y familiares seguían a los invasores. En 90 días y 78 marchas recorrieron, según las estimaciones de un historiador, 1 696 kilómetros, entablaron 27 batallas de gran magnitud, tomaron 22 pueblos importantes, y capturaron más de 2 000 rifles, 80 000 municiones y 3 000 caballos.[8] La invasión a Occidente por el Ejército Libertador fue entonces una audaz y decisiva maniobra militar.[9]

No obstante, además de su significación militar, la invasión fue un arriesgado logro político y una encrucijada en el curso de la independencia. La campaña al occidente se había malogrado durante la Guerra de los Diez Años, y en gran medida, este fracaso en penetrar y sostener una gran contienda bélica en las ricas regiones azucareras del oeste, llevó a los jefes a atribuirle el fracaso de aquella guerra. Por ende, en 1895, los insurrectos realizaron algo que no tenía precedentes: penetraron en Occidente y, con el apoyo activo de muchos de sus habitantes, acumularon las fuerzas necesarias para convertirse en la más mortífera de las amenazas al dominio español en Cuba.

La invasión y sus consecuencias nos permiten comprender lo mucho que había cambiado la sociedad y el movimiento independentista cubano durante los años que siguieron a la Guerra Grande y a la Guerra Chiquita. La rebelión occidental, inconcebible una década y media antes, alcanzó durante 1896 un resonante éxito. El Estado colonial seguía denigrando el movimiento cubano con alusiones a la guerra racial, pero esas acusaciones ya no funcionaban como lo habían hecho en las décadas del 60, 70 y 80 del siglo XIX. El fin de la esclavitud racial, el blanqueamiento de la población y de la fuerza de trabajo mediante la inmigración española, y el florecimiento de una propaganda nacionalista que exaltaba y neutralizaba al mismo tiempo la participación de los negros en la independencia, significaban que las caracterizaciones españolas caían, si no en oídos sordos, por lo menos en otros que deseaban tomar en consideración interpretaciones alternas y dar la bienvenida a un ejército compuesto en su mayor parte por negros y dirigido por oficiales tanto blancos como de color. El éxito del plan invasor revelaba así los profundos cambios ocurridos en la comprensión, tanto popular como de la elite, de la raza y la nacionalidad, pues en 1895, el arribo de un ejército en su mayoría de negros a la rica mitad occidental de la Isla, había dejado de ser causa automática de un difundido rechazo. Pero el éxito de la marcha invasora tenía sus límites, y el recibimiento que daban los habitantes occidentales al ejército mambí solía ser muy ambiguo. Las viejas tensiones quedaron al desnudo y las nuevas divisiones que afloraron como consecuencia de la invasión y luego durante la transición a la paz en 1898, no sólo la

hondura del cambio en la sociedad cubana, sino también los límites de esa transformación. Revelaban aquellas cosas que no eran todavía (o ya) política o ideológicamente posibles.

Llegan los invasores

Que la invasión haya alcanzado un éxito total atestigua cuán profundamente había cambiado la sociedad cubana desde la irrupción de la insurgencia nacionalista en 1868. Recordemos que mediada la década del 70, cuando Máximo Gómez y otros cabildeaban por una invasión insurrecta del oeste, la mayoría de los jefes rebeldes la frustraron. Su rechazo al plan de Gómez emanaba, en parte, de un repudio al liderazgo de Antonio Maceo. En aquel momento no podían imaginar un ejército mambí encabezado por un hombre de color y diseminado por territorios donde la mayoría de la población vivía y trabajaba como esclavos. Podían haber soñado con la destrucción de la propiedad occidental y la negación de sus beneficios al Estado colonial y a sus partidarios. Pero fantasías más poderosas sobre un ejército victorioso, con mayoría de negros, que daba candela y tomaba venganza, los hizo abandonar la invasión deseada. Durante la Guerra Chiquita, en 1879-1880, las dudas en cuanto a los motivos políticos de Maceo y los temores de que su liderazgo podría servir de apoyo a las representaciones españolas del movimiento como una guerra racial, lo mantuvo fuera de la Isla mientras duró la guerra. Al referirse a las consecuencias de esos fracasos, el general Antonio había argumentado que la resistencia a su liderazgo dimanaba, ante todo, del hecho de "no ser blanco". Y pese a contar con algunos blancos entre sus partidarios, también eran blancos quienes se le oponían, porque "no quieren ser mandados por los de su clase".[10] En 1884 llegó a la conclusión, con más prudencia entonces, de que "las preocupaciones sociales por la que su país sufría" no hacían más que convertirlo en un objetivo, y su preocupación por la unidad y el éxito del movimiento independentista le permitió concluir que él no podría ser el líder de cualquier futuro cubano.[11] Pero cuando, poco más de una década más tarde, el Ejército Libertador llegó a las puertas de la ciudad de La Habana, la esclavitud llevaba nueve años muerta, y el líder de los

combatientes mambises no era otro que Antonio Maceo, el hombre cuyo liderazgo había sido inconcebible en Occidente dos décadas antes.

En una elaborada ceremonia pública, el aristócrata y anciano presidente de la República en Armas, Salvador Cisneros Betancourt —el hombre a quien Martí elogió por haber enterrado a su hija en la misma tumba de un negro que había sido esclavo—, confió simbólicamente a Maceo el futuro de la república. Envolvió los hombros de Maceo con una bandera confeccionada por las mujeres de la villa de Tínima, y elogió su valor y su fidelidad. Al día siguiente partió el general Maceo, acompañado por Máximo Gómez, jefe del Ejército Libertador, y apoyado por Quintín Bandera, el veterano oficial negro de las dos primeras guerras, que ahora conducía una segunda división hacia el oeste por la costa con el fin de distraer el fuego y la atención del enemigo y proteger así las fuerzas que encabezaban Maceo y Gómez. En cada pueblo que capturaban en su marcha hacia el oeste, la banda de música de Maceo exhibía la bandera de la ceremonia de Tínima, y a dondequiera que llegaban interpretaba el himno (ahora nacional) ante un público que tal vez nunca la había visto o lo había escuchado.[12]

Pero la transformación y unidad que parecían caracterizar la invasión del occidente en esos momentos triunfales de finales de 1895, no excluía cierto grado de ansiedad y tensión presentes en su inicio mismo. Por ejemplo, si tomamos como evidencia del cambio social el hecho de que Maceo fuera capaz de conducir con éxito las fuerzas rebeldes fuera del oriente cubano, de inmediatamente debemos observar que salir de ese territorio no resultó fácil, y que los obstáculos a su salida fueron tanto cubanos como españoles. Los problemas de Maceo afloraron desde que salió, inmediatamente después que el gobierno civil lo designara segundo al mando del Ejército Libertador y jefe de la proyectada invasión de la región occidental. Cuando en su doble papel y siguiendo las instrucciones del jefe del ejército Máximo Gómez ordenó a los jefes de los dos cuerpos orientales que entregaran una buena parte de sus tropas para la invasión, tropezó con obstáculos que amenazaban el éxito del empeño. Bartolomé Masó, el general blanco que mandaba el Segundo Cuerpo, desatendió las órdenes de Maceo, interceptó sus cartas, nunca reunió a sus

tropas y prohibió a sus oficiales subalternos que participaran en la marcha hacia el oeste. Cuando un Maceo frustrado, después de repetidas advertencias y órdenes al renuente general blanco, buscó ayuda en el gobierno de la República en Armas, éste vaciló. Creyendo actuar en calidad de segundo al mando de todo el ejército, Antonio Maceo ordenó entonces la separación de Masó de su cargo. Aunque ambos generales apelaron al gobierno, éste rehusó admitir la destitución del general blanco por Maceo, declinó reconocer la legitimidad de las órdenes de éste, y le ofreció a Masó su protección.[13]

En el tenso forcejeo entre Maceo y los más altos oficiales de la organización independentista, lo que más se debatió fueron los límites de la jefatura de Maceo.[14] Y siempre aparecía alguien deseoso de señalar que éste había sobrepasado esos límites. Tomemos, por ejemplo, su decisión de reabrir el periódico rebelde *El Cubano Libre,* fundado durante la Guerra de los Diez Años. Que Maceo añadiera al periódico el subtítulo de "Órgano Oficial de la Revolución en Oriente", hizo que los miembros del gobierno insinuaran que aquél se había excedido en su autoridad. Entonces, el presidente Salvador Cisneros, el hombre que dos meses más tarde envolvería al general Antonio en la bandera independentista, le expresó a otro dirigente civil cómo: "me temo que la hormiga quiera criar mucha ala y esta ambición desmedida nos da mucho que hacer. José Antonio Maceo que se conforme con sus laureles militares y será bueno que usted *le aconseje que se conforme con ser jefe de expedición y deje la política a un lado,* pues nosotros y parte de Oriente no admitiremos otra cosa que no sea un gobierno republicano democrático".[15] La disputa en torno al subtítulo del periódico reflejaba, en parte, los reiterados debates sobre la línea divisoria entre la autoridad civil y la militar. Pero también resultaba claro que cuando las acciones de Maceo hacían confusa esa línea en constante movimiento, los problemas que surgían también guardaban relación con el papel que correspondía a los jefes militares negros. El que uno de ellos pareciera adoptar algo que se pareciera a una posición política, originaba graves acusaciones de ambiciones egoístas y de fines innobles.[16]

Pero esos obstáculos al liderazgo de Maceo perdieron importancia cuando él, Gómez y los demás invasores llegaron al occi-

dente, a medida que gente de todo tipo se pasaba en grupos a las filas revolucionarias; Maceo, en particular, capturó el interés de observadores extranjeros. Conocido ya como el Titán de Bronce, Maceo era el hombre que había repudiado la paz de España en 1878, el hombre cuyo cuerpo, convertido en leyenda, estaba cubierto de cicatrices de guerra. Las mujeres acudían a cantar a sus campamentos provisionales, y los hombres peleaban por conseguir que él los mirara, por saludarlo o, incluso, sólo por oír su voz. Como demostró la historiadora Aline Helg, Maceo se había ganado el respeto y la admiración de los negros, que corrían a unirse a sus fuerzas. Pero también el de los blancos, como es el caso de Israel Consuegra Guzmán. Dio su caballo a Maceo y después se jactaba de que "el Titán me había dirigido la palabra, a mí, que era un humilde cabo de 18 años de edad".[17] En la ciudad de La Habana, los jóvenes que se pasaban la mayor parte del día hablando de política y arte en el café del hotel Inglaterra —lugar conocido como "la acera del Louvre"—, se reunían ahora para contarse las proezas militares de los generales. Muchos de ellos abandonaron las comodidades de La Habana para irse a buscar a los invasores. Un contemporáneo observó que los "hacíanse lenguas muchachos que vieron a Gómez y a Maceo de la cultura de éste, del buen juicio y tacto de aquél. No eran sólo, a su decir, dos grandes capitanes, sino dos grandes estadistas, profundos conocedores de los problemas políticos, y dotados de las más altas miras". Los clientes del café Habana "pondera[ban] su perfecta organización y su severa disciplina. Los impuros elementos con que en su principio hubieron de nutrirse," suponían ellos, "o se habían transformado, o estaban sometidos; y el ejército invasor no sería un peligro, sino una garantía para el día del triunfo".[18]

La aceptación del liderazgo de Maceo y de la insurgencia multirracial por los occidentales blancos, llevaba implícito el repudio del familiar argumento de que los mambises eran salvajes, bandoleros y hombres de color, cuya victoria significaría la ruina de la sociedad civilizada. Los anuncios de una guerra racial consiguieron alejar a los partidarios potenciales de la insurgencia en los inicios de la década del 70 en Puerto Príncipe y en 1879-1880 en Oriente; pero, en 1896, esos anuncios no originarían la misma respuesta. Con esto no queremos decir que las referencias espa-

ñolas al predominio negro y a la guerra racial no causaban efecto. Los funcionarios españoles seguían insistiendo en que el movimiento independentista era una guerra racial, y algunos no dejaban de afirmar que Maceo comandaba "hordas salvajes" que violaban a inocentes mujeres a su paso.[19] Del mismo modo, los insurrectos que se rendían podrían seguir denunciando que los negros sobrepasaban en número a los blancos y que la guerra no era más que una cuestión de raza.[20] E, incluso, aquellos que sentían simpatía por la causa independentista estuvieron convencidos, en las primeras etapas de la lucha, de que el movimiento era "cosa de negros, allá por Santiago de Cuba".[21] Reacciones como éstas significaban que los jefes revolucionarios todavía pensaban que era de su incumbencia destacar la presencia de blancos distinguidos en sus filas, negar la posibilidad de una guerra racial y afirmar que las referencias a la rebelión negra no eran otra cosa que instrumentos del Estado colonial.[22]

A pesar de estas constantes expresiones, mucho había cambiado la forma en que circulaban y funcionaban los argumentos habituales en el contexto de la invasión, a medida que los insurrectos del este, a quienes la prensa desde hacía tiempo llamaba negros y peligrosos, llegaban a regiones antes inmunes a sus amenazas. Cuando hacían su entrada en pueblos y fincas, los residentes occidentales, con todas esas imágenes y rumores sobre los peligrosos invasores negros en algún rincón de su conciencia, estiraban sus cuellos para contemplar por primera vez a los notorios mambises, y juzgar entonces por sí mismos.

Insurrectos a la vista

Cuando los no combatientes (o combatientes potenciales) veían el ejército invasor, comparaban ese ejército con las permanentes denuncias de los colonialistas de la guerra racial, así como con las más nuevas afirmaciones independentistas de que semejante guerra resultaba imposible: mientras el Ejército Libertador marchaba hacia el occidente, las historias y rumores de que se aproximaba precedían su arribo. Estas historias revelaban el continuo poder de las viejas imágenes de la ascendencia negra, pero también el escaso conocimiento de otras regiones de la Isla,

las comunidades occidentales habían escuchado sobre hombres armados provenientes de la región caracterizada como la cuna de una rebelión predominantemente negra desde fines de la década del 60. En pequeños pueblos occidentales y en fincas e ingenios ubicados en el camino del ejército invasor, la gente decía: "viene Maceo, viene Máximo Gómez... y ahí viene también Quintín Bandera al frente de los negros con narigones".[23] La circulación de semejantes rumores condicionaba el modo como los occidentales —incluso, los simpatizantes— veían a los soldados y oficiales llegados desde el oriente.

Cuando los invasores observaban cómo los miraban, parecían comprender que el hecho de que los vieran era inseparable de todas las historias y rumores que ahora escuchaban, y de las historias que habían escuchado durante décadas. Bernabé Boza, un oficial blanco de la columna de Máximo Gómez, describió la llegada de los insurrectos al pueblo de Roque, en la provincia de Matanzas, donde los funcionarios locales salieron a saludarlos y a suplicarles que no hirieran a ninguno ni quemaran su pueblo. Se calmaron, decía Boza, cuando se percataron de que los independentistas eran hombres de honor, y estaban felices, "sobre todo", porque los soldados cubanos no eran "hordas salvajes de negros asesinos con argollas en las narices".[24] Escenas similares de nerviosismo y alivio se repitieron por todo el territorio invadido. El recibimiento que les dieron en el pueblo de Alquízar, en la provincia habanera, por ejemplo, resultó más entusiasta, aunque todavía ambivalente: "Todos los establecimientos estaban abiertos como para demostrar la confianza de sus dueños en la honradez de los invasores (...) La multitud de personas apiñadas en las puertas, ventanas y portales (...) de las casas no cesaban un instante de gritar, dando frenéticos vivas a Máximo Gómez, Antonio Maceo y a Cuba libre e independiente. Yo creo que había mucho miedo mezclado con aquellas manifestaciones tan bullangueras (...) Me parece que aquellos ojos tan abiertos de mujeres y niños ocultaban o encubrían mal el temor o espanto que les causábamos; y que al registrarnos con la mirada, buscaban nuestras caras, ya que no veían las argollas colgando de las narices con que nos anunciaban los españoles, algo horrible y feroz que tal vez nos suponían y que se admiraban de no encontrar".[25]

Cuando el oficial concluyó la descripción de sus miradas de asentimiento escribiendo que "vale más que sea así" —esto es, que no encontraran semejantes signos—, Boza mostraba estar de acuerdo con la gente del pueblo y compartir la satisfacción de ellos, al saber que los mambises no llevaban argollas en las narices ni presentaban signos de ferocidad o salvajismo. Por unos momentos se vio a sí mismo a través de los ojos de ellos y apreció el hecho —ahora desde ambos lados— de que los insurrectos eran, según el lenguaje de la época, hombres civilizados y honorables. Pero, al verse a sí mismo con los ojos de ellos, también comprendió lo imponente que debía ser "una columna de cinco o seis mil hombres de caballería, vestidos (al parecer y a cierta distancia) de negro, marchando con una rapidez vertiginosa y con imperturbable audacia (...) Los españoles nos llamaban la ola negra!" La tierra colorada que soltaban los cascos de sus caballos los cubría de un polvillo rojizo y les daban, según Boza, "una facha horrible y grotesca. Los negros sobre todo se ven muy extraños con bigotes, cejas, pestañas y pelo colorados".[26]

En las dos primeras guerras, las autoridades y sus aliados utilizaron el espectro de la guerra racial para ayudar a derrotar la insurgencia armada. Pero en los años anteriores a esta contienda del 95, los activistas de la independencia argumentaron que esas acusaciones de guerra racial eran simplemente maniobras españolas para dividir y derrotar el movimiento por la soberanía política. Ahora, a finales de aquel año, cuando los insurrectos —muchos de ellos negros o mulatos, y muchos también oficiales negros y mulatos— llegaban desde lejanas provincias, los occidentales parecían verlos con ambos argumentos en el fondo de su mente.

Por ejemplo, José Isabel Herrera, un trabajador azucarero negro de 15 años y nieto de una partera nacida en África, solía conversar con sus amigos acerca de la inminente invasión y se preguntaba en voz alta si era verdad que los insurrectos negros llevaban argollas en las narices. Que los que venían del este llevaran argollas en las narices —que pudieran ser más africanos que criollos, más extranjeros que cubanos— seguía siendo un asunto admisible, incluso, para un joven obrero negro. Uno de los amigos de Herrera, incapaz de contener su curiosidad, viajó un

poco hacia el este para echar un vistazo a los invasores. Regresó con una respuesta de peso por ser la experiencia de un testigo presencial: había visto a los insurrectos y no llevaban argollas en las narices. Herrera repitió esta historia a aquellos con quienes conversaba. Pero no lo hizo sólo para desacreditar las acusaciones, sino también para comprobar si sus amigos le creían y para "conocer su opinión sobre lo que ellos decían" [de los invasores].[27] Para Herrera y sus amigos, los infundios españoles sobre insurrectos negros con argollas en las narices resultaban creíbles. Pero también, igualmente probable que esas imágenes fueran fabricadas. Por tanto, decidieron investigar el asunto ellos mismos. Pero incluso después de descubrir que los cuentos eran falsos, podrían emplear el hecho de su posibilidad para ayudar a calibrar las posiciones políticas de quienes los rodeaban. El momento de la llegada de los invasores a las fincas y pueblos occidentales estaba, pues, muy cargado de contradicciones: era un momento de juicio, en el cual las percepciones viejas y las dudas nuevas sobre la relación entre raza y nación, se afirmaban, negaban y modificaban, todo en el acto de ver a los mambises sin argollas en las narices.

El momento del arribo también estaba cargado por otras razones, pues, en ese momento, los occidentales veían algo más que hombres cubiertos de polvo rojo o vestidos de negro. Veían inmensas columnas de hombres que llegaban, pero los seguían altas oleadas de humo y el olor del azúcar quemada. Y antes que ellos, llegaban las historias y descripciones, no sólo del color y la vestimenta, sino de las acciones: de combatientes que quemaban los campos y las máquinas de las fincas, y que saqueaban las casas y tiendas de los pueblos. Escuchaban las historias de insurrectos que secuestraban a españoles, asaltaban trenes, se llevaban cerdos, destruían cosechas, como también oían otras de tropas disciplinadas y de hombres honorables y heroicos. Por ende, la gente en el camino de la invasión poco podía saber de lo que ocurriría cuando aquéllos arribaran. Esa temible incertidumbre, no sólo relacionada con la raza y la cultura, sino también con la subsistencia y la supervivencia, conformaba el momento del encuentro.

Debido a que uno de los principales propósitos de los insurrectos consistía en debilitar la economía colonial e impedir el desenvolvi-

miento normal de los negocios, prohibían periódicamente que la gente trabajara, aunque quisiera hacerlo. Bernabé Boza describió la hostilidad de los campesinos habaneros, a quienes tenían que sacar a la fuerza de sus arados: para ellos, los insurrectos quemaban los instrumentos de trabajo y las máquinas, mientras explicaban que "aquí en Cuba no trabaja nadie, hasta que no tengamos paz, que será el día que tengamos patria". Cuando los incrédulos campesinos preguntaban qué comerían si no podían trabajar, les respondían, "lo que encuentren", a lo que los campesinos hacían simplemente el signo de la cruz, "como si escucharan decir un sacrilegio". Como vemos, el recibimiento de los insurrectos solía estar moderado por el nerviosismo y el miedo a lo que el mismo Boza se refería como un "hambre devoradora y devastadora" que se originó a raíz de la llegada del contingente invasor y la guerra.[28]

Mientras algunos se horrorizaban o temían a lo que los revolucionarios podrían provocar o hacer, otros esperaban su llegada ansiosos por incorporarse a la invasión. En estos casos, la distinción entre invasor e invadido perdía mucho de su significado a medida que los habitantes de los pueblos y los trabajadores de las fincas, se unían a las fuerzas mambisas, se apropiaban de bienes de tiendas, quemaban casas, reclutaban hombres, y acto seguido se dirigían al siguiente pueblo que les quedaba en el camino. De hecho, el pillaje por el que se condenaba públicamente a los insurrectos, solía ser obra de la gente de la localidad. Se trataba de eventos en gran medida públicos y colectivos, en los cuales las comunidades no sublevadas (los trabajadores de las haciendas o los habitantes de los pueblos) participaban junto con éstos. Por ejemplo, cuando el 5 de enero de 1896, los insurrectos invadieron el ingenio Tesorero, en la provincia de La Habana, se dirigieron directamente a la tienda de la plantación. Un negro llamado Dionisio Sandoval, trabajador de una hacienda cercana, "fue el primero en saltar tras el mostrador". Sus compañeros, todos negros, lo siguieron y empezaron a llevarse las mercancías de la tienda. Uno de ellos, Rosendo Sandoval, estimó la distribución de los artículos entre los presentes. Destinó una parte de ellos para algunas mujeres de color que vivían en el barracón de la hacienda. Según los entregaba, gritaba "¡Viva Cuba Libre!";

destapó botellas de cerveza y sidra y todos ("incluso las mujeres") brindaron y bebieron. Después del saqueo ordenaron al dueño que abandonara la hacienda, informándole que "allí ya nada tenían que hacer que ya Cuba era libre".[29]

En los poblados tenían lugar escenas similares. A menudo, sus habitantes les señalaban a los insurrectos la ubicación de establecimientos locales, como ocurrió, cuando éstos llegaron a Güines, un pueblo de la provincia habanera. Un residente los recibió gritándoles "¡Viva Cuba Libre!", e indicándoles las tiendas y las casas importantes para que las saquearan. Entonces los ayudó a realizar su tarea.[30] Un oficial negro de la localidad, Raimundo Matilde Ortega (conocido también como Sanguily), arribó el 22 de junio a Sabanilla del Encomendador, con una fuerza de unos 300 hombres, la mayoría de ellos negros y mulatos. Llegaron casi sin armas y muchos montados por parejas en los caballos, con un aspecto que, según un observador español, "parecía más gente de una comparsa que militares". Una vez en el pueblo, quemaron unas 15 edificaciones, saquearon varias tiendas de víveres propiedad de chinos y españoles, y robaron algunos caballos. Mas, ellos no se llevaron todas las mercancías que se apropiaron. Antes de abandonar el poblado, distribuyeron parte de lo que habían cogido entre los residentes negros que allí se habían reunido para observar lo ocurrido. Otros testimonios del lugar señalaban que, inmediatamente después de la partida de los insurrectos, los residentes comenzaron el pillaje a los gritos de "¡Viva Cuba Libre, todo es de nosotros, ciudadanos!" Los funcionarios españoles percibieron claramente el vínculo entre los insurrectos y los negros residentes en el pueblo, pues tan pronto como los primeros abandonaron la localidad, las fuerzas españolas iniciaron una amplia represión cuyas víctimas fueron sólo los residentes de color. Ejecutaron, sin juzgarlos, a unos 64 negros y mulatos; muchos otros fueron arrestados y desaparecieron, mientras que unos 1 000 buscaron refugio en la capital provincial de Matanzas.[31]

Durante estos asaltos, los soldados cubanos atacaban los objetivos usuales, pero hacían algo más que explorar, señalar como centro y atacar a los enemigos descubiertos. También identificaban a los aliados potenciales. Por consiguiente, del mismo modo que los invadidos observaban y juzgaban a los insurrectos que

llegaban, éstos evaluaban a la gente que los recibía y decidían a quién asaltar y a quién incorporar a sus acciones y a sus huestes. Aunque el resultado de esta evaluación mutua entre invasores e invadidos, pudo haber variado mucho en los distintos poblados y fincas del territorio occidental, algo quedó en claro. A medida que las fuerzas invasoras se dirigían más al oeste, más y más fuerza acumulaban. En el momento en que la tropa invasora llegó a Cienfuegos (justo a un lado del centro de la Isla) a mediados de diciembre del 95, sus efectivos se habían duplicado. Cuando dos semanas después entraron en la provincia de La Habana, algunos dijeron que se vieron obligados a rechazar reclutas. Sus filas se desbordaban y su impedimenta creció tanto, que más bien se convertía en blanco seguro del fuego español.[32]

Muchos de los nuevos reclutas eran trabajadores rurales que, desplazados por la misma guerra, respondían uniéndose a las filas mambisas. La jefatura independentista emitía periódicas órdenes que prohibían la cosecha y molida de la caña. En ocasiones, los dueños y administradores de haciendas, bien por simpatía política o por salvar sus máquinas y fincas (aunque no la cosecha del año), cooperaban con los insurrectos y suspendían la producción. Pero, por cada dueño que la detenía, decenas de trabajadores se quedaban sin trabajo. Este conjunto de desplazados se convertía entonces en terreno fértil para el reclutamiento de combatientes. Uno de esos reclutas era José Isabel Herrera, el joven negro obrero del azúcar que había conversado con sus amigos sobre los argollas en las narices de los insurrectos. Herrera, también conocido como *Mangoché*, trabajaba en una hacienda azucarera en las afueras de San Felipe, provincia de La Habana. Cuando se suspendió el trabajo unos días antes de la llegada invasora, él y sus compañeros de labores abandonaron la plantación y se fueron a la vecina hacienda de La Gía, donde pensaban unirse a las fuerzas de Maceo.[33] Sin embargo, cuando Herrera y sus compañeros llegaron, la mayoría de los insurrectos ya había partido, y con ellos, un número considerable de trabajadores y arrendatarios de la hacienda. Entre los trabajadores de La Gía que siguieron a Maceo se encontraba José Ventura González, un antiguo esclavo de 50 años, quien, según el sorprendido propietario de la hacienda, "merece un buen concepto moral y político".[34]

Incluso, cuando en las haciendas seguían cultivando y moliendo caña en desafío a las órdenes mambisas, las consecuencias para sus trabajadores no resultaban necesariamente diferentes. Las columnas invasoras atacaban los ingenios que funcionaban y, una vez que los cañaverales y la maquinaria quedaban inservibles, los trabajadores volvían a encontrarse sin trabajo y más dados a incorporarse a las filas rebeldes. En la finca El Indio de Santa Clara, el dueño denunció que cuando Máximo Gómez llegó y vio que los trabajadores acarreaban madera para picarla, él y sus hombres mataron los bueyes, quemaron las carretas y unas 20 caballerías de caña y robaron de la tienda de la finca provisiones como vino, tocino y ropas. Y después tomaron la casa principal para poder dormir bien durante la noche.[35] Los trabajadores de esta hacienda se unieron al Ejército Libertador con la misma rapidez que los de aquellas que habían suspendido el trabajo. Y según se multiplicaban los ingenios que dejaban de funcionar, también se multiplicaban los trabajadores que se acercaban a la revolución. Observadores norteamericanos y españoles coincidían en anotar: miles de trabajadores desplazados partían en grupos para unirse a las fuerzas invasoras.[36]

El éxito obtenido por el ejército invasor en el reclutamiento de soldados y oficiales, sus continuas victorias contra las fuerzas españolas y la difundida destrucción de riquezas y propiedades desatada por la "tea incendiaria", sumieron en una honda crisis política a los gobernantes españoles y sus aliados tradicionales. Menos de dos meses después de la llegada de tropas invasoras a los suburbios de la capital, la metrópoli destituyó a Martínez Campos, el pacificador de 1878. Sus métodos parecían ahora más pacíficos que los que exigían las condiciones. Lo sustituyó Valeriano Weyler, el hombre que no demoraría en ganarse el apodo de "El Carnicero". Como habían esperado los funcionarios metropolitanos, Weyler demostró ser más agresivo en sus tácticas. Después de su llegada, muchísimos soldados españoles viajaron a Cuba a luchar con más vigor contra los independentistas.[37] En el frente civil siguió una política de reconcentración, que reubicaba a las familias rurales en pueblos fortificados por los españoles, desde donde no podrían seguir colaborando con el esfuerzo insurreccional. La política, según estimados posteriores de di-

plomáticos, afectó a unos 400 000 cubanos, de los cuales casi la mitad pereció mientras estaban reconcentrados.[38] Weyler dio al Estado metropolitano el puño de acero que sus gobernantes consideraban necesario, pero, como han señalado otros historiadores, su agresividad contribuyó en realidad a completar lo que la exitosa invasión había puesto en movimiento. Los autonomistas, tradicionalmente comprometidos con una solución a la crisis cubana mediante el mantenimiento de algún tipo de vínculo con España, y los ricos terratenientes occidentales, aliados habituales del Estado colonial, acabaron por cuestionar la posibilidad de cualquier solución pacífica bajo el dominio español.

La España de Weyler parecía demasiado reaccionaria y quizás —lo más importante— incapaz de ganar la guerra. Como resultado de esto, muchos de ellos comenzaron a apoyar la revolución. Algunos abrigaban la esperanza de que su apoyo aseguraría el rápido fin de la contienda, y con él, el retorno a la paz y los negocios habituales. También esperaban que su apoyo les daría alguna influencia en la dirección del movimiento que en ese momento parecía destinado a triunfar sobre España. Su presencia en el momento de la victoria podría contribuir a establecer la forma de la nueva república y la naturaleza de su relación con la vieja metrópoli y con la nueva que emergía en Estados Unidos. Para ellos, mucho estaba en juego, por lo cual no quisieron dejar en manos de otros un movimiento que avanzaba.[39]

La invasión y sus resultados habían creado así las condiciones militares, sociales y políticas que permitían que la lucha independentista creciera sobre la base del apoyo de múltiples sectores de la sociedad rural. En distintos grados, esto forzó a los propietarios de plantaciones que buscaban un rápido fin de la guerra, así como a los trabajadores que ésta había desplazado, a brindar algún tipo de apoyo. Las tensiones presentes en la zona rural occidental se reprodujeron consecuentemente dentro de la insurgencia. Por ende, si los conflictos e incertidumbres en cuanto a los medios de subsistencia, la raza y la cultura, conformaron el encuentro entre los invasores y los civiles occidentales, esas tensiones y conflictos resultaron más evidentes y agudos dentro del propio ejército invasor a medida que los soldados y oficiales de diferentes modos de vida hacían juntos la guerra.

Dentro del ejército: los oficiales blancos

Si la invasión atrajo a soldados y oficiales de diferentes posiciones sociales a la revolución, de ello se desprende que el Ejército Libertador era un ejército de diversas clases y razas. En él había hombres nacidos en África que hablaban un español imperfecto, campesinos nacidos en España que tocaban la guitarra y componían puntos cubanos, y oficiales nacidos o educados en Europa que conversaban de ópera, teatro y literatura al caer la noche. Junto a hombres que no podían leer ni escribir había otros que llevaban diarios de campaña, citaban a Goethe y leían a Herbert Spencer.[40] Vastas distancias sociales separaban a los miembros del mambisado. Manuel Arbelo, un oficial blanco de Matanzas, observó esto en su primer día como insurrecto: "A plena vista —escribió—, uno percibía las diferencias sociales que en otras circunstancias dividirían [a los soldados] *en clases* y que en los campos de batalla de la guerra quedaban totalmente borradas". Sin embargo, confesaba que pese a la unidad que se forjaba en ese histórico momento, también le resultaba claro que cada participante tendría un diferente "destino y [el] porvenir (...) pues mientras el que no sabía leer y escribir no pasaría, con raras excepciones, de simple soldado, los que tenían instrucción, desde el instante de su ingreso en las filas del Ejército de la Revolución, eran distinguidos con el grado de Teniente". Los hombres con niveles profesionales, observaba, gozaban incluso de mayores distinciones y con frecuencia se les asignaban cargos relativamente alejados de los peligros del combate.[41] Las plantillas del ejército de la región de Arbelo confirman su primera impresión. En una brigada local, el 65 % de los profesionales servían con grados de capitán u otros superiores, y sólo el 6 % de ellos terminaron la guerra como soldados rasos. No obstante, entre los miembros de la brigada descritos como "de campo", sólo el 1,4 % había alcanzado el grado de capitán u otro superior, mientras que el 75 % terminó la guerra como soldados rasos.[42]

La legislación aprobada por la República en Armas formalizó estas diferenciaciones. Un acuerdo de noviembre de 1895 de la Cámara especificaba que los grados de los soldados que ingresaban asignarían sobre la base de la educación. Los estudiantes que

habían terminado dos años de la enseñanza secundaria recibían el grado de cabo; quienes completaron cuatro grados devenían sargentos; los graduados, segundos tenientes, y así sucesivamente.[43] Serafín Espinosa y Ramos, un joven de Santa Clara que se incorporó inmediatamente después de terminar su bachillerato, recibió de manera automática el grado de segundo teniente. Según otras leyes de la organización política, este grado automático le daba, a su vez, el derecho a un salario tres veces superior al de un soldado raso.[44] Además, el oficial con grados de capitán u otros más altos, tenía derecho a un "asistente". A quienes tenían un grado por encima de coronel, se les asignaban dos. Como en las dos contiendas anteriores, los asistentes casi siempre eran trabajadores rurales negros.[45]

En el ejército mambí existían rígidas divisiones sociales, no sólo en lo concerniente a la concesión de grados, sino también en el ejercicio diario de la vida militar: en la distribución de los suministros, en las formas de la cortesía militar y en las oportunidades de ejercer la autoridad sobre otros. Entre los reclutas de inicios de 1896 se encontraban hombres como Emilio Corvisón, quien había dejado La Habana y sus reuniones regulares con escritores en los cafés y en el Parque Central de la ciudad en busca de una fuerza insurrecta que lo admitiera. En marzo de 1896, como consecuencia de la invasión y de la llegada de Weyler, él y un amigo salieron en tren hacia la provincia de Matanzas, donde encontraron a un pequeño grupo de unos 14 combatientes, "mal vestidos, peor montados y con muy viejas y distintas armas (...) la mayor parte de color, andrajosos, y con caras patibularias". El capitán, un isleño de Canarias, parecía renuente a aceptar a los nuevos reclutas: "nos dijo (...) que lo que el necesitaba eran armas y no hombres y menos de la Habana". Sin embargo, al cabo de un mes, Corvisón parecía ejercer una autoridad aprobada sobre los hombres a quienes se había unido recientemente. Cuando sus compañeros soldados, agotados después de una marcha de cuatro o cinco días, se negaron a salir en busca de alimentos, él los "obligó a forrajear". Y cuando uno de los hombres — "un pardo grande y fuerte, y de muy mala catadura"— insistió en su negativa, Corvisón ordenó que lo pusieran en un cepo provisional. A pesar de ser un recién llegado dispuso de

inmediato del privilegio de mandar y castigar a otros; privilegio que quedó consagrado, al ser promovido a capitán. Al final de la guerra participó en la desmovilización, patrocinada por los norteamericanos, del Ejército Libertador, al cual se había unido poco después de la invasión a occidente.[46]

Hombres como Corvisón, en virtud de su posición social fuera de la lucha armada, esperaban que una vez en ella podrían mandar a otros que en tiempos de paz tenían una posición social inferior. En realidad, ver a hombres blancos de la elite despojados de tal privilegio dentro de las filas insurgentes podía causar confusión. Por ejemplo, cuando el general Gerardo Machado (más tarde presidente) vio al joven Israel Consuegra marchando en las filas como simple soldado de infantería, no pudo contener su sorpresa. Le preguntó con incredulidad: "¿Y tú, qué haces en la infantería, muchacho?" Consuegra, que provenía de la "alta sociedad local", se había unido a la insurrección cuando el ejército invasor penetró en su territorio. La sorpresa de Machado estaba justificada, pues Consuegra estaba en la división de infantería por el oficial que lo mandaba sólo como castigo. Enfrentado a la anomalía de un joven de la elite local que servía como humilde soldado de infantería, Machado sintió piedad por él, lo exoneró de su castigo y lo invitó a ingresar en sus propias fuerzas, en las cuales, de hecho, acabó la guerra como edecán en el estado mayor del general.[47]

No sorprenden que las diferencias sociales presentes en la sociedad colonial cubana se reprodujeran en un ejército como el mambí, que atrajo a gentes de la mayoría de los sectores de esa sociedad. Sin embargo, sí resulta significativo que mientras esas diferencias se reproducían en un lado, se impugnaban en otro por el ascenso de la jefatura negra y la propagación de un discurso nacionalista que exaltaba la igualdad racial, como uno de los pilares de la anhelada república cubana. Las dos tendencias se enfrentaban entre sí en el lado cubano de los campos de batalla, donde hombres como Corvisón y Consuegra, que confiaban en mantener intacta su posición social, trataban de ejercer autoridad sobre soldados que esperaban un cambio radical en la de ellos. Consuegra no sólo aspiraba a que lo exoneraran de servir

en la infantería, sino también a ejercer una suerte de autoridad natural sobre hombres que en tiempos de paz estarían detrás de él por su posición social. Cuando en medio de una marcha encontró a un solitario negro viejo sentado tranquilamente en medio de un cañaveral, dándose un "atracón de caña," Consuegra "sin importarle un pepino" se acercó al presunto holgazán y se dirigió a él "empleando la forma más autoritaria, y dándole a [su] voz la entonación de hombre grande", lo amenazó con pegarle con su machete si no regresaba enseguida a las filas. A pesar de la amenaza, fue Consuegra quien tuvo que salir asustado del cañaveral, pues el negro que comía caña era "nada menos que un coronel".[48] Consuegra vio al negro sentado ante él, y midiendo la respuesta de aquél, según las normas sociales vigentes en una sociedad que distaba sólo una década de la esclavitud racial, asumió que podía mandar, amenazar y castigar físicamente a quien pensaba no era más que un soldado negro. Pero la insurgencia misma había empezado a eliminar esas expectativas, pues mientras que los grados militares solían corresponder con precisión a la posición social, muchas eran las excepciones a la regla como para intranquilizar a aquellos que presumían de gozar de liderazgo natural. En realidad, había un gran número de oficiales negros en el ejército cubano, más de un 40 % según un estimado.[49] Por ello, después del encuentro con el coronel negro, Consuegra de mala gana decidió vigilar su tono en el futuro, por si se tropezaba con "otro moreno cabeciduro y con estrellas" dispuesto a usar el machete contra él.[50]

Aunque Consuegra rememoró el episodio en 1930 con un matiz de diversión, el momento del encuentro entre expectativas que competían en cuanto al lugar social dentro de la insurrección, solía resultar muy volátil. Éste fue el caso de Serafín Espinosa, un joven estudiante de una prominente familia de Santa Clara. El modo en que hizo su debut en la guerra reflejaba su posición de clase antes de aquélla. Esperó a graduarse antes de incorporarse a la contienda armada; se compró un buen par de zapatos como preparación para las penalidades de la guerra, y entonces, en la mañana de su partida, asistió a su habitual lección de piano, para no despertar las sospechas de nadie. Cuando

por fin llegó a un campamento rebelde, se turbó cuando fue objeto de la sutil burla de hombres a quienes identificó como mulatos. Un insurrecto, a quien simplemente llamaban Angelito, lo despreció por ser un "novato" y se dirigió públicamente a él con "palabras soeces". Espinosa recordaba haber sentido "que toda la sangre [le] subía a la cara y [lo] ahogaba la vergüenza". Cuando enfrentó al hombre de color que lo había ridiculizado, lo llamó insolente y mal educado, y le recordó que no le había dado permiso para dirigirse a él con el familiar tú en vez del más respetuoso y deferente usted.[51]

Mucho se ha escrito sobre el uso del tú (o sus equivalentes en otras lenguas) con personas de un nivel social superior en el contexto de sublevaciones sociales. Utilizar la forma familiar de trato con una persona de posición social más elevada, se ha considerado tradicionalmente ofensivo; pero, en medio de la insurgencia, las convenciones del tú y el usted, o sus equivalentes, generalmente se derriban.[52] Sin embargo, en este caso, el hablante no empleó el término familiar contra el enemigo de su ejército, sino al dirigirse a uno de los miembros de éste. Hombre de posición social en su comunidad, Espinosa esperaba que esa posición se respetaría dentro de la revolución. Cuando percibió que otros hombres inferiores a él por su posición social —a pesar de ser "hermanos en armas"— lo trataban con una evidente falta de respeto, trató de imponer la etiqueta social y racial de la cual se beneficiaba en tiempos de paz.[53] Combatientes como Corvisón, Consuegra y Espinosa esperaban que las normas raciales y de clase que regían la interacción social, seguirían vigentes en medio de la lucha anticolonialista.

Dentro del ejército: los soldados negros

No obstante, muchos de los hombres que aquéllos consideraban como subalternos militares o sociales, confiaban en que el proceso de librar una guerra unificada por Cuba Libre anularía las normas que otros, dentro de la revolución, intentaban preservar. Esta tensión resulta decisiva para entender no sólo la vida interna de la insurgencia, sino también el constante forcejeo entre racismo y antirracismo que conformó el movimiento inde-

pendentista y la relativa paz que consiguió una república en el 98. Si el ejército mambí se parecía a la sociedad esclavista colonial de la que había emergido, también se asemejaba a su antítesis. Del mismo modo que preservaba las distinciones y convenciones de aquella sociedad, derribaba muchas otras, porque en ella había negros y mulatos que habían peleado y encabezado un movimiento que llamaba de manera explícita a la igualdad racial. Así pues, el ejército y el movimiento que éste representaba abrigaban en su interior tendencias que mantenían y subvertían al mismo tiempo el orden social. En una sociedad que había salido de la esclavitud racial hacía menos de una década, a veces estas tensiones correspondían directamente a los conflictos entre oficiales blancos y soldados negros, quienes solían ser antiguos esclavos o hijos de ellos. Las tensiones entre estos dos grupos constituían, de hecho, uno de los dramas que se desplegaban como consecuencia de la invasión hacia los territorios occidentales, donde la esclavitud estaba más enraizada.

Manuel Arbelo era un campesino blanco que cultivaba caña en la provincia de Matanzas; se unió a la guerra pocos días después de la llegada de los invasores y asumió de inmediato una posición de oficial. Al describir las fuerzas locales comandadas por el coronel Eduardo García, escribió que "la gran mayoría de los soldados [que] eran trabajadores de campo, pertenecientes a las dotaciones de los Ingenios, Centrales y Colonias".[54] Igualmente, la división que mandaba el oficial mulato Enrique Fournier estaba formada, decía Arbelo, por "esclavos de hecho, aunque por derecho eran los titulados emancipados, africanos muy pocos, hijos de africanos los más, rústicos, medio salvajes algunos".[55] Dada la identidad que Arbelo atribuía a los insurrectos, no se sorprendió entonces de que, al tratar de restringir los movimientos de los soldados, éstos "se enfurecían y protestaban de que habían salido de una esclavitud —la mayor parte de esos hombres habían sido esclavos— para entrar en otra".[56] Para este oficial blanco y cultivador de caña, las quejas de los soldados derivaban de malentender la noción de libertad: "Sin duda [los trabajadores], se habían creído que al conjurarse para abandonar el trabajo e incorporarse a los Libertadores rompían toda traba y sujeción quedando dueños y señores de sí, en libertad de

hacer y deshacer como si ninguna ley de orden y conveniencia pusiera rémoras a su voluntad. Es la manera de entender la libertad de los seres ignorantes, que han vivido siempre bajo la acción del látigo, confundiendo ese principio fecundo de los derechos y deberes del hombre civilizado con esa independencia personal y colectiva que constituye la precaria existencia de los pueblos que habitan las selvas".[57]

Arbelo, mientras describía el proceso de movilización de las masas desarrollado en el contexto de la emancipación, mostró que la participación en la insurgencia era un medio de hacer tangible la libertad en una sociedad que todavía parecía incómodamente cercana a los días de la esclavitud; es decir, una sociedad en la cual muchos antiguos esclavos todavía laboraban en sus viejas haciendas, donde muchos de sus hijos hacían lo mismo y donde no pocos todavía se conocían públicamente como "de otros".

Los conflictos y deseos que Arbelo observó quizás nunca se evidenciaron más que en su nativa provincia de Matanzas, la rica zona azucarera adyacente a la provincia de La Habana. Matanzas contaba con el mayor número de trabajadores esclavizados en vísperas de la emancipación del 86; y poco antes de 1895, su fuerza de trabajo estaba en su mayoría compuesta por antiguos esclavos y sus descendientes. Pocas oportunidades existían para éstos fuera de las haciendas azucareras, y pocas las personas de color que podían poseer parcelas de tierra o arrendarlas. De los trabajadores agrícolas varones clasificados así, sólo poseían o arrendaban tierras un 2,5 % de ellos.[58]

En realidad, Matanzas era la provincia donde la emancipación de los esclavos parecía haber originado muy pocos cambios en las vidas de los trabajadores rurales negros, en las expectativas de los terratenientes y empleadores blancos, y en los patrones de las relaciones entre razas y clases. No sorprenden entonces que el florecimiento de un movimiento armado que consideraba la lucha por la independencia como una lucha contra la esclavitud (política) y el arribo de fuerzas revolucionarias multirraciales comandadas en parte por hombres negros y mulatos, constituyeran para algunos un presagio de cambio.[59]

Si en toda América Latina, los historiadores han situado los orígenes de la revolución en la resistencia a los cambios económi-

cos y sociales bruscos, la historia de la cubana posterior a la emancipación muestra que los antiguos esclavos que engrosaron las filas del Ejército Libertador compartían la fuerte sensación de que las cosas no cambiaban con suficiente rapidez.[60] Para muchos, la esclavitud y el recuerdo de ella seguían conformando la cultura y la vida diaria. *Aun, en fecha tan tardía como 1897, 11 años después de la emancipación final, los anuncios oficiales de crímenes cometidos identificaban a los sospechosos mediante los nombres de los antiguos amos de aquéllos o de los padres de éstos, lo que manifiesta que más de una década después del fin* de la esclavitud, para muchas personas, la anterior condición de esclavo o hijo de esclavo seguía formando parte de su identidad pública.[61] Dentro del ejército insurrecto, los comandantes blancos hablaban habitualmente de "mi moreno" o de que entregaban o recibían asistentes negros en calidad de "regalos" de otros oficiales.[62] Incluso, los jefes mambises de color seguían siendo identificados en público como antiguos sirvientes. Por ejemplo, al teniente Gumersindo Acea se le recordaba como "el esclavo de Acea". A Raimundo Matilde Ortega, uno de estos oficiales de más alto grado en la provincia de Matanzas, lo describían algunos como sirviente del general blanco Julio Sanguily, razón por la cual se conocía comúnmente como Sanguily y no como Ortega. Cuando terminada la guerra se le preguntó por qué todos lo llamaban Sanguily y no Ortega, no hizo alusión a una relación entre amo y sirviente, o entre empleador y empleado. En lugar de hacerla, dio esta vaga explicación: "porque tres años antes [de la guerra] yo había estado junto con el general Sanguily, Julio Sanguily".[63] La naturaleza de la libertad que los trabajadores negros buscaban en la insurgencia la definían, en parte, las instituciones y la memoria del trabajo servil.

Pero los antiguos esclavos y sus descendientes trataron de hacer tangible la libertad, en la cual, acaso, fuera una de las instituciones más complejas que emergieron de la sociedad colonial cubana: un ejército que, aunque multirracial en su jefatura y composición, reproducía las jerarquías y normas de la sociedad posterior a la emancipación. No obstante, el mismo ejército que re-creaba el privilegio funcionaba de una forma que cuestionaba ese privilegio. No sólo lo hacía armando a los negros, sino también do-

tándolos de un lenguaje nacionalista que entonces ellos empleaban como arma contra el privilegio racial.

Para comprender el modo en que el ejército y el movimiento independentista obraban para reproducir el privilegio de los blancos, aunque también para otorgar poder a los soldados negros, resulta útil referirnos a la inusual figura de Ricardo Batrell Oviedo. Inusual porque, aunque era el típico trabajador azucarero negro que se unía a la revolución como resultado de la invasión de Occidente, fue el único que escribió sus propias memorias de esas experiencias. Nacido en febrero de 1880, días antes del paso legal de la esclavitud al patronato, trabajó desde los 8 años en los cañaverales de la hacienda Santísima Trinidad en Sabanilla del Encomendador, provincia de Matanzas.[64] A los 15 años, en las semanas que siguieron al arribo de los insurrectos a su región, se unió a ellos. Sirvió algún tiempo bajo el mando de Eduardo García, cuyas tropas describiera Manuel Arbelo como compuestas por antiguos esclavos o los hijos de estos que aspiraban a una libertad que no habían conseguido con la emancipación legal. Durante un lapso mayor estuvo a las órdenes de Raimundo Matilde Ortega (Sanguily), cuyas tropas, según un observador, parecían una "comparsa de carnaval".[65] Batrell, quien no podía leer ni escribir cuando se incorporó en 1896 a la lucha, pudo aprender a hacerlo durante los primeros años de la república, y en 1910 escribió (y en 1912 publicó) las únicas memorias conocidas de un soldado negro en la guerra del 95.[66]* En sus memorias, Batrell corrobora el testimonio de Arbelo de que la mayoría de los combatientes cubanos de la provincia eran negros como él. El Regimiento de Matanzas, en el cual sirvió durante la mayor parte de la guerra, estaba compuesto en su casi totalidad por hombres de color, excepto durante un breve período en 1896, cuando incluía a "diez o doce" blancos. Decía que, en realidad, gran parte de los soldados compañeros suyos, como él, provenían de Sabanilla del Encomendador, un pueblo conocido localmente como "la pequeña África". Se trataba de una población en su inmensa mayoría rural, en la cual los negros tendían a ganarse la vida en la agricultura.[67]

Aunque la participación de Batrell y sus vecinos pudo haber sido un intento de otorgarle significado a una libertad legal conseguida diez años antes, también parece ir más allá de eso. Ba-

trell recordaba y representaba su decisión de unirse al movimiento independentista como si hubiera sido estimulada por el ejemplo de Juan Gualberto Gómez, intelectual patriota que se identificaba como mulato y miembro de la raza de color. Batrell abrazó la causa nacionalista, dijo, porque había visto que Gómez, "la verdadera personificación de [su] raza", la defendía, y concluyó que si "ese hombre-'símbolo'" apoyaba la insurrección, entonces "era indudable que convenía".[68] Desde el inicio, Batrell caracterizó su participación en la rebelión como motivada racialmente. Y el mundo que se vio construyendo al pelear en la guerra era un mundo en el cual la gente de color no sólo había conquistado la libertad legal, sino también la igualdad racial.

Ningún episodio de las memorias de Batrell resulta más claro en este sentido que la historia que cuenta acerca de un oficial blanco y su asistente negro. En el relato que hace Batrell del episodio, el coronel insurrecto blanco es gravemente herido en una batalla contra las fuerzas españolas, por lo cual no está en condiciones de continuar la marcha con sus hombres. El asistente del coronel, "un individuo de la raza de color", se echó a los hombros al coronel y anduvo varias millas con él, desde el centro del pueblo hasta una hacienda azucarera en las afueras de éste. Entonces, el asistente también es herido por el disparo de un soldado español y no puede seguir cargando al oficial herido. Como las de aquél eran más serias que las del coronel, éste levantó al asistente negro —que duplicaba su tamaño—, se lo echó al hombro y continuó la marcha, mientras su pierna sangraba más profusamente debido al peso del asistente herido. Batrell describió en detalle el incidente y concluyó entonces: "¿No es verdad, lector, que entusiasma al extremo de que pudiera creerse que ya la humanidad estaba perfeccionada...? Sí es de creerse porque aquello era democracia, con todos sus bellos atributos. Porque [en ese momento] había la 'reciprocidad humana'. Reciprocidad, que todos los pueblos, naciones y hombres civilizados luchan por alcanzar".[69] Para Batrell, la democracia era una forma de reciprocidad. Y la más elevada forma de reciprocidad que puede alcanzarse en una sociedad recientemente liberada de la esclavitud, era la reciprocidad entre el antiguo amo y el antiguo esclavo, entre el soldado negro y el oficial blanco. En ese momento del

equilibrio perfecto, los participantes tanto negros como blancos eran capaces de manifestar esa reciprocidad y superar las divisiones raciales. "Era en esos días —añadía más adelante—, del verdadero 'pueblo cubano'; no había ni preocupación, ni razas. Todo era alegría y confraternidad!"[70] Era éste, insinuaba, la etapa más alta y el fin último de la civilización.

Si las memorias de los oficiales blancos reflejan ansiedades con relación a la posición social, lo que emerge en las de Batrell son los sueños de nivelación social, los de una sociedad libre de la esclavitud y el racismo. "La tierra feliz", fue como un teniente mestizo de la región entendía esto, un lugar de refugio para "los desheredados de todas las naciones que quisieran trabajar, los sedientos de justicia, los que ansiaran una vida tranquila en el seno de una sociedad que tuviera por lema de su bandera: libertad, igualdad, fraternidad".[71] Estas imágenes de fraternidad entre negros y blancos no eran peculiares de Batrell o del anónimo teniente. Resultaban, de hecho, muy semejantes a las que desplegaron en el período inmediato de anteguerra figuras como Juan Gualberto Gómez y José Martí, quienes escribieron sobre hombres blancos y negros que morían unos en brazos de otros. El discurso independentista sancionaba la democracia a la que aspiraban Batrell y otros. De hecho, ese discurso la consideró el fundamento mismo de la nacionalidad cubana. Por esa razón, cuando vieron amenazadas esa democracia y esa fraternidad racial, los oficiales y soldados negros contaban ya con una poderosa arma en sus manos. En el discurso nacionalista encontraron un nuevo vocabulario para atacar el racismo; un vocabulario, además, que no sólo dirigían contra sus enemigos formales, sino también contra su propia insurgencia y sus dirigentes.

En sus memorias, Batrell aseguraba que la guerra de independencia resultó más difícil y peligrosa en la provincia de Matanzas que en cualquier otro lugar de la Isla.[72] Siguió argumentando que en ésta, la más peligrosa de todas las provincias, el peso del trabajo independentista recayó sobre los soldados negros como él. Su propio regimiento, decía, libró más batallas contra las fuerzas españolas que cualquier otro grupo en la provincia. Esta distinción "debió haber sido causa de admiración y afecto" por parte de otros jefes y regimientos. En lugar de ello, el atributo de ser los que más

duro habían luchado y de ser negros, aducía, les ganó a su regimiento y a su jefe el odio y los celos de los demás.[73] Según Batrell, ese odio se manifestaba en conspiraciones contra los jefes de color, en procedimientos judiciales que castigaban injustamente a los hombres negros y mulatos, y en la misma experiencia del día a día de la insurgencia. En un episodio a destacar, su regimiento llevó a una reunión con otro regimiento 17 000 balas conseguidas en arduos y numerosos combates con el enemigo. Allí, él y sus compañeros entregaron las municiones para que pudieran distribuirse entre las fuerzas agrupadas por el jefe militar de la provincia. Sin embargo, el general los dejó con sólo 3 000 balas, mientras que las otras 14 000 se entregaron al otro regimiento que comandaba un oficial a quien llamaban Sosita. La mala distribución de lo que por derecho les pertenecía ocurrió, según Batrell, "sólo porque nuestra fuerza, desde el jefe hasta el último soldado, era toda de la raza de color, y Sosita era blanco, como lo era un gran número de sus soldados". Afirmaba que el "robo" de las balas había sido dictado por "una gran preocupación". Pero también lo condenaba por ser producto de un "espíritu antidemocrático" y una violación de la "justicia patriótica".[74] De este modo, estimaba su postura y la de los soldados negros compañeros suyos más patriótica y democrática que la de sus jefes blancos.

Los dirigentes intelectuales de la independencia cubana hicieron de la igualdad racial un fundamento teórico de la nación cubana. Escribieron, de manera elocuente y romántica, de la sangre que derramaron juntos en los campos de batalla los hermanos negros y blancos, del amor que unos y otros sentían por la tierra esclavizada donde habían nacido. No obstante su sinceridad, estas formulaciones satisfacían la inmediata necesidad de negar a España el arma de la raza. A las imágenes españolas de la guerra racial, los activistas de la independencia les contraponían las imágenes de unidad racial en la guerra contra el colonialismo español. Pero esta retórica, que contribuyó a derrotar las viejas tácticas españolas, también ayudó a preparar el escenario para un potencial conflicto dentro del Ejército Libertador. Constituía un arma contra España, pero también podían utilizarla los soldados de la insurgencia. En tanto que soldado negro, Batrell interpretó el discurso del nacionalismo cubano en el sentido

de que, por lo menos en teoría, un blanco podía llevar cargado a un negro, que esos soldados blancos y negros podían combatir juntos, y que ese hombre de color podía ser compensado justamente por sus labores. Entonces, cuando la práctica no se ajustaba a la teoría, los insurrectos podían emplear ese discurso para reconocer y atacar esa brecha, y, lo que es más, para atacarla no sólo como "racista", sino también como antipatriótica, antidemocrática y, en última instancia, anticubana.

Dos incidentes ocurridos, el primero en el curso de la primera guerra de independencia y el segundo durante la guerra final de 1895, nos muestran los usos que se le daba a ese lenguaje a finales del período independentista. Una noche de 1876, en un campamento mambí, una mujer blanca rechazó las atenciones de un oficial de color. Éste, furioso, insistió en que ella lo había rechazado debido únicamente al color de su piel. Y en medio de su ira la amenazó a ella y a cualquiera que se atreviera a cortejarla en el futuro.[75] Veinticinco años y dos guerras más tarde, durante un baile en otro campamento rebelde, otro oficial negro invitó a otra mujer blanca a que bailara con él. Ella se negó, pues prefería hacerlo con un blanco de menor graduación. El oficial negro también se enfureció y se enfrentó a ella diciéndole: "no quieres bailar conmigo porque soy negro". Según dijeron quienes presenciaron el incidente, el oficial acabó pronunciando un largo discurso sobre el valor, el patriotismo y la igualdad, y condenando por antipatriótico el rechazo de la mujer.[76]

Los dos episodios tienen tantos rasgos comunes que parecen seguir un mismo guión. Ambos ocurrieron a partir de una específica presunción masculina: los deseos del hombre tienen prioridad ante el derecho de la mujer de negarse o resistirse a satisfacerlos. Y en ambos, el negro calificó de racista el rechazo de la blanca. Pero si los dos hechos parecen mostrar el funcionamiento de un mismo conjunto de presunciones en cuanto al género y al sexo, también en ellos resalta una diferencia que resulta crítica para entender como la relación entre raza y nacionalidad cambiaba en el curso de la lucha anticolonial. Si en el primer episodio, el oficial hizo inculpaciones de racismo, el oficial negro de 1895 no se limitó a esa simple acusación, pues insistía en que el racismo también era anticubano.

El lenguaje independentista proporcionó los medios para desafiar las conductas percibidas como racistas y reafirmar los derechos de ciudadanía e igualdad. Además, el poder de esos desafíos se derivaba del hecho de que se sancionaron por el discurso nacionalista, y se dirigieron contra los transgresores dentro del campo revolucionario. Ese discurso no creó el conflicto entre los soldados y sus superiores militares. Pero al hacer del racismo un delito contra la nación cubana (y no sólo contra los soldados negros como individuos), otorgó legitimidad a los agravios de ellos e inmediatez a su percepción de la traición.

El ejército que armó y movilizó a negros como Ricardo Batrell era el mismo que, parafraseando las palabras de Antonio Maceo, respetaba el privilegio de cuna o el de los derechos de nacimiento.[11] Pero ese privilegio que, por un lado, conservaba su vigencia, por otro, era erosionado continuamente por hombres que aspiraban a desmontar las jerarquías que concedían a otros los privilegios que de manera habitual se les negaba a ellos. De cierto modo, podría decirse que esta tensión había existido en el ejército mambí desde las primeras dos guerras; quizá se tratara, incluso, de una tensión inherente a cualquier alianza masiva entre clases y razas. Pero lo específico de la época y el lugar le impartía una fuerza y una volatilidad particulares en el ejército invasor de 1895-1996. En primer lugar, ese ejército penetró en una región de la Isla donde la esclavitud de plantación se había atrincherado más y el fin de la esclavitud había ocasionado menos cambios en las vidas de quienes fueron esclavos. La llegada de un ejército donde los negros eran mayoría, que quemaba cañaverales y hablaba de romper los grilletes de la esclavitud política, parecía decirle al negro de occidente la inminencia de un cambio político y social más sustancial. Que el ejército en cuestión fuera un componente central del movimiento que durante 30 años (y, sobre todo, desde 1886) había hecho de la igualdad racial un pilar de la futura nación, no podía sino estimular el deseo de los cambios. Por tanto, aunque el ejército y el movimiento respetaban y reproducían ciertos privilegios, los soldados negros que ingresaron al contingente invasor los desafiaban, utilizando el poder y la sanción del lenguaje nacionalista para atacarlos.

El ejército mambí también había sido testigo del ascenso de los oficiales de color a cargos de relevancia y autoridad, cuyas acciones y su sola presencia podrían servir para desestabilizar las jerarquías y los privilegios de una sociedad colonial surgida de la esclavitud racial. Ellos podían despedazar esas jerarquías, demandando el reconocimiento según los méritos militares, denunciando lo que los soldados negros también consideraban como racismo, o, simplemente, ejerciendo su poder y sirviendo de ejemplo. Pero si resulta fácil señalar la manera en que la presencia de esa oficialidad de color amenazaba con desmontar las jerarquías sociales y trastornar las rígidas asociaciones entre la blancura y el poder, también es posible vincular las carreras de esos dirigentes con las historias de una revolución traicionada, de promesas antirracistas remitidas a la continuidad racista. Por ejemplo, Batrell contó de oficiales negros traicionados, llevados a consejos de guerra, destituidos de los mandos e, incluso, ejecutados, por delitos de los cuales estaba seguro nunca se habían cometido. Manuel Arbelo, un oficial blanco que estaba al frente de un hospital de heridos, escuchó por casualidad conversaciones entre oficiales negros repletas de acusaciones similares. Esos oficiales recluidos en el hospital de Arbelo solían hablar del "orden social" que esperaban sería inherente a una Cuba independiente; esto es, un orden basado en lo que ellos llamaban "igualdad social", en el cual los tratarían según sus méritos. Pero la reacción de Arbelo ante lo que ellos imaginaban sería la sociedad cubana poscolonial, los hizo sospechar que semejante orden social nunca tendría lugar. Cuando Arbelo insistió en que "la igualdad social era incompatible con las leyes de la naturaleza", lo acusaron de abrigar "sentimientos hostiles y perjudiciales contra ellos por razones sociales". Y el oficial mulato Enrique Fournier ("uno de los más firmes partidarios de esa absurda teoría igualitaria") generalizó las acusaciones, al predecir que "la raza de color, que es la esencia de esta guerra, acabará sacrificándose para que los cubanos blancos puedan seguir explotando su ventaja". Según Arbelo, sus convicciones sólo podrían entenderse como la arrogancia de unos hombres a los que "los accidentes de la guerra habían sacado de la situación más humilde" y "llevado a otra dominante, que les llenaba de orgullo y altivez".[78] Negaba la legi-

timidad de sus demandas y acusaciones por estimarlos como el deseo egoísta de superar la pasada subordinación mediante la dominación de otros en la insurrección y la república futura. Así, el deseo de igualdad se pintó como una demanda de supremacía, y el acceso de los negros al poder militar (y potencialmente político), como algo intrinsicamente peligroso. Todo esto devenía fuente de disputas. Lo que los oficiales negros definían como el reconocimiento de sus "méritos", los oficiales blancos podían considerarlo provocadoras demandas de poder.

La tensión que combatientes negros como Batrell y Fournier percibían, por muy evidente y fuerte que fuera, resultaba mucho más compleja que lo que cualquiera de ellos pensaba. Ambos hablaban de manera apasionada acerca de la traición de los jefes negros, pero su visión de esa traición —la de negros que los dirigentes blancos excluían— otorgaba demasiada coherencia y firmeza a los grupos de hombres excluidos, así como a quienes ejecutaban la exclusión. La insurgencia misma en la que participaban complicó mucho más estas cuestiones.

Volvamos, por ejemplo, a la figura de Antonio Maceo, con quien iniciamos nuestra historia de la invasión del 95. Sin lugar a dudas, en la época de su llegada al occidente de Cuba, Maceo disfrutaba de un prestigio y un poder que no tenían paralelo. Pero, a pesar de sus logros, siempre estuvo sujeto a insinuaciones, escepticismo y oposición. Incluso después que la invasión triunfó, los problemas no cesaron. Maceo se quejaba, repetidamente a quienes lo rodeaban y de vez en cuando a otros más alejados, de que el gobierno civil y el ala del movimiento en el exilio no prestaban ayuda o apoyo ni a él ni a sus hombres. La armas y el dinero se enviaban al este, donde la guerra era menos brutal, pero pocos de esos recursos llegaban a él en Pinar del Río. Escribió cartas en las cuales pedía expediciones de armas, pero aun así no llegaban.[79] Aunque Maceo trasmitía la percepción de ser víctima de otros sectores del movimiento, casi siempre se mantenía circunspecto en sus críticas, incluso en su correspondencia personal. Así, cuando supo que su hermano José, a quien había dejado a cargo del primer cuerpo de ejército en el este, había sido reemplazado por el general blanco José Mayía Rodríguez (debido a la supuesta necesidad de detener la ambición de José Maceo),[80]

Antonio se contuvo de expresar sus sospechas sobre la causa de la sustitución de su hermano. En lugar de hacerlo, le mandó decir a José que "si por intrigas se ve colocado en mala situación, haga lo que yo siempre he hecho; que no se preocupe de que no se recompense la pureza de sus sentimientos y el mérito de sus servicios". Además, que debía venir a Pinar del Río, donde había suficientes campos de batalla para todo el mundo.[81] En el territorio que controlaba, señalaba Maceo, el reconocimiento sólo estaría basado en el mérito. Aquí, el lenguaje de Maceo era el eco del de los oficiales negros que convalecían en el hospital de campaña de Manuel Arbelo: en una situación ideal se reconocían los logros de los negros, pero en otras donde mandaban los blancos, el mérito podría dar paso a preocupaciones mezquinas sobre el color de la piel y el poder político.

Las observaciones de Maceo revelaban su honda amargura, pero, ya en la guerra final, sus condenas siempre estaban codificadas, los problemas rara vez se mencionaban y los detractores casi nunca se identificaban. Cuando recibía cartas dolorosas de colegas separatistas, podía expresar su molestia a un selecto y pequeño grupo de subalternos inmediatos, pero entonces les indicaba que no anotaran las cartas en su registro oficial de correspondencia.[82] Junto al lenguaje codificado tan difícil de interpretar se encuentra el conocimiento de otras manifestaciones, tal vez de gran importancia, pero no obstante suprimidas. ¿Cuántas veces, estos escritores de memorias insinuaron que había cosas demasiado dolorosas, incluso, para discutirlas, y cuántas veces, el dolor o la reticencia les impidieron decir siquiera eso?[83] Si en el pasado Maceo estuvo dispuesto a desacreditar el racismo de sus compañeros de armas, en la década del 90, durante la lucha independentista, entrevió ese problema, pero nunca llegó a mencionarlo. Él había asimilado las lecciones del antirracismo nacionalista: hablar de la raza equivalía a levantar barreras contra la unidad nacional. Todavía constituían provocaciones potenciales que un negro fuera antirracista, que se recompensara a los negros por sus servicios y que se hablara de los derechos de los negros en el contexto de una movilización a gran escala.

De modo que, para defenderse de las inculpaciones de racismo, Maceo pisaba con cuidado y, al hacerlo, reflejaba a veces las accio-

nes de aquellos hombres que, en algún momento, él había acusado y que ahora censuraba de manera cautelosa. Acusado durante casi 30 años de favorecer a hombres de su propio color y convencido durante esos mismos años de que los obstáculos a su propio reconocimiento provenían ante todo del color de su piel, sabía que lo que hacía y decía se medía a partir de esas convicciones.

Otros jefes negros y mulatos tomaban parecidas precauciones. En 1896, su hermano José les dijo a dos subalternos no blancos que no podía promover a otro hombre de color, pese a los méritos de éste y los deseos de ellos. "Aquí a mi lado, de color, yo no quiero más que los que están", les dijo, y añadió entonces a modo de sugerencia: "hay que conocer la guerra por dentro". Lo expresado por Maceo, recordaba uno de los oficiales, cayó como "una ducha fría". Esto hizo que uno de ellos se diera cuenta de pronto que todos los oficiales que rodeaban al general eran blancos, con la excepción de dos mulatos "que parecían blancos" y él.[84] En ese instante, José Maceo les hizo ver que "demasiados" oficiales negros o mulatos —sobre todo, si habían sido nombrados por otro oficial de color— podría entenderse como algo peligroso y sedicioso. También les hizo comprender que resultaba más fácil cruzar la línea de color al designar oficiales, cuando esos oficiales en cuestión se encontraban poco por encima de esa línea.

Pero Antonio Maceo conocía, tal vez más que otros jefes de su raza, los peligros políticos y prácticos de designar o promover a mulatos o negros. En ningún otro momento tomó tantas precauciones como cuando salió de la provincia de Pinar del Río. Lo hizo por primera vez después de su dramática y triunfal llegada en enero de 1896. Antes de abandonar los pueblos de Mantua y Guane que había invadido, reorganizó la autoridad civil, nombrando nuevos prefectos y subprefectos. Al escoger a las personas para esos puestos, solía decidirse por "españoles de probidad y arraigo".[85] Nada marcaba mejor la distancia entre la guerra racial y la revolución que la presencia de blancos e, incluso, de un puñado de españoles en puestos relevantes. Poco después de su partida, Maceo regresó a Pinar del Río, donde se mantuvo mucho más tiempo. Pero al cabo de algunos meses, Máximo Gómez le pidió regresar al este, ansioso por contar con su presencia galvanizadora en esa zona y también por desacreditar la declara-

ción de Weyler, según la cual éste seguía en Pinar del Río porque estaba atrapado. Cuando el general Maceo dejó la provincia por segunda vez, designó al general blanco nacido en Puerto Rico, Juan Rius Rivera, al frente del ejército en la provincia pinareña, aunque pudo haber escogido a otros oficiales negros y mulatos con los mismos grados y que llevaban allí más tiempo peleando. Incluso, Maceo extendió el mando de Rius Rivera a una (y sólo una) brigada de la vecina provincia de La Habana, la cual comandaba un hombre de color.[86] Así pues, el hombre que había indicado que el color era el obstáculo que impedía que él y otros como él recibieran las recompensas debidas, aparecía aquí recompensando a otros, precisamente, porque no eran negros ni mulatos. Pero esta manera de actuar protegía su liderazgo y, consecuentemente, las conquistas de la invasión. Una vez que dejó al general blanco al mando, preparó su regreso al oriente de Cuba.

No obstante, la muerte de Antonio Maceo frustró su muy esperada salida de Pinar del Río. Sus fuerzas fueron emboscadas apenas llegaron a la provincia habanera, y en un encuentro murieron él y el hijo de Máximo Gómez, Francisco Gómez Toro. Circularon rumores y teorías conspirativas sobre cómo ocurrió todo, acerca de posibles traiciones y sobre cómo se hallaron y recuperaron los cuerpos. Gómez promovió a un general negro (el mismo que Maceo no había escogido para la jefatura del ejército en Pinar del Río) por su participación en el rescate de los cadáveres, lo que impidió que los españoles los mutilaran. Desde hacía tiempo, los soldados españoles habían prometido hacer escobas con las barbas de Maceo, y de haber recobrado el enemigo el cuerpo del más notorio de sus enemigos, lo hubieran exhibido, mutilado y usado como demostración de la supremacía española.

Acaso por ironías del destino, lo que no hicieron sus enemigos en el 97, lo hicieron los aliados de Maceo inmediatamente después de la independencia, cuando exhumaron su cadáver para realizar experimentos que calificaron de científicos. Del mismo modo que hombres, mujeres y niños recibieron a los soldados invasores, observando sus caras en busca de indicios de civilización y salvajismo; en 1900, tres especialistas cubanos realizaron indagaciones dentro del cadáver del jefe más famoso del ejército invasor: midieron, pesaron y trataron de entender, con los métodos en los que

más confiaban, la verdadera naturaleza de la "raza mixta" del jefe mambí. Y como las multitudes expectantes que en el 95 y el 96 se sintieron aliviadas al comprobar que los invasores no llevaban argollas africanas en sus narices, los antropólogos de 1900 pudieron informar con orgullo que el esqueleto de Maceo, por su peso y tamaño, se acercaba más a los de los parisinos modernos que a los de los negros africanos. Los autores emplearon categorías destinadas a representar los extremos de civilización y salvajismo, y situaron entonces a Maceo justo en el campo de los primeros. Tratándose de una persona de su raza, concluyeron, Antonio Maceo había sido un hombre realmente superior.[87]

Mientras vivía, la carrera de Maceo estuvo perseguida por la constante preocupación de que limitara su autoridad y se mantuviera en su lugar. De seguro, sus enemigos lo despreciaban. Pero sus compañeros del campo independentista no tardaban en insinuar que Maceo se excedía en su autoridad y trataba de convertir el prestigio militar en poder político.

Al morir, el curioso estudio antropológico de 1900 se hacía eco de las ansiedades relacionadas con la civilización y la cultura que el incuestionable poder y renombre del general Antonio Maceo habían provocado. Ambas tendencias —el deseo de circunscribir el poder político de Maceo y la preocupación por la evidencia de civilización— también se manifestaban en las carreras de otros jefes de color. El modo en que se desenvolvían tales tensiones no era estático o ajeno al cambio; ellas estaban determinadas por una coyuntura histórica particular. Y cuando la guerra amenazaba con convertirse en paz, y los dirigentes cubanos se proponían demostrar a los ocupantes norteamericanos recién llegados que los cubanos eran un pueblo civilizado capaz de gobernarse a sí mismo, las cuestiones concernientes a la naturaleza del liderazgo político y los límites del poder negro, adquirieron gradualmente suma importancia y urgencia.

Notas

1 "Arsenio Martínez Campos a Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros", julio 25, 1895, reproducido en Weyler y Nicolau: *Mi mando en Cuba*, 1:28-32.

2 "General Jefe, Zona de Cristo/Songo, al General Jefe del 1er. Distrito de Operaciones", mayo 16, 1895, en AGU, SU, Cuba, leg. K-4 (2a.-4a.). Para descripciones del apoyo rural a los insurgentes en otros pueblos cercanos, véanse, también," Comandante Militar del Cobre al Comandante General de 1er. Distrito de Operaciones", agosto 15, 1895, y "Comandante Militar Florencio Noguez al Comandante General de la 1ra. División, El Cobre", octubre 11, 1895, ambas en AGM, SU, Cuba, leg. K-4 (2a.-4a.), y "El movimiento", *La Discusión*, marzo 15, 1895.

3 "Alcalde Municipal de Guantánamo a Sr. Comandante del 1er. Distrito de Cuba", mayo 13, 1895, y "Javier de Obregón al General Jefe de la 1ra. División del 1er. Cuerpo del Ejército, Mayarí", febrero 6, 1896, ambas en AGM, SU, Cuba, leg. K-4 (2a.-4a.)

4 "Antonio Maceo a María Cabrales", junio 30, 1895, y noviembre 20, 1895, ambas en Maceo: *Antonio Maceo*, 2:39 y 2:146-147. También "Maceo a Enrique Trujillo, El Caney", agosto 28, 1895, en la misma antología, 2:58-59.

5 Trelles y Govín: *Matanzas en la independencia de Cuba*, 45-54, y Miró Argenter: *Cuba*, 1:164-166. Sobre el arresto de dirigentes independentistas en el oeste, véanse, por ejemplo, los expedientes de arresto de Juan Gualberto Gómez y Francisco Carrillo, en AHN, SU, leg. 4124, 2da. parte (sin numerar), y leg. 4958, 1ra. parte, exp. 540, respectivamente.

6 Véanse "El Herald interview con Calleja" y "La discusión en Oriente", *La Discusión*, marzo 12 y marzo 21, respectivamente.

7 En torno a la actividad insurgente local en Cienfuegos en el período inicial de la guerra, véanse R. Scott. "Reclaiming Gregoria's Mule" y García Martínez: "La Brigada de Cienfuegos".

8 Ph. Foner: *Spanish-Cuban-American War*, 1:170-171. Véanse, también, Fermoselle. *Evolution of the Cuban Military*, 81-83, y "Causas y rollos instruidas en averiguación de (...) la entrada en esta ciudad de la partida del cabecilla Antonio Maceo", en ANC, AP, leg. 203, exp. 1.

9 Ph. Foner: *Spanish-Cuban-American War*, 1:170-171.

10 Maceo: *Papeles de Maceo*, 1:138-141. (*N. del T.*: En la edición fascicular de la Editorial de Ciencias Sociales de 1998, la cita aparece en 1:120.) Los editores de la antología atribuyeron a Maceo el fragmento en que aparece esta cita. Lo más probable es que el término "clase" se refiera a "tipo" en vez de a una posición social, como en la frase habitualmente usada en el siglo XIX de "la clase de color". Véase el estudio sobre el activismo negro y mulato en el capítulo 5.

11 "Maceo a Estimado compatriota", abril 8, 1884, en ANC, R95, leg. 1, exp. 4.

12 Miró Argenter: *Cuba*, 125-126, 265, y Boza: *Mi diario de la guerra*, 1:71, 80, 132-133, 191.

[13] Sobre el caso Masó y los problemas tempranos al organizar la invasión de occidente, véanse, en especial, Franco: *Antonio Maceo*, 2:129-233 passim; Maceo: *Antonio Maceo*, 2:87, 102-104, 132, 141-151, 173-174, y Ph. Foner: *Antonio Maceo*, 193-195. La prensa acusó entonces a Maceo de racismo, al tratar de destituir a Masó. "El cabecilla Masó", *Diario de la Marina*, 12 de noviembre de 1895.

[14] Meses después, estos límites se cuestionarían de nuevo. En agosto de 1896, Maceo ordenó al jefe del Tercer Cuerpo del Ejército Libertador, José Mayía Rodríguez, que agrupara 200 hombres y marchara hacia el oeste a unírsele. Rodríguez vaciló, creyendo que Maceo había dado las órdenes sin contar éste con la debida autorización. De nuevo, el gobierno se involucró y limitó la autoridad de Maceo. El mando civil informó a Rodríguez que la orden de Maceo carecía de autoridad, y le prohibieron de manera explícita que la cumpliera. Rodríguez, aseguraban, sólo podía aceptar las órdenes de Gómez y, en ausencia de éste, las del gobierno rebelde: explicación que desafiaba directamente la autoridad de Maceo como segundo al mando del Ejército Libetador. Cuando el incidente originó rumores sobre la indisciplina de Rodríguez, el gobierno lo apoyó, lo exoneró de toda culpa y resolvió que en su hoja de servicios no debía aparecer la mención de este episodio. Aquí, como en el caso de Masó, permitieron que generales que presumiblemente contaban con menos autoridad que Maceo impugnaran la legitimidad de sus órdenes, y lo acusaron de jefe que sobrepasaba los límites de sus atribuciones. Véase "Sumaria información fiscal practicada en los actos de presunta culpabilidad ejecutados por el Mayor Gral. José Ma. Rodríguez", agosto 22, 1896, en ANC, MG, leg. 16, exp. 2167.

[15] "Salvador Cisneros Betancourt a Tomás Estrada Palma", citado en Maceo: *Antonio Maceo*, 2:67 n., subrayado añadido. Véase, también, "Maceo a Salvador Cisneros Betancourt", septiembre 8, 1895, en Miró Argenter: *Cuba*, 289-292.

[16] Franco: *Antonio Maceo*, 2:157.

[17] Miró Argenter: *Cuba*, 277; Helg: *Our Rightful Share*, 60, 65, 77; Herrera: *Impresiones de la Guerra de Independencia*, 16-17, 47; Consuegra y Guzmán: *Mambiserías*, 28-29, y "Personal History. Consuegra y Guzmán, Israel", en USNA, RG 395, entrada 1008, expediente 46/307. Los historiadores no perdieron de vista la importancia simbólica del arribo de Maceo al territorio del oeste que antes se encontraba fuera de los límites, y el apoyo general que allí recibió. En realidad, si los historiadores asociaron las insurgencias de finales del siglo XIX al nacimiento de la identidad nacional cubana, la marcha de Maceo hacia el oeste constituye una etapa crítica de ese nacimiento. Un hombre producto de mezcla racial realizó la jornada de la invasión de este a oeste, y el éxito de

ésta devino signo de que la futura nación estaría integrada regional y racialmente. Véase, por ejemplo, Ibarra: *Ideología mambisa*, 73-74.

18 Eliseo Giberga: *Apuntes sobre la cuestión de Cuba* (1897), en *Obras de Eliseo Giberga*, 3:235-236. También en Corvisión: *En la guerra y en la paz*, 17-18.

19 Weyler y Nicolau: *Mi mando en Cuba*, 1:41.

20 Véase la entrevista con Esteban Tamayo en "El movimiento", *La Discusión*, 19 marzo de 1895.

21 Valdés Domínguez: *Diario de soldado*, 1:90-91.

22 Véanse, por ejemplo, José Martí y Máximo Gómez: "Manifiesto de Montecristi", en Martí: *Obras* (1963), 4:96-97; De la Cruz: *La revolución cubana*, 13-19; Merchán: "Causes and Justifications of the Present War for Independence", en Guiteras: *Free Cuba*, 197, 205, y "Tomás Estrada Palma al Secretario de Estado de los E.U. Richard Olney", diciembre 7, 1895, en U.S. Congress, Senate, Committe on Foreign Relations: *Report of the Committe on Foreign Relations Relative to Affairs in Cuba*, 12.

23 Herrera: *Impresiones de la Guerra de Independencia*, 11.

24 Boza: *Mi diario de la guerra*, 1:80.

25 Ibíd: 1:132-133. Véase, también, M. Gómez: *Diario de campaña*, 301.

26 Boza: *Mi diario de la guerra*, 1:133.

27 Herrera: *Impresiones de la Guerra de Independencia*, 11, 17-18, 20.

28 Boza: *Mi diario de la guerra*, 1:124-125, 2:78.

29 "Captura del moreno Dionisio Sandoval", en AHN, SU, leg. 5903, exp. 317. Sobre el papel del beber y el comer colectivos durante el pillaje rebelde en la insurgencia campesina, véase Guha: *Elementary aspects of Peasant Insurgency*, cap. 4.

30 "Celador de Güines al Jefe de Policía", enero 28,1896, en AHN, SU, leg. 5901, exp.139. Véanse también "Celador del Barrio del Pilar al Jefe de Policía", marzo 27, 1896, en AHN, SU, leg. 5901, exp. 125, y "B. José Benítez Figueroa y P. Francisco Piedra y Piedra", en AHN, SU, leg. 5907, exp. 553.

31 Para descripciones del ataque insurgente y la represión española, véanse los informes del gobernador provincial en AHPM, GP, GI, leg. 3, exps.170 y 180; "A. C. Brice a Edwin F. Uhl", enero 27, 1896, en USNA, U.S. Consular Dispatches, Matanzas, T339, rollo 16; las Testificaciones de Raimundo Ortega (Sanguily), Rafael Águila, Telmo F. Pernas y Avelino Gutiérrez, en USNA, RG 76, entrada 352, demanda 38 (José Antonio Mesa), y "Los insurrectos en Sabanilla" y "Familias que huyen", *Aurora del Yumurí* (Matanzas), 23 de enero de 1896 y 27 de enero de 1896, respectivamente.

[32] Véanse Miró Argenter: *Cuba*, 280-281, 396; Boza: *Mi diario de la guerra*, 1:123-124, y Portuondo: *Historia de Cuba*, 539-544.

[33] Herrera: *Impresiones de la Guerra de Independencia*, 11-18.

[34] "Reservado: moreno José Ventura González", en AHN, SU, leg. 5904, exp. 394. Para casos de otros empleados que desertaban de esa hacienda con el fin de unirse a las fuerzas invasoras de Maceo, ver "Estracto del expediente contra D. Gregorio González Castelar, pardo Vicente Bacallao Esquivel y morenos Eustaquio González Tacón y Casimiro González y González", abril 4, 1896, en AHN, SU, leg. 5903, exp. 323.

[35] "Testificación de Patricio Ponce de León", en USNA, RG 76, entrada 352, demanda 476, pt. 1 (Demanda de Patrición Ponce de León).

[36] Véanse "Gobernador de Matanzas al Capitán General", enero 8, 1896, y los informes de otros gobernadores provinciales en "Sobre la situación angustiosa de muchas familias en varias provincias con motivo de la guerra", en AHN, SU, leg. 4942, 2da. parte, exp. 3822; y "A. C. Brice a Edwin Uhl", enero 7, 1896, en USNA, Dispatches to U.S. Consuls, Matanzas, T339, rollo 16. Investigaciones recientes muestran que en la zona alrededor de Cienfuegos los insurgentes obligaban, en ocasiones, al parecer, a los trabajadores a unírseles. Consúltese R. Scott: "Race, clase y acción colectiva en Cuba", 141-142.

[37] Sobre Weyler y el ejército español, véase Moreno Fraginals y Moreno Masó: *Guerra, migración y muerte*, 127-138.

[38] Acerca de la reconcentración, véase la correspondencia entre los funcionarios españoles y norteamericnos en "Envío de socorros a los pacíficos y reconcentrados", en AHN, SU, leg. 4970, 2da. parte, exp. 641.

[39] Para un examen de estos desarrollos, véanse especialmente De Armas: *La Revolución pospuesta*, 85-114; Roig de Leuchsenring: *Guerra libertadora cubana*, 146-159, y L. Pérez: *Cuba between Empires*, cap. 7.

[40] Véanse, por ejemplo, Ferrara: *Mis relaciones con Máximo Gómez*, 89, 177, y Rosell y Malpica: *Diario del Teniente Coronel Eduardo Rosell y Malpica*, 152-153; Corvisón: *En la guerra y en la paz*, 445-446, y Bonsal: *Real Condition of Cuba To-day*, 48. El punto cubano es un tipo de canción campesina improvisada.

[41] Arbelo: *Recuerdos de la última guerra*, 36; subrayado en el original. Véase, también, Corvisón: *En la guerra y en la paz*, 468-469.

[42] "Estado General de la Fuerza de la 1ra. Brigada, 1ra. División, 5to. Cuerpo", en ANC, AR, leg. 13, exp. 858. He clasificado como profesionales a quienes aparecen como abogados, doctores, farmacéuticos, maestros, estudiantes, notarios y soldados profesionales (españoles). "Campo" es, como suele ocurrir, una categoría problemática, pues por lo general no establece distinciones entre trabajadores, arrendatarios y propietarios. Debido a que esta lista diferencia de

manera explícita dos individuos como "propietarios" (en lugar de "de campo"), resulta menos probable que los identificados como "de campo" posean propiedades importantes. Los dos propietarios tenían grados de capitán. En mis tablas no incluí a 18 individuos enumerados como miembros de la banda de la brigada. El número de los miembros de la brigada no pertenecientes a la banda y que aparecían en la plantilla fue de 916.

43 La ley accedía a "conceder a los estudiantes que concurran a engrosar las filas del Ejército Libertador en atención a sus méritos y conforme con las aptitudes que tengan, los grados y consideraciones en la forma siguiente: Cabo, el que tenga cursado el segundo año de filosofía; Sargento, el que tenga aprobado hasta el cuarto año de idem.; Alférez, el que se haya graduado de bachiller; Teniente, el que tenga aprobados tres años de alguna facultad; Capitán, el que haya alcanzado algún título en la carrera facultativa". Acuerdo del Consejo de Guerra, noviembre 28, 1895, en "Documentos relativos a la guerra de independencia. Acuerdos del Consejo de Guerra", ANC, FA, leg. 71, exp. 4244. Antonio Maceo se opuso a esa política, argumentando que discriminaba a los soldados que, aunque con poca o ninguna educación formal, podrían tener más capacidad militar que los hombres con educación. Véase su carta a Máximo Gómez, 4 de diciembre de 1895, en Maceo: *Antonio Maceo,* 2:176-177.

44 Espinosa y Ramos: *Al trote y sin estribos*, 34-36, 65-66, y Acuerdo del Consejo de Guerra, diciembre 4, 1895, en "Documentos relativos a la guerra de independencia. Acuerdos del Consejo de Guerra", ANC, FA, leg. 71, esp. 4244. Aunque no se distribuyeron salarios hasta mucho después del fin de la guerra, los soldados sabían que su servicio los hacía acreedores de una eventual recompensa. Véanse, por ejemplo, la entrada de 10 de abril de 1897 en "Diario de campaña de Fernando Grave de Peralta", ANC, DR, leg. 369, exp. 7; "Expediente re. Ricardo Barrera y Morejón", en AHN, SU, leg. 4124, 2da. parte; Barnet: *Biografía de un cimarrón*, 161.

45 Flint: *Marching with Gómez*, 129-131. Después de la intervención de Estados Unidos, los oficiales norteamericanos se dirigían a los asistentes llamándolos sirvientes. Véase la relación del ejército que preparó un mayor norteamericano durante la ocupación con vistas a la disolución del ejército independentistas, en ANC, AR, leg. 13, exp. 877. En realidad, las tareas del asistente solían ser las de un sirviente. Esteban Montejo, antiguo esclavo y fugitivo, rehusó servir como asistente, pues decía que no se había unido a la insurrección para no tener que convertirse en sirviente de alguien, ponerle las polainas y limpiarle las botas. Barnet: *Biografía de un cimarrón*, 193.

[46] "Diario de Emilio Corvisón", en ANC, DR, leg. 269, exp. 6. Véanse, también, Corvisón: *En la guerra y en la paz*, 17-18, y Cuba. Ejército, Inspección General: *Índice alfabético y defunciones del Ejército Libertador*, 4.

[47] Consuegra y Guzmán: *Mambiserías*, 15, 61-64.

[48] Ibíd., 31-33.

[49] L. Pérez: *Cuba between Empires*, 106.

[50] Consuegra y Guzmán: *Mambiserías*, 31-33. Los intentos de estimar el porcentaje de soldados y oficiales cubanos que se consideraban ellos mismos (u otros) personas de color, plantean varios problemas. En primer lugar, los listados del ejército no proporcionan información sobre la identidad racial de los individuos. Por ello, los investigadores que han tratado de hacer estimaciones tendían a apoyarse en las impresiones registradas en los las memorias o diarios de guerra, en los cuales los individuos que llegaban a los campamentos mambises describían las fuerzas que veían. Los porcentajes que aportaban a menudo esas fuentes reflejaban los prejuicios de los escritores de esas memorias, casi siempre blancos y educados, a menudo urbanos y, en ocasiones, extranjeros. Un intento reciente, aunque en muchos sentidos alarmante, por superar los defectos de esas fuentes fue el estudio que condujeron antropólogos cubanos, quienes en el sitio de un ataque insurgente en 1896, exhumaron y analizaron los restos de 33 soldados independentistas y llegaron a la conclusión de que seis eran "negroides" o "mestizos". Véase Luis Márquez Jaca: "Estudio antropológico de los mambises caídos en el combate de la Palma". Otro trabajo reciente acerca de la composición social de las fuerzas rebeldes abordó el problema desde una perspectiva más local y trató de calcular el porcentaje de la participación de blancos y mulatos, reconstruyendo las historias de brigadas específicas. Véase, en particular, García Martínez: "La brigada de Cienfuegos". En relación con la ausencia de categorías raciales en las plantillas del ejército y los documentos oficiales del movimiento, véase A. Ferrer: "The Silence of Patriots".

[51] Espinosa y Ramos: *Al trote y sin estribos*, 40-43, 62-65.

[52] Véase, por ejemplo, Guha: *Elementary Aspects of Peasant Insurgency*, 49-51.

[53] Espinosa y Ramos: *Al trote y sin estribos*, 41.

[54] Arbelo: *Recuerdos de la última guerra*, 40-42.

[55] Ibíd., 119-120.

[56] Ibíd., 53-54.

[57] Ibíd., 185-186.

[58] U.S. War Department: *Census of Cuba, 1899*, 413-419, 556-457. Debido a que el censo enumera las propiedades de tierra y no a los propieta-

rios de ella, la cifra del 2,5 % puede excluir a muchas personas que poseían o arrendaban tierras en común. Sobre las limitaciones de los datos censales relacionados con la tenencia de la tierra, véase Scott: "Defining the Boundaries of Freedom in the World of Cane", 86-87. La educación infantil en Matanzas parecía ser un campo en el cual se produjeron cambios, toda vez que, los niveles de educación entre los niños nacidos en los últimos diez años del patronato y en los primeros posteriores a la emancipación, sugieren que el número de niños negros que aprendían a leer y escribir crecía a un ritmo más rápido que el de los niños blancos. Véanse las tablas sobre el nivel de educación y asistencia a las escuelas, divididas por provincia, raza y edad en U.S. War Department: *Census of Cuba, 1899*, 360-400.

59 Una popular canción insurgente de la época anunciaba, "Adiós, madre, me voy / a los campos de la guerra / voy a luchar por mi tierra / porque esclavo ya no soy". (El original se encuentra en "Diario de campaña de Fernando Grave de Peralta", en ANC, DR, leg. 359, exp. 99.) Los nexos entre la retórica antiesclavista y el movimiento independentista durante la primera guerra, se discutieron en el capítulo 1; para un estudio más general del poder retórico y los usos políticos de la analogía con la esclavitud, véanse especialmente Holt: *Problem of Freedom*, 3-9; Davis: *Problem of Slavery*, 249-254, y Roediger: *Wages of Whiteness*, 27-36.

60 Los tratamientos de la Revolución mexicana sirven de ejemplo idóneo aquí; véase, en especial, Womack: *Zapata and the Mexican Revolution*.

61 Véanse, por ejemplo, los siguientes anuncios del Juzgado Militar en *Gaceta de la Habana*: Benigno Budá, septiembre 16, 1896; moreno Rufino Ferrer, noviembre 6, 1896; moreno Marcos Bonne, enero 9, 1897; José Moreno, enero 12, 1897, y José y Antonio Gabel, julio 20, 1987.

62 Véanse, por ejemplo, Miranda: *Diario de la campaña*, 37, y Herrera. *Impresiones de la Guerra de Independencia*, 29-31.

63 En cuanto a Acea, véase "Recortes de periódicos y datos manuscritos biográficos. Hoja de Diccionario Histórico-biográfico de la Revolución Cubana", en ANC, DR, leg. 691, exp. 1. Sobre Sanguily/Ortega, en "Deposición de Armando García Robes", USNA, RG 76, entrada 352, demanda 82, pt. 1 (Demanda de José Menéndez); "Deposición de Raimundo Matilde Ortega alias Sanguily", USNA, RG 76, entrada 352, demanda 38, pt. 1 (Demanda de José Antonio Mesa), y "Matanzas. Relación de los cabecillas principales", febrero 10, 1896, en AHPM, GP, GI, leg. 4, exp. 89.

64 Batrell Oviedo: *Para la historia*. Aunque había nacido antes del fin legal de la esclavitud, la ley Moret (1870) de vientres libres indicaba que Batrell Oviedo había nacido legalmente libre, aunque, tal vez, su ma-

dre (Sara) fuera esclava en el momento de su nacimiento. El nombre de ésta aparece en ANC, AR, Libro de Liquidaciones, 5to. Cuerpo.

65 Arbelo: *Recuerdos de la última guerra*, 40-42, y "Deposición de Telmo Pernas", en USNA, RG76, entrada 352, demanda 38 (José Antonio Mesa).

66 Para una versión manuscrita incompleta del libro, fechada en 1910, véase "Relato escrito por R. Batrell", en ANC, FA, leg. 70, exp. 4141. José Isabel Herrera, también soldado negro y antiguo trabajador azucarero, narró sus memorias a un escritor desconocido en la década del 40 del siglo XX. Véase Herrera: *Impresiones de la Guerra de Independencia*. El antiguo esclavo Esteban Montejo relató sus experiencia de la guerra a Miguel Barnet, quien la escribió entonces en primera persona el libro *Biografía de un cimarrón*. Algunos oficiales negros llevaban diarios oficiales de campaña publicados en forma de serie durante la primera década republicana. Una lista parcial (y a veces incorrecta) de ellos aparece en Trelles y Govín: "Bibliografía de autores de la raza de color". Sin embargo, las memorias de Batrell parecen ser el único testimonio completo realmente escrito y publicado por un insurgente negro.

* (En su "Prólogo" a la edición de la Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005, el historiador Francisco Pérez Guzmán apunta que, el también historiador César García del Pino, quien conoció a José Isabel Herrera, "recordaba haberle oído decir que le dictaba a su sobrina sus memorias y los datos acopiados", para la publicación, en 1948 en pobre imprenta, de sus *Impresiones de la Guerra de Independencia* [*N. de los E.*]

67 Véanse Batrell Oviedo: *Para la historia*, 12, 22, 29, 102; "U.S. Consul A. C. Brice to Edwin Uhl", enero 27, 1986, en USNA, U.S. Consular Dispatches, Matanzas, T. 39, rollo 16, y U.S. War Department: *Census of Cuba, 1899*, 191, 418. Para descripciones de las fuerzas mambisas en la provincia durante e inmediatamente después de la invasión, véanse también los informes de los funcionarios locales al gobernador provincial diseminados en AHPM, GP, GI, leg. 3.

68 Batrell Oviedo: *Para la historia*, 3-4.

69 Ibíd., 26. Sobre la noción de democracia de Batrell, véase también p. 11.

70 Ibíd., 166.

71 Arbelo: *Recuerdos de la última guerra*, 184-178, 185.

72 Batrell Oviedo: *Para la historia*, 102. Esta impresión la compartían muchos otros. Véanse, por ejemplo, "Clemente Dantín a José Mayía Rodríguez", abril 27, 1897, en ANC, MG, leg. 11. exp. 1595, y "Fernando Freyre de Andrade a Marta Abreu", enero 26, 1898, en BNJM, CM, Abreu, no. 59.

73 Batrell Oviedo: *Para la historia*, 22.

74 Ibíd., 68. Tres días después de que las tropas se llevaron injustificadamente las municiones, fueron atacadas por fuerzas españolas: murieron

más de 20 cubanos, y los españoles se retiraron con la mayor parte de las municiones. Batrell se lamentó de que las balas nunca se usaron a favor de la causa cubana, pero enfatizaba, aquí y en otros lugares, que las cosas que sin tener derecho se tomaban de otros nunca podrían utilizarse justificadamente por los ladrones. Para un estudio más detallado de los conceptos de Batrell sobre lo justo y lo injusto, la civilización, la justicia y la propiedad, véase A. Ferrer: "The Black Insurgent".

75 Rosal y Vázquez: *En la manigua*, 92.

76 El oficial negro era Quintín Bandera, cuya personalidad se aborda en el capítulo 7. El incidente lo relató el doctor Guillermo Fernández Mascaró, y se narró en Savignón: *Quintín Bandera*, 10-11.

77 "Maceo a Salvador Cisneros Betancourt", septiembre 8, 1895, reimpreso en Miró Argenter: *Cuba*, 289-292. "La humildad de mi cuna me impidió colocarme desde un principio a la altura de otros que nacieron siendo jefes de la revolución".

78 Arbelo: *Recuerdos de la última guerra*, 54-56.

79 Véanse, en especial, "J. Maceo al Mayor General José María Rodríguez", El Roble, julio 17, 1896, en Maceo: *Antonio Maceo*, 2:307-308, y "J. Maceo a Tomás Estrada Palma", marzo de 1896, en Miró Argenter: *Cuba*, 509. Al parecer, Máximo Gómez no recibió expedición alguna hasta que la guerra había terminado virtualmente. Véase la anotación que Gómez hizo el 3 de julio de 1898 en su *Diario de campaña*, 362.

80 Souza: *Máximo Gómez*, 241 n.

81 "A. Maceo al Coronel Federico Carbó", El Roble, julio 14, 1896, en Maceo: *Antonio Maceo*, 2:301-302.

82 Miró Argenter: *Cuba*, 673.

83 Véanse, por ejemplo, Cañizares: "Diario del Teniente Coronel Rafael M. Cañizares"; M. Gómez: *Carta del General Máximo Gómez al señor Tomás Estrada Palma*, 11; Valdés Domínguez: *Diario de soldado*, 1:349. Para un interesante examen sobre estos "silencios audibles" y la manera interesada en que los escritores de memorias (y los personajes ficticios) anuncian disponer de secretos, véase Sommer: "Who Can Tell? Filling in Blanks for Villaverde".

84 Franco: *Antonio Maceo*, 3:193-194.

85 Miró Argenter: *Cuba*, 319.

86 Ibíd., 656-657.

87 Véase Montalvo, Torre y Montané: *El cráneo de Antonio Maceo*. Mientras el estudio afirmaba que las características físicas del esqueleto de Maceo eran más africanas que europeas, subrayaba la "blancura" de su cráneo, de ahí el título, que se limita a mencionar el cráneo. El estudio se expone brevemente en Helg: *Our Rightful Share*, 104-105. Una valoración más detallada aparece en Bronfman: "Reading Maceo's Skull".

Capítulo 7

Raza, cultura y contienda
Liderazgo político y advenimiento de la paz

El año que comenzó con la arriesgada entrada de los insurrectos orientales en la provincia de La Habana, terminó, como hemos visto, de una manera que venía a ser lo contrario de esa llegada. En diciembre de 1896, después de meses en Pinar del Río, Antonio Maceo y sus hombres se encaminaron al este de Cuba; cuando pasaban por la provincia de La Habana, los españoles los sorprendieron con una emboscada y mataron a Maceo. Las noticias de lo acontecido se difundieron con rapidez, y durante las semanas siguientes, el esfuerzo independentista declinó. Los soldados parecían desmoralizados, las deserciones se multiplicaron y el flujo de nuevos reclutas se detuvo virtualmente. La victoria que parecía tan segura e inminente a inicios de 1896, se veía más distante que nunca a finales de ese año. Máximo Gómez, cuyo hijo pereció junto a Maceo en la emboscada, escribió en la última anotación de ese año en su diario, "¡triste, muy triste, más que triste desgraciado ha sido para mí el año 96!"[1]

Pero si la victoria eludió a los cubanos, también escapó de las manos de las fuerzas españolas. Los defensores del dominio español habían imaginado que las políticas agresivas de Valeriano Weyler aplastarían la revolución y acabarían por restaurar la supremacía española. Sin embargo, después de casi dos años en el cargo, Weyler no había podido lograr la victoria de España. El ejército cubano seguía controlando el campo, mientras los españoles se afincaron en los pueblos y ciudades fortificados; el ejército colonial mantuvo "reconcentrados" a los campesinos, mientras que el cubano no cesó de atacar las haciendas. Pero la división del

trabajo entre los dos ejércitos no resultó siempre tan rígida, por lo que los civiles atrapados en el medio solían convertirse en blancos de ambos. Reconcentrados a la fuerza por los españoles, trataban de alejar la muerte por hambre forrajeando alimentos, sólo para darse cuenta de que sus estrategias para sobrevivir podían causar la ira de los insurrectos. Cuando un oficial cubano descubrió a 127 hombres y mujeres que habían salido a buscar alimentos por el campo habanero, les informó que esos alimentos pertenecían a los rebeldes, ahorcó a cinco de ellos por ese delito, y desnudó a los 122 restantes antes de liberarlos.[2] Encontrarse en medio de dos ejércitos contendientes y desesperados no era evidentemente el lugar más confortable donde estar. Pero todo parecía indicar que permanecerían allí por largo tiempo, pues la paz no estaba aún al alcance de la vista.

En agosto de 1897, el asesinato del primer ministro español Antonio Cánovas del Castillo derrocó al gobierno conservador que había prometido continuar la guerra "hasta el último hombre y la última peseta". La subsiguiente destitución de Weyler alentó las esperanzas de que las políticas reformistas, imposibles pocos meses antes, acabarían en un armisticio y, por lo menos, en el mantenimiento de la Isla como provincia autónoma de España. El plan para otorgar la autonomía a Cuba sin romper el vínculo con España, convenció a algunos dirigentes insurrectos, aunque en su conjunto los nuevos intentos del gobierno por alcanzar la paz mediante reformas, sólo resultaron algo más eficaces que la política agresiva weyleriana.[3] De hecho, el cambio de rumbo español llevó a los dirigentes cubanos a imaginar que su enemigo era débil y que la victoria cubana estaba a punto de llegar. El ejército español, desmoralizado por la destitución de Weyler, siguió retirándose de los pueblos pequeños, mientras los oficiales cubanos informaban que hacía semanas que ni siquiera veían a las fuerzas españolas. Con creciente confianza, el ejército mambí preparaba la que esperaba resultaría su ofensiva final. Debido a que los españoles no eran capaces de dar con los insurrectos, éstos marcharían a los pueblos fortificados para atacarlos en su propio terreno. Máximo Gómez, desalentado un año antes, predijo en enero de 1898 que no había manera de que la guerra "durara más de un año". Era ésta la primera vez,

dijo, que se atrevía a ponerle fecha a la duración de la guerra.[4] Gómez y otros jefes jugaron al seguro, prohibiendo las discusiones sobre la autonomía y ejecutando a los violadores.[5] Pero estaban convencidos de que el Ejército Libertador estaba en una posición que le permitiría derrotar rápidamente el poder colonial e instaurar una república independiente.

Lo que se percibía como una paz y una victoria inminentes, por muy esperadas que fueran, planteó nuevos problemas y trajo otros viejos a un primer plano. Los últimos 30 años de lucha anticolonialista habían originado formas vigorosas de alianzas multirraciales y antirracistas, y el discurso nacionalista había llegado a celebrar y glorificar la participación de los hombres de color en la creación de la nación cubana. En los inicios de la actual guerra, pocos dirigentes del movimiento habrían cuestionado abiertamente que negros y mulatos tenían categoría de cubanos. Por consiguiente, a finales de la década del 90 del siglo XIX, cuando se suponía que la nación incluía a gente (hombres) de todos los colores (convertidos en cubanos sin raza), la naturaleza y el terreno del conflicto en torno a la inclusión racial se desplazaron. La cuestión más importante dejó de ser quién era cubano, sino qué tipo de hombres podían dirigir de manera exitosa esta república nueva y heterogénea, qué clase de figuras estaban capacitadas para encabezar una sociedad multirracial que se liberaba al mismo tiempo de los grilletes de la esclavitud y el colonialismo.

En cierto momento, esa cuestión podía haber sido una cuestión abstracta y filosófica en torno a la naturaleza de la dirección política. Pero a medida que se acercaba el fin de la guerra, se convirtió en un asunto práctico y urgente. Parecía como si una vez que la entrada a la ciudadanía se hacía accesible, multirracial e integradora, hubiera que volver a pensar los requisitos para el liderazgo político en esa nación. Está claro que los límites de la jefatura militar tenían que ser más herméticos que los de la nacionalidad, del mismo modo que los requisitos para ejercer el poder y la dirección política, debían ser más estrictos que los inherentes al ejercicio del poder militar. Entonces, a medida que se acercaba el fin de la contienda armada, la cuestión de controlar la transición del poder militar al poder político devino crítica. En un ejército y en una guerra que habían erosionado las

rígidas distinciones sociales, la perspectiva de la paz convirtió los requisitos para ejercer el gobierno y la autoridad en asuntos de considerable magnitud.

Cuando se reflexionaba sobre cuáles podrían ser los requisitos para ejercer la autoridad, los dirigentes civiles y militares del movimiento nunca plantearon requerimientos formales. Ni tampoco hicieron de la raza de una persona una condición para incluirla o excluirla de la comunidad de dirigentes. La misma revolución imposibilitó este tipo de discusión pública. Pero si los requisitos para ocupar posiciones prominentes no eran explícita o primordialmente raciales, tampoco eran exclusivamente militares. En esta crítica coyuntura del fin de la guerra, cuando la paz amenazaba por convertir a los oficiales militares en dirigentes políticos, el mérito y la idoneidad llegaron a asociarse menos a los logros militares que a otras cualidades menos tangibles: refinamiento, educación, comportamiento, civilización; es decir, cualidades, frases y conceptos que de pronto se convirtieron en importantes soportes de la escritura política y militar y que, a la vez, acarreaban todo tipo de supuestos sobre la raza, la clase y el género.

La visión de la civilización que asumieron y desarrollaron los dirigentes más poderosos del movimiento en este momento, no era la que se reflejaba en los escritos del trabajador azucarero negro devenido insurrecto, Ricardo Batrell Oviedo. La de aquéllos no era una definición de la civilización como forma de la reciprocidad racial y humana. Por el contrario, era una visión mucho más exclusivista: la de una sociedad dirigida por hombres cuyo derecho a gobernar se derivaba, precisamente, del hecho de que no representaban a la mayoría; o sea, de que eran hombres cuyos logros culturales e intelectuales permitirían diferenciarlos al instante de la masa de hombres cubanos, elevarlos con su ejemplo y representar a Cuba en un mundo externo y moderno. Por imprecisas que resultaran las cualidades que se esperaban de los futuros dirigentes, la evidente y creciente preocupación por los requisitos para ejercer la autoridad, ayuda a revelar los modos como el nacionalismo cubano, al abordar la raza como algo ya superado (como algo que sería innecesario e imprudente mencionar), hizo de la cultura una consideración

decisiva al definir el liderazgo patriótico. Pero ésta era una concepción de la cultura que descalificaba a muchos soldados y oficiales probados y que convergía, de una manera irónica e inesperada, con los argumentos que los ocupantes norteamericanos pronto utilizarían para sostener que los cubanos eran en general incapaces para gobernarse a sí mismos.

Los hombres rústicos

La forma y el lugar de las preocupaciones relacionadas con los requisitos para ejercer el poder político, ya se evidenciaban en una inusual controversia que se desarrolló en agosto de 1897 alrededor de la figura de Quintín Bandera. Bandera había sido uno de los tres generales que condujeron a los insurrectos en la famosa invasión de occidente, el mismo, recordemos, de cuyos soldados se rumoraba que llevaban argollas en las narices, andaban de manera ostentosa en taparrabos y marchaban descalzos.[6] En los momentos de la controversia de agosto del 97, Bandera era quizás el más poderoso y popular de los jefes revolucionarios de color y más conocido en toda la Isla. Los simpatizantes de los independentistas recitaban poemas y cantaban canciones sobre él, y los soldados españoles confesaban que era uno de los pocos jefes a quienes temían (los otros eran Antonio Maceo y Máximo Gómez).[7] Pero en un movimiento que se enorgullecía de permitir el ascenso de los soldados no blancos, algunos jefes atacaron la reputación y el poder de su más relevante jefe negro vivo. En agosto del 97, su mismo ejército y sus compañeros oficiales lo detuvieron, lo presentaron ante un consejo de guerra por desobediencia, insubordinación, sedición e inmoralidad, lo hallaron culpable y lo privaron de sus soldados y su mando.[8]

Sus acusadores no dejaron lugar a dudas: Bandera no estaba capacitado para ejercer el poder y la autoridad. Señalaban que se trataba de un degenerado que había corrompido la pureza de la nación, por lo que no era la persona adecuada para dirigir soldados y, mucho menos, ciudadanos. Se dijo que su incapacidad se reflejaba en acciones militares concretas. Al determinar la culpa de Bandera resultaban igualmente importantes otras consideraciones, pues no sólo se cuestionaban sus logros milita-

res, sino también su condición (o falta de condición) de patriota civilizado o culto. Y, al parecer, esta condición, tanto como los problemas militares, lo incapacitaba para dirigir.

En el centro de las acusaciones contra Bandera estaba el cargo de que había evitado el combate militar. Pero el modo como Bandera evitaba combatir era lo que más molestaba a sus acusadores, pues éste, decían, se había establecido con sus hombres en las montañas cercanas a Trinidad, allí vivía, pacífica y cómodamente, en compañía de su "concubina" y permitía que sus hombres hicieran lo mismo con las suyas. Al poner su deseo sexual por encima de las necesidades del ejército mambí, Bandera había mancillado la causa cubana. También lo acusaban de haber robado a sus compañeros oficiales: golpeado a un teniente de la guardia de Gómez, con el fin de llevarse un caballo para su mujer; expulsado de su casa a una viuda y simpatizante de los insurgentes para instalar en ella a su amante en un entorno confortable, y entonces utilizó a soldados de fuerte constitución no para combatir, sino para vigilar la casa y a su apreciada ocupante.

Éstos eran los detalles de las acusaciones contra él; o sea, un caso muy consistente que, al admitir Bandera la veracidad de muchas de esas acusaciones, cobró aún más consistencia. Por cierto, en cuanto al cargo de que vivía con una mujer mientras estaba estacionado en Trinidad, confesó sin reservas ni excusas: cuando esta revolución comenzó, le escribió a Máximo Gómez: "mis jefes superiores inmediatos trajeron en sus fuerzas sus concubinas, al extremo que en la invasión hasta los asistentes las traían (...) Todo esto goza de los conceptos de la publicidad, es más; de lo que pudiera llamarse uso y costumbre de la manera de ser de nuestro Ejército". ¿Por qué, concluía, debía ser él el único castigado por algo que todos hacían?[9] Además, expresaba Bandera, su amante, en modo alguno, disminuía su capacidad de derrotar al enemigo; de hecho, ella era conocida por haber cogido un machete para ayudarlo en los enfrentamientos a los españoles.[10]

En un aspecto, por lo menos, el general Bandera tenía razón. Muchos de los hombres que se habían quejado de él, también habían recibido críticas por no combatir. Y, ciertamente, Bandera no era el único oficial que andaba con una acompañante. El

mismo Máximo Gómez, lo mismo que su secretario Fermín Valdés Domínguez, solían señalar que otros oficiales que operaban cerca de Quintín Bandera también mantenían a sus amantes en los campamentos o cerca de ellos.[11] De Francisco Carrillo, por ejemplo, se decía que estaba viviendo "felizmente en su hamaca, rodeado de todos los placeres: buenos tabacos y comida abundante y apetitosa y muy cerca del campamento, dos queridas, una blanca y otra mulatica".[12] Además, muchas fuerzas viajaban con seguidores de los campamentos, mujeres incluidas, por lo que no hay razón para pensar que los soldados y las mujeres guardaban las distancias. También existen referencias ocasionales a las mambisas; esto es, mujeres que luchaban junto a los hombres en los combates contra los españoles.[13] ¿Por qué, entonces, todo ese alboroto alrededor de Bandera y su amante anónima?

Bandera nos hubiera hecho aceptar una simple respuesta, la misma que le dio al general Calixto García, cuando discutían sobre el consejo de guerra: "Yo preví lo que podría pasarme, porque en Las Villas, los Jefes, en su mayoría, no quieren ser mandados por oficiales de color". Y sobre esta base creía que podían desarrollarse "las más grandes intrigas para hacerme daño".[14] A primera vista parece haber algo de verdad en la interpretación del mismo Bandera: la mayoría de sus acusadores en 1897 eran blancos, y los blancos sospechosos de comportarse igual que Bandera nunca fueron formalmente inculpados, ni públicamente humillados, ni excluidos del centro de la dirección independentista. Pero, aunque Bandera explicaba sus infortunios citando el racismo de los oficiales locales, de inmediato resulta evidente que los cargos de racismo no pueden explicar del todo la complejidad y la consistencia de las imputaciones que le hacían. En primer lugar, muchas de las acusaciones generales contra él también se las habían hecho en otros momentos de su carrera no sólo algunos jefes blancos de Las Villas, sino también otros jefes de color de su propia región oriental; entre ellos, Antonio y José Maceo, Guillermo Moncada y Dimas Zamora.[15] Además, según admitiera el mismo Bandera y de acuerdo con la evidencia recogida, al parecer, muchas de las acusaciones eran exactas, por lo menos en términos generales. De suerte que, a pesar de que Bandera invocara el regionalismo y el racismo, todo

indicaba que los cargos eran sustanciales y tenían precedentes. De todos modos, queda una interrogante: ¿Por qué en este momento particular de su carrera y sólo en esta etapa del esfuerzo independentista, los cargos contra él dieron lugar a que se le privara de sus poderes de una forma tan repentina y dramática?

En la larga cadena de cargos y contracargos que constituyeron el proceso legal contra Quintín Bandera, uno puede descifrar algunos elementos que hacían que sus acusadores consideraran censurable la conducta de éste; esto es, elementos que daban origen a debates, explícitos o implícitos, acerca de los tipos de liderazgo que habrían de ejercerse en la nueva república. En primer término, los acusadores de aquél opinaban que su comportamiento mancillaba la pureza masculina y moral de la causa rebelde. Para Máximo Gómez, que había ordenado el consejo de guerra, la relación sexual pública de Bandera en un campamento mambí constituía una transgresión del honor militar. Al mantener a su lado a su concubina, mientras servía a la nación y comandaba soldados cubanos, Bandera había "descuidado de las sagradas obligaciones". Demostró así que no había ido al occidente de Cuba "inspirado por ideas patrióticas y aspiraciones de honor y gloria".[16] Y su "conducta incorrecta como militar" se tradujo en "comportamiento antipatriota como cubano".[17] Desde los inicios del esfuerzo independentista de 1868, los dirigentes concebían su lucha en términos masculinos: ellos marchaban a los campos de batalla con las armas en las manos para "reconquistar [sus] derechos de hombres", había dicho Carlos Manuel de Céspedes, al declararle la guerra a España.[18] Más tarde, en la prosa de la independencia de principios de la década del 90 del XIX, la nación misma se concebía como el producto del abrazo físico y espiritual de hombres blancos y negros en la guerra. La presencia de mujeres —como residentes o trabajadoras en las prefecturas civiles, como enfermeras dedicadas a cuidar a los soldados enfermos, como partidarias de la independencia en ciudades y pueblos, ocasionalmente como combatientes y, con mayor regularidad, como amantes en el campo insurrecto— no había cambiado el discurso masculino de la insurgencia y el nacionalismo. Pero esta masculinidad era de una especie muy particular: no muy agresivo o sexualizado, sino ascético y austero; o sea, una virilidad de

autosacrificio que servía de modelo a los demás. Por ejemplo, en los escritos de José Martí, según el análisis que hizo de ellos el crítico literario Arcadio Díaz, el héroe revolucionario derivaba su autoridad política y militar de la resistencia a las tentaciones de las mujeres y de la renuncia al placer temporal que podía apartarlo de su misión política redentora.[19] Bandera, quien admitió públicamente mantener a su amante en el campamento rebelde y se negó a aceptar que ella lo había apartado del cumplimiento de sus deberes patrióticos, claramente no estaba a la altura de esta concepción abstracta del héroe. Para Gómez, que era más soldado que Martí, los delitos de Bandera golpearon el corazón de la causa rebelde: el honor del ejército revolucionario. Gómez pensaba que la institución central de ese ejército lo constituía el campamento independentista: "es para todos los hombres dignos un templo".[20] El campamento era un lugar para hombres honorables y civilizados; es decir, para hombres desinteresados que ejercían la contención moral, lo que los calificaba para dirigir y servir de ejemplo. La presencia de mujeres —y, en particular, de una concubina y "mujer sucia", según palabras del secretario de Gómez— empañaba la masculinidad y santidad del lugar y de la causa.[21] El honor de las mujeres, negras como Bandera, no preocupaba; era el honor del ejército lo que había que preservar y respetar.

En segundo lugar, aunque los acusadores del general Bandera asumieron una elevada postura moral en su disputa con el general negro, también resulta claro que, además de sus objeciones morales, sus acusadores estaban molestos por su desfachatez. No sólo se trataba de que Bandera tuviera una concubina, sino de la manera como la tenía ofendía sus sensibilidades. La relación no era oculta; Quintín Bandera lo admitió así públicamente lo mismo a sus superiores que a sus subalternos. De esta manera, su conducta difería de la de José González Planas, el oficial negro escogido para presidir el consejo de guerra a Bandera, y que recientemente había comenzado a vivir con una joven de color. Un observador señaló que nadie sabía "si en el matrimonio se habrá observado los trámites de Ley pero, por lo menos, se cubren las apariencias y —concluía aquél— es lo *más que en respecto de la moral podemos exigir a ciertos ELEMENTOS*" de

la sociedad cubana.[22] Si Bandera se hubiera comportado como González, todos pudieran haberse hecho de la vista gorda ante la ofensa. Pero, al contrario, rehusó mantener las apariencias y anunció entonces esta negativa a sus superiores. De este modo, Bandera demandaba de manera implícita que los dirigentes civiles y militares perdonaran públicamente su conducta y su modelo de jefatura —algo que no estaban dispuestos a hacer—, a pesar de que pudiera haber sido, precisamente, su conducta manifiesta y su deseo de perdonar la misma conducta entre sus subalternos, lo que garantizaba el respeto y la lealtad de sus tropas.

Por cierto, el comportamiento de Bandera provocó una reacción tan severa en 1897, porque sus superiores también creían que había dado lugar a un deplorable ejemplo para los hombres que mandaba. Creían que la mala conducta de aquél había empeorado, debido al carácter de los hombres que recibían el ejemplo. Por esa razón, Gómez escribió que, debido al hecho de que sus subordinados eran "faltos también de aseo y compostura moral", el resultado del ejemplo de Bandera resultó un generalizado desorden de su división.[23] Aquí, la acusación del general Gómez contrasta marcadamente con la defensa de Quintín Bandera. Mientras éste había intentado justificar sus acciones, refiriéndose al carácter —el modo de ser— de su ejército, Gómez invocó ese mismo carácter para exigir una mayor rectitud moral a los jefes de ese ejército.

Este contraste es crítico. En su defensa, Bandera subrayaba que él era un "hombre rústico", carente de educación e incapaz de valerse de artificios. No era más que un "hijo del pueblo", como afirmaría más tarde, bajo su retrato, un anuncio de jabones de lavar.[24] Creyó que había pocas diferencias culturales entre él y sus soldados, o entre él y el público cubano. Por su parte, Gómez expresó que en una sociedad "que carecía de rectitud moral" resultaba indispensable una dirección estricta y civilizada. Al referirse a los oficiales que daban pobres ejemplos morales, hizo una predicción: "Si los que por su categoría militar en este Ejército improvisado y por sus antecedentes sociales en la sociedad cubana no secundan, en esta obra de verdadera redención de esta infortunada sociedad, con sus ejemplos y abnegaciones; no veo muy buenas las raíces de la República".[25] Dado el

carácter de la sociedad cubana y de las tropas del Ejército Libertador, Gómez insistía en la existencia de cierta distancia cultural, social y política entre los jefes y los soldados. Los jefes tenían que ser ejemplos morales que elevarían el carácter de los soldados y el ejército, lo que serviría a su vez de fundamento sólido y permanente a la nueva república.

Entonces, el problema con las ofensas del general Bandera consistía en que se habían interpretado ardientemente como demostraciones de su incapacidad para ese tipo de jefatura. Los detractores de Bandera cuestionaban su condición de patriota y rechazaban su reclamo de jefatura, porque supuestamente no fue capaz de manifestar por sí mismo contención y sacrificio, cualidades estas dignas de un hombre. Esto resultaba evidente, sobre todo, en su aparente interés por poner sus propios deseos personales y sexuales por encima de las necesidades del ejército o la nación (y al hacerlo mancillaba el mundo puro y privilegiado de la insurgencia masculina). El hecho de que Bandera se decidiera a admitir muchas de las acusaciones, que enfatizara su afinidad con los soldados comunes y sus debilidades, no hizo más que encolerizar a sus acusadores, quienes estimaban que para que la independencia tuviera éxito, sus dirigentes tenían que aquietar en vez de reflejar las inclinaciones de los soldados pobres e incultos. Los jefes tenían que poseer las características culturales y sociales de las que Quintín Bandera se jactaba de carecer.

El personal y la perspectiva de la paz

Por tanto, en el consejo de guerra contra Quintín Bandera se revelaron importantes supuestos sobre el liderazgo y sus requisitos. Mas, el lenguaje en el cual los oponentes de Bandera expresaban sus preocupaciones sobre esos requisitos, en ningún lugar llegó a señalarse que la identificación racial podía considerarse un requisito explícito para el liderazgo. Incluso en las actas del caso nunca aparece el nombre de Bandera junto a la etiqueta de negro. Pero si la lógica detrás de esta exclusión no era explícitamente racial, tampoco era estrictamente militar, pues el lenguaje de las acusaciones, junto a la inquietud por la conducta de Bandera como soldado, mostraban una marcada preocupación por

su contención moral, social y sexual como hombre. Por ende, no sólo se trataba de asuntos de disciplina militar, sino también de cuestiones relacionadas con el decoro, la civilidad y el refinamiento; o sea, un nuevo lenguaje para este contexto, pero uno que incubaba claras implicaciones raciales. Nótese, por ejemplo, la sutil ruptura entre raza y civilización en el intercambio de opiniones acerca del general Bandera, ocurrido en enero de 1898, entre los dos militares de más alto rango del ejército independentista: Calixto García y Máximo Gómez. Escribió García: "Respecto de las atinadas consideraciones que Vd hace sobre el funesto contingente de Quintín Banderas y sobre la necesidad de no elevar más a tantos hombres burdos e ignorantes, permítame recordarle, General, que nunca fuí partidario de aquel contingente (...) Bandera, Zamora, etc. etc., no son obras ni de Vd ni mías que siempre he procurado elevar a los verdaderamente merecedores, a los hombres dignos y cultos".[26]

Zamora, como Bandera, era un oficial descendiente de africanos, y ambos fueron promovidos por el jefe de color de más renombre, Antonio Maceo. Por consiguiente, en este contexto, los provocadores "etcétera, etcétera" de García sugieren que éste presumía la existencia de un grupo diferente de oficiales; o sea, un grupo carente de cualidades como la civilización, grupo cuyos límites eran lo suficientemente evidentes por sí mismos como para requerir sólo la vaga referencia a dos oficiales no blancos para identificarlo.[27] Aquí García, como Gómez, revelaban la creencia de que las cualidades para el liderazgo sobrepasaban mucho el campo de la habilidad y el heroísmo militares, y que la dignidad, el honor y la civilización constituían requisitos absolutos para ejercer ese liderazgo.

Sin embargo, cuando la independencia estaba al alcance de la mano, esas preferencias habían dejado de ser una proposición abstracta. Durante 30 años de agitación insurreccional, los dirigentes consiguieron enaltecer a un ejército mambí que erosionaba las diferencias sociales. Pero, a medida que la independencia se acercaba, se convencieron de que se necesitaba moderar los efectos niveladores de ese ejército, y dirigir y supervisar la transición del poder militar al político. Un ejército de hombres rústicos que defienden una causa justa era una cosa; otra muy diferente,

el ejercicio por esos hombres del poder, la autoridad y la responsabilidad en tiempos de paz.

Y a medida que la paz y la victoria empezaban a parecer alcanzables o, incluso, inminentes, las preocupaciones muy cargadas de racismo que motivaban el ejercicio del poder por hombres descalificados, se tradujeron en ansiedades diarias relacionadas con las promociones y las graduaciones en el ejército rebelde. La perspectiva de la paz hizo que destacadas figuras civiles y militares tomaran conciencia de qué oficiales que podrían terminar la guerra en posiciones de poder. Por esta razón, en febrero de 1898, un mes después de que predijera confiadamente la victoria, Máximo Gómez escribió a los oficiales con mando, para solicitarles promociones a cargos de mayor graduación. La selección, dijo, debe hacerse con "especial cuidado y escrupulosidad (...) para que más tarde no nos vemos con jefes y oficiales que no sabemos qué hacernos".[28] No especificó cuáles debían ser las cualidades a tomar en cuenta al realizar las promociones; se limitó a sugerir que el momento, que creía era la víspera de la paz, exigía particular cautela.

En las propias instrucciones y acciones de Gómez, y en las respuestas a su solicitud de promociones, podemos ver que el advenimiento de la paz se concebía como una contracción del acceso al poder. "El Ejército Libertador —explicaba Gómez a uno de sus oficiales subalternos— recogió en sus comienzos a todos los que le ofrecieron su brazo, hasta los bandoleros. De éstos, muchos han muerto, honorablemente.

"La patria los debe considerar como perfectos ciudadanos. Otros se han redimido, política y moralmente. Pero hay unos cuantos que han seguido siendo bandoleros de la Revolución. Y éstos no los debemos legar a la República con el título de Libertadores".[29] Aunque, en parte, Gómez se refería a antiguos bandoleros que deseaba ver desprovistos de poder, el término mismo resultaba flexible; esto es, un término que se prestaba para insinuar una cosa sin tener que nombrarla siempre. Los españoles solían emplearlo para describir y desacreditar a los insurrectos nacionalistas, mientras que éstos lo utilizaban contra algunos de ellos mismos para impugnar, por ejemplo, las motivaciones de los soldados de Quintín Bandera e, incluso, las de José Maceo.[30]

Es más, aun cuando la denominación se usaba para describir a los hombres que habían practicado de hecho el "bandolerismo" antes de la guerra, su empleo en este contexto revela como la percibida inminencia de la paz convertía a los bandoleros devenidos patriotas de nuevo en simples bandoleros, merecedores en ciertos casos de la rebaja de sus grados, el aislamiento o, incluso, la ejecución.[31]

En otras palabras, la paz parecía exigir que se dejaran atrás a algunos hombres y, a menudo, por razones que poco tenían que ver con el bandolerismo. Veamos, por ejemplo, las decisiones que tomó Calixto García en cuanto a grados y promociones en los últimos meses de la guerra. Ya en enero de 1898 había expresado su convencimiento de que sólo los hombres "dignos y cultos" merecían las promociones, atributos estos que descalificaban, decía él, a hombres como Quintín Bandera y Dimas Zamora, ambos negros.[32] Ya en las fases finales de la contienda, a medida que sus tropas conquistaban más y más pueblos en manos españolas y declaraban liberados más y más territorios, García procedía a cambiar el personal insurrecto y a nombrar nuevas autoridades civiles y militares. Al explicar las razones que tuvo para tomar ciertas decisiones, argumentó que muchos de los hombres que ocupaban posiciones de autoridad no las merecían. "En primer lugar —escribió a un colega separatista— no poseen los atributos; en segundo, carecen de personalidad y representación, y por lo tanto son inútiles para gobernar a sus ciudadanos, pues la mayoría de ellos apenas saben leer y escribir y todos son hombres del campo que nada saben de los elementos básicos del conocimiento que cualquiera que intervenga en la vida pública debe tener. Usted, como profesional y hombre culto (...) entenderá". García pasó a explicar las implicaciones de esa comprensión en términos menos reservados: "En confianza le diré que tendremos que encontrar rápidamente a hombres nuevos para ciertas posiciones en las que no podemos retener a los que ahora las ocupan. ¿Puede [el teniente coronel Manuel] Casares gobernar a una población tan culta como la de Camagüey? No, seguro que no".[33] Camagüey, la región que García calificaba de culta, tenía históricamente la más pequeña población de negros y mulatos: en 1899, sólo el 19,7 % de ella era negra o mulata, y

sólo el 3,4 % de la población de color de toda la Isla vivía en esa provincia. También en los escritos populares, su población solía considerarse refinada, y sus combatientes supuestamente se encontraban entre los soldados más disciplinados.[34] Además de Casares, concluía Calixto García, había "otros individuos que ocupan hoy posiciones demasiado altas para su capacidad y educación".[35] Aquí, García revelaba con claridad su percepción de que los hombres que ejercían el poder, incluso cuando se tratara de un poder moderado y local, por necesidad debían ser educados y cultos, exigencias que creía habrían de eliminar a muchos hombres que ya ejercían la autoridad. Esta suposición guió sus decisiones a la hora de realizar nombramientos y promociones en 1898.

Deshacerse de hombres que se juzgaba no eran merecedores de autoridad en tiempos de paz, implicaba necesariamente la promoción de otros que se presumía la merecían. Es más, estas promociones parecían seguir la misma lógica que la que determinaba el despido o la rebaja de posición de otros. Por toda la Isla, en cada unidad del ejército, los veteranos eran testigos de la súbita aparición de nuevos jefes, al parecer salidos de donde nadie sabía: hombres como el "joven Figueredo" en Oriente, que llegó del exilio para ser promovido a primer teniente en agosto de 1898, a sólo tres o cuatro meses de haberse incorporado a la insurgencia.[36] En Matanzas, el coronel Virgilio Ferrer Díaz fue nombrado —ya avanzada la guerra y "de acuerdo a sus aptitudes"— edecán *del general Pedro Betancourt, quien comandaba todo el Tercer Cuerpo de Ejército, a pesar de que el mismo Ferrer había admitido que en ocasiones "majaseaba", término utilizado para designar a los hom*bres que eludían sus deberes y evitaban el combate.[37] En Pinar del Río, Raúl Arango se encontró de pronto al mando de un regimiento cuyos miembros se preguntaban por qué, "al ver nuestros sacrificios en pró del Regimiento, se premiaban dándole el mando á otro que no había hecho nada por el mismo". Un teniente coronel que se encontró con Arango en los primeros días de la paz, manifestó que era el tipo de hombre que, una vez terminada la guerra, enseguida decidía que era valiente. Como él, concluía el oficial, había muchos otros que llegaron en los últimos momentos y salieron ganando.[38]

Por lo visto, en los meses finales de la guerra (y ya en el período formal de paz) tuvo lugar un enorme movimiento del personal debido a la promoción de algunos oficiales, la transferencia de otros, el reclutamiento y recibimiento de nuevos oficiales, y la presentación ante consejos de guerra o la ejecución de otros. Por toda la Isla, los generales de alta graduación realizaban cambios de personal; es decir, un intento de última hora para asegurar que los hombres que terminarían la lucha armada en posiciones de poder, fueran quienes ellos estimaban capaces de ejercer ese poder. Por un lado, el gobierno de la República en Armas estaba abrumado por las peticiones de promociones y diplomas. Por otro, las rebajas de categoría y las transferencias de otros, llegaron a parecer "una *purga* de antiguos elementos maleantes, no redimidos por la Revolución".[39]

Detrás de esas evaluaciones y cambios se encontraba la convicción de que la paz necesitaba hombres con atributos diferentes de los que exigía la guerra, la cual creaba "hábitos de soldados que no son los propios para regenerar un país".[40] Por eso, García, Gómez y otros concibieron una transición a la paz determinada no sólo por las necesidades del ejército, o incluso de la nación, sino, como dijera Gómez, por "los dictados de la Civilización".[41] García hablaba de promover a hombres civilizados, Gómez, de servir a la civilización, y ambos parecían confiar en que se entendería qué querían decir con ese término, como si fueran descriptores transparentes de pueblos y sociedades. Pero el término era mucho más complejo que su confianza en la claridad que mostraba su significado. Se trataba de un concepto que desde hacía mucho tiempo se asociaba al buen comportamiento y al lustre, a las costumbres refinadas y los hábitos elegantes. Aunque su significado evolucionó más allá de esta definición, a finales del siglo XIX aún conservaba elementos de esa concepción más antigua. Al mismo tiempo, también denotaba un proceso de adquisición de las características políticas, sociales, tecnológicas y culturales de la modernidad, como en "civilizarse". Como consecuencia de este proceso, llegó a significar de manera gradual una condición adquirida; esto es, una condición explícitamente inversa al salvajismo y la barbarie, y cuya presencia (o ausencia) en individuos, grupos o sociedades particulares, pare-

cía estar cada vez más determinada por la raza, y cada vez más definida implícitamente como peculiar logro de ciertas razas. Además de sus claras connotaciones raciales, el término también conllevaba poderosas implicaciones, aunque sólo de reciente reconocimiento, de género: de la civilización como poder masculino blanco, de una sociedad definida por una adecuada distancia entre el desempeño de papeles masculinos y femeninos, y de una masculinidad que ocupaba el más estrecho de los márgenes entre el llamado primitivo y el estéril.[42]

Cuando, en 1898, los dirigentes nacionalistas hablaban de civilización y promociones y paz de un tirón, parecían recurrir a todas estas definiciones. Los hombres a quienes atribuían cualidades ideales para el liderazgo eran, casi sin excepciones, blancos. También eran hombres cultos y con costumbres resultantes de la educación, pero no obstante descritos como viriles y resueltos.[43] Mas, los dirigentes no se limitaban a hablar de cultura y civilización, también tomaban decisiones concretas sobre promociones y nombramientos. Y lo hacían, como hemos visto, partiendo de este criterio de civilización que, a veces, se revelaba como una norma explícita de autoridad.

A algunos soldados y oficiales, estos cambios de último minuto en el personal empezaron a parecerles cada vez más un desplazamiento de ellos mismos, y a otros, un desplazamiento con claras insinuaciones raciales. Tomemos el caso de Silverio Sánchez Figueras, un veterano de la Guerra de los Diez Años, la Protesta de Baraguá y la invasión a Occidente de 1895-1896. Poco después de la muerte de Antonio Maceo, inició un largo proceso de peticiones al gobierno de la República en Armas para que se le reconocieran de manera formal las promociones que Maceo le había otorgado antes, así como para que se le concedieran otras nuevas que pensaba merecía ampliamente. Después de múltiples solicitudes negadas o desatendidas, escribió al secretario de la Guerra para quejarse y hablar —de manera vaga, sugerente— "de algo observado, de muchas murmuraciones sobre la existencia de razas privilegiadas a las que se les dan grados sin mérito". Cuando el secretario elaboró una respuesta a la queja, en la cual le pedía a Sánchez que denunciara —bien porque no creía que existieran, bien porque deseaba corregir una penosa injusticia— esas pro-

mociones, al parecer, racialmente motivadas, el gobierno insurgente eliminó esta solicitud particular de la respuesta oficial a Sánchez. ¿Por qué, pudieron haberse preguntado, invitar a un oficial negro para dirigir la atención a casos en los cuales oficiales blancos, al parecer, fueron promovidos por encima de los negros? En junio de 1898, todavía insatisfecho con la respuesta del gobierno mambí a sus solicitudes, y acaso por sentirse impotente para hacer otra cosa, Sánchez apeló de nuevo a ese gobierno. Sin embargo, esta vez se limitó a pedir una lista de todos los generales del Ejército Libertador, con las fechas y las razones esgrimidas para promoverlos a ese grado, como si quisiera comprobar por sí mismo la validez de sus sospechas y el mérito de sus propios logros.[44]

Las conclusiones tentativamente sugeridas en el caso de Sánchez, con sus referencias a rumores y acusaciones de campamento, cuya difusión se trataba de impedir, resultaron más explícitas en otros casos. En Matanzas, por ejemplo, Ricardo Batrell, el trabajador azucarero negro que se incorporó en febrero del 96, siguiendo la invasión de occidente, argumentó que por lo que él y otros soldados negros crearon en casi tres años de guerra, otros hombres —"hijos de distinguidas familias"— recibieron todo el crédito.[45] Éstos arribaron en los meses y semanas finales de la guerra, asumieron posiciones de poder y recibieron todos los laureles por la liberación de Cuba. Escribió Batrell: "En la provincia de Matanzas, donde sólo hicimos la guerra los hombres de color, tan pronto hubo el Armisticio empezaron a salir de sus escondites los pocos oficiales blancos que sin combatir y majasiando se mantuvieron en el campo de la revolución; los escalafones que nos correspondía, á los que combatimos sin tregua, se los fueron dando, á esos (majases)".[46] Mientras nadie de su grupo de valientes, que ganaron continuamente batallas de 30 contra varios cientos, recibió un grado superior al de sargento, esos otros hombres, según Batrell, recibieron todos los grados que codiciaban, y sólo "por el color". Concluyó de manera violenta que los últimos en llegar eran "estrellas falsas", y representaban una especie de "máscara que falsea la historia del Ejército Libertador". En las fases finales de la guerra y las tempranas de la paz, señalaba, la promoción de unos y la exclusión de otros crea-

ron una falsa imagen del ejército, la imagen que los jefes blancos trataban de mostrar al mundo, y tras la cual se alzaba el verdadero ejército compuesto por multitudes de soldados negros como él.[47]

Un oficial nombrado Martín Duen, que trabajaba como cocinero antes de la guerra y que Batrell describió diciendo que era "negro como el ébano", fue otra de las víctimas de este esfuerzo por rehacer el cuerpo de oficiales del ejército. En marzo de 1898, poco después de recibir la orden de Gómez de promover únicamente a los hombres que más lo merecieran, Pedro Betancourt decidió remover a Duen de su posición como comandante del Regimiento Betances. En su lugar nombró a Guillermo Schweyer, miembro de una distinguida familia local, y oficial cuyo campamento se parecía, según un teniente coronel, a una "majasera".[48] Batrell, quien había sido testigo de esa transferencia de poder, alegaba más tarde que Schweyer había sobrevivido a la guerra acampado en las márgenes del río Canímar, con un bote de remos a mano por si las cosas se ponían difíciles y con suministros regulares de pan de maíz que llegaba todavía caliente desde el cercano horno de su familia. Pero este soldado, se lamentaba Batrell, ocuparía el puesto de un combatiente negro dedicado y trabajador.[49] Mientras tanto, a Duen lo transfirieron a la división de infantería del Regimiento de La Habana, donde terminó la guerra como uno de los seis comandantes bajo el mando del coronel Eliseo Figueroa.[50] Aunque Duen siguió sirviendo hasta la desmovilización del Ejército Libertador, parece que para él la lucha armada había terminado cuando se dio cuenta de que le quitarían el mando del Regimiento Betances. La última anotación en su diario de campaña es la carta que le remitió el jefe provincial, en la cual le pedía que aceptara por patriotismo y subordinación a Schweyer como nuevo oficial al mando del regimiento.[51]

El traslado de oficiales como Duen y Schweyer, Bandera y Sánchez, Casares y Arango, Ferrer y Figueredo de un lado para otro desde posiciones de mayor o menor autoridad, ocurría en el contexto de un movimiento repentino y mucho más amplio de la gente: un flujo constante de nuevos reclutas comenzó a aparecer en los campamentos insurgentes, lentamente en abril de 1898, hasta convertirse en una ola masiva en junio, julio y agosto. Como

la ola masiva de alistamientos que siguieron a la invasión de occidente por los insurrectos en diciembre de 1895, esta segunda ola también respondía a un tipo de invasión, aunque esta vez no se trataba de insurrectos, sino de norteamericanos, pues el contexto de estos nuevos alistamientos era la intervención extranjera que convirtió la Guerra de Independencia cubana en Guerra Hispano-Norteamericana.

Las causas de esa guerra —por mucho tiempo objeto de debates— no constituyen nuestra primera preocupación aquí.[52] Lo que sí nos interesa, en primera instancia, es el hecho de que la entrada de los norteamericanos y la garantía de una victoria sobre España, que muchos pensaban sería consecuencia de aquélla, originó una inmensa ola de alistamientos en las fuerzas independentistas, ahora aliadas a los estadounidenses. Se trataba de una oleada de nuevos reclutas lo suficientemente grande como para exacerbar el furor de cambios de personal, que ya se venía desarrollando y que por su magnitud también amenazaba con diluir la presencia política y militar de los soldados incorporados mucho antes.

Varias resultaron las causas de esa potencial desunión. A veces, la más obvia era numérica, pues, en algunas unidades, los soldados que se incorporaron durante el período de la participación norteamericana, simplemente sobrepasaban en número a quienes lo habían hecho antes de esa intervención. En Pinar del Río, el Regimiento Santiago de las Vegas, por ejemplo, terminó la guerra con unos 500 soldados, de los cuales 400 eran reclutas "de última hora en perfecto estado de salud".[53] Durante la intervención norteamericana, a la Primera División de Matanzas (de la cual era miembro Ricardo Batrell) se incorporaron casi tantos soldados (337) como quienes lo hicieron en el curso de la invasión de occidente (348), la cual la historiografía nacionalista ha considerado el punto más alto de la guerra.[54] A cualquier lugar de la Isla llegaban los nuevos reclutas, y su repentina presencia se veía quizá magnificada por el hecho de que muy pocos hombres se habían incorporado en 1897, después de la muerte de Antonio Maceo. Por ejemplo, a la división de Batrell, sólo 16 hombres de unos 900 se le habían unido durante todo aquel año. Después de una calma durante la cual resultaba difícil que se incorporara al-

gún nuevo soldado, en los campos pululaban los reclutas que acababan de llegar en la primavera y el verano del 98. En realidad, éstos eran tan numerosos que los insurrectos más maduros tuvieron que inventar sobrenombres para identificarlos. En Pinar del Río se conocían como los *bloqueados* (al parecer, como referencia al bloqueo naval de Estados Unidos); en Oriente, como los *arrempujados*; en Camagüey, les decían los *rabiquemados*, y en otras partes de la Isla, los *girasoles* (porque siempre se dirigían hacia donde brillaba el sol). Tan tardíamente llegaron algunos de estos hombres que cuando lo hicieron ya había terminado la guerra y se había firmado el tratado de paz.[55]

No obstante, la importancia de quienes llegaron tarde radica en algo más que en lo numeroso que eran o en las fechas en que llegaron. Su significación consistía también en que eran diferentes comparados con los reclutas que se incorporaron antes. En primer lugar, muchos de los recién llegados eran tanto españoles como miembros del ejército de España. El 28 de abril de 1898, sólo días después de la declaración de guerra norteamericana, el general José Mayía Rodríguez, uno de los acusadores más agresivos de Quintín Bandera apenas un año antes, emitió una invitación abierta a que todo el que quisiera se uniera a las fuerzas cubanas, en las cuales, aseguraba, todos serían recibidos con "gran benevolencia". Por el mes de julio, algunas fuerzas españolas completas abandonaron la causa colonial y se pasaron a los cubanos. E, incluso, después que los españoles se rindieron a los norteamericanos, seguían llegando a los campamentos para unirse a las fuerzas cubanas, aunque en este momento su objetivo no era pelear, sino evitar que los llevaran de vuelta a España.[56] Sin embargo, al parecer, algunos insurrectos pensaban que sus antiguos enemigos eran recibidos con demasiada facilidad; sobre todo, porque a muchos se les daban grados de oficial tan pronto llegaban. Tanta fue la indignación manifestada abiertamente por los combatientes que llevaban más tiempo en la guerra, que los funcionarios cubanos se vieron forzados a establecer de manera formal, el 2 de septiembre, que los desertores de las fuerzas españolas que se unieron al ejército cubano el 26 de abril de 1898 o después de ese día, sólo podían ingresar como soldados y no como oficiales.[57] Aunque muchos de estos desertores eran cubanos, su incor-

poración repentina y tardía exigía a los soldados modificar radicalmente lo que pensaban de ellos mismos y de sus enemigos. Los cubanos que militaban en las tropas españolas fueron, acaso, el enemigo por quien más desprecio sentían las tropas mambisas. Éstas solían dejar con vida a los prisioneros españoles, pero la captura de voluntarios de España nacidos en Cuba se realizaba a veces atacando salvajemente, por lo que pocos se salvaban.[58] Pero ahora, una vez conseguida la victoria y derrotada España, se les recibía y recompensaba. Aunque los nuevos conversos no habían llegado necesariamente a una conversión ideológica cuando cambiaron de lado, su incorporación requería un cambio mental por parte de los soldados cubanos obligados súbitamente a recibirlos.

Aunque muchos de los nuevos reclutas provenían de las fuerzas españolas, también había otras cosas que los distinguían de los soldados cubanos que se habían incorporado mucho antes. En su conjunto, los recién llegados, como los reclutas más antiguos, conformaban un grupo muy variado de hombres salidos de todas las clases sociales de la Isla. Pero la de éstos resultaba una diversidad que se asentaba con mayor firmeza en los escalones superiores de la sociedad cubana, que la de las anteriores oleadas de reclutas. Formaban "la nueva avalancha", al decir de un observador, "de hombres de las ciudades, guerrilleros y desertores de las filas españolas; expedicionarios cubanos del extranjero; y 'majases' y desertores del propio Ejército Libertador, que habían permanecido ocultos en los montes".[59] "Hijos de familias distinguidas", así era como un observador recordaba a los reclutas tardíos; otro no olvidaba que la gran mayoría eran jóvenes de La Habana, bien vestidos y bien equipados.[60] Las relaciones del ejército confirman las impresiones de los observadores. En Matanzas, un análisis de las ocupaciones de los reclutas que se unieron en el curso de la intervención norteamericana, muestra que mientras el 64 % de los campesinos y trabajadores rurales se unieron a la insurgencia antes del hundimiento del *Maine* el 15 de febrero de 1898, el 57 % de los miembros de la elite o profesionales se incorporaron después de esa fecha.[61]

La mayoría de los insurrectos de la elite —precisamente, el tipo que sería favorecido en la prisa por promover a dirigentes

adecuados y civilizados— sólo se unieron al movimiento en sus fases finales. Las plantillas de Cienfuegos muestran igualmente el carácter elitista de esta oleada final de alistados. Allí, la brigada local no tardó en ganarse la lealtad de prominentes ciudadanos: farmacéuticos y hacendados, estudiantes y doctores. Un comerciante próspero y joven, que se alistó semanas después de la explosión del acorazado norteamericano *Maine*, ya era teniente al mes de haberlo hecho. Y junto al nuevo teniente se encontraban veteranos de tres años que habían terminado la guerra como soldados o tuvieron la suerte de recibir los grados de sargento o cabo.[62]

De modo que, en 1898, dos procesos parecían converger. Incluso antes de la llegada de los norteamericanos, y sobre todo después, los dirigentes nacionalistas comenzaron a enfocar el problema de qué oficiales terminarían la contienda armada en posiciones de poder. Y al formular las respuestas a esa interrogante, expresaron sus profundas creencias de que esos hombres no podían ser "toscos e ignorantes", sino dignos, civilizados y cultos. Aspiraban a promover hombres de un tipo especial. Al mismo tiempo, la intervención estadounidense originó un nuevo grupo de reclutas, frescos y saludables; esto es, un grupo en el cual disfrutaba de una representación relativamente alta el tipo de hombre urbano y educado, que tan deseable parecía ahora a los ansiosos dirigentes blancos.

Raza, imperio y la política de civilización

No obstante, la intervención norteamericana originaría mucho más que una oleada de nuevos y ansiosos reclutas. Crearía, sobre todo, una grave y a veces debilitadora sensación de incertidumbre; es decir, una incertidumbre tan grave y profunda que por momentos parecía eclipsar la victoria sobre España. Las dudas iniciales en torno a los motivos de la presencia norteamericana en Cuba, expresadas en voz baja durante febrero, marzo y abril, se calmaron con la Resolución Conjunta del Congreso estadounidense, que reconocía de manera explícita el derecho de Cuba a la independencia.[63] Pero las mismas dudas, sólo que más intensas ahora, regresaron a la superficie desde el momento de la victoria de Estados Unidos. Imagínense las escenas de miedo y total

confusión en un lugar como Santiago de Cuba, ciudad donde España se rindió y lugar conocido como la cuna del nacionalismo cubano. Allí, donde mucho quedó transformada por tres años de guerra y conspiración independentistas contra el dominio colonial, los soldados cubanos contemplaban como los españoles no se rendían a ellos, sino a la fuerza norteamericana que había llegado hacía apenas una semana. Y aunque los combatientes cubanos veían a sus enemigos españoles vencidos después de 30 años de movilización anticolonial, se les había prohibido entrar en ciudades y pueblos para celebrar su ostensible victoria. Esforzándose por entender esa prohibición, un insurrecto cubano aventuró la siguiente hipótesis: "Nos sentimos tal como se hubieran sentido los patriotas de Washington si los ejércitos aliados capturaban Nueva York y los franceses prohibían la entrada de los norteamericanos y su bandera".[64] Para asombro de los observadores cubanos, los oficiales norteamericanos protegían a los burócratas españoles, garantizándoles la autoridad y la paz para mantenerse en posiciones de poder; pese al hecho, se quejaba Calixto García, de que "esas autoridades nunca habían sido elegidas en Santiago por los residentes de la ciudad, sino fueron nombradas mediante decretos reales de la Reina de España".[65] Y aunque España había perdido la guerra, los soldados cubanos se vieron forzados a deponer sus armas.

Ninguno de estos acontecimientos parecía tener sentido. Eran escenas de inconsistencia y ruptura: los vencedores no podían celebrar su victoria, ni portar armas, ni ejercer la autoridad. Los vencidos se mantenían (por el momento) en posiciones de poder, mientras los emisarios de un gobierno extranjero acabados de llegar supervisaban esta extraña transición.

En este momento crítico, en el cual los norteamericanos no parecían prepararse para partir y pocas eran las declaraciones explícitas de sus intenciones, los cubanos se mantenían vigilantes. Y a medida que lo hacían, interpretaban cada acción y cada declaración como si fueran signos. Cada movimiento estaba cargado de significado e intención: que alguien enarbolara una bandera cubana, una norteamericana o ambas; que un soldado estadounidense se emborrachara y besara a una cubana en la calle; que un oficial cubano usara el sello de la "República de Cuba" en documentos

dirigidos a las autoridades norteamericanas; que éstas literalmente borraran esas palabras, y que el oficial cubano renunciara en señal de protesta.[66] Pero las acciones cotidianas estaban tan cargadas, en parte, debido a que las relaciones entre Cuba y Estados Unidos seguían siendo inciertas y porque el destino del movimiento independentista parecía ser un secreto celosamente guardado, desconocido incluso por los protagonistas más importantes. "Nos encontramos aquí en una nebulosa, con un porvenir oscurísimo —decía Calixto García— por el desconocimiento completo de los planes del Gobierno Americano sobre este país".[67]

En medio de toda esta incertidumbre, los dirigentes cubanos de algo estaban seguros: ahora que era dudoso el futuro del autogobierno, los norteamericanos los estarían escrutando, tratando de determinar si estaban o no preparados para la independencia. "Aquí lo peor —decía Máximo Gómez a un compañero— es que estamos ante un Tribunal, y el Tribunal lo forman los Americanos".[68] Por tanto, creyéndose vigilados y juzgados, los dirigentes nacionalistas indujeron a los cubanos —a los civiles, pero, en especial, a los militares— a mantener una buena conducta. Gómez prescribía: "Nuestra conducta deberá ser digna para que se nos respete". Y Calixto García, en circular pública a sus fuerzas, les advertía que deberían reinar siempre el mejor orden y el respeto a las personas y a la propiedad. Sólo de este modo, proseguía, le podrían probar al mundo que tenían pleno derecho a su independencia.[69] Por su parte, los funcionarios norteamericanos estimulaban la sensación en los cubanos de que los vigilaban. Como explicara Leonard Wood en noviembre de 1898: "les estoy dando a los cubanos todas las oportunidades para que muestren lo que hay en ellos, a fin de que puedan demostrar si están preparados o no para el autogobierno". Y les dijo a los cubanos con quienes hablaba que, si fracasaban en las tareas que se les asignaban, esto sería "un anuncio al mundo de que [eran] incapaces de controlarse y gobernarse".[70] El veredicto en cuanto a la independencia dependería, indicaban los emisarios de Estados Unidos, de cómo se conportaban los cubanos y qué evidenciaban ante los demás.

La prueba de la valía de los cubanos exigía, en primera instancia, que se mantuvieran en paz. Por esta razón, incluso las

palabras vagamente sugestivas y las más ligeras alusiones a una amenaza de los nacionalistas, llevaban a otros a pedir silencio, paciencia y reserva. "Un separatista de corazón debe evitar todo pretexto de parte de los norteamericanos para hacer indefinida su ocupación". Por ende, la conspiración y la rebelión estaban excluidas: "Disparar un solo tiro en nuestros campos sería prolongar indefinidamente la realización de nuestros ideales [de independencia]".[71] Durante todo el período circularían rumores endémicos —algunos, sin duda, verdaderos— de personas renuentes a desempeñar el papel de tolerantes: de alcaldes que acumulaban armas, de antiguos insurrectos que rehusaban desbandarse o que incitaban a otros a la rebelión. Incluso tenían lugar reuniones muy secretas de relevantes mambises, en las cuales los participantes prometían que, si los norteamericanos no les otorgaban la independencia plena, "continuarían la revolución, ya que un cambio de amo no puede ponerle fin".[72] Pero nunca se tuvo que llegar a eso. En medio de lo que decían los norteamericanos sobre las propensiones tropicales y latinas a las revoluciones y los levantamientos, los cubanos optaron por demostrar lo lejos que estaban de esos estereotipos.[73] Serían hospitalarios y dignos, respetarían a los españoles y a los estadounidenses y la propiedad privada, y serían pacíficos. Como resultado de esto, los norteamericanos se convencerían de su valía y les otorgarían lo que ya les habían prometido.

Pocos se atrevían a decir en público lo que era obvio: que tener que probar su capacidad para la independencia negaba su misma posibilidad, y que la independencia que saldría de esa prueba se vería como un obsequio, como un símbolo del poder y la magnanimidad norteamericanos y de la deferencia y la dependencia de los cubanos.

Pero demostrar la capacidad de los cubanos para el autogobierno exigía algo más que la mera ausencia de levantamientos. También requería una prueba de su civilidad, de su reclamo del derecho a habitar el mundo de las naciones modernas y civilizadas. De esta capacidad dudaron los norteamericanos casi desde el mismo momento de su llegada, a medida que soldados y oficiales, como periodistas y caricaturistas, propagaban imágenes de Cuba como tierra de salvajes oscuros, a veces violentos y a

veces infantiles, y de los mambises cubanos como negros sin voluntad de combatir, que no hacían más que pedir limosnas, desinteresados por la independencia y por naturaleza inclinados a los excesos de violencia.[74] El asistente del general William Shafter parecía reproducir el viejo argumento español, cuando decía que los insurrectos que gobernarían en ausencia de las fuerzas norteamericanas sólo eran "un grupo de degenerados (...) no más capaces de autogobernarse que los salvajes de África". El mismo Shafter estuvo de acuerdo y utilizó una analogía más explosiva: "¡Autogobierno! Vaya, si esta gente es menos apropiada para el autogobierno, que la pólvora para el infierno".[75]

Era esta contienda la que los cubanos se veían obligados a entablar, aunque, como es de suponer, no de una manera que pudiera sugerir agresividad. Por ello, aprovechaban toda oportunidad para informar a los norteamericanos que se consideraban "un pueblo libre y culto", y que estaban comprometidos con el "orden, la civilización, la tendencia al progreso [y], la libertad civil y política".[76] Con frecuencia, la reafirmación de su aspiración a la cultura y la civilización adoptaba la forma de comparaciones explícitas con Estados Unidos. Así, por ejemplo, cuando a Calixto García y sus tropas se les impidió asistir a la rendición formal de España en Santiago de Cuba, García respondió indignado. Pero moderó esa indignación con respetuosas referencias a los héroes norteamericanos, de quienes acto seguido dijo: "Circula un rumor que, por lo absurdo, no es digno de crédito general, de que la orden de impedir a mi Ejército la entrada a Santiago de Cuba ha obedecido al temor de venganza y represalias contra los españoles. Permítame Ud. que proteste contra la más ligera sombra de semejante pensamiento, porque no somos un pueblo salvaje que desconoce los principios de la guerra civilizada; formamos un ejército pobre y harapiento, tan pobre y harapiento como lo fue el ejército de vuestros antepasados en su guerra noble por la independencia de los Estados Unidos de América, pero a semejanza de los héroes de Saratoga y Yorktown respetamos demasiado nuestra causa para mancharla con la barbarie y la cobardía".[77] García estableció como premisas de su reclamación del derecho a vencer, celebrar y gobernar, la distancia que separaba a los cubanos del salvajismo y la cercanía de la Isla a Estados Unidos.

Sin embargo, pese a esas afirmaciones de civilización y derecho, el gobierno de ese país parecía no prestarles la debida atención, pues resultaba muy estrecha su concepción de lo que constituía una prueba de civilización y derecho al autogobierno. En Estados Unidos, lo mismo que en Europa, civilización, a finales del siglo XIX, llegó a definirse como la cualidad que en sus orígenes era inherente a la raza blanca. Otros pueblos podían aspirar a alcanzarla, pero sólo la conseguirían de manera gradual, después de muchas generaciones, aunque retrasados permanente e irremediablemente de los blancos.[78] Resultaría muy fácil suponer hoy que esta definición de la civilización, blanca por antonomasia, significaba que los norteamericanos interesados situaban necesariamente a Cuba y a los cubanos dentro de los estrechos ámbitos de los incivilizados, de aquellos incapacitados, por lo menos de manera temporal, para el autogobierno. Pero semejante conclusión supone una definición no ambigua de los cubanos como no blancos, definición que no está claro que existiera en Estados Unidos de 1898. En realidad, a finales del siglo XIX, la situación de los cubanos en términos raciales era en extremo imprecisa. Y, aunque los asistentes de Shafter los llamaban salvajes africanos, y muchos otros norteamericanos se referían a ellos como "mixtos", "mapaches" y "conjunto de salvajes tropicales reales",[79] también es cierto que había norteamericanos que pensaban muy diferente y subrayaban entonces lo que veían como vínculos y similitudes entre cubanos y estadounidenses. Los cubanos podían ser "tropicales", insistía el general James H. Wilson, pero en verdad se encontraban "lejos de ser cruzados [o] (...) 'bárbaros'". La gran mayoría —decía— eran blancos y "tan americanos como mucha de nuestra propia gente en los Estados Unidos". Eran, coincidía otro, como "la gente promedio en los distritos rurales de aquí, lo que llamamos los bosques de la frontera de los Estados Unidos".[80]

El propósito de llamar la atención hacia estas contradictorias conclusiones norteamericanas sobre la "raza" cubana, no pretende celebrar la confusión norteamericana o el evidente híbrido cubano; ni mucho menos decir que los cubanos son blancos, negros o algo que está en medio de éstos. Más bien, la cuestión radica en destacar que la categoría racial de los cubanos y, en

términos más generales, de los residentes de los nuevos territorios imperiales, tenía que determinarse, inventarse o construirse. Los estadounidenses no llegaron a tierras donde simplemente encontraron personas no blancas, o minorías o gente de color. Por el contrario, desembarcaron en sociedades muy complejas y ya colonizadas, y llegaron a entender esas sociedades y a representarlas como pardas, de color, oscuras, no blancas y, a veces (como si no fueran capaces de decidirse), como semisalvajes o semicivilizadas. Para entender esas sociedades, utilizaron el conocimiento racial que había cobrado forma en Estados Unidos, pero también a diario se enfrentaban a nuevos sujetos que no siempre se adecuaban a las categorías preelaboradas y que activamente trataban de influir en las respuestas norteamericanas a las nuevas interrogantes relacionadas con la raza, la civilización y la capacidad de autogobierno de ellos.[81]

Y lo mismo que ocurría con estas visiones contradictorias del carácter de las masas y dirigentes cubanos, la respuesta a la cuestión de si los cubanos eran lo suficientemente civilizados como para autogobernarse, se manifestaba en una disputa real, aunque muy sesgada.[82] Los dirigentes cubanos, conscientes de que actuaban ante poderosas fuerzas norteamericanas que los observaban, optaron entonces por demostrar que eran seres civilizados. En muchos aspectos, la elección devenía atractiva, pues demostrar su capacidad equivaldría a vindicarse. También resultaba, no cabe duda, instrumental, porque demostrar que lo eran produciría el resultado específico que esperaban: la evacuación de aquellas fuerzas y el establecimiento de una república inequívocamente libre e independiente.

Pero la demostración, para que resultara, exigía dos cosas. Primero, necesitaba un público capaz de ser influido, condición que no está claro que los norteamericanos cumplían. Segundo, y más importante, requería un cambio radical en el modo en que el movimiento cubano se presentaba a sí mismo. Durante décadas, las representaciones españolas del independentismo cubano y de Cuba en general, habían dado lugar, a finales de la década del 80 y principios de los años 90 del siglo XIX, a un tipo diferente de demostración por parte de los nacionalistas cubanos. En explícito contraste con las imágenes españolas de la guerra racial, los

independentistas mostraron de manera vigorosa y persuasiva la unidad de la nación; esto es, una unidad que tenía como premisa la idea de que no había razas y la noción de que la unidad racial lograda en la insurgencia anticolonialista había convertido al negro y al blanco en simplemente cubano.[83] Pero si ésta era una representación que había servido para aquietar ansiedades y desacreditar las afirmaciones españolas, ahora resultaba incapaz de tranquilizar a su público del norte o de garantizar una retirada norteamericana. Por tanto, en vez de enfocar la unidad racial, los dirigentes nacionalistas más poderosos decidieron destacar su civilidad, su modernidad y su cercanía a los norteamericanos.

Con anterioridad, Juan Gualberto Gómez y Antonio Maceo habían definido la civilización como la eliminación de la esclavitud y el racismo; José Martí y Ricardo Batrell, como la trascendencia de la raza y la perfección de la humanidad. Pero no eran estas versiones de la civilización las que los prominentes dirigentes blancos optaron por mostrar al público de Estados Unidos en 1898. Por el contrario, decidieron definir la civilización como refinamiento, civilidad y blancura. Esa decisión resultaba, qué duda cabe, en parte estratégica: se trataba de la única versión de la civilización remotamente capaz de persuadir a los norteamericanos de la capacidad de los cubanos para el autogobierno. Pero también era de seguro algo más que estratégica: porque al elegir revelaban un consenso con las tropas ocupantes que se había estado formando, incluso, antes de la llegada de éstas. Antes de la intervención, los dirigentes habían empezado a definir la civilización como requisito para el liderazgo, y a identificar esa civilización con la educación, las costumbres y el comportamiento. Antes de que llegaran los norteamericanos, ya habían expresado su interés por promover sólo a los hombres de un tipo específico: hombres civilizados, hombres educados y cultos. Y antes que llegaran, ya habían manifestado su desdén por la relevancia de hombres que calificaban de incultos, ignorantes y ordinarios. Por ende, el efecto (uno de ellos) del arribo de los ocupantes norteamericanos que exigían (aunque tal vez no deseaban verla) una prueba de civilización, tenía como fin estimular a la dirección cubana a seguir un patrón que, por ese entonces, iba adquiriendo nueva y significativa fuerza.

Una vez que la guerra terminó en agosto, los funcionarios estadounidenses comenzaron a solicitar de sus aliados cubanos que hicieran recomendaciones para completar el personal y designar a las personas que ocuparían los cargos de importancia. Advirtieron a los cubanos que proponer a personas ineptas sería como anunciar al mundo su incapacidad para el autogobierno.[84] No se limitaban a pedir recomendaciones a los dirigentes patrióticos, pues también las solicitaban a terratenientes y hombres de negocios, y entonces hacían sus designaciones. Algunos cubanos se sentían complacidos con los resultados: las autoridades norteamericanas, señalaba un general mambí (también había recibido un nombramiento de los norteamericanos), se rodeaban de la gente de más valía. En La Habana, esos nombramientos para ocupar puestos condujeron posteriormente a un historiador a concluir que nadie podía objetar, pues los seleccionados eran patriotas probados, y no pocos, ricos propietarios o renombrados académicos.[85]

A pesar de esa afirmación, hubo muchos que sí pusieron objeciones e insistieron en que las preferencias debían darse a los veteranos cubanos.[86] José Isabel Herrera, el joven trabajador azucarero negro, también conocido como *Mangoché*, rememoró más tarde cómo fue disuelto el Ejército Libertador: a cada miembro se le entregaron 75 dólares para que regresaran a unos hogares que habían dejado de existir, al tiempo que se les decía que por carecer de educación no estaban capacitados para realizar trabajos públicos. Resignado, concluyó: "La virtud suele siempre ir a pie y descalza en terreno de guijarros y espinas. Mientras que ellos, los representantes de la infamia y la bajeza, reposan en blandos cojines y son conducidos en doradas carrozas". Asimismo, Ricardo Batrell recordaba cómo la preocupación racial presente, incluso en los campos de la revolución, se convirtió, durante la transición a la paz, en una traición total.[87]

Conclusión

Los signos de esta extraña transición, en la cual incontables veteranos fueron apartados y muchos que no combatieron recibieron recompensas, ya eran visibles en las fases finales de la guerra: en

las disputas por promociones, en el entusiasta recibimiento a los recién llegados, y al privilegiar una noción particular de liderazgo y civilización en lugar de otras posibles. Pero privar de poder a unos y otorgárselo a otros en 1898, pese a sus inconvenientes, tenía otros propósitos inmediatos. En primer lugar, destacaba la presencia e importancia de los blancos, los educados y los refinados, muchos de ellos formados en Estados Unidos. En segundo lugar, pensaban algunos, subrayaba la capacidad de los cubanos para ejercer la democracia, la autoridad civil y el autogobierno, pues el hecho de que quienes no habían combatido, e incluso quienes fueron enemigos, pudieran gobernar junto a los antiguos insurrectos, podía interpretarse como una prueba de la racionalidad cubana y de su inclinación a la democracia. Como dijera un antiguo oficial independentista: "La gran Revolución libertadora, pura y magnánima, sin venganza ni rencores (...) no impuso un programa, ni impuso sus hombres (...) Armada de esta virtud moral, invitó a todos a colaborar al bien patrio. Así, los mejores hombres, de todas las creencias, vinieron a la palestra pública. En el Ejecutivo se encontraban mezclados con los libertadores, hombres que habían servido a España, vistiendo el uniforme militar, hasta el día de la víspera [de la paz]; en el Legislativo peroraban, respetados y queridos, antiguos miembros coloniales de la retrógrada Unión Constitucional [el Partido Conservador]; en el Judicial estaban los grandes talentos 'autonomistas' y los mejores funcionarios que habían servido a España.

"Los libertadores sirvieron, ellos también al País, de acuerdo con su capacidad, no de acuerdo con sus méritos revolucionarios".[88]

A esa visión particular de la inclusión, los dirigentes le dieron el nombre de "política de paz, armonía y unidad". No se cansaron de insistir en que había que dejar la guerra atrás y entrar en un futuro en el cual españoles y cubanos serían hermanos. "Una cosa es la guerra y otra la paz. En la paz todos somos hermanos, tal como en la guerra fuimos antes adversarios", dijo José Mayía Rodríguez, quien fuera el acusador de Quintín Bandera.[89] A algunos, esa habilidad para cerrar filas con sus anteriores enemigos pudo parecerles el signo último del derecho de Cuba al autogobierno y de su preparación para la democracia, un signo de su pericia para cumplir las normas que Estados Unidos había

establecido, y también para hacer realidad el sueño martiano de una "república cordial". Pero otros pudieron pensar que se trataba, por el contrario, de un retorno indeseado, es decir, a una época anterior cuando todavía no eran insurrectos, sino seguían siendo abogados y estudiantes, hacendados y trabajadores, cultos o incultos; o (en el caso de quienes eran lo suficientemente viejos para poder recordar) un regreso a una época más temprana aún, cuando los dirigentes de la insurgencia limitaban la libertad otorgada a sus esclavos, al decretar que todos estaban obligados por la ley a trabajar para la república de acuerdo con sus capacidades.[90] Que los dirigentes se limitaban ahora a hablar de la unión entre cubanos y españoles, lo más seguro es que les pareciera una visión muy selectiva de la unidad, una visión que hacía hincapié en la fraternidad con los antiguos colonizadores a expensas de la unidad entre el blanco y el negro, que tan sustancial había llegado a ser en el pensamiento nacionalista sólo unos años antes. Pese a que los oficiales y soldados de color ya habían previsto a mediados y finales del 98 este cambio de énfasis, no por ello dejó de parecer molesto y ominoso.

Notas

1 Gómez: *Diario de campaña*, 318.

2 Véase "A. del Castillo, Jefe de Brigada, Ejército Libertador de Cuba, 5to. Cuerpo, 2da. División, 2da. y 4ta. Brigadas, a Alejandro Rodríguez, Jefe de la División", marzo 29, 1897, en BAN 44-45 (1945-1946): 228-229. Estudios recientes han impugnado la muy aceptada idea de que los insurgentes atacaban las haciendas azucarera y protegían a los campesinos. Véase, por ejemplo, Moreno Fraginals: *Cuba/España, España/Cuba*, 279, 290-291. En cuanto a la política mambí formal hacia las haciendas azucareras y otras propiedades, véanse las declaraciones públicas y la correspondencia entre Máximo Gómez y Tomás Estrada Palma, reimpresas en U.S. Congress, Senate, Committee on Foreign Relations: *Report of the Committee on Foreign Relations Relative to Affairs in Cuba*, 14-17.

3 Para un estudio general sobre el fracaso de la política tanto de Weyler como de Blanco en Cuba, consúltese, en particular, L. Pérez: *Cuba between Empires*, caps. 6-7. También Balfour: *The End of the Spanish Empire*, cap. 1.

4 Citado en L. Pérez: *Cuba between Empires*, 167.

[5] Véanse las anotaciones de noviembre 25, diciembre 1°, diciembre 13, 1897, y enero 12, 1898, en "Alejandro Rodríguez a José María Rodríguez, Partes de Operaciones", BAN 44-45 (1945-1946): 434-438, y "Causa instruida contra el Sargento Emilio Delgado y otros por delito de traición", 1898, en ANC, DR, leg. 142, exp. 98.

[6] Para descripciones de Bandera y sus fuerzas, véanse Barnet: *Biografía de un cimarrón*, 170-171; Herrera: *Impresiones de la Guerra de Independencia*, 20; Padrón Valdés: *General de tres guerras*, 158-159, 336-339; Boza: *Mi diario de la guerra*, 1:180, y Automarchi: *Life with the Cubans*, cap. 9.

[7] Ferrara: *Mis relaciones con Máximo Gómez*, 204-205.

[8] Para una transcripción del consejo de guerra, ver "Expediente formado para el esclarecimiento de hechos se dicen cometidos por el Brigadier Quintín Bandera, Julio 1897", en ANC, MG, leg. 16, exp. 2157. El caso se aborda con mayor profundidad en Ferrer: "Rustic Men, Civilized Nation".

[9] "Bandera a Gómez", s.f. (en respuesta a la carta de Gómez de junio 8 [1897], en ANC, DR, leg. 257, exp. 59. Bandera afirmó con posterioridad que había firmado la carta sin haberla leído. Un análisis de otros consejos de guerra en el mismo período le otorga fuerza al de Bandera. No encontré ningún otro caso de un oficial acusado de vivir con una mujer. En realidad, los casos en que estaban involucradas mujeres casi siempre tenían que ver con acusaciones de violación contra soldados insurgentes, y en ninguno de ellos se acusaba a alguien de la estatura de Bandera. Los casos contra jefes de la relevancia y los grados de Bandera se basaban por lo general en cargos de negociación con el enemigo o de participación en el comercio ilegal. Pueden encontrar recopilaciones de consejos de guerra durante este período en ANC, R95, legs. 24, 25 y 42, y ANC, MG, leg. 16.

[10] "Bandera a Gómez", mayo 28,1897, en ANC, MG, leg. 11, exp. 1633. Para respuestas violentas a su línea de defensa, véase Valdés Domínguez: *Diario de soldado*, 4:128-129, y Padrón Valdés: *Quintín Bandera. General de tres guerras*, 225-226.

[11] Otros de quienes se rumoraba no combatían eran José Mayía Rodríguez, Antonio López Pérez, Francisco Carrillo y Enrique Loynaz del Castillo. Véanse, por ejemplo, Valdés Domínguez: *Diario de soldado*, 4:58, 87, 282-283, 314, y Gómez: *Diario de campaña*, 332.

[12] Valdés Domínguez: *Diario de soldado*, 4:282.

[13] Acerca de la presencia de mujeres, véanse Statement of Rev. A. J. Díaz, en U.S. Congress, Senate, Comittee on Foreign Relations: *Report of the Committee on Foreign Relations Relative to Affairs in Cuba*, 338-355; León Rosabal: *La voz del mambí*, 41-44; Corvisón: *En la guerra*

y en la paz, 41-42; Helg: *Our Rightful Share*, 65-66, y Stoner: *From the House to the Streets*, cap.1.

14 De Quintín Bandera: "Narraciones de la Guerra del 1895 y notas biográficas del Gral. Quintín Banderas", en Padrón Valdés: *Quintín Bandera*, 236.

15 En cuanto a las acusaciones de Antonio Maceo, consúltese "Maceo a Bandera", agosto 16, 1896, en Bandera: "Narraciones", en Padrón Valdés, obra citada, 211-212. En cuanto a José Maceo, "Relación de operaciones de José Maceo", en "Libro registro general de correspondencia del mayor general José Maceo del Ejército Libertador, 1ra. División, 1er. Cuerpo (3 de junio a 30 sept.1895)", ANC, R95, leg. 19, exp., 2970 (número antiguo). Sobre los problemas entre Bandera, José Maceo y Guillermo Moncada, véase Padrón Valdés: *Quintín Bandera*, caps. 5 y 7. Para las acusaciones hechas por Zamora, véanse las entradas de 19 de septiembre, 21 de octubre y 23 de 1897, en "Diario de capaña de Fernando Grave de Peralta", ANC, DR, leg. 359, exp. 7.

16 "M. Gómez al Teniente Coronel Armando Sánchez", julio 8, 1897, en ANC, MG, leg. 16, exp. 2157.

17 "M. Gómez a Q. Bandera", julio 8, /1897/, en ANC, DR, leg. 283, exp. 6.

18 Carlos Manuel de Céspedes: "Manifiesto de la Junta Revolucionaria de la Isla de Cuba", en Pichardo: *Documentos para la historia de Cuba*, 1:358-362.

19 Díaz Quiñones: "Martí: Las guerras del alma". Para un examen general de los temas de masculinidad y sacrificio en el discurso de la insurgencia, véase Chaspeen: "Fighting Words".

20 "M. Gómez al Teniente Coronel José López", junio 8, 1897, en Valdés Domínguez: *Diario de soldado*, 4:129-130. En su diario de campaña, Gómez también estimaba que el campamento mambí es un templo. Gómez: *Diario de campaña*, 324.

21 La referencia a la amante de Bandera como "mujer indecente" aparece en Valdés Domínguez: *Diario de soldado*, 4:219. Para un interesante análisis sobre los vínculos entre los discursos de masculinidad y civilización en otro contexto, véase Bederman: *Manliness and Civilization*. Según Bederman, el culto de la autorrestricción masculina se desarrolló en los blancos norteamericanos de clase media como un medio para reafirmar su autoridad sobre las mujeres y los hombres no blancos (tanto norteamericanos como extranjeros). Resulta de interés considerar la posible aparición de discursos paralelos en escenarios coloniales (o neocoloniales), en cuales los dirigentes locales pudieron haber contrarrestado los discursos coloniales sobre hombres colonizados que no eran ni civilizados ni masculinos, afirmando su propia masculinidad y

civilización en oposición a lo que ellos veían como masculinidad primitiva de los hombres locales no pertenecientes a la elite.

22 Torriente: "Memorias", 20 de abril de 1896, en F. Gómez, *La insurrección*, 242-243. Subrayado en el original.

23 "M. Gómez a Armando Sánchez", julio 8, 1897, en ANC, MG, leg. 16, exp. 2157. También consúltese M. Gómez: *Diario de campaña*, 332.

24 "Q. Bandera a M. Gómez", sin fecha, en ANC, DR, leg. 257, esp. 59. Una descripción del anuncio del jabón aparece en Padrón Valdés: *Quintín Bandera*, 7-8.

25 M. Gómez: *Diario de campaña*, 332.

26 "C. García a M. Gómez", enero 14, 1898, en ANC, MG, leg. 12, exp. 1710.

27 Al parecer, Gómez estuvo de acuerdo con la opinión que García tenía de Zamora. Cuando, en junio de 1898, Zamora pidió al gobierno que le otorgara un diploma en el cual se le reconocieran los grados de coronel que le había dado Antonio Maceo en octubre de 1895, el gobierno rehusó hacerlo, citando la opinión no explicada de Gómez de que Zamora "no era idóneo para pertenecer al ejército". Véase Cuba. Academia de la Historia de Cuba: *Actas de las Asambleas*, 4:77, 89.

28 "Máximo Gómez a Pedro Betancourt", febrero de 1898, en ANC, DR, leg. 250, exp. 50.

29 Ferrara: *Mis relaciones con Máximo Gómez*, 177.

30 Sobre su empleo contra Bandera, véase Ferrer: "Rustic Men, Civilized Nation", y acerca de su empleo contra José Maceo, en Valdés Domínguez: *Diario de soldado*, 2:254, 264.

31 Ferrara: *Mis relaciones con Máximo Gómez*, pp.150-159, y Gómez: *Diario de campaña*, 365.

32 "García a Gómez", enero 14, 1898, en ANC, MG, leg. 12, exp. 1710.

33 "Calixto García a Manuel Ramón Silva", mayo 1°, 1898, en el *BAN* 35 (1936): 106-107.

34 U.S. War Department: *Census of Cuba, 1899*, 194-195. Para imágenes populares contemporáneas de Camagüey, véanse Corvisión: *En la guerra y en la paz*, 480-481; Figueredo Socarrás: *La revolución de Yara*, 34-36, y Gómez: *Diario de campaña*, 36-37.

35 "Calixto García a Manuel Ramón Silva", mayo 1°, 1898, en el *BAN* 35 (1936): 106-107. Teniente coronel Casares jefe de distrito, se había unido al ejército independentista el 15 de julio de 1896. Véase Cuba, Ejército, Inspección General: *Índice alfabético y defunciones del Ejército Libertador*, 171.

36 Muecke Bertel: *Patria y Libertad*, 231. Sobre la difundida designación de exiliados recién llegados, consúltese L. Pérez: *Cuba between Empires*, 290-292.

[37] "Diario de campaña manuscrito del Coronel Virgilio Ferrer Díaz", en ANC, DR, leg. 583, exp. 11, y Cuba. Academia de la Historia de Cuba: *Actas de las Asambleas*, 4:87-88. La terminología norteamericana es de McPherson: *What They Fought For*, 17.

[38] Bergés: *Cuba y Santo Domingo*, 163, y Cañizares: "Diario del Teniente Coronel Rafael M. Cañizares", 147.

[39] Para tener una idea de la cabal magnitud de las últimas solicitudes de promociones, véase Cuba. Academia de la Historia de Cuba: *Actas de las Asambleas*, especialmente los volúmenes 4 y 6. También las listas de oficiales propuestos para promociones —sobre todo, a mediados de 1898—, en "Registro de propuestas para ascensos, 1898, borrador", ANC, R95, leg. 17, exp. 2447 (fuera de caja no. 92). La referencia a la purga es de Ferrara: *Mis relaciones con Máximo Gómez*, 210. Para un estudio de este fenómeno en un nivel local, véase García Martínez: "La Brigada de Cienfuegos".

[40] "Calixto García a Tomás Estrada Palma", Potosí, Tunas, marzo 22, 1898, en el *BAN* 35 (1936):102-103.

[41] Máximo Gómez utilizó la frase en un discurso antes de la ejecución del general y antiguo bandolero Roberto Bermúdez. "Creo que la paz, confesó Gómez a un amigo, no está muy lejos, y hay que dar un fuerte ejemplo". Ferrara: *Mis relaciones con Máximo Gómez*, 150, 158.

[42] Stocking: *Race, Culture, and Evolution*, 35-38, 131-132; Williams: *Keywords*, 57-60, y Bederman: *Manliness and Civilization*, 23-41. Para un ejemplo contemporáneo de pensamiento popular sobre la raza y la civilización, véase Figueras: *Cuba y su evolución colonial*.

[43] Véase, por ejemplo, Ferrara: *Mis relaciones con Máximo Gómez*, 155, 176; M. Gómez: *Diario de campaña*, 356; "García a Silva", mayo 1°, 1898, en el *BAN* 35 (1936): 106-107.

[44] Cuba. Academia de la Historia de Cuba: *Actas de las Asambleas*, 2:103; 3:31-32, 100, 118, 6:6.

[45] Batrell Oviedo: *Para la historia*, 171

[46] Ibíd., 170.

[47] Ibíd. 171.

[48] Ibíd., y Cañizares: "Diario del Teniente Coronel Rafael M. Cañizares", 144.

[49] "M. Gómez a Pedro Betancourt", febrero de 1898, en ANC, DR, leg. 250, exp. 50; "Hoja de servicio del Capitán Martín Duen y Richard", en ANC, R 95, leg. 62, exp. 8746, y Batrell Oviedo: *Para la historia*, 170-171.

[50] Cuba, Ejército, Inspección General: *Índice alfabético y defunciones del Ejército Libertador*, 249. Los nombres de otros comandantes y el coronel aparecen en las páginas 198, 249, 312, 384, 889.

51 "Diario de operaciones del Capitán Martín Duen y Richard", en ANC, DR, leg. 278, exp. 1. Véase también Guillermo Schweyer: "De nuestra epopeya", en ANC, DR. caja C, exp. 72.

52 Para recientes reseñas de esta literatura, véase L. Pérez: *War of 1898*, y Bergquist: *Labor and the Course of American Democracy*, cap. 2.

53 Bergés: *Cuba y Santo Domingo*, 160-161.

54 Cuba, Ejército, Inspección General: *Índice alfabético y defunciones del Ejército Libertador*. Defino el período de la participación de Estados Unidos comenzando con la explosión del *Maine* en febrero de 1898 y termino con la tregua en agosto de ese año. También defino el renacer de la invasión de occidente por los insurgentes como el período entre diciembre de 1895 y febrero de 1896.

55 Varona Guerrero: *La guerra de independencia*, 3:717. Los términos originales en español son bloqueados, arrempujados, rabiquemados y girasoles.

56 Orden, José Mayía Rodríguez, abril 28, 1898, reproducida en Bergés: *Cuba y Santo Domingo*, 155-156; "Coronel José M. Sánchez al Comandante Alonso Sánchez", abril 20, 1898, en AGM, SU, Cuba, leg. K-2 (2da.-3ra.), y "Guerrilla española del Capitán J. J. Casanova, incorporada el 7 de julio 1898" y "Guerrilla española del Capitán J. J. Hidalgo, incorporada el 4 de julio 1898", ambas en ANC, AR, leg. 9, exp. 616.

57 Circular, Inspección General del Ejército del Departamento Occidental, septiembre 2, 1898 en "Documentos varios relativos al Ejército Libertador", ANC, FA, leg. 71, exp. 4246.

58 Véase, por ejemplo, Miró Argenter: *Cuba*, 329-331; Batrell Oviedo: "Relato escrito por R. Batrell", en ANC, FA, leg. 70, exp. 4242.

59 Varona Guerrero: *La guerra de independencia*, 3:1717.

60 Batrell Oviedo: *Para la historia*, 171, y Bergés: *Cuba y Santo Domingo*, 160-161.

61 Para calcular estas cifras utilicé el "Libro del Quinto Cuerpo", en ANC, AR. Registré las ocupaciones y las fechas de entrada al ejército de los integrantes de los regimientos Matanzas y Betances, que componían el Quinto Cuerpo, Primera División, Tercera Brigada del Ejército Libertador. Conté como profesionales y de elite a aquellos individuos identificados como comerciantes u hombres de negocios, empleados, estudiantes o universitarios, propietarios, y a un botánico. Consideré como trabajadores o campesinos a aquellos que aparecían en las listas como jornaleros, trabajadores, o de campo.

62 García Martínez: "La Brigada de Cienfuegos".

63 Arbelo: *Recuerdos de la última guerra*, 304-305; Gómez: *Diario de campaña*, 352, 365; "Gen. Calixto García a Máximo Gómez", abril 26, 1898, en el *BAN* 35 (1936): 104-105.

64 Musgrave: *Under Three Flags in Cuba*, 356.

65 "Calixto García a General Shafter", julio 19, 1898, en William R. Shafter Papers, LC, MMS, rollo 4. La carta aparece en inglés.

66 Sobre soldados norteamericanos borrachos, véanse Musgrave: *Under Three Flags in Cuba*, 356; Gómez: *Diario de campaña*, 363-364, y "R. Ramírez al Capt. C: P. Jonson", Yaguajay, septiembre 1°, 1898, en ANC, MG, leg. 16, exp. 2158. Para controversias sobre las banderas, véanse "Calixto García a Tomás Estrada Palma", junio 27, 1898, en el *BAN* 35 (1936): 108-112; "José de Armas al Gen. William R. Shafter", julio 18, 1898, Shafter Papers, rollo 4. Para un estudio relacionado con las palabras "República de Cuba", véase Muecke: *Patria y libertad*, 230.

67 "Calixto García a Tomás Estrada Palma", agosto 23, 1898, en el *BAN* 35 (1936):124-125.

68 Ferrara: *Mis relaciones con Máximo Gómez*, 215.

69 Ibíd., 175, y Ph. Foner: *The Spanish-Cuban-American War*, 2:390.

70 "Leonard Wood to President of the United States", noviembre 27, 1898, en Leonard Wood Papers, LC, MSS, caja 26.

71 "Eusebio Hernández a Manuel Sanguily", octubre 15, 1898, en E. Hernández: *Eusebio Hernández*, 112-114, y Gonzalo de Quesada, entrevista con *La Discusión*, enero de 1899, en Martínez Ortiz: *Cuba, los primeros años*, 1:34-35.

72 "Gen. James H. Wilson to General John R. Brooke", junio 9 y junio 12, 1899, en James H. Wilson Papers, LC, MSS, caja 4. "Causa por incitación a la rebelión", en ANC, AS, leg. 59, exp. 11; Ferrara: *Mis relaciones con Máximo Gómez*, 223-224, y Healy: *United States in Cuba, 1898-1902*, 120.

73 Muchos cubanos parecían compartir los estereotipos norteamericanos sobre las tendencias latinoamericanas al militarismo. Por ejemplo, en la discusión que acompañó a la larga y complicada hostilidad entre las ramas civil y militar del movimiento independentista, los civilistas tenían la convicción de que el poder del ala militar sólo daría como resultado una república inestable, guerras civiles endémicas, y el tipo de incertidumbre que caracterizaba a buena parte de la América española después de la independencia. Incluso, entre los oficiales del ejército circulaba la opinión de que existía una interdependencia muy fuerte entre América Latina, supremacía militar e inestabilidad política. La declaración de Calixto García —de que "prefería ver [a su] país hundirse en el Golfo de México que verlo gobernado por un sátrapa, como ha ocurrido en la mayoría de las república de América del Sur"— no resultaba del todo atípica. "García a Tomás Estrada Palma", marzo 22, 1898, en el *BAN* 35 (1936):102-3. En cuanto a sentimientos similares que se expresaron durante la Guerra de los Diez Años, véase Céspedes: "Co-

municación diplomática encargando explorar la opinión oficial norteamericana sobre la anexión", en *Escritos*, 1:144. Sobre el tradicional conflicto entre las alas civil y militar del movimiento, véase también J. Hernández: *Cuba y los Estados Unidos*, caps. 1-4.

74 Consúltense a L. Pérez: *Cuba between Empires*, 198-201, y a M. Hunt: *Ideology and U.S. Foreign Policy*, 61-62. Para estudios más generales sobre la representación simultánea de la gente de las colonias como violentas y pasivas, salvajes e infantiles, véase McClintock: *Imperial Leather*, 27.

75 Ambos se citan en Ph. Foner: *The Spanish-Cuban-American War*, 2:394-395.

76 Bartolomé Masó: "Manifiesto", septiembre 1°, 1898, reproducido en Arbelo: *Recuerdos de la última guerra*, 326.

77 Fragmento de la carta enviada por el general Calixto García al mayor general Shafter, en español. (*N. de los E.*) "Al mayor general Shafter, general en jefe del Ejército de los Estados Unidos", julio 17 de 1898, en Aníbal Escalante Beatón: *Calixto García. Su campaña en el 95*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.

78 Stocking: *Race, Culture, and Evolution*, 35-38, 131-132, y Boderman: *Manliness and Civilization*, 29.

79 Todos citados en L. Pérez: *Cuba between Empires*, 199-200.

80 "Gen. James H. Wilson to Professor Goldwin Smith", enero 19, 1899, en Wilson Papers, caja 43; "Declaración de Mr. William D. Smith", junio 3, 1897, en U.S. Congress, Senate, Committee on Foreign Relations: *Report of the Committee on Foreign Relations Relative to Affairs in Cuba*, 366-367.

81 Buena parte de las investigaciones actuales sostienen que el racismo desempeñó un papel sustancial en el imperialismo norteamericano, bien allanándole el camino al imperio, al proporcionar a sus defensores las justificaciones de su tutela sobre pueblos y territorios "no blancos", bien obstaculizando al imperialismo mediante la aportación a sus oponentes de argumentos racistas contra cualquier tipo de vínculo con los territorios en cuestión. Para una reseña reciente de esta literatura, véase Love: "Race over Empire", Introducción y cap. 1. Mas, ambas concepciones (de la raza como allanadora u obstaculizadora del imperialismo) simplemente asumen que la situación racial no blanca de las nuevas colonias es algo dado, sin prestar atención a cómo esa situación pudiera tener que construirse al margen de la vida diaria del imperio. La nueva investigación empieza a abordar estas cuestiones; véase, por ejemplo, Domínguez: "Exporting U.S. Concepts of Race". En torno a la construcción cotidiana de la raza en contextos no imperiales, véase especialmente, Holt: "Marking".

82 El desequilibrio de la disputa proviene, por supuesto, no sólo de lo flexible y perniciosa de la teoría racial, sino también de los intereses materiales norteamericanos en el imperio. En torno a esto último, véase, especialmente, LaFeber: *New Empire.*

83 Véase, en particular, el capítulo 5. Para un examen general sobre los nacionalismos y el desempeño de la unidad, véase Prakash: *After colonialism*, 9. En torno al desempeño en términos más generales, véase, en especial, Butler: *Gender Trouble.*

84 "Leonard Wood to President of the United *States*", november 27, 1898, in Wood Papers, caja 26.

85 "Demetrio Castillo y otros al Gobierno de la República de Cuba", septiembre 12, 1898, en ANC, MG, leg. 14, exp. 2033a, y Martínez Ortiz: *Cuba, los primeros años*, 1:28-29.

86 Tasker H. Bliss: "Annual Report of the Collector of Customs for Cuba (...)", en *Civil Report of Major-General John R. Brooke* (Washington, D.C.: Government Printing Office, 1900), 374-375; "Borrador del acta de reunión de la Comisión Ejecutiva del 24 de diciembre de 1898", en ANC, R95. leg. 54, exp. 7505, y "Dos tendencias", *El Porvenir* (Nueva York), agosto 13, 1898.

87 Herrera: *Impresiones de la Guerra de Independencia*, 160, y Batrell Oviedo: *Para la historia*, 12, 170-71.

88 Ferrara: *Mis relaciones con Máximo Gómez,* 265; el surbrayado es mío.

89 Barbarrosa: *Patria y libertad*, 33-36.

90 Ferrara: *Mis relaciones con Máximo Gómez,* 219, y Corvisón: *En la guerra y en la paz*, 468-469.

Epílogo y Prólogo
Raza, nación e imperio

Poco antes del inicio de la última guerra de independencia, José Martí hizo una predicción, no tanto sobre la Revolución cubana como tal, como sobre la historia humana en general. "Este no es —decía— el siglo de lucha de las razas, —sino el siglo de afirmación de los derechos".Aunque José Martí vivió en lo que él llamara un mundo sometido a "la garra de Darwin", tenía razones para creer en lo que afirmaba, pues había visto y participado en un movimiento que le parecía abrigaba esa promesa.[1]

Como hemos visto, ese movimiento se inició formalmente cuando un propietario blanco libertó a sus esclavos, se dirigió a ellos llamándolos ciudadanos y les pidió que se convirtieran en soldados (y sirvientes) en la lucha por la soberanía política y la emancipación de los esclavos. En el transcurso de los siguientes 30 años, decenas de miles de personas respondieron al llamado y se unieron al esfuerzo contra el dominio español: esclavos, esclavistas e hijos de ambos; criollos, españoles y africanos; hacendados, mayorales y cortadores de caña; abogados, poetas y diletantes. En el ejército en que sirvieron, los grados tendían a depender de la posición social, aunque hubo numerosas e importantes excepciones a esa regla. De hecho, fueron ejemplos de esas excepciones — hijos negros y mulatos de campesinos, esclavos y artesanos— los que encabezaron el más famoso hecho de intransigencia revolucionaria: la Protesta de Baraguá, que repudió el tratado de paz que no concedía ni la independencia, ni la abolición de la esclavitud. Ya en 1895, el oficial mulato que dirigió la protesta se había convertido en un dirigente de proporciones nacionales; y el

Ejército Libertador, organizado por tercera vez, contaba con un cuerpo de oficiales con una proporción significativa de negros y mulatos.

Del mismo modo que el ejército era multirracial, el lenguaje y la ideología que conformaron y guiaron el movimiento eran antirracistas. Los oficiales blancos, como los negros y mulatos, estimaron que una atracción central del movimiento era su asalto a la esclavitud. Los intelectuales patriotas profesaban la igualdad de todas las razas y, en ocasiones, la no existencia de ellas. Definían el antirracismo como rasgo fundamental de la nacionalidad cubana, y consideraban el racismo como violación de esa nacionalidad. Y todo esto lo hacían en una sociedad fundada sobre el miedo, la esclavitud y el racismo, y en un mundo que era testigo de la consolidación de la teoría racial y del auge de la violencia racial. Por esto, Martí, que vivía en esa época y defendía ese movimiento, tal vez se creyó justificado al anticipar la irrupción de una nueva era en la historia de la humanidad

La revolución que hicieron Martí y decenas de miles de otros se encontraba en 1898 en las circunstancias más insólitas. En enero de ese año, sus jefes militares predijeron la victoria y comenzaron a prepararse para la paz. En febrero, el buque de guerra norteamericano *Maine* hizo explosión en la bahía de La Habana, y lo ocurrido después devino historia: Estados Unidos intervino en abril y ganó la guerra en agosto. Quizá por una ironía del destino, un movimiento explícitamente anticolonialista, antiesclavista y antirracista, vino a parar en la intervención y la tutela de una nación que por ese entonces inventaba la segregación de Jim Crow y adquiría un vasto imperio internacional. Los soldados norteamericanos en camino hacia Cuba atravesaban Estados Unidos en trenes segregados, y turbas de estadounidense blancos atacaban a los soldados norteamericanos negros que esperaban abordar los barcos con destino a Cuba. Después de llegar a Cuba, como ostensibles aliados del Ejército Libertador multirracial, servían en unidades segregadas en las cuales los negros cumplían servicio siempre en unidades negras bajo el mando de oficiales blancos.[2]

Está claro que éste no era el gobierno que podría poner en práctica la predicción martiana en cuanto al fin del racismo. Como

está claro también que el destino del antirracismo cubano bajo el dominio norteamericano finisecular, no podía parecer menos favorable. Algunos incidentes de poca monta en esos primeros días de paz presagiaban cambios aún más desfavorables. Por ejemplo, en la ciudad de Gibara, en Oriente, los oficiales cubanos de color organizaron una fiesta en homenaje a la victoria cubano-norteamericana, e invitaron a todos. Al día siguiente, cuando algunos de los juerguistas todavía se estaban recuperando de los efectos de la fiesta, se anunciaron dos nuevas fiestas que se celebrarían de manera simultánea: una, para blancos, en el centro del pueblo, y otra, para negros y mulatos, en una casa particular en sus afueras. En esa segunda fiesta, los oficiales negros y mulatos condenaron el establecimiento de una línea de color divisoria que, según ellos, no había existido en la revolución.[3]

Este insólito giro de los acontecimientos en 1898 y, sobre todo, la intervención militar y política norteamericana, condujeron en esos momentos a muchos testigos cubanos, y a muchos investigadores desde entonces, a lamentarse de que la revolución cubana del siglo XIX hubiera sido traicionada. Dada la inesperada transición a la dominación indirecta de Estados Unidos, la acusación no resulta difícil de sostener. Justo después de la victoria, las autoridades norteamericanas prohibieron que el ejército cubano entrara a las ciudades que los españoles acababan de rendir y, en algunos lugares y durante algún tiempo, dejaron a los oficiales y burócratas españoles en posiciones de poder. Una intervención súbita había eclipsado 30 años de revolución, y a los revolucionarios, cuyos enemigos acababan de ser derrotados, se les impidió asumir el poder. No ha de extrañar entonces que los estudios en torno a la intervención norteamericana aborden de manera invariable el movimiento nacionalista cubano como una "revolución pospuesta" o (si nos valemos de la frase de Eric Foner sobre un parecido momento de regresión en Estados Unidos) como "una revolución inconclusa".[4]

Pero, por obligada que sea la imagen de una traición patrocinada por los norteamericanos, parece igualmente claro que las semillas del fracaso de la revolución ya germinaban en la revolución misma: en las viejas, aunque cambiantes, ansiedades en cuan-

to al poder negro, en los recelos que inspiraba la movilización de los negros y en las concepciones discriminatorias sobre civilización y política. Desde el principio, en el 68, la magnitud de la movilización de negros y esclavos durante la primera guerra, conminó a los dirigentes (los mismos que empezaron la contienda bélica emancipando a sus esclavos) a considerar la posibilidad de una anexión a Estados Unidos, "para no caer en [un] abismo de males".[5] En los años siguientes, la movilización de negros condujo a miles de personas a rechazar el movimiento armado y aliarse, si no a España, por lo menos a la promesa de paz y seguridad. En 1879, durante la segunda guerra, las mismas inquietudes con respecto a la movilización negra —a las cuales se unía ahora el temor al liderazgo negro— volvieron a provocar que muchos blancos se rindieran, y sin duda impidieron que muchos se unieran a la rebelión. Más tarde, en 1895, el liderazgo de los oficiales no blancos todavía tenía fuerza como para generar vacilaciones y sembrar las semillas de la disensión. Recordemos que los oficiales negros y mulatos que hablaban de política en un campamento mambí en el 96, ya habían especulado —dos años antes de que aparecieran los soldados, burócratas y hombres de negocios norteamericanos— que los soldados negros sacrificaban sus vidas sin estar conscientes de que lo hacían en beneficio de los cubanos blancos en la paz.[6] Todavía bajo liderazgo cubano, ya percibían que la traición y el retroceso de la revolución resultarían inminentes. Que lo estimaran así sugiere que las raíces de ese retroceso no sólo se encontraban en la repentina llegada de los norteamericanos, sino también en la anterior historia de la insurgencia anticolonialista. Durante los 30 años de desarrollo del movimiento revolucionario hubo suficientes casos de racismo, división y reacción, como para demostrar que cualquier renuncia subsiguiente a la promesa del antirracismo era algo más que el simple resultado de la intervención norteamericana.

Si el pasado del nacionalismo mostraba alguna participación cubana en esa renuncia, también el futuro de la república revelaba la voluntad de los cubanos blancos de despreciar y hasta negar las manifestaciones de antirracismo. Sería en la república, no ocupada ya por Estados Unidos, donde la temida "guerra de razas" de la colonia española se materializaría: en la salvaje re-

presión ordenada por las autoridades cubanas contra el primer partido político negro del hemisferio, que redundó en la masacre de miles de cubanos negros y mulatos en 1912.[7]

No obstante, cuestionar la claridad de la distinción entre la insurgencia nacionalista y la ocupación y la república que vendrían después, no significa afirmar que ambas etapas forman una única e indivisible historia de la persistencia del racismo. Como tampoco sugiere estar de acuerdo con la proposición de que los estadounidenses "aceleraron el proceso de marginación de los afrocubanos que se había iniciado en Cuba Libre".[8] No fue la marginación de negros y mulatos, o la defensa de un *statu quo* social lo que definía a Cuba Libre. Por el contrario, el rasgo definitorio del movimiento era el desafío al dominio colonial y al privilegio racial. Ese desafío nunca fue completo, pues eran más las veces que parecía irresoluto y ambivalente. Pero el movimiento, así como la sociedad de la cual surgió, habían cambiado en virtud de ese desafío que a fin de cuentas se planteó. La revolución contra España originó en las filas del independentismo y, de un modo más general, en toda la sociedad cubana, una constante y enconada contienda entre racismo y antirracismo, entre revolución y reacción. Con todo, si la expectativa de emancipación armada creó dudas y recelos en cuanto a la rebelión y la independencia, también hizo lo contrario, en la medida en que insurrectos e intelectuales ubicaban la justicia y el mérito del movimiento precisamente en el acto rebelde de emancipar los esclavos. Y de la misma manera que la contemplación de hombres negros armados y de jefes negros y mulatos armados alimentaba los temores y las inquietudes, no resultaba menos cierto que otros veían en esos acontecimientos un signo del propósito y la promesa del movimiento.

En esta lucha interna del movimiento entre racismo y antirracismo, las líneas de contienda podían correr por regiones o grupos sociales, entre facciones políticas o rivalidades personales. Pero, a menudo, esa lucha también se daba en el interior de las personas. Así ocurrió con Manuel Arbelo, que elogiaba a Toussaint Louverture, pero despreciaba lo que consideraba la arrogancia de los jefes negros y mulatos. Cisneros Betancourt enterró a su hija con un negro, pero detestaba el poder de Antonio Maceo.

Martí afirmó que las razas no existían, para hablar después de las cualidades hereditarias de los negros. Y los hermanos Maceo vituperaban a los patriotas blancos por su racismo, pero en ocasiones reprodujeron sus exclusiones.[9] Que la lista pueda extenderse, casi de manera indefinida, atestigua la extensión de esta lucha y la fuerza de las dos corrientes dentro del movimiento revolucionario. Y esta tensión —preponderante, dinámica y en permanente evolución— definió la Revolución cubana del siglo XIX.

En 1898 no estaba totalmente decidido el resultado de ese enfrentamiento entre el racismo y el antirracismo. El paisaje de la política racial ya había cambiado de manera dramática en 30 años de conspiraciones y movilizaciones. La esclavitud había muerto hacía ya 12 años; los cubanos de color habían logrado acceso a importantes derechos civiles, y el movimiento independentista profesaba (por imperfecta que fuera su práctica) el antirracismo como elemento fundacional de la nación que se gestaba. Miles de cubanos negros y mulatos habían participado en un movimiento político armado; un número menor, aunque significativo, llegaron a ser oficiales del ejército, y un grupo aún menor gozaba de popularidad y seguidores en todo el país. De hecho, los conflictos en cuanto al liderazgo negro que se desarrollaban a medida que se acercaba el fin de la guerra, no eran más que un signo de los profundos cambios que cobraban forma en la política racial cubana, así como una señal de los ansiosos intentos por limitar esas mismas transformaciones.

Sabemos con certeza cuál fue la postura de los ocupantes norteamericanos en ese enfrentamiento entre racismo y antirracismo. Por inciertos que fueran sus designios en Cuba, por conscientes que fuesen de su nueva misión imperial, no hubo ambigüedad alguna en torno a este punto: los oficiales y burócratas norteamericanos de finales de la década de 1890, de ninguna manera defenderían el nacionalismo cubano o el antirracismo nacional. Pero incluso la claridad y el poder de la política racial estadounidense, no pudieron poner fin o resolver las tensiones relacionadas con la raza dentro del nacionalismo cubano. La actitud racista norteamericana hacia los negros cubanos, y su arrogancia hacia los cubanos en general, no cambiaban el hecho de que la domina-

ción de Estados Unidos —incluso, una dominación indirecta y no reconocida como imperial— tenía que negociarse. Y la negociación requería tomar en consideración el pasado reciente y la historia viva del discurso y la movilización antirracistas. Esta circunstancia moderó las ambiciones norteamericanas. Por ejemplo, los esfuerzos explícitos e impacientes de los ocupantes por restringir el sufragio sufrieron un gradual naufragio. Los intentos por limitar el acceso al voto, imponiendo restricciones según el nivel de educación y la propiedad de bienes, fueron aplacándose en un principio mediante la inclusión de una "cláusula del soldado", que otorgaba el derecho al sufragio a todos los veteranos del Ejército Libertador. La muy extendida (aunque no universal) oposición cubana consiguió anular incluso esos límites, pues veteranos de múltiples denominaciones políticas plantearon que la exclusión de los pobres y los carentes de educación constituía una afrenta intolerable a un movimiento independentista que ya había grabado en sus leyes el sufragio universal. Y en la Asamblea Constituyente de 1901, los norteamericanos vieron hacerse ley y ponerse en práctica el sufragio universal masculino en un territorio recién liberado de la esclavitud y en esos momentos sometido al ambiguo dominio de un país que, por ese entonces, consentía en el desmantelamiento de los derechos electorales en sus propios territorios sureños.[10] Es evidente que la historia de la Revolución cubana, de la movilización interracial y del discurso antirracial, impuso límites a lo que los ocupantes podían hacer razonablemente.

Pero si bien el nacionalismo limitaba el ejercicio de la dominación norteamericana, igualmente claro es que esa dominación constreñía aún más a los nacionalistas cubanos. La intervención de Estados Unidos, en su nivel más básico, bloqueaba una independencia que durante tres décadas se había intentado conseguir por medios pacíficos y violentos. La presencia de Estados Unidos, su política y su arrogancia impusieron a los cubanos una prueba que ellos no habían pedido, una prueba ostensiblemente destinada a comprobar la capacidad de los cubanos para el autogobierno. Después de 30 años de movilización, la independencia parecía depender de la voluntad de los norteamericanos de evacuarse, y esa voluntad, según ellos, dependía del compor-

tamiento de los cubanos. Por eso, éstos actuaron del modo que pensaban convencería a los ocupantes de su capacidad para el autogobierno. Evitaron la confrontación, pese a que la independencia aún no se había conquistado. Abrazaron la civilidad, el orden y la reconciliación, y esperaron que los ocupantes tomarían nota y abandonarían el país. Pero había un problema con esa actuación, pues la promesa de civilidad o de acercamiento a los españoles no había llevado a miles de hombres a la lucha independentista. Y los norteamericanos y su prueba dejaban poco espacio para las causas que sí los habían impulsado: la promesa de igualdad, por ejemplo, o el fin de la dominación colonial. Entonces, la evacuación de los norteamericanos parecía requerir que los nacionalistas cubanos renunciaran a principios que habían estado en el centro del movimiento independentista durante 30 años. Al parecer, la independencia dependería de la renuncia del nacionalismo.

Esta incómoda posición también implicaba una transformación de los modos como los cubanos representaban su nación ante el público tanto norteamericano como cubano. El esfuerzo independentista siempre había sido, en parte, una lucha de representaciones. Por esta razón, a los argumentos coloniales sobre la imposibilidad de la nacionalidad cubana y lo inevitable de una guerra racial, los revolucionarios cubanos habían respondido con una imagen radicalmente diferente: la de una nación donde negros y blancos luchaban juntos para derrotar a una España incivilizada y atrasada, y para abolir la esclavitud y la división racial. A las imágenes de supremacía negra, los nacionalistas les contraponían otras de unión de negros y blancos e, incluso, del logro de una nación sin razas. Pero esta representación particular de la raza y la nacionalidad, tan importante en la década del 90, ya en 1898 resultaba incapaz de garantizar la evacuación estadounidense. De ahí que esas ideas, que llegaron a dominar la retórica nacionalista, se vieran eclipsadas repentinamente por otras representaciones públicas de la nacionalidad cubana; es decir, por otras que subrayaban la prominencia de dirigentes blancos educados, las semejanzas entre ambos pueblos, y el *status* moderno y civilizado de la futura nación. Este cambio de énfasis ya era evidente antes de la intervención norteamericana: en las anterio-

res discusiones sobre la naturaleza del liderazgo republicano, por ejemplo, y en los consecuentes cambios en la oficialidad dictados por juicios acerca de la cultura y la civilización. Esos cambios, y la pugna entre racismo y antirracismo que reflejaban, precedieron a la intervención. Pero el hecho de que estas luchas tendrían que seguir desarrollándose ante la mirada escéptica de los ocupantes, contribuyó a sobredeterminar el resultado.

Como un presagio de los días más tristes que estaban por llegar, esos primeros días de la paz fueron testigos del arribo de un desconocido al campamento de Máximo Gómez. Después de un almuerzo pausado y afable, el visitante sacó un pedazo de hilo y preguntó cortésmente si podía medir la cabeza del viejo y venerable general. La petición y la indignada respuesta de los presentes pusieron de manifiesto de inmediato las tensiones que definían el fin de la insurgencia anticolonial en Cuba y apuntaban a nuevas tensiones que emergían en el nuevo orden imperial. Gómez respondió a la imprudente solicitud con ira e incredulidad: sólo ponía su cabeza en manos de los barberos, dijo, y ordenó que lo sacaran del campamento. Además, añadió más tarde con indignación que no era un mono como para que lo exhibieran. Del perturbador encuentro, Gómez sacó la simple conclusión de que el visitante tenía que estar loco, conclusión plausible por tan improcedente solicitud. Acaso, la negación de Gómez representaba, a la vez, un repudio contundente de una ciencia que tal vez sospechara era contraria al mensaje antirracista de la revolución. Pero al cabo de unos días, Gómez cambió de parecer. Sus amigos lo convencieron de que las intenciones del visitante eran honradas; que el estudio que éste preparaba reflejaba las tendencias más recientes del saber universitario (explicado todo con muchos detalles), y que seguramente el individuo deseaba tomarle las medidas con el solo fin de probar algo muy favorable para el general. Entonces, Gómez accedió, y el visitante regresó a medirle su cabeza.[11]

Gómez había percibido lo errado del empeño del desconocido, pero, enfrentado a la solidez de la ciencia, cedió y permitió que lo midieran, literalmente, siguiendo normas que no estaba seguro de aceptar. Lo mismo ocurrió con los nacionalistas cubanos. Después de erigir un movimiento independentista durante 30

años y de luchar internamente para definir una posición en cuanto a la raza, en 1898, aquéllos dieron la bienvenida a su propio visitante que llegaba con su propio experimento. Como Gómez, optaron por someterse a la prueba, consentir y dejar a un lado, por el momento, las convicciones que, aunque estaban en el centro de su movimiento, no podían servir a los fines inmediatos de probar su valía según las normas del visitante. No siempre resultó difícil esa decisión, y a muchos de los hombres que tenían convicciones revolucionarios no les costó demasiado trabajo aceptar las creencias norteamericanas de civilización y modernidad. Si bien deploraban que los norteamericanos dudaran de su capacidad y derecho para gobernar, a menudo parecían compartir los juicios norteamericanos sobre los derechos y capacidades de sus compatriotas. Y por eso no podemos saber, por ejemplo, qué hubiera hecho Máximo Gómez en caso de que el desconocido hubiera llegado a su campamento con una cinta métrica para medir la cabeza de un soldado u oficial negro (lo que pronto harían los antropólogos cubanos con los restos de Maceo). Pero la cuestión radicaba en que el visitante del campamento de Gómez venía a medir *su* cráneo, del mismo modo que los ocupantes del norte desafiaban, valiéndose del lenguaje de la raza, no sólo la capacidad de los cubanos negros, sino también la de los cubanos en general. Así que, mientras los dirigentes blancos en vísperas de la paz se preocupaban por las capacidades republicanas de ciertos soldados y oficiales, el desprecio norteamericano resultaría menos selectivo.

En ese momento de transición en el 98, podemos ya vislumbrar otro conjunto de cuestiones y problemas: de cómo, en el terreno de la política racial local derivada de la esclavitud colonial, la emancipación y la insurgencia, se trazaría otro mapa diferente de entendimientos raciales que emanaban de un nuevo encuentro imperial entre Estados Unidos y algunas "islas del mar". En esta isla particular, los norteamericanos permanecerían —esta primera vez— tres años y medio. Prometieron que se marcharían una vez que los cubanos demostraran ser capaces de autogobernarse. Pero sólo admitirían como evidencia de esa capacidad la aceptación por los cubanos de la Enmienda Platt, la cual (entre otras cosas) otorgaba al gobierno de Estados Uni-

dos el derecho a intervenir en los asuntos internos de los cubanos con el fin de preservar la independencia de Cuba y proteger, según el texto, "vida, propiedad y libertad individual". Y así, el 20 de mayo de 1902, una vez aprobada la Enmienda Platt, los norteamericanos se marcharon, aunque retuvieron el poder de regresar cuando lo estimaran necesario.

Poco menos de un año después de la evacuación, un profesor estadounidense publicó un libro de ensayos sobre asuntos que no parecían guardar relación alguna con los acontecimientos cubanos. El segundo ensayo del libro comenzaba con una frase ahora famosa y generalmente incuestionable: "El problema del siglo XX es el problema de la línea del color, el de la relación de las razas más oscuras con las razas más claras de hombres en Asia y África, en Estados Unidos y en las islas del mar". Con esa frase, W. E. B. Du Bois profetizaba la antítesis del siglo imaginado por Martí: "no es el siglo de la lucha de las razas, —sino el siglo de afirmación de los derechos".[12] Está claro que la predicción de Du Bois fue la que mejor captó el futuro. Pero la historia que aquí hemos contado quizá sugiera una contracorriente: que la verdad y el poder de la afirmación de Du Bois radicaban, en parte, en el desarme de la frágil promesa anticolonialista y antirracista de la revolución del siglo XIX en Cuba. En ese desmantelamiento, cubanos y norteamericanos fueron participantes activos, si bien dispares.

Notas

1 La primera cita se halla en Martí: "Carta al Director de *La Opinión Nacional*", marzo 4, 1882, publicada en *La Opinión Nacional* (Caracas), marzo 23, 1882, en *Obras completas* (1963-1965), 14:407; la segunda en Martí: "Un mes de vida norteamericana", en *Obras completas* (1963-1965), 11:146.

2 Ver Marks: *The Black Press Views American Imperialism*, especialmente los caps. 2-4, y Gatewood: *"Smoked Yankees"*. Para un interesante análisis que vincula el imperialismo de Estados Unidos y la política racial doméstica, véase Painter: *Standing at Armageddon*, cap. 5.

3 Muecke: *Patria y libertad*, 231.

4 De Armas: *La Revolución pospuesta*, y E. Foner: *Reconstruction*. El mejor análisis de esta inusual transición es L. Pérez: *Cuba between Empires*, caps. 10 y 13.

5 "Comunicación diplomática encargando explorar la opinión oficial norteamericana sobre la anexión", en Céspedes: *Escritos,* 1:144.

6 Arbelo: *Recuerdos de la última guerra,* 54-56.

7 Los acontecimientos de 1912 han dado lugar a significativas investigaciones recientes. Véase especialmente L. Pérez: "Politics, Peasants, and People of Color"; Helg: *Our Rightful Share,* cap. 7; De la Fuente: "With All and for All"; Bronfman: "Beyond Color".

8 Helg: *Our Rightful Share,* 92, 98.

9 Véase Arbelo: *Recuerdos de la última guerra,* 55-56, 112-123. Sobre Cisneros Betancourt, véase Martí: "Los cubanos de Jamaica", en *Obras completas,* 1:494-995, y Maceo: *Antonio Maceo,* 2:67 n. Acerca de Martí, véase Ortiz: *Martí y las razas.* Sobre José y Antonio Maceo, consulte el final del capítulo 6.

10 La constitución de 1897 establecía el derecho al sufragio masculino universal, que también fue reconocido en la Constitución de 1901, aprobada durante la ocupación norteamericana. Véase Cuba. Academia de la Historia de Cuba: *Constituciones de la República de Cuba,* 37, 67. Sobre los debates relacionados con el sufragio, véase L. Pérez: *Cuba between Empires,* cap. 16, y De la Fuente: *"With All and for All",* cap. 4. Para un análisis de la supresión del derecho a votar en el sur de Estados Unidos, consultése especialmente Woodward: *Origins of the New South,* cap. 12.

11 Un relato del incidente aparece en Ferrara: *Mis relaciones con Máximo Gómez,* 212-213.

12 La cita de Martí aparece en "Carta al Director de *La Opinión Nacional*", publicada en *La Opinión Nacional* (Caracas), marzo 23, 1882, en Martí: *Obras completas* (1963-1965), 14:407; la de Du Bois en "Of the Dawn of Freedom", en *The Souls of Black Folk,* 13.

Fuentes consultadas

Colecciones de manuscritos

Cuba

Archivo Nacional de Cuba, La Habana
- Archivo Roloff
- Asuntos Políticos
- Audiencia de Santiago de Cuba
- Bienes Embargados
- Comisión Militar
- Consejo de Administración
- Donativos y Remisiones
- Fondo Adquisiciones
- Gobierno General
- Máximo Gómez
- Revolución de 1895

Archivo Provincial de Matanzas, Matanzas
- Estadística
- Gobierno Provincial

Biblioteca Nacional José Martí, La Habana
- Colección Cubana

España

Archivo General de Indias, Sevilla
- Sección Diversos, Polavieja

Archivo General Militar, Segovia
- Sección Ultramar, Cuba

Archivo Histórico Nacional, Madrid
- Sección Ultramar

Fundación Antonio Maura, Madrid
Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid
Sección Ultramar, Cuba
Real Academia de la Historia, Madrid
Colección Caballero de Rodas
Colección Fernández Duro
Servicio Histórico Militar, Madrid
Colección Cubana, Microfilm

Estados Unidos

Library of Congress, Washington, D.C. (Biblioteca del Congreso, Washington, D.C.)
Cuban Broadsides Collection, Rare Book Division
José Ignacio Rodriguez Papers, Manuscripts Division
William R. Shafter Papers, Manuscripts Division
James H. Wilson Papers, Manuscripts Division
Leonard Wood Papers, Manuscripts Division
New York Public Library, New York (Biblioteca Pública de Nueva York, Nueva York)
Moses Taylor Papers
Schomburg Center for Research in Black Culture, New York (Centro Schomburg para la Investigación de la Cultura Negra, Nueva York)
Papers of the Dos Antillas Club
U.S. National Archives, Washington, D.C. (Archivos Nacionales de Estados Unidos, Washington, D.C.)
Record Group 76, Entry 341, Claims against Spain under de Convention of 1871
Record Group 76, Entry 352, Spanish Treaty Claims Commission of 1901
Record Group 350, Entry 5, Records of the Bureau of Insular Affairs, General Classified Files
Record Group 395, Entry 1008, Army of Cuban Pacification, Records of the Military Intelligence Division

Publicaciones periódicas

Anti-Slavery Reporter
Aurora del Yumurí, Matanzas
Bandera Española, Santiago de Cuba
Boletín del Archivo Nacional, La Habana
Boletín de la Revolución
Boletín Oficial del Ministro de Ultramar, Madrid
Conciliación, Sancti Spíritus

La Correspondencia Militar, Madrid
Cuba Libre. Periódico Republicano, La Habana
Diario de la Marina, La Habana
La Discusión, La Habana
La Fraternidad, La Habana
Gaceta de la Habana, La Habana
El Globo, Santa Clara
Hojas Literarias, La Habana
La Igualdad, La Habana
La Independencia, Nueva York
La Lucha. Diario Republicano, La Habana
New York Herald, Nueva York
El País, La Habana
Patria, Nueva York
El Porvenir, Nueva York
Revista Cubana, La Habana
La Revolución, Nueva York
El Triunfo, La Habana
La Unión Constitucional, La Habana
La Voz de Cuba, La Habana

Libros, artículos y folletos

AGUILERA, FRANCISCO VICENTE: *Epistolario*, compilado por Marta Cruz, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.

AGUIRRE, SERGIO: "Seis actitudes de la burguesía cubana en el sigo XIX", en *Eco de caminos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.

Álbum de El Criollo. Semblanzas, Establecimiento Tipográfico O'Reilly número 9, La Habana, 1888.

ANDERSON, BENEDICT: *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Verso, London, 1983.

ANDREWS, GEORGE REID: *Blacks and Whites in Sao Paulo, Brazil, 1888-1988*, University of Wisconsin Press, Madison, 1991.

ANTOMARCHI, JEAN, BARON: *Life with Cubans*, Brooklyn Daily Eagle, Brooklyn, N.Y., 1898.

APARICIO, RAÚL: *Hombradía de Antonio Maceo*, Ediciones Unión, La Habana, 1967.

ARBELO, MANUEL: *Recuerdos de la última guerra por la independencia de Cuba, 1896 a 1898*, Imprenta Tipografía Moderna, La Habana, 1918.

ARMAS, RAMÓN DE: *La revolución pospuesta*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

ARREDONDO Y MIRANDA, FRANCISCO DE: *Recuerdos de las guerras de Cuba (Diario de Campaña, 1868-1871)*, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1962.
ATKINS, EDWIN F.: *Sixty Years in Cuba*, 1926. Reprint, Arno Press, New York, 1980.
BACARDÍ Y MOREAU, EMILIO: *Crónicas de Santiago de Cuba*, 2da ed., 10 vols., Gráficas Breogán, Madrid, 1973.
BALBOA, IMILCY: "Protesta rural e independencia nacional, 1878-1895". Manuscrito no publicado, 1966.
BALFOUR, SEBASTIAN: *The End of the Spanish Empire, 1898-1923*, Clarendon Press, Oxford, 1977.
BALLOU, MATURIN M.: *Due South, or Cuba Past and Present*, 1885. Reprint, Negro Universities Press, New York, 1969.
BARBARROSA, ENRIQUE: *Patria y libertad: El General Máximo Gómez y su política de paz, unión y concordia*, Tipografía Los Niños Huérfanos, Habana, 1899.
BARCIA, MARÍA DEL CARMEN: *Burguesía esclavista y abolición*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987.
__________: "Los primeros partidos políticos burgueses de Cuba", en *Arbor* 144 (March 1993): 101-116.
BARNET, MIGUEL: *Biografía de un cimarrón*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
BATRELL OVIEDO, RICARDO: *Para la historia: Apuntes autobiográficos de la vida de Ricardo Batrell Oviedo*, Seoane y Álvarez, *La Habana*, 1912.
BEDERMAN, GAIL: *Manliness and Civilization: A Cultural History of Gender and Race in the United States, 1880-1917*, University of Chicago Press, Chicago, 1995.
BERGAD, LAIRD: *Cuban Rural Society in the Nineteenth Century: The Social and Economic History of Monoculture in Matanzas*, Princeton University Press, Pricenton, 1990.
BERGAD, LAIRD, FE IGLESIAS GARCÍA Y MARÍA DEL CARMEN BARCIA: *The Cuban Slave Market, 1790-1880*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995.
BERGÉS, RODOLFO: *Cuba y Santo Domingo: Apuntes de la guerra de Cuba de mi diario en campaña 1895-1896-1897-1898*, Imprenta El Score, La Habana, 1905.
BERGQUIST, CHARLES: *Labor and the Course of American Democracy: U.S. History in Latin American Perspective*, Verso, London, 1996.
BERLIN, IRA *et al.*: *Slaves no More: Three Essays on Emancipation and the Civil War*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992.
BESADA RAMOS, BENITO: "Antecedentes económicos de la Guerra de los Diez Años", en *Economía y Desarrollo* 13, La Habana (septiembre-octubre de 1972): 155-162.

BETANCOURT AGRAMONTE, EUGENIO: *Ignacio Agramonte y la revolución cubana*, Dorrbecker, La Habana, 1928.
BHABHA, HOMI K.: "DissemiNation: Time, Narrative, and the Margins of the Modern Nation", en *Nation and Narration*, edited by Homi K. Bhabha, Routledge, London, 1990, pp. 290-322.
BIBLIÓFILO (seudónimo): *El negro Ramón y la muerte de Céspedes* (s.p.), San Antonio de los Baños, 1894.
BLACKBURN, ROBIN: *The Overthrow of Colonial Slavery, 1776-1848*, Verso, London, 1988.
BONSAL, STEPHEN: *The Real Condition of Cuba To-Day*, Harper, New York, 1897.
BOTI, REGINO: *Guillermón: Notas biográficas del General Guillermo Moncada*, La Imparcial, Guantánamo, 1911.
BOZA, BERNABÉ: *Mi diario de la guerra*, 2 vols., R. Veloso, La Habana, 1924.
BRONFMAN, ALEJANDRA: "Reading Maceo's Skull (Or the Paradoxes of Race in Cuba)", Princeton University, Program in Latin American Studies, en *Boletín* (primavera de 1998): 17-18.
_________: "Beyond Color: Clientalism and Conflict in Cienfuegos, 1912", en Fernando Martínez Heredia, F. Orlando García Martínez y Rebeca J. Scott, coordinadores: "Espacios, silencios y los sentidos de la libertad: Cuba entre 1878 y 1912", en preparación.
BROOKE, JOHN R.: *Civil Report of Major-General John R. Brooke, U.S. Army, Military Governor of Cuba*, Government Printing Office, Washington, D.C., 1900.
BUTLER, JUDITH P.: *Gender Trouble: Gender and the Subversion of Identity*, Routledge, New York, 1990.
BUZNEGO, ENRIQUE *et al.*: *El Ejército Libertador de Cuba (1868-1898)*, Centro de Estudios de Historia Militar, La Habana (s.f.).
_________: *Mayor General Máximo Gómez: sus campañas militares*, 2 vols., Editora Política, La Habana, 1986.
CABRERA, FRANCISCO DE A.: *Episodios de la Guardia Civil. Cuba* (s.p.), Valencia, 1897.
CABRERA, RAIMUNDO: *Cuba y sus jueces: rectificaciones oportunas*, El Retiro, La Habana, 1887.
CAÑIZARES, RAFAEL M.: "Diario del Teniente Coronel Rafael M. Cañizares", en *Boletín del Archivo Nacional de Cuba* 48 (1949): 104-151.
CARBONELL, SALTERIO: *Crítica: Cómo surgió la cultura nacional*, Ediciones Yaka, La Habana, 1961.
CASANOVAS CODINA, JOAN: "El movimiento obrero y la política colonial española en la Cuba de finales del XIX", en *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, compilado por Consuelo Naranjo Osorio, Miguel Ángel Puig-Samper y Luis Miguel GarcíaMora, pp. 363-375, Doce Calles, Aranjuez (Madrid), 1996.

__________: *Bread or Bullets!: Urban Labor and Spanish Colonialism in Cuba, 1850-1898*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1998.

CASASÚS, JUAN J. E.: *Calixto García (El estratega)*, 2da ed., Oficina del Historiador de la Ciudad de la Habana, La Habana, 1962.

CASTILLO Y ZÚÑIGA, JOSÉ R.: *Para la historia de Cuba: Autobiografía del General José Rogelio Castillo*, Rambla y Bouza, La Habana, 1910.

CEPEDA, RAFAEL, selección e introducción: *La múltiple voz de Manuel Sanguily*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1988.

CEPERO BONILLA, RAÚL: "Azúcar y abolición", en Raúl Cepero Bonilla: *Escritos históricos*, pp. 11-71, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989.

CÉSPEDES, CARLOS MANUEL DE: *Escritos*, 2da ed. corregida y aumentada, 3ts., compilación por Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1982.

CHAÍN, CARLOS: *Formación de la nación cubana*, Editorial Granma, La Habana, 1968.

CHAKRABARTY, DIPESH: "Postcolony and the Artifice of History: Who Speaks for 'Indian' Pasts?", en *Representations* 37 (1992): 1-26.

CHASTEEN, JOHN: "Fighting Words: The Discourse of Insurgency in Latin American History", en *Latin American Research Review* 28 (1993); 83-111.

CHATTERJEE, PARTHA: *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse?*, Zed Books, London, 1986.

__________: *The Nation and Its Fragments: Colonial and Postcolonial Histories*, Princeton University Press, Princeton, 1993.

CLARK, VICTOR: "Labor conditions in Cuba", en *Bulletin of the Department of Labor* 41 (1902): 663-793.

COLLAZO, ENRIQUE: *Desde Yara hasta el Zanjón: Apuntaciones históricas*, Tipografía de La Lucha, La Habana, 1893.

CONSUEGRA Y GUZMÁN, ISRAEL: *Mambiserías*, Imprenta del Ejército, La Habana, 1930.

COOPER, FREDERICK and ANN L. STOLER (comp.): *Tensions of Empire: Colonial Cultures in a Burgeois World*, University of California Press, Berkeley, 1977.

CORBITT, DUVON: "*Mercedes and Realengos:* A Survey of the Public Land System in Cuba", en *Hispanic American Historical Review* 19 (August 1939): 262-285.

__________: "Cuban Revisionist Interpretations of Cuba's Struggle for Independence", en *Hispanic American Historical Review* 43 (August 1963): 395-404.

CÓRDOVA-BELLO, ELEAZAR: *La independencia de Haití y su influencia en Hispanoamérica"*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Caracas, 1967.

COROMINAS, JOAN: *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana,* Editorial Francke, Berna, Suiza, 1954.
CORONIL, FERNANDO: "Listening to the Subaltern: The Poetics of Neocolonial States", en *Poetics Today* 65 (1994): 643-658.
CORVISÓN, SEGUNDO: *En la guerra y en la paz: Episodios históricos de la revolución por la independencia,* Cultural, La Habana, 1939.
CORWIN, ARTHUR: *Spain and the Abolition of Slavery in Cuba, 1817-1886,* Institute of Latin American Studies, Austin, Texas, 1967.
CRAWFORD, J. V.: "Emancipation in Cuba", en *Anti-Slavery Reporter,* 4th ser., 8-9 (January-February 1888): 4-6.
CRUZ, MANUEL DE LA: *La revolución cubana y la raza de color (apuntes y datos),* Imprenta La Propaganda, Key West, Fla., 1895.
__________: *Episodios de la revolución cubana,* Miranda, López Seña y Ca., La Habana, 1911.
CUBA. ACADEMIA DE LA HISTORIA DE CUBA: *Actas de las Asambleas de Representantes y del Consejo del Gobierno durante la Guerra de Independencia,* 6 vols., compilado por Joaquín Llaverías y Martínez y Emeterio Santovenia, Rambla y Bouza, La Habana, 1928-33.
__________: *Las constituciones de la República de Cuba,* Academia de la Historia de Cuba, La Habana, 1952.
CUBA. ARCHIVO NACIONAL: *Documentos para servir a la historia de la Guerra Chiquita,* 3 vols., Archivo Nacional de Cuba, La Habana, 1949-1950.
CUBA. CENTRO DE ESTADÍSTICA: *Noticias estadísticas de la Isla de Cuba en 1862,* Imprenta del Gobierno y Capitanía General, La Habana, 1864.
CUBA. COMISIÓN DE ESTADÍSTICA: *Cuadro estadístico de la siempre fiel Isla de Cuba, correspondiente al año 1846,* Imprenta del Gobierno y Capitanía General, La Habana, 1847.
CUBA. DIRECCIÓN POLÍTICA DE LAS FAR: *Historia de Cuba,* Instituto del Libro, La Habana, 1968.
CUBA. EJÉRCITO LIBERTADOR INSPECCIÓN GENERAL: *Índice alfabético y defunciones del Ejército Libertador de Cuba, Guerra de Independencia,* Imprenta de Rambla y Bouza, La Habana, 1901.
The Cuba Commission Report: A Hidden History of the Chinese in Cuba, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1993.
CURTIN, PHILIP D.: *The Atlantic Slave Trade: A Census,* University of Wisconsin Press, Madison, 1969.
[DABÁN Y RAMÍREZ, LUIS]: *Situación política del Departamento Oriental de la Isla de Cuba desde el 9 de julio de 1878 al 22 de junio del 1879, siendo Comandante General el Excmo. Sr. Mariscal de Campo Don Luis Dabán y Ramírez de Arellano,* Sección Tipográfica del Estado Mayor, Santiago de Cuba, 1881.

Datos y noticias oficiales referentes a bienes mandados a embargar, Imprenta del Gobierno y Capitanía General, La Habana, 1870.
DAVIN, ANNA: "Imperialism and Motherhood", en *Tensions of Empire: Colonial cultures in a Bourgeois World,* comp. by Frederick Cooper and Ann Laura Stoler, 87-151, University of California Press, Berkeley, 1997.
DAVIS, DAVID BRION: *The Problem of Slavery in the Age of Revolution, 1770-1823,* Cornell University Press, Ithaca, N.Y., 1975.
DE LA FUENTE, ALEJANDRO: *"With All and For All": Race, Inequality and Politics in Cuba, 1898-1995,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, en preparación.
DESCHAMPS CHAPEAUX, PEDRO: *El negro en el periodismo cubano en el siglo XIX; ensayo bibliográfico,* Ediciones R., La Habana, 1963.
DESPRADEL, LORENZO: *Rafael Serra: Álbum político,* Imprenta El Score, La Habana, 1906.
DÍAZ QUIÑONES, ARCADIO: "Martí: Las guerras del alma", en *Apuntes Postmodernos* 5, no. 2 (1995): 4-13.
__________: "Martí: La guerra desde las nubes", en *Op. Cit.* (Río Piedras, Puerto Rico), no. 9 (1997): 201:227.
DOMÍNGUEZ, VIRGINIA R.: "Exporting U.S. Concepts of Race: Are There Limits to the U.S. Model?", en *Social Research* 65 (Summer 1998): 369-399.
DU BOIS, W. E. B.: *The Souls of Black Folk,* A.C. McClurg, Chicago, 1903.
DUHARTE JIMÉNEZ, RAFAEL: "Dos viejos temores de nuestro pasado colonial", en *Seis ensayos de interpretación histórica,* Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1983.
EDO Y LLOP, ENRIQUE: *Memoria histórica de Cienfuegos y su jurisdicción,* 2da ed., Imprenta Nueva de J. Andreu, Cienfuegos, 1888.
ELEY, GEOFF: "Nations, Publics, and Political Cultures: Placing Habermas in the Nineteenth Century", en *Habermas and the Public Sphere,* comp. by Craig Calhoun, 288-339, Cambridge: MIT Press, 1992.
ELSHTAIN, JEAN BETHKE: *Women and War,* 2da ed., University of Chicago Press, Chicago, 1995.
ELTIS, DAVID: *Economic Growth and the Ending of the Transatlantic Slave Trade,* Oxford University Press, New York, 1983.
ENLOE, CYNTHIA: *Does Khaki Become You? The Militarisation of Women's Lives,* Pluto Press, London, 1983.
ENTRALGO, ELÍAS JOSÉ: *La liberación étnica cubana,* Universidad de La Habana, La Habana, 1953.
ESCALERA, JUAN V.: *Campaña de Cuba (1869 á 1875): Recuerdos de un soldado,* Imprenta de los Señores Rojas, Madrid, 1876.
ESPAÑA. DIRECCIÓN GENERAL DEL INSTITUTO GEOGRÁFICO Y ESTADÍSTICO: *Censo de la población de España, según el empadronamiento hecho en 31 de*

diciembre de 1887, 2 vols., Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico, Madrid, 1891.

España. Ministerio de Ultramar: *España y Cuba: Estado político y administrativo de la Grande Antilla bajo la dominacion española*, Hijos de J. A. García, Madrid, 1896.

Espina Pérez, Darío: *Diccionario de cubanismos*, Imprenta M. Pareja, Barcelona, 1972.

Espinosa y Ramos, Serafín: *Al trote y sin estribos (Recuerdos de la Guerra de Independencia)*, Jesús Montero, La Habana, 1946.

Estévez y Romero, Luis: *Desde el Zanjón hasta Baire: Datos para la historia política de Cuba*, 2 vols., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974-1975.

Estrade, Paul: "Los colonos yucatecos como sustitutos de los esclavos negros", en *Cuba, la perla de las Antillas*, compilado por Consuelo Naranjo Orovio y Tomás Mallo Gutiérrez, pp. 93-107, Doce Calles, Aranjuez (Madrid), 1994.

Formoselle, Rafael: *The Evolution of the Cuban Military,1492-1986*, Ediciones Universal, Miami, 1987.

Fernández, Áurea Matilde: *España y Cuba, 1868-1898: Revolución burguesa y relaciones coloniales*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1988.

Fernández Robaina, Tomás: *Bibliografía de temas afrocubanos*, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1985.

__________: *El negro en Cuba, 1902-1958: Apuntes para la historia de la lucha contra la discriminación racial*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.

Ferrara, Orestes: *Mis relaciones con Máximo Gómez*, 3ra ed., Ediciones Universal, Miami, 1987.

Ferrer, Ada: "The Black Insurgent and Cuban National Identity, 1895-1898". Ponencia presentada en el Seminario de Historia de Cuba, Universitat Autònoma de Barcelona, España, marzo de 1993.

__________: "Rustic Men, Civilized Nation: Race, Culture, and Contention on the Eve of Cuban Independence", en *Hispanic American Historical Review* 78 (1998): 663-686.

__________: "The Silence of Patriots: Race and Nationalism in Martí's Cuba", en *José Martí: "Our America": From National to Hemispheric Cultural Studies*, comp. by Jeffrey Belnap y Raúl Fernández, pp. 228-249, Durham, N.C., Duke University Press, 1998.

Ferrer, Horacio: *Con el rifle al hombro*, Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1950.

FIGUERAS, FRANCISCO: *Cuba y su evolución colonial,* Imprenta Avisador Comercial, La Habana, 1907.
FIGUEREDO SOCARRÁS, FERNANDO: *La toma de Bayazo,* Imprenta de Sánchez, San Antonio de los Baños, 1893.
__________: *La revolución de Yara, 1868-1878, conferencias. 1902.* Reimpresión, Editorial Cubana, Miami, 1990.
FLINT, GROVER: *Marching with Gómez: A War Correspondent's Field Note-Book Kept during Four Months with the Cuban Army,* Lamson, Wolffe and Co., Boston, 1898.
FONER, ERIC: *Reconstruction: America's Unfinished Revolution, 1863-1877,* Harper and Row, New York, 1988.
FONER, PHILIP S.: *A History of Cuba and Its Relations with the United States,* International Publishers, New York, 1962.
__________: *The Spanish-Cuban-American War and the Birth of American Imperialism, 1895-1902,* 2 vols., Monthly Review Press, New York, 1972.
__________: *Antonio Maceo: The "Bronze Titan" of Cuba's Struggle for Independence,* Monthly Review Press, New York, 1977.
__________ (comp.): *Our America,* José Martí, Monthly Review Press, New York, 1977.
FRANCO, JOSÉ LUCIANO: *La Protesta de Baraguá: Antecedentes y proyecciones revolucionarias,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.
__________: *Antonio Maceo: Apuntes para una historia de su vida,* 3 vols., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989.
GAINES, KEVIN: *Uplifting the Race: Black Leadership,Politics, and Culture in the Twentieth Century,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1996.
GALLEGO Y GARCÍA, TESIFONTE: *Cuba por fuera,* La Propaganda Literaria, La Habana, 1890.
__________: *La insurrección cubana: Crónicas de la campaña,* Imprenta Central de los Ferrocarriles, Madrid, 1897.
GARCÍA, CALIXTO: *Palabras de tres guerras,* Instituto Cívico Militar, La Habana, 1942.
GARCÍA CARRANZA, ARACELI: *Bibliografía de la Guerra de Independencia (1895-1898),* Editorial Orbe, La Habana, 1976.
GARCÍA MARTÍNEZ, ORLANDO: "La Brigada de Cienfuegos: Un análisis social de su formación", en Fernando Martínez Heredia, Orlando F. García Martínez y Rebecca J. Scott, coordinadores: "Espacios, silencios y los sentidos de la libertad: Cuba, entre 1878 y 1912", en preparación.
GARCÍA MORA, LUIS MIGUEL: "Tras la revolución, las reformas: El Partido Liberal Cubano y los proyectos reformistas", en *Cuba, la perla de las Anti-*

llas, compilado por Consuelo Naranjo Orovio y Tomás Mallo Gutiérrez, pp. 197-212, Doce Calles, Aranjuez (Madrid), 1994.
García Morales, Francisco: *Guía de gobierno y policía de la Isla de Cuba: Compendio de las atribuciones gubernativas de los Alcaldes, Tenientes de Alcalde y Alcaldes de Barrio,* La Propaganda Literaria, La Habana, 1881.
García Verdugo, Vicente: *Cuba contra España: Apuntes de un año para la historia de la rebelión de la Isla de Cuba,* Imprenta Universal, Madrid, 1869.
Gatewood, Willard R.: *"Smoked Yankees" and the Struggle for Empire: Letters from Negro Soldiers, 1898-1902,* University of Illinois Press, Urbana, 1971.
Giberga, Eliseo: *Apuntes sobre la cuestión de Cuba por un autonomista,* en *Obras de Eliseo Giberga* 3, pp. 88-324. Cultural, La Habana, 1939.
Gilmore, Glenda E.: *Gender and Jim Crow: Women and the Politics of White Supremacy in North Carolina, 1896-1920,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1996.
Goldberg, David Theo: *Racist Culture Philosophy and the Politics of Meaning,* Basil Blackwell, Oxford, 1993.
Gómez, Fernando: *La insurrección por dentro: Apuntes para la historia,* 2da ed., Biblioteca de La Irradiación, Madrid, 1900.
Gómez, Juan Gualberto: *Por Cuba libre,* 2da ed., compilado por Emilio Roig de Leuchsenring, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.
Gómez, Máximo: *Carta del general Máximo Gómez al señor Tomás Estrada Palma, ex-presidente de la república cubana,* Tipografía de Ulises Franco Bido, Santiago de los Caballeros, República Dominicana, 1893.
__________: *El viejo Eduá o mi último asistente,* Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1972.
__________: *Diario de campaña, 1868-1899,* Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1986.
Graham, Richard (comp.): *The Idea of Race in Latin America, 1870-1940,* University of Texas Press, Austin, 1990.
Granda, Manuel J. de: *La paz del manganeso,* Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1939.
Guarachas cubanas (s.p.), La Habana, 1963.
Guerra y Sánchez, Ramiro: *Manual de historia de Cuba,* Cultural, La Habana, 1938.
__________: *La Guerra de los Diez Años, 1868-1878,* 2 vols., Cultural, La Habana, 1950-1952.
__________ (ed.): *Historia de la nación cubana,* 10 vols., Editorial Historia de la Nación Cubana, La Habana, 1952.
Guha, Ranajit: *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India,* Oxford University Press, New Delhi, 1983.

__________: "The Prose of Counter-Insurgency", en *Selected Subaltern Studies*, comp. by Ranajit Guha y Gayatri Chakeravorty Spivak, pp. 45-86. Oxford University Press, New York, 1988.

GUITERAS, JUAN (comp.): *Free Cuba*, Publisher's Union, Philadephia, 1897.

HANCHARD, MICHAEL G.: *Orpheus and Power: The Movimento Negro of Río de Janeiro and Sao Paulo, Brazil, 1945-1988*, Princeton University Press, Princeton, 1994.

HANNAFORD, IVAN: *Race: The History of an Idea in the West*, Johns Hopkins University Press, Baltimore; 1996.

HEALY, DAVID F.: *The United States in Cuba, 1898-1902: Generals, Politicians, and the Search for Policy*, University of Wisconsin Press, Madison, 1963.

HELG, ALINE: *Our Rightful Share: The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1995.

HELLY, DENISE: *Idéologie et ethnicité: Les Chinois Macao à Cuba, 1847-1886*, Les Press de l'Université de Montréal, Montreal, 1979.

HERNÁNDEZ, EUSEBIO: *Eusebio Hernández: Ciencia y patria*, selección e introducción por Rafael Cepeda, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991.

HERNÁNDEZ, JOSÉ M.: *Cuba and the United States: Intervention and Militarism, 1868-1933*, University of Texas Press, Austin, 1993.

HERNÁNDEZ MIYARES, ENRIQUE: "1868", en *Obras completas*, 1, p. 33, Imprenta Avisador Comercial, La Habana, 1915-1916.

HERNÁNDEZ SOLER, MIRIAN, compiladora: *Bibliografía de la Guerra Chiquita*, Editorial Orbe, La Habana, 1975.

HERRERA, JOSÉ ISABEL: *Impresiones de la Guerra de Independencia (Narrado por el soldado del Ejército Libertador José Isabel Herrera [Mangoché])*, Editorial Nuevos Rumbos, La Habana, 1948.

HEVIA LANIER, OILDA: *El Directorio Central de las Sociedades Negras de Cuba (1886-1894)*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996.

Historia de la revolución cubana: Selección de discursos sobre temas históricos, Editora Política, La Habana, 1980.

HOERNEL, ROBERT B.: "Sugar and Social Change in Oriente, Cuba, 1898-1946", en *Journal of Latin American Studies* 8 (1976): 215-249.

HOLT, THOMAS C.: *The Problem of Freedom: Race, Labor, and Politics in Jamaica and Britain, 1832-1938*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1992.

__________: "Marking: Race, Race-Making, and the Writing of History", en *American Historical Review* 100 (1995): 1-20.

HORREGO ESTUCH, LEOPOLDO: *Juan Gualberto Gómez: Un gran inconforme*, Editorial Mecenas, La Habana, 1949.

__________: *Martín Morúa Delgado, vida y mensaje* (s.p.), La Habana, 1957.

HOWARD, PHILIP A.: "Culture, Nationalism, and Liberation: The Afro-Cuban Mutual Aid Societies in the Nineteenth Century", tesis Ph.D., Indiana University, 1988.

HUNT, LYNN: *Politics, Culture, and Class in the French Revolution,* University of California Press, Berkeley, 1984.

HUNT, MICHAEL H.: *Ideology and U.S. Foreign Policy,* Yale University Press, New Haven, 1987.

IBARRA CUESTA, JORGE: *Ideología mambisa,* Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1967.

__________: *Aproximaciones a Clío,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1979.

__________: *Cuba, 1898-1921: Partidos políticos y clases sociales,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.

IGLESIAS GARCÍA, FE: "Características de la población cubana en 1862", en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí,* 3ra ser., 22 (septiembre-diciembre de 1980): 89-110.

IMBERNÓ, PEDRO JOSÉ: *Guía geográfica y administrativa de la Isla de Cuba,* La Lucha, La Habana, 1891.

IZNAGA, DIANA: *Presencia del testimonio en la literatura sobre las guerras por la independencia nacional, 1868-1898,* Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1989.

JÉREZ VILLARREAL, JUAN: *Oriente (Biografía de una provincia),* Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1960.

JIMÉNEZ CASTELLANOS, ADOLFO: *Sistema para combatir las insurrecciones en Cuba,* Establecimiento Tipográfico, Madrid, 1883.

JIMÉNEZ PASTRANA, JUAN: *Los chinos en las luchas por la liberación cubana, 1847-1937,* Instituto de Historia, La Habana, 1963.

JUÁREZ Y CANO, JORGE: *Apuntes de Camagüey,* Imprenta El Popular, Camagüey, 1929.

KAPLAN, AMY and DONALD E. PEASE (comp.): *Cultures of United States Imperialism,* Duke University Press, Durham, N.C., 1993.

KINSBRUNER, JAY: *Not of Pure Blood: The Free People of Color and Racial Prejudice in Nineteenth-Century Puerto Rico,* Duke University Press, Durham, N. C., 1997.

KIPLE, KENNETH F.: *Blacks in Colonial Cuba, 1774-1899,* University Presses of Florida, Gainesville, 1976.

KNIGHT, ALAN: "Racism, Revolution and *Indigenismo:* México, 1919-1940", en *The Idea of Race in Latin America, 187-1940,* comp. by Richard Graham, 71-113, University of Texas Press, Austin, 1990.

KNIGHT, FRANKLIN W.: *Slave Society in Cuba during the Ninetennth Century,* University of Wisconsin Press, Madison, 1970.

KUETHE, ALLAN J.: *Cuba 1753-1815: Crown, Military, and Society,* University of Tennessee Press, Knoxville, 1986.
KUTZINKI, VERA: *Sugar's Secrets: Race and the Erotics of Cuban Nationalism,* University Press of Virginia, Charlottesville, 1993.
LEFEBER, WALTER: *The New Empire: An Interpretation of American Expansion, 1860-1898,* Cornell University Press, Ithaca, N.Y., 1963.
LAGARDERE, RODOLFO: *La cuestión social de Cuba: Cuba no es Venecia,* La Universal de Ruiz y Hermano, La Habana, 1887.
LANDES, JOAN B.: *Women and the Public Sphere in the Age of the French Revolution,* Cornell University Press, Ithaca, N.Y., 1988.
LANE, JILL: "Blackface Nationalism: Cuba, 1840-1868", en *Theater Journal* 50 (1998): 21-38.
LA RUA, FRANCISCO: *La constitución y la ordenanza,* Imprenta del Gobierno, Cuba, 1877.
LEAL, RINE: *Breve historia del teatro cubano,* Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1980.
LEÓN ROSABAL, BLANCAMAR: *La voz del mambí: Imagen y mito,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1997.
LEPKOWSKI, TADEUSZ: "Síntesis de 'Historia de Cuba': Problemas, observaciones y críticas", en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* 60 (1969): 43-71.
__________: "Cuba 1869: Desafectos al gobierno e insurrectos", en *Estudios Latinoamericanos* (Varsovia) 9 (1982-1984): 125-148.
LERIVEREND, JULIO: "Raíces del 24 de febrero: La economía y la sociedad cubana de 1878 a 1895", en *Cuba Socialista* 5 (febrero 1965): 1-17.
__________: *Historia económica de Cuba,* Ediciones Ariel, Barcelona, 1972.
LEYVA Y AGUILERA, HERMINIO: *El movimiento insurreccional de 1879 en la provincia de Santiago (La Guerra Chiquita),* La Universal de Ruiz y Hermano, La Habana, 1893.
LLORENS Y MACEO, JOSÉ S.: *Con Maceo en la Invasión,* Duarte y Uriarte, La Habana, 1928.
LOMBARDI, JOHN V.: *The Decline and Abolition of Negro Slavery in Venezuela, 1820-1854,* Greenwood Press, Westport, Conn., 1971.
LÓPEZ VALDÉS, RAFAEL: *Componentes africanos en el etnos cubano,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.
LÓPEZ Y MAYOL, FRANCISCO: *Guía práctica de ayuntamientos y diputaciones,* Tipografía de Manuel Romero Rubio, La Habana, 1891.
LOVE, ERIC TYRONE LOWERY: "Race over Empire: Racism and United States Imperialism, 1865-1900", tesis Ph.D., Princeton University, 1997.
MACEO, ANTONIO: *Papeles de Maceo,* 2 vols., Academia de la Historia de Cuba, La Habana, 1948.

__________: *Antonio Maceo: Ideología política. Cartas y otros documentos*, 2 vols., Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales (SCEHI), La Habana, 1950.
MACEO VERDECIA, JOSÉ: *Bayazo*, El Arte, Manzanillo, Cuba, 1936.
MALLON, FLORENCIA: "The Promise and Dilemma of Subaltern Studies", en *American Historical Review* 99 (1994): 1491-1515.
__________: *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, University of California Press, Berkeley, 1995.
MALUQUER DE MOTES, JORDI: *Nación e inmigración: Los españoles en Cuba (ss. XIX y XX)*, Ediciones Jucar, Oviedo, 1992.
MARKS, GEORGE P.: *The Black Press Views American Imperialismo (1898-1900)*, Arno Press, New York, 1971.
MÁRQUEZ JACA, LUIS: "Estudio antropológico de los mambises caídos en el combate de la Palma", en Centro de Estudios de Historia Militar: *Conferencia científica sobre historia militar. Resúmenes*, 21-24, Fuerzas Armadas Revolucionarias, La Habana, 1991.
MARRERO, LEVÍ: *Cuba: Economía y sociedad*, vol. 15, *Azúcar, ilustración y conciencia 1763-1868)* (VII), Editorial Playor, Madrid, 1992.
MARTÍ, JOSÉ: *Obras Completas*, 2 vols., compilado por M. Isidro Méndez, Editorial Lex, La Habana, 1946.
__________: *Obras completas*, 27 vols., Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1966.
__________: *Lectura en Steck Hall*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1995.
MARTÍNEZ-ALIER, VERENA: *Marriage, Class, and Colour in Nineteenth Century Cuba: A Study of Racial Attitudes and Sexual Values in a Slave Society*, 2da ed., University of Michigan Press, Ann Arbor, 1989.
MARTÍNEZ FURÉ, ROGELIO: *Diálogos imaginarios*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1979.
MARTÍNEZ ORTIZ, RAFAEL: *Cuba: Los primeros años de independencia*, 2da ed., 2 vols., Imprimerie Artistique Lux, París, 1921.
MAS ZABALA, CARLOS ALBERTO: *José Martí: Del antiesclavismo a la integración racial*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996.
MASÓ MÁRQUEZ, BARTOLOMÉ: "Copia del parte del pronunciamiento efectuado en la Demajagua en Manzanillo", en *Boletín del Archivo Nacional de Cuba* 53-54 (1954-1955): 142-145.
MATANZAS, PROVINCIA DE, EXMA DIPUTACIÓN PROVINCIAL: *Censo agrícola: Fincas azucareras, año de 1881*, Imprenta Aurora del Yumurí, Matanzas, 1883.
MCCLINTOCK, ANNE: *Imperial Leather: Race, Gender, and Sexuality in the Colonial Contest*, Routledge, New York, 1995.
MCPHERSON, JAMES M.: *What They Fought For, 1861-1865*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1994.

MENDIETA COSTA, RAQUEL: *Cultura: Lucha de clases y conflicto racial, 1878-1895*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1989.

MIRANDA, LUIS RODOLFO: *Diario de la campaña del comandante Luis Rodolfo Miranda*, Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana, 1954.

MIRÓ ARGENTER, JOSÉ: *Cuba: Crónicas de la guerra; las campañas de invasión y de Occidente. 1895-1896*, 3 vols. en uno, Instituto del Libro, La Habana, 1970.

M. L. M. (seudónimo de Melchor L. Mola y Mora): *Episodios de la Guerra. El 6 de enero de 1871*, Imprenta La Luz, Puerto Príncipe, 1893.

MONTALVO, J. R., C. DE LA TORRE, Y L. MONTANÉ: *El cráneo de Maceo. (Estudio antropológico)*, Imprenta Militar, La Habana, 1900.

MONTE, LAUREANO DEL: *Con don y sin don ayer y hoy. Caricatura trágico-bufa, lírico-bailable*, Imprenta El Aerolito, La Habana, 1894.

MONTEJO ARRECHEA, CARMEN: "*Minerva:* A Magazine for Women (and Men) of Color", en *Between Race and Empire: African-Americans and Cubans before the Cuban Revolution*, compilado por Lisa Brock y Digna Castañeda, 33-48. Temple University Press, Philadelphia, 1998.

MOORE, ROBIN: *Nationalizing Blackness: Afrocubanismo and Artistic Revolution in Havana, 1920-1940*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1997.

MORA, IGNACIO: "Diario", en Nidia Sarabia: *Ana Betancourt Agramante*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970.

MORENO FRAGINALS, MANUEL: *El ingenio. Complejo económico-social del azúcar*, 3 vols., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.

__________: *Cuba/España, España/Cuba: Historia común*, Crítica, Barcelona, 1995.

MORENO FRAGINALS, MANUEL Y JOSÉ J. MORENO MASÓ: *Guerra, migración y muerte (El ejército español en Cuba como vía migratoria)*, Ediciones Jucar, Oviedo, 1993.

MOROTE, LUIS: *En la manigua: Mi consejo de guerra*, El Libro Popular, Madrid, 1912.

MORÚA DELGADO, MARTÍN: *Integración cubana*, Edición de la Comisión Nacional del Centenario de Martín Morúa Delgado, La Habana, 1957.

__________: *Sofía*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1970.

MOSSE, GEORGE: *Toward the Final Solution: A History of European Racism*, University of Wisconsin Press, Madison, 1985.

MUECKE BERTEL, CARLOS: *Patria y libertad: En defensa del Ejército Libertador de Cuba como aliado de los americanos en 1898*, Ramentol y Boán, Camagüey, 1928.

MURRAY, DAVID R.: *Odious Commerce: Britain, Spain, and the Abolition of the Cuban Slave Trade*, Cambridge University Press, Cambridge, 1980.

MUSGRAVE, GEORGE C.: *Under Three Flags in Cuba: A Personal Account of the Cuban Insurrection and the Spanish-American War,* Little, Brown, and Co., Boston, 1899.

NARANJO OROVIO, CONSUELO Y ARMANDO C. GARCÍA GONZÁLEZ: "Antropología, racismo e inmigración en la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana", en *Asclepio* 43, no. 2 (1991): 139-164.

NARANJO OROVIO, CONSUELO, Y TOMÁS MALLO GUTIÉRREZ, compiladores: *Cuba, la perla de las Antillas,* Doce Calles, Aranjuez (Madrid), 1994.

NAVARRO GARCÍA, LUIS: *La independencia de Cuba,* Colecciones Mapfre, Sevilla. 1992.

Nomenclator comercial, agrícola, industrial, artes y oficios, y directorio general de la Isla de Cuba, Molinas y Juli, La Habana, 1884.

NÚÑEZ FLORENCIO, RAFAEL: *Militarismo y antimilitarismo en España (1888-1906),* Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1990.

OJEDA, DOLORES BESSY: "Antecedentes de la guerra de 1895 en Oriente", en *Santiago* 20 (diciembre 1975): 157-79.

O'KELLY, JAMES: *The Mambi-Land or Adventures of a Herald Correspondent in Cuba,* J. B. Lippincott, Philadelphia, 1874.

ORTIZ, FERNANDO: *Los negros esclavos,* Revista Bimestre Cubana, La Habana, 1916.

__________: *Martí y las razas,* Comisión Nacional (...) del Monumento de Martí, La Habana, 1953.

__________: "La secta conga de los matiabos de Cuba", en *Libro Jubilar de Alfonso Reyes,* UNAM, Ciudad de México, 1956.

__________: *Nuevo catauro de cubanismos,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.

__________: *Etnia y sociedad,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993.

ORUM, THOMAS T.: "The Politics of Color: The Racial Dimension of Cuban Politics during the Early Republican Years, 1900-1912", tesis Ph. D., New York University, 1975.

PADRÓN VALDÉS, ABELARDO: *El general Flor: Apuntes históricos de una vida,* Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1976.

__________: *Guillermón Moncada: Vida y hazañas de un general,* Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1980.

__________: *Quintín Bandera. General de tres guerras,* Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1991.

PAINTER, NELL IRVIN: *Standing at Armageddon: The United States, 1877-1919,* W. W. Norton and Co., New York, 1987.

PAQUETTE. ROBERT L.: *Sugar is Made with Blood: The Conspiracy of La Escalera and the Conflict between Empires over Slavery in Cuba,* Wesleyan University Press, Middletown, Conn., 1988.

Paz Sánchez, Manuel de, José Fernández Fernández y Nelson López Novegil: *El bandolerismo en Cuba (1800-1933)*, 2 vols., Centro de Cultura Popular Canaria, Tenerife, 1993-1994.

Peraza Sarausa, Fermín: *Diccionario biográfico cubano*, 14 vols., Ediciones Anuario Bibliográfico Cubano, La Habana, 1951-1968.

Pérez, Louis A., Jr.: "In the Service of the Revolution: Two Decades of Cuban Historiography, 1959-1979", en *Hispanic American Historical Review* 60 (February 1980): 79-89.

__________: *Cuba between Empires, 1878-1902*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1983.

__________: "Politics, Peasants, and People of Color: The 1912 'Race War' in Cuba Reconsidered", en *Hispanic American Historical Review* 66 (August 1986): 509:39.

__________: *Cuba between Reform and Revolution*, Oxford University Press, New York, 1988.

__________: *Lords of the Mountain: Social Banditry and Peasant Protest in Cuba, 1878-1918*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1989.

__________ (comp.): *José Martí in the United States: The Florida Experience*, ASU Center for Latin American Studies, Arizona State University, Tempe, 1995.

__________: "Approaching Martí: Text and Context", en *Imagining a Free Cuba: Carlos Manuel de Céspedes y José Martí*, compilado por José Amor y Vázquez, 13-23, Providence, R.I.: Thomas J. Watson Jr. Institute for International Studies, 1996.

__________: "Identidad y nacionalidad: Las raíces del separatismo cubano, 1868-1898", en *Op. Cit.* (Río Piedras, Puerto Rico), no. 9 (1997): 185-195.

__________: *The War of 1898: The United States and Cuba in History and Historiography*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1998.

Pérez de la Riva, Francisco: *El café: Historia de su cultivo y explotación en Cuba*, Jesús Montero, La Habana, 1944.

Pérez de la Riva, Juan: *Para la historia de la gente sin historia*, Ariel, Barcelona, 1976.

__________: *El barracón: Esclavitud y capitalismo en Cuba*, Editorial Crítica, Barcelona, 1978.

Pérez Guzmán, Francisco: *La guerra en La Habana, Desde enero de 1896 hasta el combate de San Pedro*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.

__________: "La historiografía de las guerras de independencia en veinticinco años de revolución", en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* 27 (1985): 41-46.

PÉREZ GUZMÁN, FRANCISCO Y RODOLFO SARRACINO: *La Guerra Chiquita: Una experiencia necesaria,* Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1982.
PERPIÑÁ Y PIBERNAT, ANTONIO: *El Camagüey: Viajes pintorescos por el interior de Cuba,* Librería de J. A. Bastinos, Barcelona, 1889.
PEZUELA Y LOBO, JACOBO DE LA: *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la Isla de Cuba,* 4 vols., Mellado, Madrid, 1863-1866.
PICHARDO VIÑALS, HORTENSIA, compiladora: *Documentos para la historia de Cuba,* 5 vols., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977-1980.
PIELTAIN, CÁNDIDO: *La isla de Cuba desde mediados de abril a fines de octubre de 1873,* La Universal, Madrid, 1879.
PIQUERAS ARENAS, JOSÉ A.: "Grupos económicos y política colonial: La determinación de las relaciones hispano-cubanas después del Zanjón", en *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98,* compilado por Consuelo Naranjo Orovio, Miguel Ángel Puig-Samper y Luis Miguel García Mora, pp. 333-345. Doce Calles, Aranjuez (Madrid), 1996.
PIRALA Y CRIADO, ANTONIO: *Anales de la guerra de Cuba,* 3 vols., F. González Rojas, Madrid, 1895-1898.
PLA, JOSÉ: *La raza de color: Necesidad de instruir y moralizar a los individuos de color y de fomentar el matrimonio entre los patrocinados,* Imprenta El Ferro-Carril, Matanzas, 1881.
PLASENCIA, ALEIDA: *Bibliografía de la guerra de los diez años,* Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1968.
[POLAVIEJA Y CASTILLO, CAMILO]: *Campaña de Cuba: Recopilación de documentos y órdenes dictadas con motivo del movimiento insurreccional que tuvo lugar la noche del 26 de agosto de 1879 en la ciudad de Santiago de Cuba,* Sección Tipográfica del E. M. de la Comandancia General, Santiago de Cuba 1880.
POLAVIEJA Y CASTILLO, CAMILO: *Conspiración de la raza de color descubierta en Santiago de Cuba el 10 de diciembre de 1880,* Sección Tipográfica del Estado Mayor, Santiago de Cuba, 1880.
__________: *Trabajos de organización militar y civil: Período de paz en la provincia de Puerto-Príncipe,* Sección Tipográfica del E. M. de la Comandancia General, Santiago de Cuba, 1881.
__________: *Relación documentada de mi política en Cuba: Lo que vi, lo que hice, lo que anuncié,* Imprenta de Emilio Minuesa, Madrid, 1898.
PONTE DOMÍNGUEZ, FRANCISCO J.: *La masonería en la independencia de Cuba,* Editorial Modas Magazine, La Habana, 1954.
PORTUONDO, FERNANDO: *Historia de Cuba, 1492-1898,* Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1965.
POUMIER-TAQUECHEL, MARÍA: *Apuntes sobre la vida cotidiana en Cuba en 1898,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

———: *Contribution à l'etude du banditisme à Cuba: L'histoire et le mythe de Manuel García "Rey de los campos de Cuba", 1851-1895,* Editions L'Harmattan, París, 1986.

POYO, GERALD E.: *"With All and for the Good of All": The Emergence of Popular Nationalism in the Cuban Communities of the United States, 1848-1898,* Duke University Press, Durham, N.C., 1989.

PRAKASH, GYAN (comp.): "Writing Post-Orientalist Histories of the Third World: Indian Historiography Is Good to Think", en *Colonialism and Culture,* edited by Nicholas B. Dirks, pp. 353-388. University of Michigan Press, Ann Arbor, 1992.

———: *After Colonialism: Imperial Histories and Postcolonial Displacements,* Princeton University Press, Princeton, 1995.

QUIROZ, ALFONSO W.: "Loyalist Overkill: The Socioeconomic Costs of 'Representing' the Separatist Insurrection in Cuba, 1868-1878", en *Hispanic American Histoical Review* 78 (1998): 261-305.

RADCLIFFE, SARAH Y SALLIE WESTWOOD: *Remaking the Nation: Place, Identity and Politics in Latin America,* Routledge, London, 1996.

RAMA, ÁNGEL: *La ciudad letrada,* Ediciones del Norte, Hanover, N. H., 1984.

RAWLEY, JAMES A.: *The Transatlantic Slave Trade: A History,* W. W. Norton and Co., New York, 1981.

Reglamento que ha de observarse en el reclutamiento para el Ejército Libertador, Imprenta La Libertad, Camagüey, 1869.

REIS, JOAO JOSÉ: *Slave Rebellion in Brazil: The Muslim Uprising of 1835 in Bahia,* Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1993.

"Relación nominal de los vecinos de esta jurisdicción que consta notoriamente se hallan comprendidos en la insurrección", en *Boletín del Archivo Nacional de Cuba* 5 (noviembre-diciembre 1906): 81-112. (La paginación es incorrecta en la revista.)

RICARDO, JOSÉ G.: *La imprenta en Cuba. La Habana,* Editorial Letras Cubanas, 1989.

ROA, RAMÓN MAURICIO: *Con la pluma y el machete,* 3 vols., Academia de la Historia de Cuba, La Habana, 1950.

ROBERT, KAREN: "Slavery and Freedom in the Ten Year's War, Cuba, 1868-1878", en *Slavery and Abolition* 13 (december 1992): 181-200.

ROBREÑO, EDUARDO: *Historia del teatro popular cubano,* Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, La Habana, 1961.

RODRÍGUEZ, PEDRO PABLO: *La primera invasión,* UNEAC, La Habana, 1986.

ROEDIGER, DAVID R.: *The Wages of Whiteness: Race and the Making of the American Working Class,* Verso, New York, 1991.

ROIG DE LEUCHSENRING, EMILIO: *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos,* SCEHI, La Habana, 1950.

________: *La guerra libertadora cubana de los treinta años, 1868-1898,* Oficina del Historiador de la Ciudad de la Habana, La Habana, 1958.

ROLDÁN DE MONTAUD, INÉS: "La Unión Constitucional y la política colonial de España en Cuba (1868-1898)", tesis Ph.D., Universidad Complutense de Madrid, 1991.

ROSAL Y VÁZQUEZ, ANTONIO DEL: *En la manigua: Diario de mi cautiverio,* Imprenta de Bernardino, Madrid, 1876.

ROSEBERRY, WILLIAM: "Hegemony and the Language of Contention", en *Everyday Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico,* edited by Gilbert M. Joseph and Daniel Nugent, pp. 355-66. Duke University Prees, Durham, N.C., 1994.

ROSELL PLANAS, REBECA: *Factores económicos, políticos y sociales de la Guerra Chiquita,* Academia de la Historia de Cuba, La Habana, 1953.

ROSELL Y MALPICA, EDUARDO: *Diario del Teniente Coronel Eduardo Rosell y Malpica (1895- 1897),* 2 vols., Academia de la Historia de Cuba, La Habana, 1949-1950.

RUSHING, FANNIE T.: "Cabildos de Nación and Sociedades de la Raza de Color: Afro-Cuban Participation in Slave Emancipation and Cuban Independence, 1865-1895", tesis Ph.D., University of Chicago, 1992.

SALDÍVAR, JOSÉ: *The Dialectics of Our America,* Duke University Press, Durham, N.C., 1991.

SÁNCHEZ, SERAFÍN: *Héroes humildes. Los poetas de la guerra,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981.

SÁNCHEZ GUERRA, JOSÉ: *Rustán: Su participación en la Guerra de los Diez Años,* Comité Provincial del PCC., Guantánamo, 1990.

SANGUILY, MANUEL: *Obras de Manuel Sanguily,* vol. 8., A. Dorrbecker, La Habana.

SARABIA, NYDIA: *Ana Betancourt Agramante,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970.

________: *Noticias confidenciales sobre Cuba, 1870-1895,* Editora Política, La Habana, 1985.

SAVIGNÓN, TOMÁS: *Quintín Bandera: El mambí sacrificado y escarnecido,* Imprenta, P. Fernández, La Habana, 1948.

SAVILLE, JULIE: *The Work of Reconstruction: From Slave to Wage Laborer in South Carolina, 1860-1870,* Cambridge University Press, Cambridge, 1994.

SCARANO, FRANCISCO: "The *Jíbaro* Masquerade and the Subaltern Politics of Creole Identity Formation in Puerto Rico, 1745-1823", en *American Historical Review* 101 (1996): 1398-1431.

SCHMIDT-NOWARA, CHRISTOPHER: *Empire and Antislavery: Spain, Cuba, and Puerto Rico, 1833-1874,* University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1999.

SCHWARTZ, ROSALIE: *Lawless Liberators: Political Banditry and Cuban Independence,* Duke University Press, Durham, N.C., 1989.
SCOTT, JULIUS S.: "The Common Wind: Currents of Afro-American Commnunication in the Era of the Haitian Revolution", tesis Ph.D., Duke University, 1986.
SCOTT, REBECCA J.: *Slave Emancipation in Cuba: The Transition to Free Labor, 1860-1899,* Princeton University Press, Princeton, 1985.
__________: "Mobilizing Resistance among Slaves and Free People of Color: Two Moments of Rural Rebellion in Cuba", ponencia presentada en la Meaning of Freedom Conference, University of Pittsburgh, 1988.
__________: "Defining the Boundaries of Freedom in the World of Cane: Cuba, Brazil and Louisiana after Emancipation", en *American Historical Review* 99 (1994): 70-102.
__________: "Introducción", en *Historia Social* (Valencia), 22 (1995): 56-59.
__________: "Raza, clase y acción colectiva en Cuba, 1895-1912: Formación de alianzas interraciales en el mundo de la caña", en *Op. Cit.* (Río Piedras, Puerto Rico), no. 9 (1997): 131-57.
__________: "Race, Labor, and Citizenship in Cuba: A View from the Sugar District of Cienfuegos, 1886-1909, en *Hispanic American Historical Review* 78 (1998): 687-728.
__________: "Reclaiming Gregoria's Mule: The Meaning of Freedom in the Arimao and Caunao Valleys, Cienfuegos, 1880-1899", en Fernando Martínez Heredia, Orlando García Martínez, y Rebecc J. Scott, coordinadores: "Espacios, silencios y los sentidos de la libertad: Cuba entre 1878-1912", en preparación.
SERRANO, CARLOS: *Final del Imperio: España, 1895-1898,* Siglo Veintiuno, Madrid, 1984.
SERRANO Y DÍEZ, NICOLÁS MARÍA: *Situación económica de la isla de Cuba al advenimiento del ministerio Cánovas en enero de 1884,* Tipografía de Ruiz y Hermano, La Habana, 1884.
SERRA Y MONTALVO, RAFAEL: *Ensayos políticos,* Imprenta P. J. Díaz, New York, 1896.
SERVIAT, PEDRO: *El problema negro en Cuba y su solución definitiva,* Empresa Poligráfica del CC del PCC, La Habana, 1986.
SKIDMORE, THOMAS E.: *Black into White: Race and Nationality in Brazilian Thought,* 2da ed., Duke University Press, Durham, N.C., 1993.
SKURSKI, JULIE: "The Ambiguities of Authenticity in Latin America: *Doña Bárbara* and the Construction of National Identity", en *Poetics Today* 15 (1994): 605-641.
SOMMER, DORIS: *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America,* University of California Press, Berkeley, 1991.

_________: "Who Can Tell? Filling in Blanks for Villaverde", en *American Literary History* 6 (1994): 213-233.
SOUZA, BENIGNO: *Máximo Gómez: El Generalísimo*, Editorial Trópico, La Habana, 1936.
STEPAN, NANCY LEYS: *"The Hour of Eugenics": Race, Gender, and Nation in Latin America*, Cornell University Press, Ithaca, N.Y., 1991.
STOCKING, GEORGE: *Race, Culture, and Evolution: Essays in the History of Anthropology*, University of Chicago Press, Chicago, 1982.
STOLER, ANN LAURA: "Sexual Affronts and Racial Frontiers: European Identities and the Cultural Politics of Exclusion in Colonial Southeast Asia", en *Tensions of Empire: Colonial Cultures in a Bourgeois World*, edited by Frederick Cooper y Ann Laura Stoler, pp. 198-237, University of California Press, Berkeley, 1997.
STONER, K. LYNN: *From the House to the Streets: The Cuba Woman's Movement for Legal Reform, 1898-1940*, Duke University Press, Durham, N.C., 1991.
STUBBS, JEAN: *Tobacco on the Periphery: A Case Study in Cuban Labour History, 1860-1958*, Cambridge University Press, London, 1985.
_________: "Social and Political Motherhood of Cuba: Mariana Grajales Cuello", en *Engendering History: Caribbean Women in Historical Perspectiva*, comp. by Verene Shepherd *et al.*, 296-317, St. Martin's Press, New York, 1995.
SUZARTE, JOSÉ QUINTÍN: *Estudios sobre la cuestión económica de la isla de Cuba*, Miguel de Villa, La Habana, 1881.
THURNER, MARK: *From Two Republics to One Divided: Contradictions of Postcolonial Nationmaking in Andean Peru*, Duke University Press, Durham, N.C., 1997.
TORRES LASQUETI, JUAN: *Colección de datos históricos-geográficos y estadísticos de Puerto del Príncipe y su jurisdicción*, Imprenta El Retiro, La Habana, 1888.
TRELLES Y GOVÍN, CARLOS M.: *Biblioteca histórica cubana*, 3 vols., Imprenta de J. F. Oliver, Matanzas, 1922-1926.
_________: "Bibliografía de autores de la raza de color de Cuba", en *Cuba Contemporánea* 43 (1927): 30-78.
_________: *Matanzas en la independencia de Cuba*, Imprenta Avisador Comercial, La Habana, 1928.
TROUILLOT, MICHEL-ROLPH: "An Unthinkable History: The Haitian Revolution as a Non-Event", en Michel-Rolph Trouillot: *Silencing the Past: Power and the Production of History*, pp. 70-107, Beacon Press, Boston,1995.

UNITED STATES CONGRESS. HOUSE: *Labor in America, Asia, Africa, Australasia, and Polynesia,* 48th Cong., 2d sess., 1884-1885. *House Executive Documents,* no. 54, vol. 26 (2301).
UNITED STATES CONGRESS. SENATE. COMMITTEE ON FOREIGN RELATIONS: *Report of the Committee on Foreign Relations Relative to Affairs in Cuba,* Government Printing Office, Washington D.C., 1898.
UNITED STATES TREATY CLAIMS COMMISSION: *Table of Cases, Index-Digests of Briefs, Awards, Etc.*, Government Printing Office, Washington, D.C., 1910.
UNITED STATES WAR DEPARTMENT: *Report on the Census of Cuba, 1899,* Government Printing Office, Washington, D.C., 1899.
URBAN, C. STANLEY: "The Africanization of Cuba Scare, 1853-1855", en *Hispanic American Historical Review* 37 (1957): 29:45.
URRUTIA Y BLANCO, CARLOS DE: *Los criminales de Cuba y D. José Trujillo,* Fidel Giró, Barcelona, 1882.
VALDÉS DOMÍNGUEZ, FERMÍN: *27 de noviembre de 1871,* Rambla y Bouza, La Habana, 1909.
__________: *Diario de soldado,* 4 vols., Universidad de la Habana, La Habana, 1972-1975.
VARELA ZEQUEIRA, EDUARDO Y ARTURO MORA Y VARONA: *Los bandidos de Cuba,* La Lucha, La Habana, 1891.
VARONA GUERRERO, MIGUEL: *La guerra de independencia de Cuba, 1895-1898,* 3 vols., Editorial Lex, La Habana, 1946.
VÁZQUEZ, RICARDO: "Aporte para la biografía de Cecilio González", en *Islas* 36 (mayo-agosto 1970): 61-68.
VIDAL Y CARETA, FRANCISCO: *Estudio de las razas humanas que han ido poblando sucesivamente la isla de Cuba,* Establecimiento Tipográfico de la Viuda e Hijos de Tello, Madrid, 1897.
VIOTTI DA COSTA, EMILIA: *The Brazilian Empire: Myths and Histories,* University of Chicago, Chicago, 1985.
VITIER, MEDARDO: *Las ideas en Cuba,* 2 vols., Editorial Trópico, La Habana, 1938.
WADE, PETER: *Blackness and Race Mixture: The Dynamics of Racial Identity in Colombia,* Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1993.
__________: *Race and Ethnicity in Latin America,* Pluto Press, London, 1997.
WARE, VRON: *Beyond the Pale: White Women, Racism, and History,* Verso, London, 1992.
WEYLER Y NICOLAU, VALERIANO: *Mi mando en Cuba (10 febrero 1896 a 31 octubre 1897); historia militar y política de la última guerra separatista durante dicho mando,* 5 vols., F. González Rojas, Madrid, 1910-1911.

WILLIAMS, RAYMOND: *Keywords: A Vocabulary of Culture and Society*, 2da ed., Oxford University Press, Oxford, 1983.

WINANT, HOWARD: *Racial Conditions: Politics, Theory, Comparisons*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1944.

WOLF, DONNA M.: "The Caribbean People of Color and the Cuban Independence Movement", tesis Ph.D., University of Pittsburg, Pittsburg, 1973.

WOMACK, JOHN: *Zapata and the Mexican Revolution*, Random House, New York, 1968.

WOODWARD, C. VANN: *Origins of the New South, 1877-1913*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1971.

WRIGHT, WINTHROP: *Café con leche: Race, Class, and National Image in Venezuela*, University of Texas Press, Austin, 1990.

YOUNG, ROBERT: *Colonial Desire: Hybridity in Theory, Culture, and Race*, Routledge, London, 1995.

ZARAGOZA, JUSTO: *Las insurrecciones en Cuba*, 2 vols., Imprenta de Manuel G. Hernández, Madrid, 1872-1873.

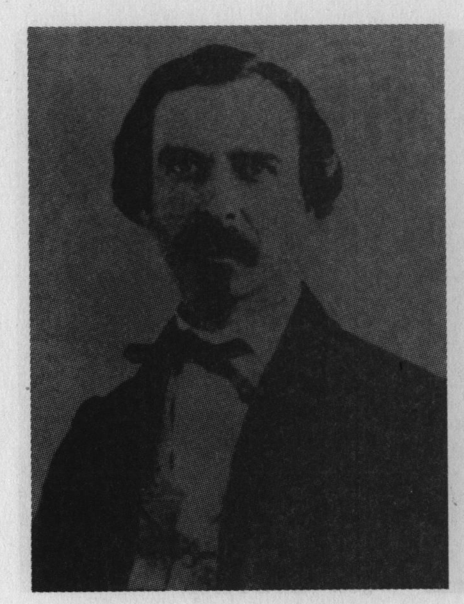
Abreviaturas utilizadas en las notas

leg.	legajo
exp.	expediente
doc.	documento
AGI, SDP	Archivo General de Indias, Sección Diversos, Polavieja, Sevilla
AGM, SU	Archivo General Militar, Sección Ultramar, Segovia
AHN, SU	Archivo Histórico Nacional, Sección Ultramar, Madrid
AHPM,GP,GI	Archivo Histórico Provincial de Matanzas, Gobierno Provincial, Guerra de Independencia, Matanzas
ANC, AP	Archivo Nacional de Cuba, Asuntos Políticos, La Habana
ANC, AR	Archivo Nacional de Cuba, Archivo Roloff, La Habana
ANC, AS	Archivo Nacional de Cuba, Audiencia de Santiago de Cuba, La Habana
ANC, BE	Archivo Nacional de Cuba, Bienes Embargados, La Habana
ANC, CM	Archivo Nacional de Cuba, Comisión Militar, La Habana
ANC, CA	Archivo Nacional de Cuba, Consejo de Administración, La Habana
ANC, DR	Archivo Nacional de Cuba, Donativos y Remisiones, La Habana
ANC, FA	Archivo Nacional de Cuba, Fondo de Adquisiciones, La Habana
ANC, GG	Archivo Nacional de Cuba, Gobierno General, La Habana
ANC, MG	Archivo Nacional de Cuba, Máximo Gómez, La Habana
ANC, R95	Archivo Nacional de Cuba, Revolución de 1895, La Habana

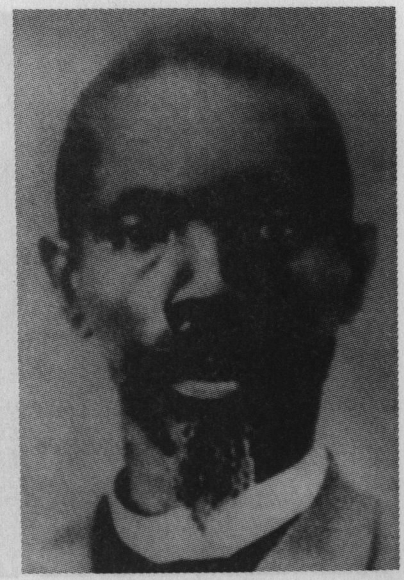
BAN	*Boletín del Archivo Nacional de Cuba*
BNJM, CM	Biblioteca Nacional José Martí, Colección Cubana, Manuscritos, La Habana
BNM	Biblioteca Nacional, Madrid
FAM	Fundación Antonio Maura, Madrid
LC, MSS	Library of Congress, Manuscripts Division, Washington, D.C.
MAE, SUC	Ministerio de Asuntos Exteriores, Sección Ultramar, Cuba, Madrid
RAH, CCR	Real Academia de la Historia, Colección Caballero de Rodas, Madrid
RAH, CFD	Real Academia de la Historia, Colección Fernández Duro, Madrid
SHM,SU,CMC	Servicio Histórico Militar, Sección Ultramar, Colección de Microfilm de Cuba, Madrid
USNA	United States National Archives, Washington, D.C.
USNA, RG	U.S. National Archives, Record Group

Testimonio gráfico

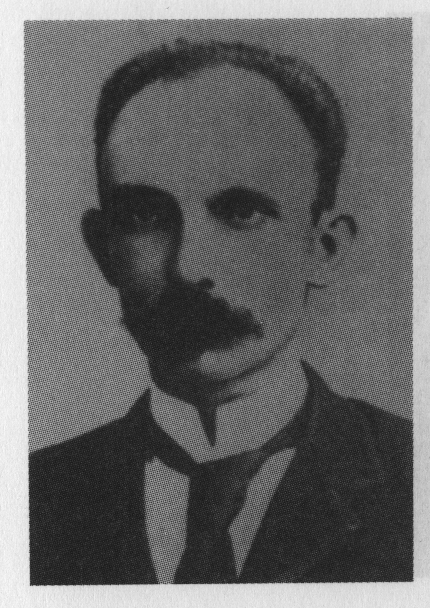
Las fotos que aquí se exponen mantienen el mismo orden en el cual aparecieron en la edición original en inglés, sólo que en ella están intercaladas en el texto. Al final exponemos la relación de fuentes de cada foto. (*N. de los E.*)



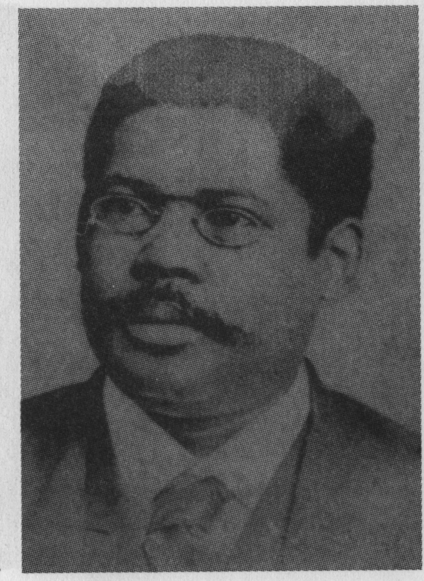
1. Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo.



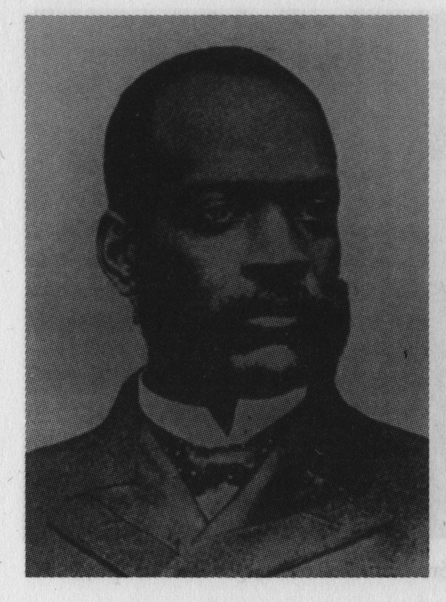
2. Guillermo Moncada Betancourt.



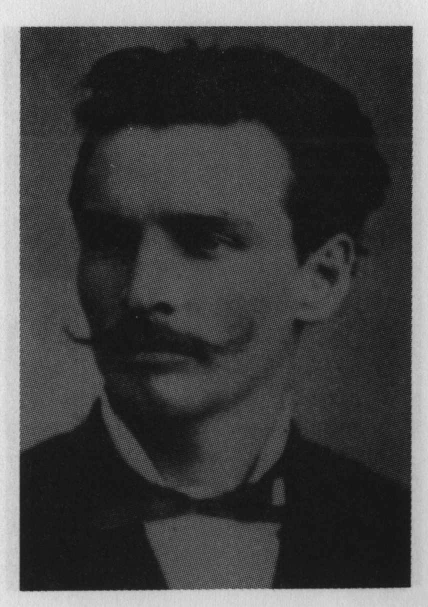
3. José Martí Pérez.



4. Juan Gualberto Gómez Ferrer.



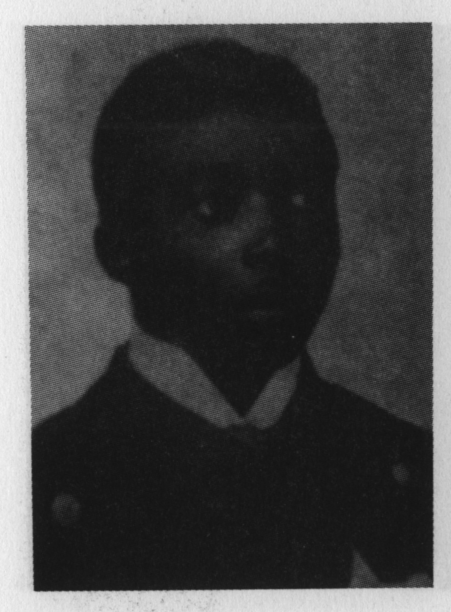
5. Rafael Serra Montalvo.



6. Manuel Sanguily Garrite.



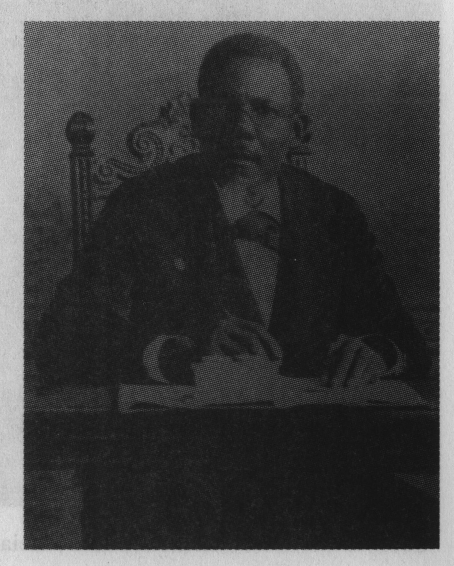
7. Regimiento del Ejército Libertador, Quinto Cuerpo, 1898.



8. Ricardo Batrell Oviedo.



9. Campamento insurrecto de José González Planas, Brigada de Remedios.



10. Quintín Bandera.



11. Campamento insurrecto de Pedro Betancourt.



12. Momento del licenciamiento del Ejército Libertador.

1. Tomado de Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo: *Carlos Manuel de Céspedes. Escritos,* 2da. ed., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1982, t. I.

2. Tomado de Anselmo Alliegro Mila: *Guillermón: El gigante negro,* Impresora Nosotros, Santiago de Cuba, 1956.

3. Tomado de la edición de Manuel Isidro Méndez: *José Martí: Obras completas,* Editorial Lex, La Habana, 1946.

4. Tomado de *Juan Gualberto Gómez: Su labor patriótica y sociológica,* Rambla, Bouza y Cía., La Habana, 1934.

5. Tomado de *Rafael Serra, patriota y revolucionario,* La Habana, 1959.

6. Tomado de Federico Córdova: *Manuel Sanguily,* Seoane, Fernández y Cía., La Habana, 1942.

7. Archivo Nacional de Cuba: Fototeca, caja M-12, sobre 109, reg. 113.

8. Tomado de Ricardo Batrell Oviedo: *Para la historia,* Seoane y Álvarez, La Habana, 1912.

9. Archivo Nacional de Cuba: Fototeca, caja M-10, sobre 97, reg. 101.

10. U.S. National Archives: Record Group 165, Entry 92, Card List of Names Prominent Cubans, con fotografías.

11. Archivo Nacional de Cuba: Fototeca, caja 72, sobre 255, reg. 1604.

12. Archivo Nacional de Cuba: Fototeca, caja M-12, sobre 115, reg. 120.


Imprenta
Federico
Engels

CUBA INSURGENTE
Raza, nación y revolución 1868-1898

Un estudio que contiene sustancia suficiente, no sólo para enriquecer el aspecto cognoscitivo, sino para estimular el debate científico. Francisco Pérez Guzmán, en *Debates Americanos,* número 10, La Habana, julio/diciembre de 2000.

Cuba insurgente constituye un aporte muy notable a la historiografía cubana. Primero expone sus líneas de interpretación, de un valor singular para ubicar la real grandeza de las revoluciones cubanas del siglo XIX, al ponerlas en relación con las dificultades que parecían insuperables para ellas, con la situación y los motivos del imperialismo para impedir su victoria completa y con rasgos de la apropiación de ese pasado por la revolución triunfante de 1959 y hasta hoy. La clave de las propuestas de Ada Ferrer es la cuestión racial, a la cual considera la más complicada e importante de las tensiones y contradicciones que caracterizaron y dieron forma al nacionalismo cubano. A esta luz revelan su trascendencia el antirracismo revolucionario en medio del auge mundial del racismo, el alcance y las complejidades de la idea cubana de una nación sin razas, y las tremendas dificultades para la puesta en práctica y triunfo de esos avances excepcionales.

La historiadora Ferrer dedica toda su obra a exponer los resultados de la extraordinaria investigación, muy sólida y documentada, con la cual sustenta sus propuestas. Como contenido central, la participación de los negros y mulatos en las revoluciones cubanas entre 1868 y 1898 y sus implicaciones en la formación de la nación y en las construcciones raciales, a través de la presentación de una enorme masa de actuaciones, hechos, percepciones e ideas. La complejidad y los matices nos entregan la historia real, esa maestra que nos recuerda la riqueza inabarcable que ha obtenido el pueblo de Cuba de sus revoluciones, y nos facilita encontrar más fuerzas para terminar de andar el camino de la eliminación total del racismo y de la más plena integración nacional.



9 789590 612015